

DRAMAS POLICIALES

22

JUAN CUELLO

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(Con ilustraciones)



BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BELGRANO N.º 137 y 139

1880

JUAN CUELLO

Allá por el año 1849, cuando la mazorca del famoso héroe número 1 del desierto «salió de madre» y se desató en todo género de iniquidades y torpezas; en los tiempos famosos en que muchos de los personajes que figuran hoy al servicio del héroe número 2, usaban aquella divisa de *fe erac on ó muert*, empezó á meter gran bulla en el bajo pueblo, el célebre Juan Cuello, cuya historia emprendemos hoy.

¿Quién era este jóven cuyo nombre se pronunciaba con muestras de gran simpatía entre la gente del pueblo, á cuyas reuniones era infaltable concurrente?

A él se le veía en todos los bailesitos de las orillas, donde caía con su inseparable guitarra y el eterno buen humor que lo acompañaba, lo que contribuía á que fuese bien recibido en todas partes.

Muchos de los lectores de LA PATRIA ARGENTINA habrán conocido á Juan Cuello, que llegó mas tarde á ser la pesadilla del «Restaurador de las leyes» y el eterno cerote de la mazorca.

Juan Cuello era hijo del capitán Manuel Cuello, comandante de la escolta de Aldao, oficial noble y valiente, según los que lo conocieron, cuya espada estuvo siempre al servicio de ideas sanas.

Juan Cuello, cuando empezó á hacerse conocer en los barrios apartados de Buenos Aires, era un hombre jóven que tenía una rara mezcla de paisano y hombre de ciudad: llevaba el chiripá con elegante desenvoltura y se encantaba en el ruido que al caminar hacia en el suelo la rodaja de su hermosa esuela, pero en sus modales y lo artístico de sus manos, se veía que aquel jóven no pertenecía á la hermosa raza cuyo traje llevaba con esa elegancia del hombre del pueblo á quien no es extraño el chiripá y la bota.

Cuello era un hombre de elevada y esbelta talla, de fisonomía interesante aunque no hermosa, pero de una soberbia belleza de espresion, que fué lo que tanta voga le dió entre las mujeres.

Moreno, de un color moreno suave, usaba largo el cabello cuyos rulos negros y sedosos caían con cierto desorden, agradab'e sobre el poncho pampa *batará* que llevaba siempre puesto; su nariz bastante aguileña y delgada daba un aspecto chusco á su fisonomía, completada por la luz de dos ojos pardos donde habia algo de *meñis'ofélico* y una barba dividida en el medio, corta y brillante.

El conjunto de la fisonomía de Juan Cuello espresaba esa travesura estudiantil, del hombre que está siempre dispuesto á tomar la vida por la parte a'egre; pero allá en el tondo de su pupila irradiaba esa espresion que solo puede comunicar á la mirada el hombre dotado de un espíritu realmente elevado y de un carácter á prueba de toda desventura.

El traje de este hombre no era lujoso, pero tampoco era pobre.

Vestia un chiripá pampa sujeto á la cintura por un tirador abrochado con una rica rastra de botones de plata, que eran todo su adorno, un saco de lustrina negra iba abotonado sobre el pecho con un pequeño real de plata y sobre todo esto un poncho pampa que constituía toda su riqueza, pues era la prenda que mas cuidaba.

En la cabeza llevaba un sombrero de castor, de los que hoy se llaman *cantores*, y en los piés, sujetas á la bota, generalmente de potro, un par de espuelas de plata de gran rodaja.

El apero de su caballo era pobre, pero bien arregladito y paquete en trenzados que él mismo hacia, sintiendo completamente satisfecho su amor propio cuando alguno le ponderaba sus riendas de tiento de potro, ó la

trenza del cabo de su rebenque sencillo y gaucho, que solo sacaba de la muñeca izquierda para colgarlo en el cabo de su cuchillo.

Esta era la única arma que usaba Juan Cuello, perdida en su cintura, pues era un pequeño puñal de cabo de plata, con un pequeño corazón de oro en el remate del puño.

Era un puñalito que había usado su padre y del que Juan Cuello no se desprendía jamás, teniendo mas confianza en su hoja corta y bien templada, que en un arsenal de armas.

Verdaderamente valiente é hidalgo, Cuello usaba aquella sola arma, convencido de que cualquiera es buena cuando se tiene el brazo firme y el corazón bien templado.

Cuello andaba siempre admirablemente montado pues tenía la vanidad de creerse el mejor ginete que hubiera en las cercanías de Buenos Aires, y dicen que cuando quería pintar á alguna muchacha de su gusto, pasaba en un caballo con *bocato*, al que hacía corcobear frente á la casa de la muchacha en cuestión.

Allí daba riendas á su brioso caballo durante dos ó tres minutos, concluyendo á veces, cuando el animal era muy bravo, por desmayarlo, dándole con el cabo del rebenque entre las dos orejas, dejando al pingo con el lomo sobre las piedras mientras él salía disparando, operación que, aunque comun en nuestros paisanos, entusiasmaba á los mirones y encantaba á la muchacha por quien Juan Cuello arriesgaba tan gallardamente romperse el bautismo contra las piedras de la vereda ó la reja de la ventana donde estaba la dueña de sus pensamientos á quien iba dedicada aquella hazaña de buen ginete.

Juan Cuello era sumamente enamorado: á dos por tres saltaba los cercos mas defendidos con vidrios de botella, y daba en los fondos de la casa escalada una buena serenata que solía costarle á veces un pedazo de chiripá dejado entre los dientes de los perros que le echara alguna vieja mal intencionada, ó pe-lándose las canillas en los vidrios de botella de que estaba erizada la pared, al saltarla en retirada, huyendo de los mencionados perros ó de algun garrote de tala que hacía zumbiar en sus oídos un padre ofendido.

Cuello llegó á tener tal *banca* con las muchachas de los barrios que frecuentaba, que entre vecinas sabía haber sus pequeños entredichos disputándose la dedicatoria de alguna serenata.

Juan Cuello era un famoso guitarrero que punteaba los tristes de una manera arrulladora, y si se trataba de rasguear un gato, lo hacía con un ademan tan picaresco que hacía nacer la alegría en el velorio mas triste y desanimado, donde siempre llegaba y era recibido como el Mesías.

Este ascendiente que tenía sobre las muje-

res en general, le había captado una enemistad y malquerencia entre la gente enamorada y de avería, pero como Cuello no mostrara una marcada preferencia por tal ó cual muchacha, las enemistades pasaban y las malquerencias se trocaban en buenas amistades: muchas veces la asidua corte que hacía á una muchacha, tenía por único objeto hacer rabiarse á la tia vieja que la tenía á su cargo, ó á la madre que la ocultaba á sus amorosas miradas.

Cuello, segun el recuerdo de las personas que lo trataron con intimidad, poseía una lindísima voz atenorada, afinadísima y de una cadencia que llegaba al oído como una caricia, así es que cuando Juan Cuello estaba de serenata, el barrio donde esta se daba estaba de jarana, hasta el extremo de improvisarse un baile para que aquel cantor tan alegre tuviese donde pasar el resto de la noche, meneando *las de bailar*, y durmiéndosele á las cuerdas de la guitarra.

Algunas de estas noches la mazorca había caído á una de estas parrandas improvisadas, pero como no encontrara allí ni rastros de salvajes unitarios, la mazorca tomaba parte en la jarana que no por esto cesaba, retirándose despues de haber tomado un cimarron para el estribo, y dado un largo beso á la limeta que, despues de cada baile, circulaba de mano en mano y de boca en boca,—encontrando muy buenas aquellas parrandas, porque las patrullas federales podían hacer en ellas un altito *con cop*.

Cuello no andaba todas las noches en la ciudad, caía cuando menos lo esperaban con su guitarra á media espalda y un medio frasco á los tientos, elemento indispensable para armar un baile á cualquier hora de la noche, y la mejor disculpa que se podía usar con éxito para golpear la puerta de un aficionado á las parrandas.

Todas aquellas personas cuya casa Cuello frecuentaba, sabían que este era un hombre honrado, hijo del capitán de la escolta de Aldao, Manuel Cuello, que vivía en compañía de una madre bastante viejita, por la que aquel jóven tenía ciega idolatría y con quien vivía en el campo, sin tener grandes necesidades, pero sin carecer de cosa alguna en lo que constituye el confortable de un rancho, confortable que ya sabemos se reduce á poseer un catre y á que nunca falte la yerba y el churrasco.

Juan Cuello se perdía de la ciudad por largas temporadas, pero siempre volvía con su eterno buen humor y la travesura estereotipada en su fisonomía simpática y expresiva.

Cuando le preguntaban que se había hecho tanto tiempo que no se le había visto el bulto, respondía sencillamente:

- ¡Qué diablos! he tenido enferma á la vicjita y la he estado acompañando hasta que se ha puesto completamente buena—no todas han de ser chacotas.

Aunque los términos que empleaba en su conversacion eran todos apaisanados, por el género de vida que llevaba, el estilo de su conversacion era mas bien culto, revelando esa inteligencia sutil peculiar á todos los paisanos de la provincia de Buenos Aires y esa rara penetracion y particular malicia de nuestro gaucho.

Juan Cuello contaria entonces apenas veinte y dos á veinte y cuatro años y era un hombre que sin saberse por qué, lo respetaban los mas toros.

El nunca habia tenido cuestion que no pasara de un cambio de palabras mas ó menos duras, y sin embargo era respetado como uno de los mas guapos, hasta el estremo de que cuando proponia alguna parranda ó baile, todos lo secundaban no queriendo estar mal con él.

Es cierto que él era un buen amigo, compaciente en toda regla, pues cuando se trataba de dar una serenata á ajena Dulcinea, siempre estaba dispuesto á cantar por el amigo, á caballo de una áspera tápia, ó al frente de cualquier reja, ocultándose detrás del que debia aparecer como músico y que, como en el teatro, hacia el aparato de tocar una guitarra y cantar, abriendo y cerrando la boca silenciosamente, lo que habia hecho que algunos de sus amigos le disputaran ante los que no estaban en el secreto, su fama de gran guitarrero y del mas gaucho y lindo de todos los cantores que se habian conocido hasta aquella fecha.

La prenda que mas queria Cuello, y que constituia su verdadero orgullo, era una de aquellas soberbias guitarras españolas de la fábrica de Mateo Benedit, que ya no se encuentran ni para remedio, y que él habia heredado de su padre, que fué tambien en su tiempo un insigne cantor por cifra.

La guitarra de Cuello no tenia esos bordados de nácar, ni ostentaba en las clavijas de su larga *paleta* aquellas incrustaciones de marfil ó nácar que son el bello ideal del paisano, pero en cambio tenia unas voces tan sonoras, que cuando sus cuerdas gemian bajo la poderosa y tierna pulsacion de sus dedos, parecia una espléndida arpa, cuyos acordes iban á morir á tres ó cuatro cuadras del paraje donde era tocada.

Esta era la guitarra que llena de ointas de mil colores en el mango y de gran moño de seda en las clavijas, no se separaba un momento del alcance de su mano.

Cuando aquellas parrandas pasaban de punto por estar algo divertida la mitad de la concurrencia y turbando el sueño de algun *federal*

neto, aparecia una partida de la mazorca, ó alguna patrulla de serenos, y deshacian la reunion, por supuesto, despues de haber enjuagado todas las limetas á medio vaciar y concluido con la cebadura de todos los cimarrones.

Esta enjuagada de botellas eraazonada con los cuentos de las cabezas que se habian cortado aquel dia y las mujeres que se habian azotado durante la noche, cuentos que Cuello oia con creciente indignacion y sintiendo deseos de arremeter á puñaladas con aquella horda de forajidos, pero, ¿quién se metia con ellos? ¿quién era el guapo que se atrevia á desafiar la omnipotencia del feroz Cuitiño y las iras del restaurador de las leyes, brigadier general don Juan Manuel de Rosas?

No habia mas remedio que escuchar con fingida calma aquellas narraciones naaseabundas, y obedecer la órden de deshacer la alegre reunion y marchar *cada chuncho á su estaca*.

Juan Cuello, cuando la narracion de estas crueldades se hacia mas aterradora, se retiraba á casa de su viejita, donde permanecia tres ó cuatro semanas sin volver á la ciudad.

Entre la gente de la mazorca era tenido por *federal neto* y «adivino» y hasta se le habia propuesto sentar plaza en el cuerpo de serenos ó con la gente de confianza del feroz Cuitiño, propuesta que él habia rechazado con razones perfectamente aceptables, pues comprendiendo su impotencia, no queria romper por completo con aquellos malvados, á quienes detestaba desde el fondo de su alma.

El prestigio de que gozaba entre aquella gente llegó á oídos de D. Juan Manuel que estaba dedicado entónces á hacer grandes plantios en Palermo y que no hizo caso de la cosa.

Entre tanto Juan Cuello seguia haciendo mella en sus barrios predilectos y armando cada jaleo que duraba dos ó tres noches seguidas, con gran contento de las patrullas, amigas de las paradas con copa.

Cuando se casaba alguno de los compañeros de parranda, Juan Cuello era invitado con mil recomendaciones de no faltar, y no faltaba en efecto, no solo por conocer á la novia, sino tambien para echarle algun piropo en el primer *gato* ó *cielo*, que cepillaba con un esmero especial, piropo que era siempre bien recibido por la gracia picaresca con que era dicho.

Y á tantos casamientos asistió y tanta muchacha linda se le metió en la cabeza, que una noche reso vió echarse él tambien á novio por lo sério, y casarse con la primer muchacha que le llenara el ojo por completo, por supuesto, previa presentacion y consentimiento de su viejita.

Sigamos nosotros á Juan Cuello en su curiosa peregrinacion buscando novia.

UN AMOR DESVENTURADO

Juan Cuello empezó á festejar á todas las muchachas de su relacion, hasta que encontrara alguna que le viniese bien á su aspiracion y poder hacer de ella su mujer y la compaÑera de su viejita.

Las muchachas mas divinas que conocian que Cuello andaba en busca de mujer, se acicalaban con gran esmero y agasajaban lo mas posible al simpático jóven para hacerlo caer en la trampa, pero Cuello que para amores se contentaba con cualquier cosa, para casarse era mas matrero que una zorra en retirada, no encontrando pareja bastante hermosa para hacerla su mujer.

Vivia por aquellos tiempos en la parroquia de Balvanera, una viejita llamada Da. Tránsito Lara, que habitaba un casuchin de mala muerte, en compaña de dos sobrinas que conocian á Cuello por haber bailado con él en casa de algunas amigas donde este iba á dar con frecuencia amorosas serenatas, pues andaba gustando de una de aquellas muchachas.

Mercedes, la mayor de las sobrinas y la mas hermosa, era una de aquellas mujeres criollas puras, cuyo tipo se va perdiendo poco á poco, de mirada aterciopelada y lábios voluptuosamente sombreados por un ligero bocito.

Mercedes era sumamente alegre y ocurrente —siempre tenia pronto un dicho picaresco para responder á cualquier requiebro, y un moquete para cuando este requiebro pasaba de punto.

Esta fué la muchacha de quien Juan Cuello vino á enamorarse profundamente, declarándola su novia oficial con grandes iras de la vieja doña Tránsito que no tenia la menor simpatia por el jóven, pues aseguraba que este era un vago parrandero y que con canto y guitarra no se compraba puchero ni se podia sostener decentemente una familia, dichos que Juan conocia sin incomodarse por ello.

Juan Cuello tenia unas vaquitas con cuyo producto atendia á las necesidades de su viejita, ocupándose, los dias que faltaba de las parrandas, en domar caballos, para lo que era habilísimo.

Mercedes estaba verdaderamente orgullosa con las preferencias que para ella tenia el jóven, preferencias que las demás muchachas no podian mirar sin un profundo despecho, pues la que menos, estaba enamorada de Cuello, que era un excelente partido, y un verdadero triunfo para la que este eligiese, entre tantas muchachas igualmente bonitas y codiciadas por los jóvenes de roncha.

Cuello cantó el punto á su novia y con esa inocente franqueza peculiar á nuestro hombre de campo, le reveló sus planes de casamiento,

que se efectuaría á fin de año, si era de su agrado.

Mercedes, que no queria otra cosa porque estaba enamoradísima del codiciado Cuello, aceptó arrobada la proposicion, y fué á dar cuenta de lo que sucedia á su hermana y á la irritable doña Tránsito.

Cuando esta supo de lo que se trataba, cuando Mercedes le comunicó como cosa hecha que al fin de aquel año se casaria con Cuello, la vieja armó un escándalo verdaderamente descomunal.

—Estos ojos que se han de comer la tierra, dijo creciendo en iras, no te han de ver casada con ese mozalvete haragan y parrandero, pues yo no me he desvelado para eso. ¡Qué mas se quisiera!

—Pero mi tia Tránsito, respondió Mercedes, yo me muero por Juan Cuello y él se muere por mí, y nos hemos de casar aunque usted no quiera, pues yo soy libre y dueña de mi voluntad.

Doña Tránsito no estaba habituada á que Mercedes la contradijera, pues siempre habia sido una muchacha dulce y sumisa, así es que cuando la oyó espresar su voluntad en términos tan decididos, toda la sangre se le vino á la cabeza, y metiéndole los descarnados puños por la cara, le dijo con una voz de flauta fuera de tono:

—Perra tarasca, tu harás lo que yo te mande, y si me vuelves á contestar así, te he de sacar el hocico á moquetes para que aprendas á contestar á tu tia! ya se lo diré á don Ruperto.

Don Ruperto era un famoso federal ayudante de serenos, á quien Cuitiño distinguia mucho por su ferocidad proverbial, y con quien doña Tránsito habia decidido desde mucho tiempo casar á Mercedes.

El tal don Ruperto que no era otra cosa que un bandido patentado por la mazorca, tenia algunos miles de pesos robados á sus víctimas, que era á donde iba dirigida la carnada de doña Tránsito. Por eso es que cuando conoció las pretensiones de Cuello, la vieja se dió á los diablos porque se desmoronaban sus proyectos de hacerse rica con la mina de don Ruperto explotada á costillas de su hermosa sobrina.

—Yo le contaré esta insolencia á D. Ruperto para que aleje de aquí á ese vago con una buena paliza y lo enseño á poner los ojos en prendas que no han nacido ni se han criado para él; en cuanto á tí, si yo te veo andar en cuchufletas con ese vago salteador, te voy á arrancar las mechas y á enseñarte que yo gobierno la casa y que tú no debes tener caprichos en contra de mi voluntad.

Mercedes lloró amargamente al escuchar á

su tía, cuya maldad era conocida, no solo en su casa sino en toda la vecindad: estaba enamorada ardientemente de Cuello, con ese primer amor de la mujer que no hay razon capaz de disipar, ni martirio físico que no soporte para llegar á esta suprema felicidad: unirse para siempre al hombre que ha hecho sentir en su corazon el amor primero.

Esa noche vino Cuello, y supo por boca de la llorosa Mercedes la escena que habia tenido lugar con doña Tránsito y el matrimonio que esta proyectaba con el federal D. Ruperto, ayudante de serenos.

—No te aflijas, mi alma, repuso sonriente el enamorado Cuello. D. Ruperto se quedará sin mujer y la maldita vieja se ha de quedar con las ganas, ó el diablo me ha de llevar.

Cuello quiso seguir pelando la pava en toda regla, pero en eso se le apareció la tremenda doña Tránsito y le notificó que cesara de venir á su casa porque con sus visitas comprometia la reputacion de sus sobrinas.

Provocar un escándalo era peligroso, porque podia venir don Ruperto, capitaneando los serenos y llevarlo preso con cualquier pretexto al temido cuartel de Cuitiño, donde el pesquezo no estaba muy seguro.—Cuello decidió acatar humildemente la resolucion de la vieja, prometiéndose poner en juego toda su travesura para hacer una mala pasada á la maldita tía.

—Está bien señora, respondió respetuosamente, no volveré mas aquí porque no quiero comprometer á nadie—pero al pasar al lado de Mercedes le dijo rápidamente:—no te importe nada, hacete la que estas enferma que mañana ó pasado caeré yo con mi plan concluido, y se la pegaremos de firme á la vieja y don Ruperto.

Juan Cuello estuvo dos ó tres dias sin venir á lo de doña Tránsito, por lo que esta creyó que el haragán, como ella lo llamaba, hubiese ido á golpear otra puerta con la misma pretension.

Mercedes, á pesar de las seguridades que le diera Cuello, pasó aquellos tres dias llorando amargamente, porque sabia que su tía era mujer caprichosa y mas mala que un *salado*, por lo que no habia que contar que volviera atrás de lo dicho ni que renunciara por nada de este mundo á su plan especulativo de casarla con don Ruperto, á quien suponía mas rico de lo que en realidad era.

Este tal don Ruperto era un cuerpo de tonel, de nariz arremangada y barba cerduda, para quien Mercedes era una especie de sol cuya posesion jamás soñó. Así es que cuando doña Tránsito le comunicó la insolente pretension de Cuello, resolvió hacerlo emigrar de allí á garrotazos, sino se mandaba mudar con la música á otra parte, como se lo habia notificado.

El amor de Mercedes por Cuello habia crecido con las contrariedades sufridas, engendrando un ódio invencible contra don Ruperto, á causa de la oposicion de su tía á los amores de Cuello.

A los tres dias de haber sido despedido de casa de Da. Tránsito, Cuello llegó una noche, esperó á que las calles quedaran solitarias, y acercándose sigilosamente á la tapia de la casa, saltó del otro lado y se dirigió con gran recato á la pieza habitada por Mercedes, cuya puerta golpeó tratando de hacer el menor ruido posible.

Al oír llamar á su puerta de aquella manera, un relámpago de alegria invadió el espíritu de la gentil Mercedes, comprendiendo que el que llamaba así no podia ser otro que Cuello. Abrió la puerta precipitadamente, y se encontró con la traviesa fisonomia de su amante, que le recomendaba silencio apoyando el dedo índice sobre los lábios, y moviendo la cabeza en señal de esperarlo allí.

En seguida recorrió las piezas de la casa como un duende, apoyando en cada una de sus puertas el oído, para cerciorarse que todos los de la casa dormian profundamente.

Asegurado de que no seria sentido, regresó al cuarto de Mercedes, donde peló la pava hasta la madrugada, hora en que se retiró despues de convenir con Mercedes que todas las noches vendria á aquella misma hora á conversar con ella, mientras arreglaba sus cosas por otro lado para que á fin de año pudieran casarse, burlando á don Ruperto que no se imaginaba semejantes entrevistas.

Pero el diablo que no duerme cuando se trata de entremeterse en alguna aventura amorosa, terció en los traviesos planes de Cuello, desbaratándolos por completo, apesar de toda precaucion.

Era una magnífica noche de luna en que Cuello mas enamorado que nunca, saltó el cerco de la casa, sin sospecharse lo que le esperaba adentro.

Doña Tránsito habia concebido vehementes sospechas de que Cuello entraba de noche á su casa, á consecuencia de un pedazo de pared del cerco que se habia caido á causa de las frecuentes saltadas.

Se puso pues de guardia tras del brocal del pozo cuando Mercedes se fué á acostar, desde donde podia observar sin ser vista lo que sucediera en caso de llegar Juan Cuello como lo presumia.

Apenas haria una hora que doña Tránsito estaba allí cuando apareció Juan Cuello á caballo en la pared, miró á todas partes y se dejó caer del lado de adentro despues de sacarse las espuelas para no hacer ruido.

Sin la menor vacilacion se dirigió al cuarto de Mercedes, cuya puerta le fué abierta en

cuanto llegó al dintel—entrando despues de haber dado á su amada un beso íntimo pero silencioso.

Doña Tránsito vió todo esto y creyó morir de un ataque apoplético, tal fué la ira que sintió afluir á su corazon—salió de su escondite y sin ser vista de los amantes que habian onternado la puerta, se adelantó á pasos de pantera, se pegó contra la pared y se puso á escuchar tendiendo el cuello hácia la hendidija que formaba la puerta entreabierta, con esa práctica asombrosa que tienen las viejas, para sorprender una conversacion.

Desde allí oyó al tierno palomo hacer sus mas íntimos arrullos y los mas graciosos comentarios sobre la rábia que sentiria ella cuando se viese burlada porque ellos se habian casado.

Tal fué la rábia que se apoderó de doña Tránsito al oír que trataban de jugarle tan pesada broma, que con la rapidez de una comadreja se entró al cuarto de Mercedes jurando por todos los santos del cielo y los diablos de la tierra que se la habian de pagar tan bien pagada, que habia de quedar completamente satisfecha y vengada—Ya se lo avisaré á don Ruperto, haragan maldito para que te haga dar una buena paliza!

—Y tu, bribona, prosiguió dirigiéndose á Mercedes, tu sin vergüenza lechuzona que así recibes de noche á los vagos perdidos—ya verás lo que te ha de suceder, maldita!

Doña Tránsito iba probablemente á seguir en una larga tirada de denuestos, sobre los dos amantes, cuando Cuello le cortó la «palabra honrada» con las siguientes razones:

—Pero mi señora doña Tránsito si en todo esto no hay ningun mal, si yo y Mercedes nos queremos hasta los caracues y nos vamos á casar ¿por qué nos hace usted la guerra?

—Casarte tu con mi Mercedes, repuso la vieja, temblorosa y enfurecida, primero le doy veneno, maldito, y prosiguió mirando á Cuello como si quisiera matarlo con la mirada—se le figura que no hay mas que querer casarse? yo les he de dar casamientos, grandísimos picaros, contando esto á don Ruperto para que tome sus medidas en toda regla; y la vieja malísima, sin el menor temor de aquel hombre, se lanzó sobre Cuello con una lluvia tal de arañazos, que parecía no iba á concluir hasta no ensangrentar la última faccion de la cara de aquel tronera.

Mercedes, que desde el principio se habia echado á llorar amargamente, sufrió impasible todos los golpes y moquetes que le dió la vieja—Cuello, que al principio miraba la cosa chuscamente, se puso densamente pálido, tomó á la vieja por la pañoleta que llevaba al pezcuezo, y sacudiéndola fuertemente, le dijo de una manera amenazadora é irritada:

—Mire su perra vieja, como sepa yo que usted toca al pelo de la ropa á esta mujer que es mi novia, no hay en el mundo don Ruperto que la salve á usted de la atrocidad que yo haré entonces—Yo y Mercedes nos queremos y nos hemos de casar aunque usted no quiera y aunque don Ruperto corcobee como potro reservado, no hay pues que tentarme las pulgas que las tengo malas.

Doña Tránsito que se habia aterrado á las primeras voces de Cuello recuperó todo su valor á impulsos de la rábia que le dieron sus últimas palabras, tiró á Cuello un par de arañazos famosos, al mismo tiempo que le decia: —A la calle maldito! á la calle asesino que me has querido estrangular—mañana yo te prometo que estarás bien seguro en el cuartel de Cuitiño, á donde te tocarán el violín.

Cuello presintió un gran escándalo porque la vieja subia cada vez mas el tono de su voz, completamente sulfurada, así es que se decidió á emprender su retirada, lo que hizo despues de decir severamente á la vieja.

—Ya sabe lo que le he dicho doña Tránsito, —en cuanto á tí, añadió dirijiéndose á Mercedes, no tengas el menor cuidado—nos hemos de casar á pesar de todo y de todos.

Cuello saltó la pared y se alejó tranquilamente, mientras doña Tránsito echaba á la desolada Mercedes la última raspa, acompañada de lo que las mujeres llaman un pescozon.

Al otro dia de esta aventura que se desparramó por todo el barrio, la vieja doña Tránsito hacia llamar al ayudante de serenos, don Ruperto y le daba cuenta con gran oxageracion de lo que habia sucedido, añadiendo que era preciso dar á Cuello una buena paliza y prenderlo y llevarlo al cuartel si persistia en la insolente pretchsion de casarse con su sobrina á quien tambien era preciso castigar.

Don Ruperto aseguró que desde esa noche haria espiar á Juan Cuello y que la primera vez que asomara por allí las narices, lo iba á escarmentar para toda la vida.

Juan Cuello, entretanto, que no creia ser víctima de ningun atropello por parte de las patrullas de quien era amigo, habia decidido robar á Mercedes, despues de desesperar á doña Tránsito—Dejó pasar dos dias para que medio olvidaran la cosa, y con su guitarra terciada á media espalda, se fué á casa de doña Tránsito á dar una serenata á su novia, quemando la sangre á la vieja.

La calle era espléndidamente alumbrada por la luz de la luna que estaba entonces perpendicular, sin que los edificios proyectaran la menor sombra donde poder ocultarse de una mirada importuna.

Cuello echó pié á tierra delante de la casa, pasó la rienda del caballo en el brazo izquierdo y se puso á templar su sonora guitarra,

cuyo primer acorde despertó á las muchachas de las casas mas próximas.

Juan Cuello estuvo preludiando durante cinco minutos, de una manera vaga pero sentida y melancólica, el estado de su espíritu iba poco á poco infiltrándose en el instrumento, pulsado con tanta inspiracion.

Las ventanas de las casas vecinas se fueron entreabriendo poco á poco y dejando ver por entre sus rejas rostros mas ó menos bellos, llenos de curiosidad y de deseo—Juan Cuello era demasiado conocido como trovador para que las muchachas y los mismos hombres dejaran de acudir allí donde sonaba su guitarra, precediendo á su voz magnífica.

Cuello terminó el preludio con un *floreo* sobre las cuerdas bordonas, que vibraron como un lamento, y lanzó de su garganta el torrente de su magnífica voz, admirablemente modulada.

Las personas que han oido cantar á Cuello, dicen que su voz tenia un timbre muy melancólico, y que era llena y perfectamente segura, voz que con estudio hubiera sido notable.

Modulaba las frases con gran gusto, imprimiéndoles ese sentimiento que no se aprende porque nace en el corazon, terminando los períodos de una manera artistica; por eso es que la fama de la voz de Cuello como cantor se estendió tanto como la fama de su valor asombroso y de su audacia sin límites, que llegó á poner en apuros á la misma policia de Rosas.

Cuello terminó su preludio y empezó á cantar uno de esos tristes cadenciosos, que parecen el arrullo de un espíritu que sufre, al dirigirse á la mujer amada; uno de esos tristes que al escucharlos nos obligan á enjugar una lágrima arrancada por el eterno gemido que oscila en aquellos cantos especiales de la provincia de Mendoza, uno de los mas bellos pedazos del suelo argentino.

Apenas habia terminado la primer estrofa, cuando un ginete volvió la esquina y llegando á donde estaba el trovador, le preguntó secamente qué andaba haciendo allí á aquellas horas.

—Estoy dando serenata á mi novia, contestó Cuello tranquilamente, y creo que con esto no puedo ofender á nadie.

—Si señor, vociferó doña Tránsito abriendo la ventana y asomando por entre las rejas su nariz de lanceta, este pillo no nos deja dormir desde hoy, y aquí no tiene ninguna novia.

El interlocutor de Juan Cuello era un individuo de gorro de manga que parecia ser soldado, no solo por el aspecto, cuanto por el sable que llevaba pendiente á la cintura y que hacia sonar intencionalmente.

—Ya lo oye usted, dijo aquel hombre; la señora dice que usted la está incomodando con su canto y esto no es permitido, conque á volar que hay chinches y volver mañana de dia.

—Esa vieja dice lo que quiere, replicó Cuello alegremente, disimulando la cólera que sentia, al comprender que todo aquello era una treta improvisada sin duda por don Ruperto que no debia estar lejos de allí: aquí vive mi novia, agregó con firmeza, y yo le doy música porque este fantasma, que es su tia, se opone á que pelemos la pava por lo decente—conque no le haga usted caso, que lo que le quita el sueño no es mi canto sino la rábía que tiene porque Mercedes me quiere y se vá á casar conmigo.

—Yo no entiendo de estas cosas, concluyó el hombre de la gorra de manga—la señora dice que su canto no la deja dormir, y yo tengo que cumplir con lo mandado—con que basta de música.

Cuello reflexionó un momento, comprendió que era peligroso meterse con aquel hombre que tal vez tenia la espalda bien guardada y se dispuso á irse, pero una carcajada de la vieja lo hizo echar un voto, y declarar al hombre aquel que no se retiraba de allí sin orden del ayudante de serenos, porque él no ofendia á nadie con dar serenata á su novia.

—Usted se vá á mandar mudar de aquí, lijerito y con buen modo, dijo aquel hombre sacando sin esperar mas su sable y atropellando á Juan Cuello como para darle un garrotazo.

—Despacito por las piedras! gritó Juan Cuello quebrando el cuerpo para evitar el golpe, pero el sable dió en la guitarra, haciéndola saltar de la mano al medio de la calle.

La cólera mas vehemente estalló en el espíritu de Cuello al ver volar hecha pedazos su hermosa guitarra, y sacando de la cintura su cuchillo, tomó de la rienda el caballo de aquel hombre y lo acometió á puñaladas con un brio tan infernal, que el ginete tuvo que bajarse por el lado opuesto de donde Cuello acometia, no sin haber recibido un tajo en el muslo.

Inmediatamente aparecieron en el lugar de la escena unos diez ó doce serenos mandados por el mismo don Ruperto, como si hubieran salido de entre las piedras, y todos ellos cargaron sobre el desgraciado Cuello, con la paliza mas brutal que haya recibido cuerpo humano.

Las ventanas que se habian abierto para escuchar la serenata, se cerraron como por encanto así que apareció la ronda de serenos, comprendiendo que iba á suceder algo sangriento.

Cuello saltó sobre la vereda, guareció la espalda contra la pared, y se puso á evitar del mejor modo posible los interminables palos y sablazos que llovian sobre su cabeza.

Pero la partida era muy desigual, pues con el pequeño cuchillo que estaba acostumbrado á usar, no podia ofender á aquellos bandidos que

le acometían con armas ventajosas por su largo, y en número tan desproporcionado.

—Duro y no hay que aflojar hasta desmarcarlo, decía don Ruperto, como si respondiera á la voz de la vieja Tránsito que sonreía desde su ventana, gritando:—asi, firme h jitos y muélanle bien los huesos para que aprenda á ser insolente y poner los ojos en prendas que no han nacido para ningun vago y parandrero.

Juan Cuello estaba materialmente desesparado bajo aquella lluvia de palos que le molía los huesos y que no iba á escampar hasta romperle la última costilla: de cuando en cuando se separaba de la pared y acometía á los serenos, dando pruebas de un valor asombroso, pero tenía que volver á guarecer en ella la espalda para evitar que lo rodeasen.

Aquello no podia durar, Cuello estaba completamente molido y convencido que con aquel cuchillo tan corto no podia hacer nada á sus enemigos, que probablemente lo matarian á palos—hizo un esfuerzo desesperado y saltó al frente buscando hacer campo con su puñal y llegar hasta su caballo, pero el esfuerzo concluyó de debilitarlo y cayó al suelo.

Entonces cargaron sobre él todos á una y la lluvia de palos tomó un aspecto de interminable chaparron.

Aquellos hombres sacudían de firme como si no golpearan en un cuerpo humano.

—No hay que matarlo, para que cuente el cuento, dijo don Ruperto, basta por hoy, que esto le enseñará otra vez á ser altanero con los hombres de poder—y aquellos desalmados, precedidos de don Ruperto, montaron á caballo y se alejaron de allí, no sin dar sobre el cuerpo exánime de Cuello el último garrotazo, como por vía de yapa á los ya recibidos.

Cuello quedó inerte en el medio de la calle, cubierto de sangre, pues le habían abierto la cabeza en dos ó tres partes, con gran alegría de doña Tránsito que lo contemplaba desde su ventana, riéndose de una manera diabólica.

Cinco minutos despues, la vieja condenada cerraba su ventana con gran estrépito, é iba á contar á la desolada Mercedes el castigo que habían aplicado al insolente gaucho.

Apenas sonó el último ruido de los pasadores, cuando se abrió una puerta de la casa de enfrente, de donde salió un hombre que recojió á Cuello y lo metió en su casa, volviendo en seguida á buscar el caballo y los pedazos de guitarra, para borrar así todo vestigio de lo que había pasado.

En aquella casa permaneció Cuello seis dias, al cabo de los cuales se encontró completamente restablecido y apto para tomar una ejemplar venganza.

El proyecto de Cuello era por demás teme-

ario, porque era ponerse en lucha abierta con el poder de Rosas y su tremendo jefe de Policia que no perdonaba el menor desmán contra la mazorca.

Pero no hubo reflexion bastante poderosa para hacer desistir á Cuello de su proyecto de venganza contra los que lo habían apaleado de una manera tan cobarde y cruel.

Montó pues á caballo, y dando las gracias á aquellas personas amigas que lo habían auxiliado en tan duro trance, se fué á su rancho á tranquilizar á su anciana madre que estaria alarmada por su ausencia de seis dias.

Juan Cuello habitaba entónces en compañía de aquella buena viejita, un rancho no muy lujoso, situado en la calle de Belgrano, donde está hoy la estacion Caridad.

Allí llegó algo molido por los golpes recibidos, donde lo esperaba su madre llorosa y alarmada, con mucha razon, porque en aquellos tiempos no se tenía segura la cabeza sobre los hombros, pues bastaba la mas infundada sospecha, el capricho de cualquiera de aquellos bandidos, para que un hombre fuera llevado al cuartel de Cuitiño y degollado sobre tablas.

Juan no quiso contar á la anciana cual habia sido la causa de haber faltado á su rancho durante seis dias, porque habria sido darle á sospechar su plan de venganza—dijo simplemente que habia estado en Palermo domando unos caballos del Gobernador, y que tenía que volver dentro dos dias para darles el último galope, cuento natural que la buena vieja no tuvo inconveniente en creer.

Aquellos dos dias los pasó Cuello madurando su plan y pensando en los mejores medios de que se habia de valer para que su venganza fuese segura y eficaz.

La afrenta recibida y el pensar que á aquellas horas tal vez Mercedes estaria en brazos de D. Ruperto, lo hacían temblar de coraje, comunicándole un valor de que no se le hubiera creído capaz.

Altivo y audaz, valiente y emprendedor, cuando recordaba la manera brutal con que habia sido tratado, Cuello se sentía capaz de pelear con toda la mazorca y salir airoso.

Los dos dias que estuvo en su rancho, los empleó Cuello en aparejar su mejor caballo y en preparar una magnífica daga de hoja española, recuerdo del capitán Manuel Cuello, su padre.

Al espirar estos, montó sobre su caballo y tomó el camino de la ciudad previniendo á su madre que no se alarmase si tardaba, porque como ya se lo habia dicho, iba á Palermo á dar la última manito á los parejeros que habia domado allí.

Cuello, cubierto con su hermosa y amplia manta batará tomó el camino de la casa de

Mercedes, desmontó á dos cuadras de distancia, y se emboscó en la esquina, metiéndose en el portal del almacén. Desde allí podía observar la casa perfectamente é imponerse de las personas que entraran ó salieran.

No habia pasado una hora cuando de la casa de doña Tránsito salió un hombre emponchado, en quien Cuello conoció al momento al odiado don Ruperto. Levó instintivamente la mano á la cintura buscando el cabo de su daga y esperó hasta ver la direccion que tomaba el ayudante de serenos.

Don Ruperto se dirigió sin vacilar á la esquina donde estaba acechándole Cuello, quien se pegó á la puerta del almacén como si pretendiera hacerse una sombra.

El ayudante al salir de lo de doña Tránsito habia dado un largo silbido como llamando á la patrulla que capitaneaba que no debia de andar lejos, pero esto no alteró en nada la resolucion de Cuello—aunque hubiera sabido que detrás de D. Ruperto venia toda la Policia en masa, no hubiera vacilado un momento en su temeraria resolucion.

Cuando don Ruperto llegaba á la puerta del almacén, se sintió el trote de los caballos de la patrulla que daban vuelta la esquina opuesta. Cuello no esperó mas: salió de su escondite; se cruzó delante de aquel hombre y alzó el ala de su sombrero para que aquel pudiera verle bien el semblante, pálido por el coraje.

Don Ruperto echó un pié atrás, aterrado al conocer á Cuello y llevó la mano á la empuñadura del sable, pero tarde, porque Cuello se habia tendido á fondo con una puñalada.

Fatalidad! la daga de Cuello tropezó en la hevilla de los tiros que sujetaban la espada á la cintura, y don Ruperto saltó al medio de la calle desvainando el sable.

En ese momento llegaba la patrulla y rodeaba por completo á Cuello, dándole la voz de rendirse en nombre de la federacion.

Juan Cuello comprendió que rendirse era morir y resolvió vender la vida lo mas caro que le fuese posible: echó la manta sobre el brazo izquierdo y ágil y avizor saltó al medio blandiendo la daga.

Todos aquellos asesinos cayeron sobre el hombre que se revolvia entre ellos como un tigre, amenazando á todas partes y conteniendo á los mas audaces, con la punta de la daga siempre dispuesta á herir.

Cuello trataba de llegar á don Ruperto que animaba con la palabra á los asesinos, pero don Ruperto, cobarde por naturaleza, se guarecia á la espalda de estos, donde lo insultaba y amenazaba llevarlo á Palermo, para que le cortaran la cabeza.

Cuello habia recibido en la cabeza una herida de sable que, aunque débil le hacia perder mucha sangre, que caia sobre sus ojos en-

cegueciéndolo y quitándole la mitad de la defensa.

Era preciso concluir pronto, pues la prolongacion de aquel combate podia serle fatal; así lo comprendió el jóven y reuniendo en un supremo esfuerzo toda la potencia de sus fuertes músculos, dió un salto de costado, yendo á caer del lado donde los serenos menos lo esperaban.

El ataque fué tan brusco y tan inesperado, que Cuello pudo dar á uno de aquellos hombres tan terrible puñalada, que cayó para no levantarse mas.

Ya no habia que esperar perdon—era preciso luchar firme y sobre todo no dejarse tomar vivo, pues ya se sabia que en materia de crueldades, la mazorca no tenia rival.

Juan Cuello aprovechó la sorpresa que causó entre aquella gente su último ataque y dió dos saltos prodigiosos, tratando de aminorar la distancia que lo separaba de su caballo, que era para él la salvacion.

Pasado el primer momento é incitados siempre por la palabra de don Ruperto, los serenos cargaron y rodearon de nuevo á Cuello, cuyo valor prodigioso empezaba á imponerlos—No habia ejemplo de que hombre alguno se hubiese atrevido á desafiar la Policia de Rosas, y pelear con ella en proporcion tan desventajosa, así es que aquellos hombres estaban asombrados y empezaban á acobardarse.

Cuello, acometido de nuevo, mas débilmente que la primera vez, empezó á batirse en retirada, siempre tratando de hacerlo en la direccion del paraje donde habia dejado su caballo.

—Firme canallas! gritaba don Ruperto, y traten de no matarlo para llevarlo á Palermo donde le ajustarán las clavijas—y los serenos acometian y Cuello retrocedia siempre, evitando los golpes de sable.

En un nuevo descuido diestramente aprovechado, Cuello arremetió al medio que era por la parte que los asesinos atacaban con mas miedo y se abrió *cancha* con la terrible daga, logrando herir á uno de los soldados á quien sepultó la daga en el vacio y al mismo don Ruperto que esta vez no pudo impedir que el jóven le cruzara la cara de un largo tajo. En seguida echó á correr en direccion á su caballo, que estaba ya á pocas varas.

Al sentirse herido y ver que la gente aflojaba cada vez mas en el ataque, el ayudante de serenos temió que Cuello se les escapara—amenazó á su gente con hacerla cortar el pescuezo si Cuello huía, y cargó de nuevo pidiendo socorro á la santa federacion, por si acaso pasaba por allí alguna nueva patrulla que lo auxiliare en tan duro trance.

Cuello estaria solo á dos varas de su caballo, cuando la patrulla lo acometió de nuevo, deci-

dida á terminar la lucha, y avergonzada de la resistencia que le hacia aquel jóven, armado únicamente de un poncho pampa y una daga.

El aspecto de Cuello era tremendo—sus ojos brillaban á la mansa claridad de la luna, con imponente expresion de esterminio—habia perdido el sombrero en la lucha, y su cabello, en interesante desórden, caia á los lados de la cara, encerrando en un marco de rizos, aquella fisonomia altiva, donde se habia impreso todo el valor de que estaba dotado su espíritu viril.

Cuello se defendió de aquel último ataque con increíble rapidez—pero por mas clara que fuese su vista, por mas ágiles que fueran sus movimientos, los enemigos eran muchos, y muchos los golpes de muerte que llovian sobre su cabeza.—Cuello sintió que un sable le bandeaba el muslo izquierdo, mientras el filo de otro abria una ancha herida sobre el hombro del mismo lado.

Ya no se trataba de defenderse, sino de morir bien en caso de no poder huir.

Cuello, hizo, sin embargo, un último esfuerzo por escapar de aquel círculo de asesinos; dió una terrible puñalada al sereno que tenia mas cerca y fué á saltar sobre su caballo.

Una vez montado, Cuello estaba á salvo; su caballo era ligero y los serenos tal vez no lo perseguirian. Fué á dar el salto salvador, pero la pierna izquierda habia perdido toda su flexibilidad por la herida recibida, y volvió á caer lanzando una maldicion. En seguida se le dobló la rodilla y quedó allí mirando á sus enemigos, con el rostro demudado por el dolor que debia causarle la herida.

—Ya tronaste, maula! gritó don Ruperto, cargando él, entónces, seguido de la gente.

—Todavía no he muerto, replicó Cuello;—todavía tengo fuerza para bajarte las tripas.

Toda resistencia fué desde aquel momento inútil—la sangre que perdía cada vez en mayor abundancia habia debilitado toda su accion y la defensa se hacia cada vez mas penosa á consecuencia de la herida que recibiera en el hombro izquierdo, herida sensible que paralizó totalmente este brazo, donde se basa toda la defensa del hombre que combate á cuchillo.

Cuello, postrado, estenuado por la fatiga del largo combate y por el dolor de las heridas que cada vez se hacian mas sensibles, sufrió el último ataque, tratando hasta el último momento de herir á sus adversarios, pero todo fué inútil.—Los serenos cargaron sobre él y lo amarraron con las fajas, atravesándolo sobre su propio caballo, despues de saciar sus iras dándole de golpes con sus rebenques.

Juan Cuello fué conducido á la policia de que entónces era gefe don Juan Moreno, á quien el ayudante don Ruperto dió un parte verbal exajerando los hechos ocurridos, y diciendo que, sin saber por qué habia sido ata-

cado por aquel hombre á quien suponía ser un salvaje unitario, por que cuando lo atacó dió un muera á la federacion.

Con aquel parte verbal, Cuello estaba completamente perdido. Estaba acusado de salvaje unitario y de haber intentado asesinar á un fiel servidor de la santa federacion.

Cuello fué pasado á la cruzija donde se curaron sus heridas, en prevision de que Rosas quisiera hacerlo degollar para escarmiento de asesinos salvajes unitarios.

Don Juan Moreno dió cuenta de la prision de Cuello, en una estensa nota de la que tomamos los párrafos siguientes:

«Viva la Confederacion Argentina!

«Mueran los salvajes unitarios!

«Al excelentísimo señor Gobernador y Capitan General de la Provincia, don Juan Manuel de Rosas.

«Se halla preso en este Departamento Central de Policia, un individuo llamado Juan Cuello, que anoche asaltó á una patrulla de serenos del ayudante de la parroquia de Balvanera de la Encarnacion, lo que tengo el alto honor de comunicar al excelentísimo señor brigadier general.

«Segun el ayudante que lo ha reducido á prision, este es un bandido salvaje unitario, que acometió á la patrulla daga en mano, dando mueras á la federacion, lo que constituye un grave delito digno de ejemplar castigo.

«El asesino Cuello ha dado muerte á dos de los serenos y herido de un tajo en la cara al ayudante que los mandaba y á otro sereno mas, lo que agrava su delito en gran manera. He dado órden que se curen las heridas que ha recibido en el combate, para que esté apto para sufrir la suprema resolucion del excelentísimo señor Gobernador y Capitan General de la Provincia.»

Rosas recibió esta nota y quedó asombrado de que en la ciudad de Buenos Aires hubiera un gaucho bastante valiente para desafiarse cólera, peleando con una partida de su gente.

Mandó llamar al ayudante que habia prendido á Juan Cuello y se hizo dar los mas minuciosos detalles de la lucha sostenida por Cuello con una partida de serenos.

Don Ruperto cargó asombrosamente la mano sobre la culpabilidad del reo, y creyendo dar mayor importancia á su captura, se deshizo en mil ponderaciones sobre el valor asombroso de aquel gaucho que, sin mas armas que su daga, habia podido luchar mas de media hora contra la patrulla, haciéndole dos muertos y algunos heridos, entre los que figuraba él mismo.

Rosas, que tenia gran aprecio por los gauchos valientes, con los que engrosaba las filas de la mazorca, lejos de mandar degollar á

Cuello, como lo esperaba don Ruperto, ordenó que se le atendiera con cuidado, y una vez que estuviese bueno de sus heridas se le diera vivo para disponer lo que con él se habia de hacer.

Cuello entre tanto fué sacado de la cruja y pasado á la cárcel, donde fué curado con todo esmero, segun se creia para ser degollado en alguna plaza pública.

Allí, luchando con la suprema amargura en que estaba sumido su espíritu, pensaba en su anciana madre, que tal vez fuera víctima de inicuas persecuciones, y en la gentil Mercedes que seria entregada por Da. Tránsito al cobarde D. Ruperto, que lo habia reducido á aquel estado miserable.

Cuando aquel jóven desgraciado pensaba en estas desventuras, suplicaba á los que le curaban que lo dejaran morir, porque cada minuto de vida era para él un horrible martirio.

—No te apures, le decia el alcaide de la cárcel: si tanta ganas de morir tienes, cúrate pronto y mas pronto te cortarán el pescuezo.

Cuello pasó así quince horribles dias entre la vida y la muerte: no sufría tanto por sus heridas que se curaban rápidamente, cuanto por el tristísimo estado de su espíritu.

Al cabo de aquellos quince dias, que para él fueron quince siglos, el alcaide comunicó en una larga nota, que el preso estaba completamente curado.

Se iba á decidir por fin su destino, con la caída de su cabeza, segun la creencia general de los empleados de la cárcel.

Aquellos quince dias, su madre los habia pasado llorando amargamente y careciendo tal vez de lo mas necesario—Quizá lo lloraría muerto porque en aquellos tiempos quince dias de ausencia solian significar la pérdida de la cabeza, ó algun federal comedido le habria contado lo sucedido, anticipándole el fin que se preveía.

Los dias pasaban sin que Rosas hubiera resuelto nada sobre su persona y Cuello, entregado á sus tristes pensamientos, deseaba ardentemente concluyeran cuanto antes con su mísera existencia.

Una mañana temprano vino por fin una órden del tirano referente á Cuello que el alcaide de la cárcel recibió, creyendo se tratara de hacerlo degollar como se hacia diariamente con otros presos.

Aquella no era una órden de degüello, sinó un decreto disponiendo que el reo Juan Cuello fuese enviado á Palermo y entregado al coronel edecan de S. E. don Juan José Hernandez.

Esa misma mañana, el gefe de policia don Juan Moreno, cumplió aquella órden y remitió á Cuello á la division de Palermo, segun lo comunicó en una estensa nota de la que

copiamos solo los últimos párrafos, como modelo de servilismo.

« Si los pocos individuos que por las faltas espresadas van á los trabajos fuese del Supremo agrado de V. E. el que sean clasificados y elevadas sus clasificaciones al conocimiento de V. E. el infrascripto tendrá el honor de hacerlo inmediatamente; pues no tiene mas anhelo que en un todo llenar y aún si pudiese, anticipar el cumplimiento y deseos de V. E.

Si V. E. notase alguna demora en la remision de los presos al Depósito, aunque muy pocas veces sucede, será siempre porque el subscripto se ocupa personalmente de investigar por sí propio los hechos para sustanciar los delitos, pues como V. E. lo habrá notado en todos los partes pasados en cinco años que van á hacer tiene la honra de estar al frente de la Policia, por la bondad honrosa para el que firma en todos aquellos documentos y sobre todo delito aparecen comprobados sus procedimientos personales habiendo anulado la perniciosa costumbre de que el Gefe de Policia se atuviese al parte de los Comisarios y demas empleados.

Asi es que Exmo. Señor un solo individuo que haya sido preso por la Policia no podrá decir que no ha sido inspeccionado y escudriñado su delito por el que firma en persona, aun en aquellos mas leves é insignificantes todo para evitar parcialidades de cualquier género de equivocaciones ó dolencias, que trajesen desobedecimiento á las supremas órdenes de V. E. perjuicio á la moral pública, injusticia contra el inocente y en conclusion descrédito aun para la misma Policia. Este trabajo Exmo. Señor es algunas veces pesado pero por las razones espuestas y por aproximarse el que firma al lleno de su deber lo ha tomado sobre si y lo desempeña cuando el caso lo exige sin reserva de dia y hora ejemplarizado en cuanto le es posible atendida su incapacidad, con el virtuoso y constante modelo que V. E. le presenta, pues el que firma como todo el pais, ve á V. E. inmolado á un trabajo penoso constante é inmensamente grave en medio del que sufre V. E. resignado mil privaciones, los males y dolores agudos que de bastante tiempo aquejan á V. E.

Dios guarde á V. E.

Juan Moreno.»

Cuello fué pues remitido á la division Palermo, donde lo recibió don José Hernandez, coronel edecan de S. E., que lo esperaba ya en su famoso cuartel de Torrecillas.

Grande fué la sorpresa de Juan Cuello al ver que el coronel Hernandez lo recibia con bastantes buenos modos, diciéndole que de órden de S. E. lo iba á dar de alta en la divi-

sion, porque los hombres valientes como él, debían prestar su servicio á la patria.

Inmensa fué la alegría de Cuello al saber que no sería degollado!—No era que tuviese miedo á la muerte, sino que viviendo, podía

vengarse de don Ruperto y de doña Tránsito.

—Si alguna vez salgo de aquí, pensó Cuello, se cumplirá mi venganza y don Ruperto me pagará con réditos todo el mal que me ha hecho.

LA MARCA DE INFAMIA

Así que el coronel Hernandez recibió á Cuello, lo dotó del uniforme federal, que consistía en una camiseta y un chiripá punzó, cuyo complemento era la tradicional gorra de manga, destinándolo al regimiento Escolta de la Division Palermo.

El coronel Hernandez era uno de aquellos hombres feroces cuyo mayor placer consistía en aplicar castigos terribles á los desgraciados que formaban aquella maltratada division.

Bastaba una sola falta á la lista, para que Hernandez pusiera un soldado en cuatro estacas, hasta hacerlo morir despedazado en ellas, como aplicaba quinientos azotes por la falta mas insignificante.

Cuenta el comandante Barbará en sus anécdotas de aquellos tiempos, que una vez vió él mismo en el campamento de Palermo, mas de cincuenta soldados estaqueados, por haber faltado á una lista.

Estas crueldades inauditas y su proverbial cobardía, fueron causa de su muerte en la derrota de Caseros, donde segun lo atestiguan el mismo comandante Barbará, fué muerto á puñaladas y lanzadas por sus propios soldados, cuando disparó á los primeros tiros.

Cuello, altivo y dotado de un corazon lleno de nobleza, no podia mirar sin profunda repugnancia aquellos actos de crueldad feroz, porque el coronel Hernandez hacia gozar su espíritu cobarde.

Veía aquellos actos abominables, contemplaba aquellos soldados mutilados por la afrentosa vara de membrillo, y no comprendía como tanto hombre podia sufrir un trato que hubiese sublevado al mas miserable de los insectos.

Y es que todos los habitantes de Buenos Aires estaban aterrorizados hasta el punto de no atreverse á contar para el otro dia con la cabeza sobre los hombros, pues para hacerla caer, bastaba solo la mas ligera sospecha.

Un simple vigilante era un ser omnipotente hasta el punto de desnudar su espada en media calle y darle una gran paliza al personaje de mas campanillas, aunque fuera un ministro extranjero, por quienes como es sabido, no se guardaba consideracion alguna.

El mismo don Eusebio el loco, que no era tal loco sino un vividor como muchos de los que se ven al presente, apadrinado por Rosas, no tenia inconveniente en dar un garrotazo en la cabeza del que se atrevia á burlarse del traje de general, el sublime casco de arcángel Gabriel, y el garrote de tala con borlas, que era su enseña de mariscal de la América de Buenos Aires.

Y era necesario sufrir el garrotazo de aquel pillo, dándose uno por feliz de que no le lloviera otro, porque Rosas no hubiera trepido en hacer cortar la cabeza del insolente que se hubiera permitido provocar las iras de don Eusebio de la Santa Federacion.

En el mismo caso estaba el loco *Viguá* y otros personajes que tenia Rosas en Palermo para su suprema diversion y para hacer recibir por ellos, oficialmente, á aquellas personas á quienes queria degradar.

Cuello miraba todas estas crueldades y su alma jóven y generosa se sublevaba, pensando en el dia tremendo en que él tuviera que sufrir una de aquellas afrentas brutales, ó alguno de aquellos feroces castigos.

Su génio alegre y travieso que no habian podido extinguir los tormentos sufridos, se habia captado la amistad de sus compañeros de presidio, pues bien se podia llamar un presidio el pertenecer á la guarnicion de Palermo.

Una vez fué Cuello nombrado en comision para aplicar con otro soldado, dos mil azotes á un cabo que habia faltado á dos listas, castigo tremendo que se debia aplicar al otro dia al toque de diana.

Cuello se indignó, arrojó lejos de sí la vara de membrillo que se le habia dado y declaró que no aceptaba aquella odiosa comision, aunque lo degollaran, que era lo mas que podia sucederle.

Llevaron el parte de este suceso al feroz Hernandez que estaba tomando mate, y mandó arrestar á Cuello, para que al dia siguiente recibiese él los dos mil azotes que no habia querido aplicar, desobedeciendo una orden que emanaba de él.

Pero el suceso llegó á conocimiento de Rosas, que gustaba mucho de los rasgos de valor,

y mandó ordenar á su odecán que pusiese en libertad á aquel soldado, á quien él indultaba de la falta cometida, no protestando de aquel acto de perdon, pues temblaba á Rosas como todos los demás gefes á quienes el tirano daba de punta-piés delante de la tropa, para que los soldados les perdieran todo respeto.

Y Rosas observaba esta conducta; pues siendo hombre de increíble sagacidad, decia que la tropa no habia de seguir á un gefe pateado por él, el dia que este quisiera hacer algun motin ó revuelta.

Desde este dia Hernandez cobró á Cuello una ojer.za profunda. No se atrevia á castigarlo temiendo un reproche de Rosas, pero lo recargaba en el servicio, hasta el extremo de tenerlo un dia entero de centinela.

Cuello callaba todas estas injusticias y miserias, «juntando rabia» para el dia en que, estando libre, pudiese tomar cuenta, de alguna manera, á aquellos verdugos cobardes y feroces, para quienes no habia consideracion suficiente ni ruego susceptible de moverlos á piedad.

Siempre triste y pensativo, Cuello pasaba sus dias recordando su rancho donde su buena madre estaria llena de agitacion por su ausencia, y los bellos ojos de su Mercedes, quien tal vez estaria ya casada con el maldito don Ruperto.

Algunas noches sus compañeros lograban arrancarlo á sus tristes meditaciones, proponiéndole alguna partida de guitarra en las cuadras, para matar penas, como ellos decían, pues el hombre no debia dejarse nunca vencer por el dolor.

Juan Cuello olvidaba por un momento sus desventuras, la espresion de alegre travesura asomaba á su semblante, y en un movimiento estudiantil, tomaba la guitarra que preludiaba imprimiendo á las cuerdas una cadencia picaresca, aunque con un fondo de profunda melancolia, que se veia vagar en la vibracion de cada acorde.

Con la guitarra en la mano, el jóven soldado parecia otro hombre: sus ojos pardos brillaban primero, se entornaban en seguida mirando al través de las pestañas con una suavidad tristisima, y entonaba uno de aquellos estilos arribeños, cuya cadencia quejumbrosa y sollozante oprime el corazon como el recuerdo de un amor perdido.

Cuando Cuello cantaba, no eran solo los soldados los que lo escuchaban—eran tambien los visitantes de Palermo, y muchas veces el mismo don Juan Manuel acompañado de Manuelita.

Cuello se habia captado la simpatía y aun el respeto de sus compañeros, como ya lo hemos dicho—era un cantor admirable y un valiente á toda prueba, segun lo habia demostra-

do peleando una patrulla de serenos, hecho que ya se conocia en el cuartel, y arrojando la vara de membrillo sin querer cumplir la orden de castigar á un compañero.

La voz esplendídsima de Cuello, aunque sin educacion musical, acariciaba el oido de tal manera, que allí quedaba vagando su dulce eco durante toda la noche.

Pe.o muchas veces en medio de su canto Cuello recordaba á su anciana madre, pensaba en Mercedes y sus ojos se llenaban de lágrimas, oprimiéndole el corazon:—entonces arrojaba lejos de sí la guitarra, bajaba la mirada y permanecia mudo é indiferente á todo, durante muchas horas.

Era en vano entonces toda reflexion que se le hiciera y todo el empeño que tomaban sus compañeros para distraerlo de sus tristes meditaciones, tratando de hacer renacer la pasada alegría.—Pienso en mi madre decia, que tal vez no tenga hoy que comer y esto me quita todo el humor.

Estos dos rasgos solos bastaban para que Cuello adquiriera un gran prestigio y ascendiente sobre todos los soldados, paisanos en su mayor parte, cuya leal y profunda amistad se conquista con estas dos prendas: un valor á toda prueba y una voz hermosa.

Entre los compañeros de armas habia un trompa llamado Isidro Marquez, á quien hemos de ver figurar en el curso de esta curiosísima historia, que habia tomado á Cuello un especial cariño.

Marquez era un paisano tronera, guapo «hasta la pared de enfrente» y capaz de aguantar cinco mil azotes, no solo sin quejarse, sino pidiendo la yapa asi que terminaba la azotatura.

Soldado viejo y curtido, Isidro Marquez gozaba de cuando en cuando de alguna licencia para venir á la ciudad, de lista á lista, tiempo que empleaba en recorrer los almacenes, *haciéndole el gusto* al gañote en cada uno de ellos, hasta quedar completamente en *turca*.

Marquez sabia que cada vez que venia ébrio al campamento se chupaba cincuenta ó cien azotes, pero los sufría resignado, asegurando con una travesura infinita que era necesario hacerle el gusto al gañote, aunque *el de sentarse* tuviese que pagar este gusto.

—Que lo hemos de hacer al dolor! decia despues de recibir la dosis de azotes es necesario regalar el cuerpo por dentro para que luzca por fuera, y guascaso mas, guascaso menos, no me ha de sacar del gañote el rico gusto á ginebra.

Isidro Marquez solia caer al cuartel despues de una de estas licencias, ostentando en el rostro algun par de tajos que le habian regalado en alguna pelea tenida con algun celoso; pero era seguro que si traia los tajos, traia tambien

á las ancas alguna moza, causa de la querella, moza que se la descomisaban inmediatamente sus superiores, dispensándolo en cambio de los palos á que se habia hecho acreedor.

Era seguro que en estos casos el que le hiciera las heridas habia quedado, por lo menos, con las tripas afuera ó con la cabeza dividida de un hachazo de mano maestra.

Al otro dia pasaban las comisiones el parte de lo sucedido, á Juan Moreno, quien, como jefe de policia lo comunicaba al *supremo* conocimiento de S. E., pero los soldados de la Division Palermo tenian carta blanca para matar *sabandij*s é insolentes que se permitian faltar al respeto á un trompa de la escolta de S. E.

Este hombre original tomó á Cuello un cariño entrañable, cuidándolo con una solicitud paternal y llevando su abnegacion hasta acompañarlo en los servicios mas penosos y aburridos.

Fué de Isidro Marquez que Cuello se valió para hacer saber á su viejita que vivia y mandarle algunos recursos, por supuesto, ocultándole que habia sido destinado á la tropa de línea, pues solo se le dijo que el gobernador lo tenia cuidando unos parajeros.

A su vuelta Marquez pudo comunicar á Cuello que la viejita estaba buena y quedaba contenta por haber recibido noticias suyas, cuando creia le hubiese sucedido una desgracia irreparable—pero el trompa fué tambien portador de una desventura que, aunque Cuello la esperaba, cayó sobre su espíritu abatiéndolo por completo.

Mercedes, la gentil Mercedes se habia casado con D. Ruperto hacia mas de quince dias, casamiento que se celebró con un baile en casa de doña Tránsito, baile al que asistió media mazorca y que se llevó á cabo con todo lujo, pues habia allí mas de veinte guitarras y cinco acordeones.

Fué tan doloroso el golpe para Cuello, que el trompa Marquez sintió haberle dado tan de pronto la noticia, suponía que el amor de Juan por Mercedes no seria mas intenso ni de otro género que el que él sentia por las mozas que solia traer en ancas y que le descomisaba el capitán.

—No se enoja amigo, le dijo Marquez, lo que vió el triste efecto de su noticia—yo pediré otra licencia y le juro que le traigo en ancas á la Mercedes, dejándola viuda si usted quiere.

—Es inútil contestó Cuello con un acento que parecia un gemido—ya todo se acabó para mí—no me queda otro camino que vengarme, y si Dios me dá un poco de vida, mi venganza no va á tener pareja, yo mismo he de robar á don Ruperto su mujer, pero ha de ser despues de allanarle el corazon y las entrañas, en compania de doña Tránsito.

Entonces los allanamientos estaban de moda y los soldados decian allanar el corazon á un hombre, ó allanar una limeta de ginebra, pues allanar, para ellos, en su lenguaje pintoresco, significaba apoderarse de una cosa contra la voluntad de su dueño.

—Yo he de salir de aquí tarde ó temprano, añadió Cuello, pero el dia que yo salga van á estar de banquete los perros de la vecindad á quienes daré las osamentas de esos malditos.

—Eso es hablar! gritó Marquez alborozado; ah! hijitos! si ya se me hace que los veo ensartados en su daga como capones al asador, cuente con una manito mia, que me pelo por estas cosas, y que deseo servir á un hombre tan de entrañas y tan de resolucion como usted.

—Eso sí que no, replicó Cuello, por cuyas pupilas cruzó un relámpago de odio—me he de vengar yo solo, y he de tener el gusto de hacer penar á ese hombre todo lo que él me ha hecho penar: no está la monta en matar, amigo Marquez, es preciso ver cómo se mata y saber no herir la carne hasta no haber bandedado «la alma», revolviendo el puñal sin asco y sin lástima.—y al decir esto, la fisonomia de Cuello adquiria una expresion terrible, y su nariz se dilataba como si aspirara el olor de la sangre de D. Ruperto.

El deseo de venganza se iba infiltrando poderosamente en aquel espíritu noble, hasta el punto de gozar inmensamente, solo á la idea de que daba muerte á D. Ruperto, despues de haberlo hecho probar todo género de crueles tormentos, que le sujeria el deseo de que su venganza fuese realmente feroz.

Combinaba mil planes diabólicos, que desechara instantáneamente para reformarlos por otros que le parecian mas de acuerdo con el odio inmenso que sentia afluir á los senos del corazon.

Y como si de su venganza solo lo separara un par de minutos, sacaba de la cintura la daga que le fué devuelta al darlo de alta y probaba su filo sobre la yema del dedo pulgar, mirando su punta aguda y brillante con el placer íntimo que causa la pobre satisfaccion de una venganza.

Esta era la sola esperanza que alimentó á Cuello desde el dia que Marquez le trajo aquella noticia abrumadora y se propuso dedicar todo su esfuerzo al cumplimiento de la venganza que juró.

El coronel Hernandez, entre tanto, empezó á tomar entre ojos al trompa Isidro Marquez, desde que lo vió ligado al recluta que habia desobedecido una orden suya y á quien no habia podido castigar porque S. E. lo habia perdonado.

Por todos los medios á su alcance, aquel hombre tan cruel y tan feroz, trataba de poner á Cuello en situacion de cometer uno de

aquellos delitos que mas provocasen las iras de don Juan Manuel; pero Cuello, prevenido siempre á tiempo por el trompa Marquez, evitaba el escollo y salvaba el castigo, lo que tenia á Hernandez de un humor de todos los diablos.

A cualquier otro soldado, Hernandez, sin pretesto alguno, como lo hacia siempre que queria, hubiese mandado dar dos mil azotes—pero Rosas habia mostrado preferencias por aquel soldado y Hernandez no se hubiera atrevido por nada de este mundo á hacer una cosa contra los *supremos* deseos de S. E. el gobernador *supremo*.

Por eso Cuello iba escapando á los deseos del malvado edecan que seguia en su propósito, convencido que, tarde ó temprano, Cuello habia de caer en alguna de las trampas que le tendia.

En aquellos tiempos á Rosas habia entrado la manía de poseer una gran quinta en Palermo, y un jardin donde figurasen las plantas mas ricas que se conocian entónces en Buenos Aires.

Tanto la quinta como el jardin eran cuidados por gallegos que el tirano mandaba en gran número á Palermo, bajo calificativos denigrantes y poco favorables á aquella honrada gente.

Estos gallegos estaban divididos en varias cuadrillas, que cuidaban diversas secciones de la quinta ó las diferentes crias de animales raros que habia en Palermo.

Algunos de los soldados de la escolta y demás regimientos de la division, eran también enviados á esta clase de trabajos, pues llegó un tiempo en que se destinó un hombre, para que se ocupara en sacar los vichos de cesto de un solo árbol, y otros cuya única tarea era limpiar prolijamente una planta de jazmin del Cabo, hoja por hoja y con un cepillo de dientes.

A esta clase de tareas empezó Hernandez á mandar á Juan Cuello, seguro de que siendo este, torpe como la generalidad de los paisanos para el cuidado de plantas, habia de hacer una barbaridad que diese al traste con la consideracion que le tenia Rosas.

Al efecto le mandaba cuidar las plantas que el tirano mas apreciaba, para que la barbaridad fuera menos perdonable, y fué en una de estas pérdidas trampas donde cayó el incauto Cuello.

Poco amigo de cuidar plantas, y de andar al rayo del sol removiendo la tierra de estas, Cuello se fastidiaba enormemente y decia que el dia menos pensado iba á concluir con cuanto planta hubiera en Palermo.

—No le haga el gusto, le repetia el trompa Marquez:—lo que quiere el coronel es que le dé un motivito para allanarle el cuero con

mil ó dos mil azotes, porque le tiene ganas desde aquel dia.

Cuando Cuello oia esto, ya le parecia que realmente lo estaban castigando, y la ira agolpaba la sangre al semblante que se ponía encendido de vergüenza y de indignacion.—El dia que á mí me castiguen, decia entónces Cuello, no puede llegar, porque para hacerlo, tendrian que matarme—y la sangre entónces se le retiraba del rostro, dejándolo lívido como el de un cadáver.

—No se fie, amigo—repetia el trompa Marquez—el coronel tiene muy malas entrañas, y por hacerse el gusto, es capaz de acumularle tales hechos, que no le valga entónces el apoyo del gobernador.

Una de aquellas noches Cuello habia estado sumido en la mayor tristeza—pensaba en su anciana madre, y sus ojos se humedecian, entornándose á impulsos de las lágrimas que affluían á ellos. En toda la noche no habia podido dormir, lo que le habia ocasionado un fuerte dolor de cabeza.

Cuello asistió sin embargo á la lista de diána, despues de la cual se puso á limpiar sus armas y correaje, como era de práctica en la division que comandaba el coronel Hernandez, prolijidad que hacia observar con el único y esclusivo objeto de tener un pretesto mas para aplicar sus espantosos castigos.

A las ocho de la mañana dieron á Cuello una pala, y lo mandaron á cuidar unas plantas de diamelas, favoritas del tirano, que le habian mandado de regalo desde Santa-Fé, y que él mismo, con gran cuidado, habia trasplantado en Palermo.

Cuello fué á cuidar las plantas, con un humor de todos los diablos. Al dolor de cabeza se agregaba la pena que sentia por estar separado de su madre á quien amaba con verdadera idolatria, y á todo esto se unia la repugnancia que experimentaba por el nuevo oficio de cuidar plantas á que se le habia dedicado.

Caminando entre las plantas, se le enredó la rodaja de su larga espuela, rompiendo el gajo mas hermoso de una de ellas, rotura que miró con cierto espanto por las prevenciones que le habia hecho Marquez.

Al ver el gajo que habia quedado pinchado en la rodaja de la espuela, la cólera se le agolpó á la cabeza, pensó en los azotes que todos los dias veia aplicar á sus compañeros, y cediendo á un movimiento nervioso, concluyó de aplastar la planta, cuyas ramas crujieron bajo su pié.

—Estoy perdido, dijo Cuello á Marquez, que trabajaba en el siguiente cuadro de jardin. Si ven esta planta rota por mí me van á fusilar y entónces no podré cumplir la verganza que habia jurado por la memoria de mi padre.

Y era verdad, la vida era odiosa para Cuello, en la situación de espíritu porque pasaba, y si tenía miedo á la muerte era solo porque esta haría fracasar su plan de venganza.

El trompa Marquez trató de acomodar la planta, de manera que no pudiera conocerse el daño que sufriera—pero había sido tan rudo el pisotón, que todas las ramas y brotos estaban despedazados.

—No tiene compostura, dijo Marquez en el colmo del desaliento—ahora sí que el coronel va á hacer todo lo posible por salirse con la suya, mandándonos dar de palos. ¡Qué desgracia, compañero!—lo digo por usted, que lo que es yo tengo el quero curado.

Juan Cuello se entregó entónces á la mas amarga desesperacion—su razon se estraviaba al pensar que podia ser azotado como un esclavo y miraba aterrorizado la planta despedazada.

Resignándose por fin á lo que sucediera, arrojó lejos de sí la pala, y se sentó en el suelo, apoyando la cabeza sobre la palma de la mano, posicion en la que permaneció muchas horas, como idiotizado.

Qué pensaba aquel hombre que así inmóvil clavaba los ojos en la tierra y los dedos en la mejilla descarnada, enflaquecida por el sufrimiento?

Cuello pensaba en la manera de librarse del castigo á que se había hecho acreedor, y medía planes de fuga antes que se presentase en el jardín el coronel Hernandez, para gozarse en aquella falta, que le proporcionaba esa ocasion de vengar la desobediencia de aquella mañana fatal.

El trompa Marquez suspendia de cuando en cuando su trabajo y observaba á Cuello con su fisonomía llena de cicatrices, que en aquellos momentos había tomado una espresion casi humana.

—Pobre compañero, decia—lo bueno es que esto solo pasa la primer vez, despues el cuero se acostumbra y recibe la segunda paliza como quien toma una azumbre de chicha, que era la bebida de aquellos tiempos.

Pero con aquellas pa abras Marquez solo lograba aumentar la desesperacion de Cuello, para quien la pena de azotes era una afrenta que no tendria suficientes fuerzas para sobre llevar.

A eso de las cinco de la tarde, los dos soldados vieron venir hácia ellos al mismo don Juan Manuel, acompañado del coronel Hernandez á quien todos dirijian al pasar una maldicion silenciosa.

Ambos llegaron hasta donde estaba Cuello que temblaba de emocion, tratando de ocultar á su espalda, con los pliegues del chiripá, aquella maldita planta, que iba á ser causa de una desgracia.

Isidro Marquez estaba cuadrado, inmóvil como una estatua, y llevando su mano militarmente al lado de su gorro de manga.

Rosas adivinó en la turbacion de Cuello que algo pasaba, y clavando en él sus hermosos ojos azules, aunque de espresion diabólica, le preguntó que hacia allí tan turbado y por qué estaba asustado.

Cuello vaciló un momento, levantó hácia el rostro del tirano su limpia y franca mirada y no encontró palabras con que responder á aquella pregunta.

Hernandez que miraba á todas partes sospechando el origen de la turbacion de Cuello, vió la planta destrozada y dijo apresuradamente despues de apartarlo de allí brutalmente.

—Es, excelentísimo señor, que este pillo ha roto una planta para desquitarse del trabajo que se le manda hacer, y tiene miedo de que V. E. vea el daño que ha hecho y lo castigue. Así son todos estos pillos!

Cuello envolvió á Hernandez en una mirada llena de ódio y permaneció mudo.

—¿Cuándo se ha roto esa planta? preguntó Rosas, midiendo á Cuello de arriba abajo—á responder pronto antes que yo te haga cortar las orejas para desatar tu lengua cuidado con empacarse—concluyó con feroz ademán.

Cuello no atinó á contestar una palabra, silencio que empezó á encolerizar á Don Juan Manuel.

—Este pillo es así, se apresuró á decir Hernandez, no tiene respeto por nadie, desde que V. E. le comutó una pena, y si no se le aplican mil azotes no se le va á poder dominar.

En los ojos de Cuello había una nube de sangre—la cólera lo iba dominando poco á poco, hasta sentir tentaciones de saltar al pescuezo de aquel hombre y estrangularlo entre sus nerviosas manos.

—¿Cómo se ha roto esa planta? volvió á preguntar Rosas imperiosamente.

—Es, balbuceó Cuello, que á la proximidad del peligro sentia renacer su sangre fria y su valor sereno—es que se me enredó en una de las ramas, sin querer, la rodaja de la espuela, arrancándola.

—Observe V. E. añadió Hernandez que la planta está deshecha como si se le hubiera dado de patadas; este daño ha sido hecho intencionalmente, porque este gaucho es muy malo y muy empacador.

Cuello no sabia mentir y cediendo á la ira que lo dominaba, sin pensar que se hacia con ello un mal inmenso, levantó la cabeza jovial y altiva diciendo:

—Es verdad—dominado por la rábia que me dió la desgracia que me había sucedido, le he dado una patada, pero sin deseo de hacer mal y sin saber lo que hacia.

—Sí? dijo Rosas—con que de rabia eh?— Bueno, coronel, á este que se permite tener rabia contra mis diamedas, péguemele quinientos azotes mañana, al toque de diana, para que se le pase la rabia.

Cuello quedó tan aterrado al oír aquella sentencia, que no atinó á moverse de aquel sitio: ya Rosas y Hernandez estaban á mas de veinte varas de distancia, y Cuello permanecía allí, aterrado y estremeciéndose poderosamente.

Su pupila se habia dilatado por el espanto, dos grandes ojeras se dibujaban debajo del párpado inferior, y su boca entreabierta y caída lo presentaban en la manifestacion mas poderosa del terror.

—No hay que acobardarse compañero, dijo Marquez alegremente, el dolor pasa con sebo y peor hubiera sido otra cosa, ó que en vez de quinientos hubieran sido dos mil—pero Cuello no lo escuchaba, la idea de que iba á ser azotado, afrentado ignominiosamente, lo habia convertido en un autómeta.

Un cuarto de hora despues de haberse alejado de allí Rosas y el coronel Hernandez, vino un sargento y un cabo, lo desarmaron y lo condujeron preso al cuerpo de guardia, donde le notificaron que al dia siguiente al toque de diana, recibiria mil azotes—á los quinientos mandados dar por don Juan Manuel, Hernandez habia agregado otros quinientos, doblando así la dosis.

Cuello tomó la cabeza entre las manos, y la sacudió en medio de la mas desesperante angustia, angustia tan patética, que conmovia á los mismos soldados del cuerpo de guardia, hombres avezados á estas escenas, y endurecidos por el hábito de presenciarlas.

Cuello, en medio de su desesperacion, llegó á dar su cabeza contra la pared, tentando si por este medio podria suicidarse, lo que visto por el sargento de guardia, fué causa de que lo pusiese en el cepo.

A eso de las nueve de la noche, el coronel Hernandez se presentó en el cuerpo de guardia, y se puso á insultar á aquel desventurado, usando las palabras mas groseras y vejatorias.

—Dicen que de quinientos azotes no se muere, dijo Cuello de una manera sombría—ruegue á Dios que esto no sea verdad, porque si alguna vez llevo yo á verme libre, lo he de hacer picadillo.

—Si no se muere de quinientos azotes, dijo aquel salvaje, tampoco se muere de mil, que es lo que te chuparás mañana, para barte ese cogote insolente—Ya te haré pedir perdon, trompeta!

Cuello lloraba de coraje al verse impotente y á la completa merced de aquel bárbaro.

No tenia defensa posible, seria infamado

al otro dia, y el no podria hacer absolutamente nada para evitar aquel castigo afrentoso que hubiera cambiado alegremente por cuatro tiros.

—Si me pongo á gritar impropiedades, pensó Cuello, tal vez me manden pegar cuatro tiros y me libre así de los azotes—y halagado por esta idea se puso á decir cuanta insolencia se le venia á la boca, contra Hernandez y contra el mismo Rosas, pero con esto solo logró que le pusieran una mordaza.

Entre tanto la noche iba pasando y la hora del tormento se acercaba—Cuello no podia dormir; con todas sus facultades dedicadas á encontrar un medio que lo librara de los azotes, gemia poderosamente al pensar que todo esfuerzo seria completamente inútil.

El momento fatal llegó por fin, el trompa de órdenes echó llamada y el campamento empezó á agitarse, por la precipitacion con que cada cual ocurría á formar en su compañía.

Al sentir el primer toque de llamada, Cuello se estremeció poderosamente, estremecimiento que se convirtió en un verdadero temblor cuando vinieron á sacarlo del cepo.

Cuando Cuello se vió libre de la mordaza y del cepo, se tomó desesperadamente á brazo partido con los soldados que debian conducirlo al cuadro que ya lo esperaba formado.

—Atenlo, átenlo, gritó el coronel Hernandez llegando á la puerta, y llévenlo ligero que ya está todo listo para que este trapo sucio se entretenga por lo menos con un cuarto de hora de chacota.

Al sonido de aquella voz odiosa, Cuello dobló sus esfuerzos pretendiendo escapar, pero todo fué inútil; le amarraron con las fajas y lo condujeron al centro del cuadro donde debia recibir los azotes.

Cuando el desventurado llegó al centro del cuadro, era un completo autómeta; caminaba maquinalmente y miraba en todas direcciones indiferente, como si estuviese ageno á lo que iba á pasar allí.

Con una rapidéz que demostraba el hábito que para aquellas azotainas habian adquirido los soldados, Cuello fué desnudado y colocado en el aparato en que debia sufrir el castigo.

Se acercaron á él dos soldados armados de una vara de membrillo curada al fuego con grasa, la banda de tambores y clarines empezó á tocar y aquel martirio horrible dió principio, á la vista del mismo coronel Hernandez, que habia ido allí espresamente á gozarse en el tormento de aquel infeliz.

Cinco minutos despues Cuello habia recibido ya doscientos azotes, y la sangre saltaba á chorros de los tajos que en la carne viva abrian las terribles varillas de membrillo.

Cuello no pronunció una sola palabra, no

se le cayó la mas leve queja, sufriendo con una resistencia imponderable aquel redoble de azotes, cada uno de los cuales abria una herida, allí donde el azote anterior habia formado una llaga.

A los quinientos azotes, la parte castigada habia perdido completamente su forma—era una masa de sangre y carne lacerada, de donde á cada golpe saltaban pequeños pedazos que iban á chocar en el rostro de los que estaban mas próximos.

El coronel Hernandez, lejos de conmoverse ante aquel espectáculo horrible, animaba con alguna injuria á los soldados que castigaban. soldados que ya se habian relevado cuatro veces, para que cargaran la mano, en la esperanza de arrancar un lamento al pecho de Juan Cuello.

Pero todo era en vano! Cuello estaba inerte, sin pronunciar una sílaba ni hacer el menor movimiento de dolor: parecia que estuviesen castigando á un cadáver!

Cuando el castigo terminó, cuando Cuello recibió el último varazo, se podia ver el hueso blanco por entre el despedazamiento de la carne castigada. Era un espectáculo tan conmovedor que solo un asesino malvado podia contemplarlo á sangre fria.

Cuando fué sacado de la máquina de tormento, recién entonces se vió que estaba vivo: parecia increíble que hubiera tenido fuerzas suficientes para aguantar un castigo que habria hecho desmayar á los soldados mas fuertes y de alma mas bien templada.

Cuello, una vez de pié, alzó la cabeza densamente pálido, con una soberbia magnífica, sus ojos estaban desencajados y enterrados en las órbitas—en sus labios vagaba una sonrisa de suprema agonía—pero estaba de pié, erguido y amenazador.—Parecia un cadáver galvanizado.

Cuello miró frente á frente al coronel Hernandez que lo contemplaba con una repugnante expresion de triunfo y allá en el fondo de su parda pupila brilló un relámpago que era una amenaza de muerte y que hizo palidecer á aquel hombre feroz:—en seguida se cruzó de brazos y sacudió la cabeza para apartar de su frente el cabello adherido á ella por el sudor.

Todos los soldados estaban conmovidos, pudiéndose leer en cada semblante una expresion de asombro, ante aquella verdadera prueba de valor moral que bien podia rivalizar con la de Muzio Scévola.

—A la enfermeria, dijo Hernandez, llévonlo á la enfermeria para que lo pongan en estado de recibir la segunda, si esta no le basta para hacerlo entrar en vereda.

Juan Cuello dió un paso para marchar por sus propios piés, pero las fuerzas físicas eran

inferiores á las fuerzas morales y se dotuvo vacilante para no caer al suelo.

Dos soldados se le acercaron entonces, apoyaron los brazos de Cuello sobre sus hombros, y casi en andas lo llevaron al hospital ó enfermeria.

En el hospital ó enfermeria de la division Palermo, habia una cantidad de soldados, víctimas todos ellos de la misma enfermedad que aquejaba á Juan Cuello: el laceramiento de las carnes.

Habia allí soldados moribundos, á consecuencia de haber recibido dos mil azotes, y otros cuyos huesos estaban completamente á fuera ó cubiertos por una espesa masa de sangre y carne, que empezaba á tomar el aspecto de una inmensa cicatriz.

Parece increíble, pero este castigo brutal y salvaje ha existo hasta hace muy poco tiempo en nuestro ejército, del que fué abolido, por la estadística que arrojaba una cifra enorme de soldados muertos ó completamente inutilizados en el banquillo del tormento.

Gefe ha habido, podemos garantizarlo, cuya crueldad monstruosa ha llegado hasta hacer aplicar á un soldado un *novenario* de azotes, castigo que consistia en sacudirle todas las mañanas, durante nueve dias quinientos, mil ó mas azotes, de donde resultaba que al octavo dia, aquella pena terrible solo se aplicaba á un cadáver.

Y estos gefes que habian convertido en una inquisicion el cuerpo de su mando, se distinguian en los campos de batalla por su suprema cobardia, muriendo algunos de ellos, como el coronel Hernandez, á manos de sus propias víctimas, al dar la espalda al enemigo.

Juan Cuello fué llevado á aquella enfermeria, donde se le asistió con sumo cuidado, pues habiendo sabido Rosas de la manera heroica que recibió los azotes, mandó que se le curara con esmero, pues la patria y la federacion necesitaban de los hombres valientes.

El trompa Isidro Marquez no salia de la enfermeria en sus horas francas, conso ando á Juan Cuello á quien miraba con profunda admiracion, pues segun aseguraba, no habia visto en todo los años que tenia, comerse mil azotes de una manera tan brava.

El espíritu de Cuello habia sufrido mucho, se sentia avergonzado y decia parecerle increíble que criaturas humanas fuesen capaces de cometer aquellas iniquidades.

Poco á poco la idea de la venganza fué levantando su espíritu y haciéndole desear su pronto restablecimiento, para poner todas sus facultades al servicio de esta idea: desertarse y vengarse luego.

Ya no era solamente de don Ruperto y de doña Tránsito, de quienes se tenia que vengar. Era de Rosas, de Hernandez, y de todo aquello

que significase un partidario ó un agente de la federacion y del tirano.

Tenia el alma suficientemente bien templada para luchar con todo el poder de Rosas, sintiéndose bastante fuerte para destrozár con su puñal á todos aquellos miserables que, en tan corto tiempo, le habian hecho apurar todo género de desventuras, desde arrancarle la mujer que amaba, hasta afrentarlo con mil azotes.

Poco á poco fué reponiéndose de su horrible herida, hasta que á los veinte dias, aunque pálido y sumamente débil, ya podia dar algunos pequeños paseos por la enfermeria, ayudado por su inseparable amigo el trompa Marquez.

Este viejo veterano, con un cariño leal y abnegado, ayudaba la accion de los medicamentos con sendas untadas de sebo, que segun aseguraba, era el mejor remedio para aquella clase de mataduras de que tanto habia padecido él mismo, hasta que le salió *callo*.

En algunas licencias que Marquez habia obtenido, se fué al ranchito de la madre de Cuello, haciéndole saber que este estaba bueno y que pronto iria á verla pues sus servicios allí no eran necesarios.—De esta manera la buena vieja vivia feliz y engañada, pues si hubiese sabido la verdad de lo que á su hijo pasaba, hubiera muerto de dolor.

Cuello fué reponiéndose poco á poco y recuperando la elasticidad de los músculos, hasta que un mes despues estaba apto para montar á caballo, segun lo declaraban en el parte con que se le dió de alta de la enfermeria.

Cuando Cuello regresó á su cuartel, fué recibido por los demas soldados con muestras del mas franco aprecio y cariño, felicitándolo muchos de ellos por el descomunal valor con que habia recibido la azotaina.

Hernandez lo hizo llamar á la mayoria, donde lo echó una reprension brutal, diciéndole que si la primer vez habian sido solo mil, otra vez que faltara lo mandaria aplicar cinco mil azotes, aunque muriera.

Cuello salió de la mayoria con el alma rebosando ódio: era preciso recuperar su libertad desertándose de Palermo, pero desertándose como él solo era capaz de hacerlo:—despues de haberse vengado de Rosas y su edecan Hernandez, cuya asombrosa vigilancia seria muy difícil burlar.

Todos los dias concebía un nuevo plan de desercion que desechaba al siguiente por creer que no le ofrecia bastante seguridad en la fuga que él estudiaba prolijamente, pues si lo tomaban desertándose lo fusilarian y entonces adios venganza y adios todos sus proyectos!

El plan en que se fijó por último, era el mas audaz de todos y el que mas riesgos ofre-

cia, pero que bien meditado y previendo todos los contratiempos que pudieran sobrevenir, era el que mayores seguridades le ofrecia.

Rosas tenia la costumbre de pasear todas las tardes por una de las calles de Palermo, donde estaban sus mas famosos parejeros, entre los que figuraba un tordillo espléndido que hasta entonces no habia perdido una sola carrera.

El tirano daba dos ó tres paseos por aquella calle, acompañado por el comandante Cuitiño algunas veces y por Hernandez casi siempre: se detenía un momento á contemplar sus parejeros, palmcaba al tordillo, su favorito y se alejaba haciendo mil ponderaciones de sus caballos, que no tenian pareja en el país, con escepcion de un famoso *pico blanco* de propiedad del comandante Clavero, que lo habia dado á cuidar á un *gringo* llamado Juan Cremata.

En esta calle y cerca de los caballos, habia siempre un soldado de centinela que desempeñaba el doble servicio de vijilar constantemente á los caballos y avisar cuando concluian la comida para hacerles dar de beber.

Juan Cuello habia concebido el siguiente atrevido plan: ya por conocimiento del centinela, ya por la fuerza, él quedaria allí de servicio, espiondo la llegada de Rosas con Hernandez;—cuando estos pasaran por su lado haria fuego sobre Rosas, acometeria á puñaladas á Hernandez, y saltando sobre el tordillo parejero se haria *perdiz*, antes que en el campamento pudieran darse cuenta de lo sucedido.

La empresa era arriesgada porque en ella se jugaba la cabeza, pero Cuello estaba dotado de un valor sin limites, y la ejecucion de este plan era para él una cosa sencillísima, de fácil realizacion,

Cuello comunicó su proyecto á Marquez, en quien tenia una confianza ilimitada, pero el trompa le demostró que la empresa era descabellada, porque seria pillado antes de poder hacer nada—Hernandez es muy vivo y desconfiado, decia Marquez, al ver á usted de servicio en un puesto para el que ha sido nombrado otro, vá á *corear* y lo van á prender sin que siquiera tenga el gusto de verlos acercar.

—No me verá, replicó Cuello, sonriendo, tómense bien las medidas y me saldré con la mia—tengo fé en esta empresa, compañero, y el corazon me dice que no puedo salir mal procediendo con cautela.

Todas las juiciosas reflexiones que hizo Marquez no fueron bastantes para disuadir á Cuello—*Resértese* solo, le decia, aprovechando un buen momento, pero no se comprometa por cosas que no ha de ver logradas.

—No me deserto, replicaba Cuello sin haber antes matado á esos dos hombres—la cosa es fácil, amigo Marquez, y ya verá como cuando

usted menos lo piense, se encuentran libres de aquellos dos malditos.

Cuello decidió dar el golpe al día siguiente: la única dificultad que había que vencer era seducir al centinela, que no se atrevería á cederle su puesto, y que podía desconfiar del éxito de empresa tan temeraria.

Se fué á eso de las cuatro de la tarde adonde estaba el centinela que debía reemplazar, que era ese día el soldado Javier Cáceres, alias Tejon, compadron desalmado, pero que tenía un miedo descomunal á las tundas de azotes que como por vía de entretenimiento les hacía pegar Hernandez.

Cuello abordó francamente á Tejon, revelándole su plan y diciéndole que desertarian juntos, despues de haber librado al país de semejantes infames á quienes ya no se podía aguantar por mas tiempo.

—Ni por un queso! exclamó Tejon todo espantado, al oír la proposicion de Cuello—yo no tengo necesidad de sufrir una *malimba* de palos, ó que me deslomen en un cepo colombiano: váyase á dormir la tranca compadre, pues solamente estando *en pepe* puede un cristiano hacer semejante convidada.

Cuello comprendió que insistir con aquel hombre seria perder tiempo inútilmente, pues no se prestaria á sus pretensiones, de ninguna manera: tomó, pues, una resolucion rápida, y arriesgando ser descubierto, acometió á Tejon como una tormenta derribándolo con una fuerza de que no se le hubiese creído capaz, y poniéndole una mano en la boca para que no pudiese dar voçe.

Tejon, que no esperaba semejante ataque, quedó sorprendido, sorpresa que aprovechó Cuello hábilmente: le puso una rodilla en el pecho, mientras le aplicaba una mordaza fabricada con la gorra de manga de Tejon, todo lo que fué ejecutado con tal prontitud, que cuando el soldado pudo darse cuenta de lo que pasaba, ya Cuello lo estaba amarrando con su propio correaje.

Cuello cargó con Tejon como si no hubiera pesado mas que una *teji*, y lo ocultó entre los sauces que estaban á un lado del camino, como á veinte varas,—en seguida regresó al puesto que debía ocupar, y despues de arreglar su uniforme, algo descompuesto en la lucha, cargó su fusil y empezó á pasearse con la mayor naturalidad.

Cuántas emociones no esperimentó entónces el valiente jóven! Tan pronto se veía huyendo sobre uno de aquellos parejeros despues de haber cumplido parte de su venganza, como se veía descubierto y fusilado sin haber podido hacer el menor mal á Hernandez, que era á quien mas odiaba.

El tiempo pasaba y Rosas no venia—lo habría vendido Marquez y estarían disponiendo

gente para prenderlo, ó estaria ocupado Rosas aquella tarde y no vendria á ver sus parejeros?

La hora del tirano no había sonado aún, y una visita de Cuitiño que traía esa tarde importantes novedades, lo había privado contra su voluntad, de aquel paseo cuotidiano que efectuaba todas las tardes.

Aquella tarde, gracias al valor de Cuello, el país se hubiera visto libre de la tiranía de Rosas, pero el destino, la fatalidad, si se quiere, había dispuesto las cosas de una manera muy diversa á las aspiraciones de aquel hombre audaz.

Así, paseando con el fusil al hombro, con el ojo avizor y el oído atento, Cuello esperó dos mortales horas, dos horas de angustia suprema, pues ya no había medio de retroceder y esperar al día siguiente, pues vendrian á llevar á Tejon á quien él no podía volver á colocar en su puesto por temor que lo descubriera todo.

¿Qué hacer? La noche empezaba á venir—tal vez á aquellas horas lo anduvieran buscando por el campamento, no tardando en dar con él, ó por lo menos, con el acogotado Javier Cáceres.

Cuello se acercó á los caballos desató el afamado tordillo á quien puso un bocado con la faja de su chiripá, y esperó alimentando una vaga esperanza—pero todo fué en vano, Rosas no pareció.

El soldado saltó sobre el caballo, montó su fusil y esperó aún—no queria alejarse del rancho en que tantas angustias había pasado, hasta el último momento, cuando hubiera perdido toda esperanza.

Serian ya cerca de las ocho, cuando Cuello sintió ruido de sables hácia el lado donde estaba Tejon, suponiendo que fuera un rondin que lo buscaba y escuchó atentamente:—el ruido de los sables había cesado, lo que indicaba que aquel rondin había tropezado con el amordazado centinela y trataba de desatarlo.

Cuello escuchó atentamente y solo cuando sintió la voz del centinela que contaba en alta voz lo que había sucedido soltó una maldicion terrible y oprimió con sus nerviosas piernas los flancos al magnífico parejero, que partió como una centella en direccion á Belgrano, perdiéndose poco despues el rumor de aquella carrera desesperada.

Aquella noche hubo una inmensa alarma en Palermo—la declaracion de Tejon corria de boca en boca, y aquella corte de adulones serviles se apresuraba á ir á felicitar al tirano por el inmenso peligro de que lo había salvado la providencia, aliada en este caso de la santa federacion.

Se despacharon comisiones por todas partes, se enviaron chasques á todos los comisarios de los pueblós de campaña mas inmediatos, pero

todo fué inútil—Cuello no pareció á pesar de las activas diligencias que se hicieron, y á pesar de la misma mazorca á quien se puso en movimiento.

Todas las iras de Hernandez cayeron sobre el inoconte Tejon, á quien por el delito de haberse dejado acogotar, le mandaron sacudir, por pronta maniobra, quinientos azotes bien aplicados, es decir, por dos sargentos.

Esa noche Hernandez hizo poner en el cepo á todos aquellos soldados de quienes Cuello era mas amigo, para que declararan á donde habia ido el desertor, porque á ellos debia haberlo comunicado, pero todo fué inútil—por mas que se mortificó á aquellos infelices, no se les pudo arrancar nada, porque en realidad nada sabian.

El trompa Marquez fué tambien estaqueado porque él debia saber algo, pero Marquez se desmayó en las estacas asegurando que nada sabia, y fué preciso sacarlo para mandarlo á la enfermeria.

La cólera de Rosas no reconoció límites esa noche—empezó por echar una gran ronca al coronel Hernandez por inútil y concluyó por dar una enorme paliza al célebre loco Viguá, que se permitió venir á hacerle una farsa sobre el asesinato (horrible asesinato) de que casi habia sido víctima.

Rosas mandó buscar al gefe de policia don Juan Moreno, persona servil y perversa segun se desprende de los documentos de aquella época, á quien ordenó que esa misma noche pusiera en movimiento toda la policia y mandara por chasque una circular á los comisarios de campaña adjuntando la filiacion de Juan Cuello.

Pero todo fué inútil, en vano se le buscó durante dos dias—no fué posible encontrarlo, ni aún siquiera fué posible dar con alguna persona que lo hubiese visto pasar en alguna direccion que pudiera servir de base á una pesquisa en regla.

Cuello, entre tanto, baqueanase de toda la provincia, habia tomado el camino de Belgrano—á la altura de la Chacarita dió un resuello al tordillo y cortó campo yendo á salir á Flores—alí dió otro resuello, tomó la direccion del puente de Marquez, y de allí cor'ò para su casa, donde hoy es la estacion Caridad.

Cuello contó á su aterrada madre, apresuradamente, que habia tenido una desgracia y andaba huyendo de la policia pero que no tu-

viera recelo porque iba bien montado y no lo alcanzarian.

Mientras esto decia, el jóven echaba su recodo de reserva sobre el tordillo, se ataba un par de *bol s de potro* á la cintura, por lo que pudiera suceder, y se alejaba rápidamente hácia el lado de Quilmes, temiendo que la policia fuese á registrar su rancho.

Las notas y circulares de don Juan Moreno á los comisarios y jueces de paz, se sucedian unas á otras, cada vez mas amenazantes, si se descuidaba la captura del desertor Cuello, pero toda pesquisa no dió el menor resultado, por lo que se supuso que Cuello se hubiera dirigido á Santa-Fé.

—Yo voy á bombarlo y á dar con él, dijo al fin del segundo dia el trompa Marquez á Hernandez—hágame dar usia un caballo de *mi flor*, y me dejo cortar las orejas si dentro de dos dias no he dado con Cuello.

El coronel Hernandez dió cuenta á don Juan Manuel de la propuesta del trompa, y Rosas lo hizo llamar en el acto á su presencia, para mirar un poco la cara de aquel *gaucho guarpo*.

—Si tu averiguas donde está Cuello, dijo el tirano, te doy cinco mil pesos, sinó lo averiguas te hago pegar cinco mil azotes por botarate ¿te conviene?

El trompa Marquez aceptó inmediatamente la proposicion, por lo que Rosas le hizo dar uno de sus parejeros y lo despachó aquella misma noche despues de hacerle mil recomendaciones.

El trompa Isidro Marquez iba realmente en busca de Juan Cuello, pero con muy diverso propósito del que inventó para hacerse dar un buen caballo y dinero para el camino.—Marquez buscaba á Cuello para unirse á él y ayudarlo en su plan de venganza: habia cobrado al soldado desertor un invencible cariño que se aumentara hasta la idolatria por la última hazaña de Cuello, hazaña que le revelaba un hombre de inmenso valor y de fina malicia resolviéndose á desertar de Palermo y ofrecerle su contingente.

Y el trompa Marquez desertaba de aquella manera traviesa, haciéndose dar caballo y dinero por su mismo gefe, para que mas rábia les diera al conocer su juego.

Dejemos un momento á Marquez á quien pronto encontraremos, y volvamos á Cuello cuya vida *de averia* y de trabajo para la mazorca, empezó en esta época.

UNA VENGANZA TERRIBLE

A los dos días de haber Cuello desertado de Palermo, aunque las patrullas y levas no habían dado con su paradero, se tuvieron noticias suyas en el Departamento General de Policía, noticias que llevó un soldado de la patrulla de don Ruperto.

Veamos por qué era un soldado de don Ruperto el que llevara aquellas noticias.

Cuando don Ruperto supo que Cuello había desertado de Palermo, se dió á todos los diablos, pues comprendió que lo primero que aquel haría, sería tratar de vengarse de él, cosa que no le hacía mucha gracia, pues conocía que el enemigo que se le venía encima era guapo y de una audacia infinita.

La primer medida que tomó fué llevarse á Mercedes á la quinta de un amigo, en el partido de Quilmes, temiendo con razon que el desertor tratara de robársela, contando con que su mujer lo ayudaría en lo posible.

Una vez en seguridad Mercedes, don Ruperto regresó á la seccion 3^a, donde prestaba sus servicios, y donde se le esperaba ya para darle la órden de perseguir con su patrulla al desertor Juan Cuello, y prenderlo ó matarlo donde lo encontraran.

Don Ruperto recorrió toda la seccion en demanda de Juan Cuello, registrando todos aquellos parajes donde creía poderlo hallar, pero sus pesquisas fueron tan inútiles como las que se habían hecho hasta entónces—todos hablaban de Cuello, todos lo habían visto en tal ó cual parte, pero Cuello no parecía, se lo había tragado la tierra.

A la noche del segundo día y fatigado por los galopes que había dado, don Ruperto vino á tomar un mate á casa de doña Tránsito, mientras la patrulla seguía haciendo la pesquisa del desertor sin fijarse en un hombre que, teniendo un caballo de la brida, vigilaba la casa tratando de hacerse sombra contra la pared.

Serían las nueve de la noche cuando don Ruperto salió de la casa, después de haber conversado largamente con doña Tránsito, á quien había prometido de la manera mas formal que, no solo daría con Cuello, sino que lo llevaría él mismo á Palermo, después de haberle cortado las orejas para regalarlas á Mercedes.

Cómo rió doña Tránsito de esta chusca federal!—aborecía á Cuello y temiendo que este pudiera entenderse con Mercedes para burlar á don Ruperto, avivaba en contra de Cuello los deseos feroces del ayudante de serenos.

Halagado por la esperanza de prender á Cuello, prision que le daría por resultado, además de librarse de un enemigo una recompensa ó un ascenso, D. Ruperto no se fijó en el bulto que se ocultaba en la esquina y menos pudo apercibirse que al tomar él aquella direccion, el hombre había montado en el caballo, ocultándose al volver la cuadra.

Lo único que podía haber delatado la presencia de aquel hombre hubieran sido las pisadas del caballo, pero los cascos de este estaban envueltos en pedazos de gerga, de modo que cuando el ginete lo hizo volver la esquina, sus pisadas no hicieron mas ruido que el que puede producir al caminar un hombre calzado con alpargatas—asi es que D. Ruperto siguió caminando completamente ageno á lo que sucedía á pocos pasos de distancia.

Atravesó la calle rectamente y fué á tomar la de Rivadavia, entonces de la Federacion, cuando un lazo vibró en el aire, yendo á caer la *amada* al cuello de D. Ruperto, que oprimió fuertemente y haciéndolo caer abajo de la vereda.

Tan rápido fué el tiro de lazo y tan violento el tiro que dió el que lo había lanzado, que D. Ruperto quedó aturdido por mas de un minuto, sin poder darse cuenta de lo que sucedía.

Entre tanto el ginete misterioso había descendido del caballo, se había aproximado al ayudante de serenos y con prodijiosa maestría le ligó los brazos á la espalda, tapándole la boca con uno de aquellos antiguos pañuelos de seda de gran tamaño.

El personaje misterioso cargó con don Ruperto á quien con suma facilidad montó sobre el caballo á cuyas ancas saltó en seguida, dirigiéndose á la esquina conocida entonces por de las *Animas*, solitario paraje por el que ninguna persona se atrevía á pasar después de oscurecer.

El infeliz don Ruperto comprendió que se hallaba entre las manos de Cuello, y que indudablemente su último momento había llegado porque Cuello trataría de vengarse de una manera terrible.

Así que llegaron á la esquina de las *ánimas* Cuello, que no era otro el ginete misterioso, les montó, echó abajo á don Ruperto, como quien volteía las maletas y ató su caballo al tronco de una higuera que hasta hace muy poco se ha conservado en aquel paraje.

Concluida esta operacion, Cuello hizo sentar á don Ruperto sobre un tronco de ombú que había á pocos pasos, y desatándole el pa-

ñuelo que habia hecho las veces de mordaza, le habló así:

—Ha llegado el día, amigo don Ruperto, en que Juan Cuello le ajuste todas las cuentas viejas, que es lo que ahora vamos á hacer: ante todo debo prevenirle que al menor grito que dé pidiendo auxilio, aunque nadie lo vá á oír, le *unio* mi cuchillo entre las tripas, y al decir esto hizo brillar ante los ojos de don Ruperto su afilado puñal.

Por muy convencido que estuviera don Ruperto de que aquel hombre era realmente Juan Cuello. al oír su nombre no pudo ocultar un temblor poderoso que recorrió todo su cuerpo.

—Yo no tengo la culpa amigo Cuello, murmuró mas muerto que vivo—á mí me mandaron que lo prendiese y yo no he hecho mas que cumplir una órden de mis superiores y del jefe de Policia.

—A mí con la uña—replicó Cuello sin perder su tranquilidad—usted hizo su cobardía por quitarme del medio y casarse con la Mercedes, pero la torta le vá á salir pan, y pan del mas fiero por que yo me lo voy á limpiar como si fuera narices.

—Disculpe amigo, replicó don Ruperto en el colmo del terror, todo puede remediarse, porque no vale la pena de matar á un hombre que está atado y que no puede defenderse—suélteme que nos hemos de arreglar.

—No hay arreglo posible, concluyó Cuello cuya voz se iba alterando por momentos, pero no crea que lo voy á asesinar—vamos á pelear y veremos á quien ayuda Dios—y mientras esto decia, Cuello ataba á la pierna derecha de don Ruperto la punta de un maneador cuyo extremo opuesto habia ya asegurado á una de las ramas del ombú que les servia de *voyo*.

—Esto lo hago, dijo mientras le desataba las manos, porque usted es muy flojo y vá á querer disparar, y el cuento es que usted haga por la riña para que no le cuente despues á Mandinga que yo lo he muerto de mala manera y sin darle lugar á que se defienda.

Don Ruperto trató de excusarse de todas maneras, llegando hasta pedir perdon á Cuello; pero todo fué inútil, pues Cuello para hacerle criar coraje, le cruzó la cara de un tajo diciéndole: defiéndase amigo que vá de veras.

Don Ruperto comprendió que si no se defendia seria asesinado y que defendiéndose tenia alguna probabilidad á su favor—Desnudó su largo sable y cayó sobre Cuello sacando fuerzas del miedo que lo dominaba.

—Así me gusta, cunejo, dijo Cuello, ya su muerte no me puede remorder la conciencia, y saltó cuchillo en mano con increíble agilidad, tratando de *emparejar* con la flexibilidad del cuerpo la desventaja de su arma mucho mas corta.

Don Ruperto peleaba con la desesperacion

del hombre que lucha con la muerte—cometia mil torpezas pero tiraba golpes tremendos, que Cuello evitaba saltando con una destreza admirable, ya hácia un costado, ya hácia atrás donde su enemigo no podia alcanzarlo por aquel diablo de maneador que lo sujetaba al ombú.

Sin perder un átomo de su serenidad, Cuello dirigia á su enemigo mil sátiras insolentes, asegurándole que así que lo *desp chura*, iria en busca de Mercedes para rezarle un rosario *en vuca*.

Estas sátiras habian alterado por completo la bilis de don Ruperto que, sin pronunciar una palabra, peleaba ya no solo por defenderse sino para matar á aquel hombre que habia despertado sus celos de una manera poderosa.

Cuello podia haber ya herido á don Ruperto, aprovechando mil descuidos que este habia cometido, pero antes de darle muerte queria desesperarlo y hacerle sufrir los celos y las angustias que él habia apurado en la cárcel y en el cuartel.

Poco á poco se fué enconando; el recuerdo de los mil azotes recibidos acudió á su memoria y ya no fué dueño de sí. Saltó sobre el costado izquierdo de don Ruperto y le enteró en el *vicio* toda la hoja de su puñal.

Don Ruperto lanzó un grito de dolor y vaciló un momento, pero volvió á cargar sobre Cuello con creciente desesperacion, desesperacion que llegó al colmo cuando vió que este se ponía fuera del alcance de su sable.

—Todavía no, dijo Cuello, rien lo estruendosamente al ver la angustia suprema que se pintaba en el rostro de don Ruperto: esa ha sido solo por mí, ahora te tengo que dar otra por mi Mercedes, y cayó de nuevo sobre don Ruperto que le recibió con un hachazo que, á no haberlo evitado, le parte totalmente la cabeza.

Cuello, siempre ágil y vigoroso, le amagó un golpe á la cabeza, y cuando don Ruperto acudió á pararlo, bajó el cuchillo con una rapidez prodigiosa y le dió una puñalada en el vientre.

—Jesús me ayude! gritó don Ruperto, cayendo de boca y abandonando el sable para llevar la mano á la parte herida.

—Cómo se vá á reír Mercedes! replicó Cuello con una sonrisa feroz, cuando le cuente la cara fea que has puesto al recibir en su nombre esta segunda puñalada! y luego, cuando me la lleve á mi rancho y le cuente que he tenido que atarte para obligarte á pelear, creo que vá á reventar de risa.

Al oír esta nueva injuria, don Ruperto se incorporó y quiso volver á tomar el sable, pero volvió á caer estenuado por la pérdida de la sangre que salia de las dos heridas, por una de las cuales se veian asomar los intestinos.

—Mátame, mátame maldito, dijo con voz moribunda, mátame para no oírte, ya que no puedo hacerte callar cortándote el pescuezo: favor! gritó con la voz cada vez mas apagada, favor á la federacion!

Cuello lanzó una ruidosa carcajada, y gozando de una manera cruel con aquella agonía desesperada, se le acercó al oído y prosiguió insultándolo y contándole la vida feliz que pasaria con Mercedes, á quien ni siquiera le permitiria llevar luto por su memoria maldita.

Los martirios sufridos y aquellos tremendos mil azotes cuyo recuerdo enrojecia aún su rostro, habian endurecido el corazon antes bondadoso de Cuello; recordaba la fisonomía placentera del coronel Hernandez cuando le dieron el último azote, y encontraba suaves aún todos los tormentos que hacia sufrir al ayudante de serenos, que era la causa principal de todo lo que le habia sucedido.

Cuello permaneció aun diez minutos al lado de aquel moribundo, desesperándolo siempre, y cuando vió que sus últimos momentos se acercaban, lo tomó por el cuello y le hundió el puñal en el corazon por repetidas veces.— En seguida se cruzó de brazos y contempló por algunos minutos aquel cuerpo que se estremecía bajo el último estertor de la agonía.

Desató el maneador con que lo amarrara al ombú para impedir que se escapase, y montando sobre el parejero, tomó al tranquito la calle de la Federacion con rumbo á casa de doña Tránsito, donde creia encontrar á Mercedes y llevársela en ancas á un pago desconocido.

Cuando Cuello llegó á casa de doña Tránsito eran mas de las doce de la noche, y por las solitarias calles no se sentia ni siquiera el rumor de la patrulla que andaria probablemente buscando á don Ruperto.

Cuello saltó la tápia como cuando venia á pelar la pava con su novia, y lleno de emocion y de zozobra, llamó á aquella puerta donde con tanta alegría era esperado por un ser querido—pero en vano esperó mas de un minuto—en el cuarto no se sintió el rumor mas leve.

Conteniendo la respiracion anhelante, Cuello volvió á llamar á la puerta, pero no obtuvo respuesta alguna—su Mercedes estaria por completo entregada al reposo, ó no seria ya aquel su aposento.

Con el corazon oprimido por la angustia y por un presentimiento vago, Juan Cuello recorrió toda la casa aplicando el oído á cada una de las puertas sin percibir por ellas un solo ruido que pudiera orientarlo.

Resuelto á jugar el todo por el todo, es decir, que lo sintiera la vieja y armara un escándalo de todos los diablos, regresó al

cuarto de Mercedes y abrió la puerta que solo estaba cerrada con el picaporte, encendiendo un fósforo para que su amada lo reconociese desde el primer momento y evitar que se asustara y fuese á gritar.

Pobre Cuello! la pieza estaba abandonada completamente: el lecho de Mercedes habia sido cambiado por una cama matrimonial que indicaba ser allí el aposento de don Ruperto, desapareciendo así todo el encanto que para él tenia aquel cuartito testigo de sus amorosas entrevistas.

A la vista de aquellos objetos que atestiguan su desventura, una lágrima acudió á sus ojos, pero el recuerdo de sus desgracias y de su afrenta apagaron en su corazon aquel principio de enternecimiento, la ira lo dominó por completo y se dirigió al cuarto de doña Tránsito, cuya puerta golpeó fuertemente.

La vieja, medio dormida y creyendo tal vez que quien llamaba era su otra sobrina, acudió á abrir la puerta apresuradamente, pero hubo de morir de espanto al encontrarse frente á frente de Juan Cuello, que con aspecto sombrío y la ropa manchada de sangre la miraba de una manera amenazadora.

—¿En dónde está Mercedes? preguntó Cuello agarrando por un brazo á la vieja ¿en dónde está Mercedes? repitió, y sus ojos, á la luz de la lamparilla de dormir, brillaron de una manera siniestra.

—Ayer por la mañana, contestó la vieja temblando, la llevó Ruperto, temiendo que usted empezase á las andadas, pero yo no sé donde la habrá llevado porque no me lo dijo.

—¿A dónde está Mercedes? volvió á preguntar Cuello, oprimiendo el brazo de la vieja que lanzó un quejido lastimero—pronto ó le corto el guñote, y llevó á la cintura su diestra, manchada aún con la sangre de D. Ruperto.

—Juro por todos los santos que no sé donde está, respondió aquella especie de harpia, llorando de miedo y de dolor—mañana lo que venga Ruperto se lo preguntaré y podré decirselo.

—No vendrá mas, contestó Cuello creciendo en iras, porque acabo de matarlo á puñaladas, y mostró á Da. Tránsito su puñal manchado de sangre, hasta la empuñadura.

Al oír que habian muerto á D. Ruperto, Da. Tránsito creyó que Cuello iba á hacer lo mismo con ella, y sin esperar á mas se puso á dar tremendos alaridos en demanda de auxilio.

Juan Cuello abarcó con una intensa mirada á aquella vieja *basilisco* y dejándose llevar por la ira que lo dominaba, le dió en la cabeza tan récio golpe con el puño del cuchillo que la vieja rodó hasta delante de la cama, donde quedó desmayada.

Cuello salió al patio, saltó de nuevo la tápia temiendo que los gritos de la vieja hubie-

ran atraído la patrulla y montando á caballo se alejó á gran galope.

No habia andado dos cuadras cuando se encontró con la misma patrulla de don Ruperto que tomando sin duda á Cuello por aquel, hizo alto para esperarlo—pero Cuello cerró las espuelas á su parejero, y cruzó por entre los serenos como un relámpago, sin que estos atinaran á perseguirlo.

Aun vacilaban sobre el partido que debían tomar, cuando sintieron las voces de doña Tránsito que, vuelta en sí habia abierto la ventana y daba grandes voces de auxilio y asesinatos.

La patrulla acudió inmediatamente, y la vieja, con una precipitación asombrosa les contó como Juan Cuello habia querido asesinarla, despues de haber dado de puñaladas á don Ruperto.

Los soldados de la patrulla quedaron espantados al saber que Juan Cuello, á quien ellos buscaban á pleito, habia estado allí, y habia asesinado al ayudante.

—Es preciso andar listos, dijo el sargento—Cuello debe ser ese ginete que hemos encontrado, y si es cierto que ha muerto á don Ruperto, por aquí hemos de encontrar su cuerpo, y la patrulla se alejó de allí á gran prisa para buscar á don Ruperto, á quien tal vez aun se pudiera prestar algun auxilio.

Recien á la madrugada, la patrulla se atrevió á pasar por la esquina de las ánimas, donde encontró el cadáver de D. Ruperto que presentaba las horribles heridas que conocen nuestros lectores.

Fué entonces que el sargento, mientras recogia el cadáver, mandó un soldado que llevara el parte de lo sucedido á D. Juan Moreno, quien puso inmediatamente en movimiento toda la policia, en persecucion del desertor Cuello, á quien añadieron la clasificacion de asesino.

Juan Cuello andaba por la capilla conocida de *Bola de Oro*, barrio en que habia nacido y donde aún existen deudos de su familia y personas que lo conocieron de cerca, como puede verificarlo el lector.

No era pues ni natural de Mendoza, ni rastreador, ni *sábido al natural* como lo han asegurado narradores que desconocian totalmente los hechos.

Cuello habia caido pues á su barrio, suponiendo que allí podia don Ruperto haber escondido á Mercedes y mientras las patrullas y comisiones andaban en su busca, él se entretenia en armar grandes reuniones y payadas en la casa de negocio del alcalde Zaragoza que, apesar de haber recibido orden de prenderlo, hacia la vista gorda dando á entender que nadie lo conocia por allí.

A la pulperia del referido Zaragoza concurría asiduamente un negro Sanes muy payador y guitarrero, con quien Cuello cantaba por cifra con gran placer de los concurrentes.

El jefe de Policia recibia frecuentes avisos de que Cuello andaba por tal ó cual parte, solo unas veces y acompañado otras, pero cuando las fuerzas de Policia llegaban al paraje indicado, se encontraban con que Cuello habia desaparecido.

Así Cuello se presentaba en todas partes á pié ó á caballo, y desaparecia como por encanto, cuando por los parajes donde andaba se presentaba una patrulla, de las muchas que le seguian la pista.

Viendo que era casi imposible dar con Cuello, que se habia hecho ya temible y á quien el populacho calificaba de brujo, Rosas dispuso que saliera en su busca con una fuerte patrulla, el capitán Holguin, oficial valiente y apropiado para aprehender á Juan Cuello.

Este precioso episodio de la vida de Cuello lo debemos á la gentileza del señor don Juan Coronado, entonces oficial primero de Policia y domiciliado hoy en la calle de Piedad 278.

El capitán Holguin, oficial de prestigio y de valor reconocido, salió acompañado de algunos vigilantes, decidido á dar con Cuello á todo trance, cosa fácil segun creia, procediendo con tino y actividad.

Hacia ya cerca de dos meses que Cuello se burlaba descaradamente de todo el poder de Rosas, lo que habia irritado poderosamente al tirano, por el desprestigio en que caia su terrible policia.

Siempre con la guitarra á media espalda, Cuello se bajaba en las pulperias mas centrales, donde armaba baile y beberaje, hasta que sentia la proximidad de alguna patrulla de serenos.

Una de esas noches, Cuello se habia detenido en la esquina de la Yegua, hoy calle de Belgrano, donde está situado el hermoso edificio de D. Juan Barra, y habia armado una *diversion de guitarra*, que habia atraído á la gente alegre de aquellos barrios, rancheria entónces.

El capitán Holguin tuvo aviso del paraje donde se hallaba Cuello, y dispuso darle el golpe inmediatamente, para lo cual recomendó á su gente la mayor cautela en la marcha, porque Cuello era un hombre precavido, y tenia un olfato maravilloso para oler las partidas que salian en su persecucion.

Y el capitán Holguin no se equivocaba:—Así como á él lo habian dado aviso de que Cuello se hallaba en la esquina de la Yegua, no faltó un amigo que previniera á este que Holguin venia en su busca decidido á prenderlo ó á matarlo, para lo cual traia una fuerte partida.

Cuello, esta vez, decidió no huir como tenia

de costumbre, sin haber peleado á Holguin, por lo mismo que era valiente, y haberle hecho la mayor averia que le fuese posible, en la partida que llevaba.

Gaicho astuto y previsor, calculó el camino que debia traer la partida, y se colocó detrás de un ombú situado muy pocos pasos antes de llegar á aquella famosa esquina. Allí se puso en acecho con el oido atento.

Habia montado á caballo para tener esto ya adelantado, y tenia el cuchillo en la mano, pronto á herir, calculando que Holguin al pasar debia presentarle el costado izquierdo, por llevar la mano de ese lado ocupada con la rienda.

No harian quince minutos que Cuello estaba emboscado, cuando sintió el rumor de los caballos que marchaban lentamente, para hacer el menor ruido posible, tratando de sorprender á Cuello cuando menos este se lo sospechara.

Holguin caminaba adelante con mil precauciones, llevaba el sable en la mano, y no quitaba el ojo de la esquina para apurar la marcha del caballo en caso que Cuello, apercibido de la cosa, pudiese huir.

En esta actitud pasó Holguin por delante de Cuello, sin verlo, porque la noche era bastante oscura.

Aun no habia concluido de pasar delante del ombú, cuando Cuello le dió un puñetazo en la cabeza, que lo hizo inclinarse sobre la cabezada de la montura, hasta tocar con la frente el *coete* del caballo.

Holguin se sorprendió ante aquel inesperado saludo, pero hombre valiente y de sangre fria, se repuso bien pronto, acometiendo con el sable al bulto de quien habia recibido aquel castigo tan pesado.

Cuello, dotado de esa prodigiosa vista de nuestros paisanos, evitó el golpe que Holguin tiró *al tanteo*, pues no veia nada, y volcando la brida de su caballo del lado izquierdo para tener mas facilidad en los movimientos á la derecha, tiró una terrible puñalada que el valiente oficial recibió en el costado izquierdo, cayendo al suelo instantáneamente.

Tan rápida fué esta escena que los soldados solo pudieron apercibirse de lo que sucedia, cuando Cuello pasó á escape por entre ellos, describiendo campo con su puñal é hiriendo aunque levemente á uno de ellos.

Cuando la patrulla volvió en sí de su asombro, ya no se oia ni siquiera el rumor de la precipitada carrera que las espuelas del paisano habian impreso al parejero de Rosas.

El sargento que acompañaba al capitán Holguin, se trasladó inmediatamente á la comisaria de la seccion 3^a, á cargo entónces de don Estéban Ojeda, quien ocurrió inmediatamente en persona á prestar al herido los socorros que fueran necesarios, pero cuando llegó

ya era tarde. El capitán Holguin habia muerto un minuto despues de recibir la herida.

Toda ponderacion es poca para pintar la desesperacion de Moreno al recibir el parte de lo sucedido pues temia que, al comunicarlo á Rosas, se enfureciera este hasta el punto de hacerlo á él responsable de aquella desgracia que importaba una nueva afrenta al poder del tirano.

Así que Rosas tuvo conocimiento de lo sucedido, dispuso que inmediatamente salieran de Palermo patrullas de la division de aquel punto en persecucion de Juan Cuello, con orden de no regresar hasta no haberlo aprehendido ó traerle su cabeza.

Pero todo fué inútil, pues las patrullas regresaron sin haber dado con Cuello, asegurando que este debia haber pasado á la campaña, pues en la ciudad no se le habia hallado por ninguna parte.

No faltó sin embargo agente, que aseguró á Rosas que la noche que con mayor encarnizamiento se habia buscado á Cuello, este se hallaba tocando la guitarra y cantando en la casa del alcalde del cuartel 40, por lo que Rosas hizo estaquear á todos los soldados que habian andado en persecucion de Cuello.

Llamado el jefe de Policia, Rosas le echó una gran *peluza* por la manera con que la Policia se dejaba burlar de Cuello, por lo que Moreno pasó al Comisario Ojeda la curiosa nota que con la contestacion de aquel Comisario publicamos en seguida testualmente:

Comisario de la seccion 3^a.

*Viva la confederacion argentina!
Mueran los salvajes unitarios!*

Buenos Aires, Marzo 23 de 1850.

Año 41 de la Libertad, 35 de la Independencia
y 21 de la Confederacion Argentina.

Al Sr. Jefe de Policia D. Juan Moreno.

El infrascripto acaba de informarse de la nota que el Sr. Jefe ha tenido abien d rjirce con esta fecha, cuyo tenor es el siguiente:

No cree el infrascripto le sean á V desconocidas las formales medidas adoptadas por este departamento para conseguir la aprehension del desertor asesino Juan Cuello, y cuatro individuos mas que forman su gavilla, para que no hubiese V. segundado este paso, como que en esta Seccion de su cargo, y muy particularmente en casa de algunos Tenientes Alcaldes que tienen negocios en los suburbios de esta ciudad, forman estos sus criminales entretenimientos, llenando de escandalo á la sociedad, y de terror á las familias de aquella parte de la poblacion—Esta consideracion lo pone al infrascripto en el deber de ordenar á

V. llame á su presencia á los Alcaldes y Tenientes de su Seccion y los aperciva por la criminal apatia observada en un asunto que tanto interesa al respecto que se debe á la autoridad pública, y conserbacion del orden—Amas debe V. prevenirles que de si en adelante se cometiesen nuevos hechos por el asesino Cuello y demas en la comprehencion de sus cuarteles, ellos serán responsables á todo cargo, agregandoles V. que para conseguir este objeto deben valerse de la fuerza y armas, que crean necesarias, seguros que su responsabilidad no cesará mientras no los hayan conducido á este Departamento vivos ó muertos.

«En otro caso y bajo estas formales instrucciones, el gefe infrascripto espera que su cooperacion y actividad llene esta parte de sus deberes, y no deje lugar á otro juicio.

Juan Moreno.»

«En contestacion á la transcripta nota, el infrascripto se halla en el foroso deber de contestar á V. S. que no le son perfectamente conocidas las medidas que haya adoptado V. S. para la aprehencion del criminal Cuello y su Gavilla, tanto menos, cuanto no le es ignorado oficialmente y aun extrajudicialmente en sus promenores el crimen que hubiese cometido—Sabe sin embargo que anda Desertor. Ignora igualmente que el tal Cuello con sus compañeros de crímenes tenga su entretenimiento en casa de Tenientes Alcaldes de esta Seccion, y si tal ha sucedido ó sucede estos con menos motivos que el abajo firmado han podido conocer su deber pues carecian de ordenes relativas como es de practica, porque como criminal lo han conocido siempre Si como desertor no ha circulado el infrascripto la orden para su captura ha sido respetando las ideas que pudiera tener el Sr. Gefe al no ordenar su prision como muy generalmente tiene abien de hacerlo respecto á otros criminales; y pues esta conducta en el que firma es observada siempre en todos los ramos ó medidas de Policia como lo habrá observado el Sr. Gefe.

«Sin embargo de esta invariable marcha que ha creido el infrascripto deber observar, el sabado 14 ppo. siendo informado por uno de los Vigilantes de la Seccion que Cuello andaba por los suburbios de ella segun se lo habia manifestado el vecino del cuartel 31 Dn. Juan Rodriguez, y no pudiendo ni debiendo ser indiferente á un aviso tal, dispuso el que firma que al dia siguiente (el Domingo) se armasen los vigilantes y fuesen en su busca, como lo verificaron sin efecto—Esta medida fué comunicada á V. S.

«Aun hay mas—En la carpeta del viernes 20, participo á V. S. el que firma el aviso obtenido por el Alcalde del cuartel 46 respecto á que el asesino Cuello habia estado frente á su casa,

tocando la guitarra y de las medidas adoptadas para su captura: todo lo que prueba, Sr. Gefe, la disposicion en que se hallaba el subcripto de llamar la atencion de V. S. sobre aquellos criminales para recabar ordenes terminantes como las contenidas en la nota que contesta. Con ellas, y circuladas á los Alcaldes y tenientes de esta Seccion como lo hará mañana mismo del modo que se le ordena, duda el abajo firmado que el criminal Cuello y su gavilla se atreva á burlar en esta parte de la poblacion la autoridad pública, ni menos por lo tanto infundir mas terror á las familias con escandalo de la sociedad.

«Con respeto á otros casos y bajo las formales instrucciones que contiene la nota orden á V. S. cooperará siempre el infrascripto con la actividad acostumbrada, sin dar lugar como no ha dado nunca, y de lo cual se lisonjea, á que V. S. pueda formar equivocados juicios.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Estevan Ojeda.»

Como se vé, Cuello tenia no solo en sérios apuros á la policia, sino que era el terror de la ciudad cuyos habitantes cerraban sus casas, aterrados por las falsas noticias que circulaban de que Cuello degollaba familias enteras, cuyas cabezas habian caido bajo el puñal de la mazorca que capitaneaba Cuitiño, asesinatos monstruosos, con cuya responsabilidad se hacia cargar á Cuello, que no habia soñado en cometerlos.

A la noche siguiente de haber recibido Ojeda la nota que hemos copiado testualmente, Juan Cuello se presentó en el almacen del alcalde Zaragoza, á quien se habia transcripto la orden terminante del gefe de policia.

Zaragoza decidido á prender á Cuello porque en ello le iba la cabeza, habia llevado á su casa cuatro vigilantes que tenia emboscados y prevenidos que debian acudir á la primer señal.

Cuello entró al almacen con la franqueza que tenia de costumbre, y despues de pedir medio frasco de ginebra, se puso á tocar la guitarra, invitando á pagar al negro Sanes, infaltable de la casa.

No bien hubo hecho Cuello un par de acordes, cuando se le paró delante el alcalde Zaragoza, diciéndole que, de orden del Gefe de Policia se diera á preso.

Rápido como el pensamiento, Cuello estuvo de pié, soltó la guitarra en el suelo y sacando el rebénque que habia puesto en su cintura mientras tocaba, dió con su cabo tan terrible golpe en la cabeza de Zaragoza, que este cayó desmayado al lado de la guitarra.

En seguida saltó velozmente sobre el cuerpo del alcalde y ganó la puerta, gritando á los vigilantes que acudian sable en mano:

—No arriguen que no hay quien planche! á mi no me madruga ni la misma diana—y saltó sobre su caballo alejándose al tranquito sin que los vigilantes se atrevieran á agredirlo.

Esa misma noche Cuello pasó á la calle de la Federacion, hoy Rivadavia, y se *apio* en casa del italiano Juan Cremata, en cuya casa de negocio estaba el famoso parejero *pico blanco*, marca Talaverán y de propiedad del famoso coronel Clavero, entonces mayor.

En casa de Cremata estaban algunas muchachas que habian comido allí, festejando el cumple años del dueño de casa, con las que Cuello armó en el acto jarana pasando la noche en medio de la mayor alegría.

Como á Cuello se le atribuian la mayor parte de las iniquidades que en aquella seccion cometa la mazorca, era este mas temido que la misma policia, por cuya razon ninguno de los que estaban en casa de Cremata se atrevió á ir á dar cuenta de que Cuello se hallaba allí.

Simpático, jóven, dueño de una voz magnífica y con el prestigio de valor de que entonces se rodeaba su nombre, las mujeres recibieron á Cuello con mil agasajos, bailando con él «como unas descosidas.»

Cuenta una vieja que vivia enfrente, que al otro dia, cuando terminó el baile, Cuello salió de la casa acompañado de las dos prendas de mas mérito que en ella habia—el parejero *pico blanco* y la hermosa Manuela, novia del alcalde de aquel cuartel.

Ya saben nuestros lectores que Cuello habia jurado guerra á muerte á todo lo que significaba autoridad, guerra que él llevaba hasta el extremo de quitar y llevarse en ancas toda mujer bonita que supiese estaba de novia con gente de policia, para desquitar en algo el maltrato que le hizo apurar don Ruperto llevándole la suya.

Cuando Cremata supo que le habian robado el famoso *pico blanco* y junto con él á la novia de su compadre, puso el grito en el cielo y la queja en oídos de D. Juan Moreno, que empezó á comprender que la captura de Cuello era mas difícil de lo que al principio le habia parecido.

De Palermo habian empezado á desertar varios soldados, que, atraídos por la fama fabulosa de que gozaba Cuello, se le habian incorporado formando una gavilla pequeña al principio, pero que despues se aumentó gradualmente, hasta llegar el caso de que las partidas de Policia de perseguidoras de Cuello, se habian convertido en perseguidas por este y su gavilla.

Cuello no hacia mal á nadie, pues su única aspiracion y deseo era perseguir á la Policia y combatir con fuertes partidas, siempre que creia la ventaja de su parte.

Muchos bandidos habian salido que, á la

sombra del nombre de Cuello robaban y asesinaban con tanta frecuencia que ya en la poblacion de Buenos Aires habia mas terror por Cuello que por el mismo Cuitiño.

Así como cuando sale alguna *viuda* ó algun *hombre chanco* por las orillas de la ciudad, otros ladrones se dedican á robar y asustar á los timoratos que aún creen en viudas, así los ladrones y asesinos de que estaba lleno Buenos Aires, mataban y robaban haciéndose pasar por Cuello.

De estos fueron tomados muchos que Rosas hizo fusilar, creyéndolos Juan Cuello á unos, y haciéndose el que creia á los otros, para salvar el ridículo de la impunidad del verdadero Juan Cuello, cuyos crímenes no eran otros que burlarse de la Policia y armar jarana, que hacia recaer sobre su autoridad suprema.

Pero al otro dia de haberse fusilado á un Juan Cuello falsificado, autor de un *horrible asesinato*, el verdadero Juan Cuello se encargaba de pelear á alguna partida, para hacer constar que el fusilado no era él, sino algun pobre diablo.

Entre los muchos forajidos que Rosas hizo fusilar, haciendo creer que eran Juan Cuello unos y creyendo que lo eran los otros, cayeron os conocidos asesinos Juan Ulloa, Juan Manuel Lucero que en compañía de Dávila dió muerte á un capitán Cornejo y un pardo conocido por el alias de *el guacho*.

Desde que Cuello robó el parejero *pico blanco*, se le vió montado en este y llevando de tiro al tordillo, ó montado en este y llevando de tiro á aquel—Entonces ponía sobre el de tiro dos grandes maletas que constituian todo su haber, por lo que se podia asegurar que aquellos dos caballos eran su domicilio legal.

El dia que Cuello cometió el robo de aquellas dos prendas, la muchacha y el caballo, se perdió de la ciudad, dirigiéndose segun se dijo despues á los campos de Alvarez, hoy puente de Marquez en el partido de San José de Flores.

Allí paró como quince dias, regresando despues á la ciudad acompañado de Manuela, á quien dejó en casa del mismo Cremata gritando en la puerta al alejarse:

—Ahí dejo esa prenda mia para que me la cuiden un par de dias.

Y Manuela entró muy conforme y alegre, pues Cuello le habia prometido dejarla allí solo una semana, mientras arreglaba unos asuntos para venir á casarse con ella.

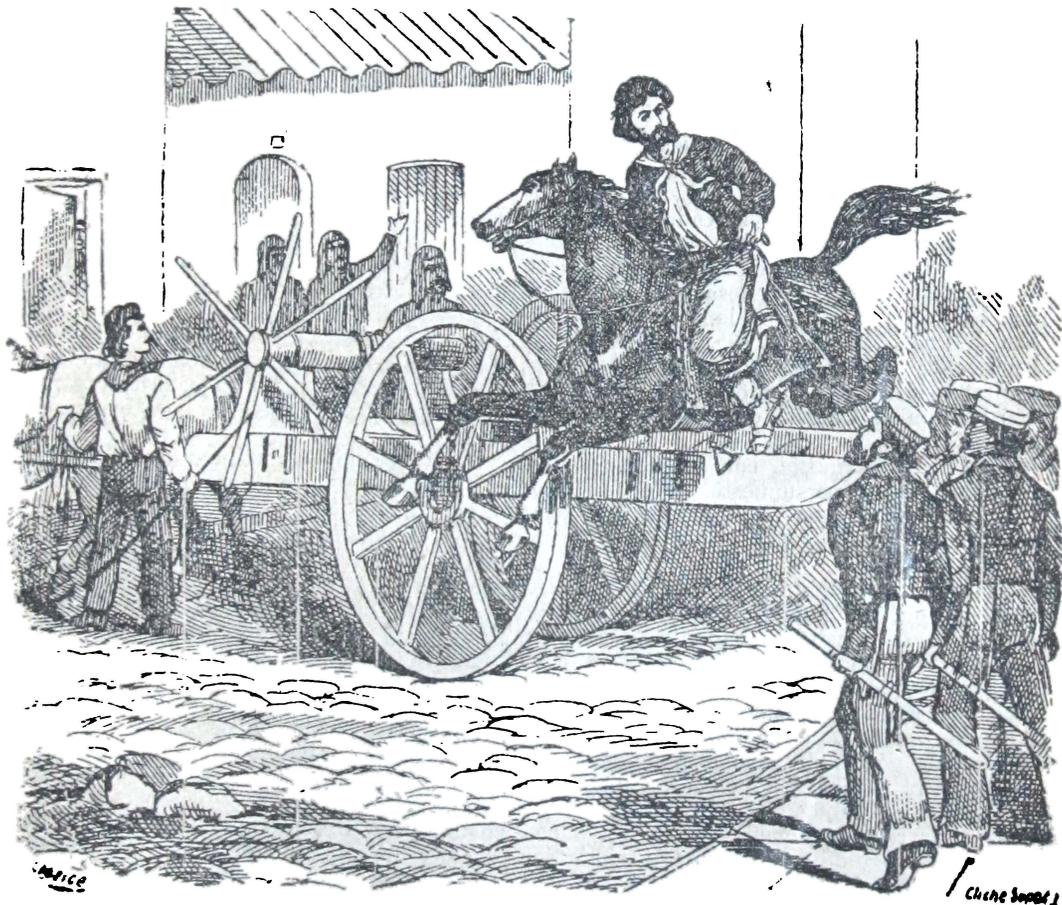
Pero el gran calavera, que habia logrado su objeto—vengarse de un alcalde robándole la novia—no volvió á aparecer por lo de Cremata, donde quedó permanente una emboscada de serenos y vigilantes para reducirlo á prision si, como lo aseguró la inocente Manuela, venia en su busca.

Cuando don Juan Moreno supo que Cuello se hallaba nuevamente en la ciudad, mandó de nuevo en su persecucion el mayor número posible de patrullas, tratando de reducirlo á prision—pero Cuello, aunque en todas partes se le veía, no podia echársele el guante, por mas medidas que se tomaron.

En un solo dia pasó mas de tres veces por un cuartel que existia á pocas cuadras de la estacion Caridad, por cuya calle cruzaba á me-

versando con Maria, á quien en el barrio conocian por Marica.

Sabiendo que Cuello andaba montado en aquel caballo sin rival, Moreno dispuso que, como quien no quiere la cosa atravesaran en cada boca calle un carro de cola, para de esta manera encerrarlo en la cuadra y reducirlo á prision, mientras por un «por si acaso», algunos agentes quedaban del lado de afuera de los carros.



- Sírvanse amigos, si gustan !

dia rienda, golpeándose en la boca, á pesar de los tiros que le hacian los soldados burlados.

Una de aquellas tardes, Juan Cuello vino hasta la misma iglesia de San Juan, á visitar una novia que vivia en frente, y á quien hacia la corte desde tiempos atrás.

Espias que se habian puesto á propósito, avisaron á D. Juan Moreno que Cuello, montado en el *pico blanco*, estaba parado delante de la ventana de doña Panchita Gomez, con-

Cuello, distraido en su pelada de pava no se fijó que le cerraban el paso con dos carros de cola atravesados de esquina á esquina.

Solo cuando sintió el ruido de las espuelas de los soldados que pasaban al lado de adentro, dió vuelta y se vió rodeado de enemigos.

El lance era apurado—cuatro soldados de caballeria se dirigian á él resueltamente mientras otros tantos vigilantes permanecian del

lado de afuera, sable en mano, por lo que pudiera suceder.

Cuello tomó rápidamente su determinación: si combatía tenía que sucumbir al número irremediablemente: era pues preciso burlar aquella celada en que había caído como un chorlito.

Con una mirada inteligente y pronta, midió las distancias que lo separaban de cada carro,

apreciando al mismo tiempo el lado que estaba menos defendido—y sin vacilar cerró las espuelas al *pico blanco*, que saltó por sobre el carro con increíble facilidad.

—¡Súvanse amigos si gustan! gritó Cuello al pasar, dirigiéndose sarcásticamente á los vigilantes que habían quedado con la boca abierta; y se perdió á lo largo de la calle de Piedras, en dirección al sud.

AMORES Y SALAMANCAS

En la calle de Santa Clara entonces, Potosí ahora, vivía Margarita Oliden, que era lo que se llama una muchacha lindísima, hija de un sargento de la mazorca Andrés Oliden.

Margarita Oliden era una morocha de ojos pensativos, sombreados tenuemente por un par de pestañas largas y sedosas que les daban una expresión tierna y melancólica—De espíritu delicado, Margarita se horrorizaba ante los hechos sangrientos de la mazorca, pero ocultaba su horror por miedo al sargento Oliden, en quien Cuitiño depositaba gran confianza.

A casa de Margarita, con intención de hacerle los *bajos* y por supuesto, de acuerdo con su federal padre, caía frecuentemente el feroz comandante Cuitiño que la miraba ya como prenda suya.

El sargento Oliden que era uno de aquellos hombres que se habían echado á federales por asegurar la cabeza, había concluido por degradarse y ser un federal neto y de corazón, así es que no dejaba de mirar con cierto placer los amores del comandante Cuitiño, pues estos le podían valer la impunidad para cometer todo género de rapiñas federales.

Margarita miraba con horror los amores de aquel hombre que venía á su casa muchas veces con la ropa manchada de sangre, á contarle el número de cabezas que se habían cortado ese día.

Margarita no era una mujer de sociedad: hija de familia humilde, había vivido en su casa, de donde solo había salido para acompañar á las casas del barrio á misa Micaela, honesta consorte del sargento Andrés, á quien este, según se decía había muerto á pesadumbres.

Una noche en que Margarita estaba en la ventana esperando la vuelta de su padre, sintió un cadencioso preludio de guitarra y una voz hermosa y melancólica que entonaba una serenata en décimas.

Era la voz de Juan Cuello que daba sero-

nata á *Marica* tal vez en los momentos que media policía andaba en su busca.

Margarita se sintió conmovida con aquella tristísima serenata y un sentimiento desconocido nació en su corazón, haciéndole desear ardientemente que el misterioso trovador pasara por la ventana para mirarle la cara.

Cuello permaneció más de un cuarto de hora dándole música á su *Marica* y el interés de Margarita por conocer el hombre que cantaba creció tanto, que no pudo resistir por más tiempo y salió á la puerta de la calle para verlo pasar.

Cuello terminó su serenata; se echó la guitarra á media espalda y montó tranquilamente en el *pico blanco* que estaba en la acera de enfrente, manecado con el pañuelo de manos, lujo que se permitía Cuello con aquel caballo, cuya posesión se la envidiaban cuantos lo veían.

—Hasta mañana, prenda, dijo el joven al retirarse, y pasó delante de Margarita envolviéndola en una mirada de travesía y picaresca curiosidad, pues la vecina le había parecido lindísima.

Cuello pensó toda la noche en la cara de Margarita, comprendiendo que esta no podía haber salido á la puerta con otra intención que la de verlo pasar, y el aspecto de Cuello completó en Margarita el efecto de profunda simpatía que en su alma había engendrado la voz de aquel cantor desconocido.

Al otro día, Juan Cuello tomó noticias en el barrio y supo que aquella mujer que tanto le había interesado era Margarita Oliden, novia del comandante Cuitiño que no salía de la casa.

—Ni se te ocurra pensar en ella, dijeron á Cuello los que le informaron, pues si te metes con Cuitiño ya puedes decir que te sacaste la grande.

—Pues, por eso mismo había replicado Cuello, por lo mismo que es novia del jefe de la mazorca, yo me he de llevar á esa mujer adonde no le pueda ver ni el polvo de los zapatos.

Esa misma noche, cuando regresó el sargento Oliden, Margarita lo preguntó indiferentemente quien podría ser aquel cantor de voz tan hermosa, que venía á dar música á Mariquita su vecina.

Oliden que conocia la aventura del carro de cola, impuso á Margarita que aquel no podia ser otro que Juan Cuello, el desertor Cuello, cuya vida narró á grandes rasgos.

Si Margarita habia sentido una irresistible simpatia por aquel hombre, la historia de sus desventuras le hicieron amar á Cuello, con ese amor voluntarioso y ardiente que experimenta una mujer condenada como ella á un retiro perpétuo y á alentar los amores de un ser á quien despreciaba y aborrecia.

Margarita comparó sus desventuras con las desgracias de aquel jóven, cuyo valor desmedido habia llegado ya á sus oidos, y sintió por él un cariño que mas tarde debia volverse un verdadero amor.

A la noche siguiente Cuello volvió á la calle de Santa Clara, pero en vez de seguir hasta lo de Marica se detuvo en casa del sargento Oliden, á cuyas ventanas estaba Margarita segura de volverlo á ver.

Cuello detuvo su caballo y desmontó delante de la ventana aproximándose á la reja con ademán humilde, descubriéndose al llegar.

Margarita sintió que el corazon le latia precipitadamente, que la sangre afluia á sus mejillas, pero no se movió de la ventana—esperaba la palabra de aquel hombre.

—Dios guarde á la estrella mas hermosa del cielo, dijo Cuello con ademán picaresco, á quien suplico me perdone la licencia que me tomo al venir á distraer su pensamiento.

Margarita no respondió una palabra sentia que la voz del hombre llegaba hasta el fondo de su corazon, y que su palabra melódica conmovia su espíritu, pero no encontraba una frase con que contestarle.

Cuello no llegó esa noche á lo de Marica, pues la belleza real de Margarita lo habia estasiado completamente, hasta el extremo de olvidarse de Cuitiño y de que solo por hacerle una *jujuti* se habia acercado allí.

Estuvo mas de una hora enamorando á Margarita de cuya boca supo que su padre la reservaba para saciar los deseos del asesino Cuitiño á quien ella no podia escuchar sin morir de horror.

Con una sutileza admirable, Cuello dejó caer en el espíritu de Margarita la idea de abandonar el hogar y escapar por este medio al peligro que la amenazaba, alejándose porque ya era la hora en que podia llegar el sargento Andrés.

Este no tardó en venir acompañado de Cuitiño, y tan embebidos venian en sus planes de seducción á Margarita, que no vieron á Juan

Cuello que, con espresion diabólica siguió sus pasos, agazapado al volver la esquina.

El sargento Oliden y Cuitiño entraron á casa de Margarita, mientras Cuello, saboreando la venganza que acababa de plantear, se alejaba en direccion á Balvanera, donde era su punto favorito de reunion.

Cuitiño que queria apurar la cosa, abordó á Margarita, ayudado por el sargento, quien le aseguró que el comandante Cuitiño, que era su protector deseaba hacerla feliz y que se preparase para seguirlo á donde él la llevaria dentro de unos dias.

Margarita comprendió entonces que era preciso, para salvarse de aquel hombre, aceptar el plan de fuga propuesto por Cuello, y alimentada por esa esperanza, man festó que no tenia inconveniente en hacer lo que su padre le mandaba.

Ante semejante respuesta, Cuitiño abrazó al sargento, este abrazó á su hija, y todos tres se sentaron á cenar alegremente, festejando la felicidad que para Cuitiño importaba el sentimiento de Margarita, con sendas y descomunales libaciones á Baco—retrándose el gefe de la mazorca ya casi al amanecer.

A la noche siguiente volvió Cuello, á quien Margarita impuso de todo lo que allí habia pasado la noche anterior y que Cuitiño debia venir por ella de un momento á otro.

—No hay que perder tiempo, dijo Cuello, es preciso huir pronto, porque tal vez mañana sea ya tarde y no se pueda hacer nada—ahora mismo hay que montar en ancas y largarnos de aqui antes que truene, pues no será difícil que á mi mismo me hayan sentido ya y anden con ganas de caerme.

Hacia solo tres dias que Margarita conocia y amaba á Cuello, y sin embargo la fuerza de la situacion en que se hallaba, hacia que lo tratara como si lo hubiera amado toda la vida.

—Esta noche es imposible, replicó Margarita llorosa—ahora no mas viene mi padre y nos tomarán sin haber podido andar una cuadra. Cuitiño es feroz y como tiene tanta gente á sus órdenes, puede ser que nos persiga y logre prendernos degollándonos en seguida.

—Bueno, dijo Cuello, yo me habia venido desprevenido, pero no *li ha e*—mañana á la una de la tarde cuando todos esten siestando, yo vengo en el pico blanco y usted me espera pronta, cosa que cuando yo llegue pueda usted saltar en ancas y á *volar que hay chinchas*.

Así quedó convenida aquella burla que Juan Cuello iba á jugar nada menos que al gefe de la mazorca que era la persona que mas miedo inspiraba en todo Buenos Aires.

Cuello sabia que la Policia lo buscaba por toda la ciudad, que si lo tomaban le costaria la cabeza inmediatamente, pero se sentia ad-

mirablemente montado, tenía fé en su corazón y emprendía aquella difícil empresa, diciendo: «el que no arriesga no pasa la mar.»

La mañana de aquel día el sargento Oliden supo por el dependiente del almacén que Juan Cuello había estado la noche anterior hablando con su hija—y sin decir á esta una sola palabra, se fué al cuartel de *Restauradores*, donde se hallaba Cuitiño, imponiéndole de lo que pasaba.

—No hay que darse por entendido, dijo el degollador, probablemente esta noche volverá el hombre y nosotros podremos darle el golpe cuando menos se lo sueñe.—Ahora váyase á dormir la siesta, que esta tarde arreglaremos la trampa en que el pájaro vá á dejar las orejas.

Así aquellos hombres se entregaron á dormir la siesta, mientras Juan Cuello, con su audacia característica, preparaba su caballo para dar el golpe que iba á proporcionarle una nueva venganza.

Sería mas ó menos la una de la tarde, cuando Cuello pasó montado en su famoso parejero pico blanco por la casa del sargento Oliden, en cuyo zaguan estaba esperando Margarita, llorosa, pero hermosísima.

Cuello miró rápidamente á todos lados y convenciéndose de que por el momento no tenía nada que temer, subió con el caballo á la vereda é hizo señas con la mano á Margarita, cuya acción estaba medio paralizada por el miedo que sentía.

Cuello animó á Margarita con un nuevo ademán, y mientras le daba una mano le improvisó con el pié un estribo, sobre el que pisó la bella niña saltando ligeramente á las ancas, ayudada por el vigoroso brazo de Cuello, para quien aquella carga querida no representaba el menor peso.

Cuando se vió con Margarita á las ancas, Cuello no pudo dominar el doble placer que experimenta al ver satisfecha su venganza y su amor propio y prorrumpió en una ruidosa carcajada, poniendo el pico blanco al mas lento tranquilo.

El principal golpe estaba dado, pues llevaba á las ancas de su caballo á la novia del comandante Cuitiño, del famoso y cruel comandante Cuitiño; pero Cuello no se conformaba con esto solo, era preciso llevar la cosa hasta la exageración, y hacer que aquella hombrada fuera completa.

Decidido á llevarla á cabo se dirigió á la calle de la Defensa y tomó el camino del cuartel de la Mazorca, donde sabia encontraria á Cuitiño, si por casualidad no lo habían mandado buscar de Palermo para algo urgente.

Un hombre con una mujer en ancas no era cosa rara en aquellos tiempos—sin embargo, la belleza de Margarita y su aspecto lloroso,

atraían sobre el grupo la atención de los transeuntes y de los soldados de la mazorca que, al verlo venir, fueron á dar aviso á Cuitiño.

Cuando Cuello y Margarita pasaban por la puerta del cuartel de Restauradores vieron á Cuitiño que los había conocido desde lejos, y que estaba allí de pié, mudo por la ira y el asombro de verse burlado de aquella manera, por un desertor y asesino, cuya prision estaba encomendada á las autoridades.

Cuando Cuello fué á pasar, siempre al tranquito por delante del cuartel, dió vuelta hácia atrás la cabeza y atrayendo hácia si la de Margarita, dió un beso sonoro y ardiente en su tersa frente.

—A él! gritó Cuitiño sin poderse contener—las orejas de aquel hombre que es el desertor asesino Juan Cuello á quien la Policía anda buscando—á él muchachos, y traiganmelo aquí.

En el acto salieron del cuartel tres ó cuatro de los bandidos de Cuitiño que tenían caballo ensillado, pero el pico blanco que sintió oprimir fuertemente sus flancos, se había alejado sacándoles por lo menos una distancia de cuadra y media.

Cuitiño enfurecido por la burla que frente á su mismo cuartel había venido á hacerle Cuello, miraba lleno de ansiedad la persecución que los cuatro ginetes hacían á Cuello, quien de cuando en cuando daba vuelta el semblante para lanzar una ruidosa carcajada.

Tres de los ginetes que perseguían á Cuello habían renunciado á alcanzarlo, convencidos de la inferioridad de sus caballos y regresaban unidos y mohinos al cuartel, pero uno de ellos mejor montado y alentado porque Cuello no apuraba mucho al pico blanco, castigaba su sotreta con el sable que llevaba ya desenvainado para herirlo así que lo alcanzara.

Cuando Cuello vió que era un solo ginete el que lo perseguía, hizo girar sobre las patas á su magnífico caballo, y desatando las bolas de su cintura, las reboleó por encima de la cabeza mientras cargaba.

Tan imprevista fué la evolución de Cuello, que el mazorquero no tuvo tiempo de sujetar su caballo, que pasó por delante del pico blanco, con toda la velocidad que llevaba.

Cuello hizo entónces su tiro de bolas con esa destreza maravillosa del paisano, y ató con ellas los brazos del soldado sobre el pecho, que lanzó una blasfemia viéndose á merced de su enemigo.

En seguida y sin dejar de reír, Cuello cargó sobre el soldado, y empezó á devolver sobre sus espaldas, aquellos mil terribles azotes que recibiera en Palermo y de los que debía guardar eterna memoria.

El caballo del soldado, viéndose sin gobierno, echó á correr en dirección de la querencia,

segundo de Cuello que descollaba un rebencazo sobre sus ancas, y dos sobre las espaldas del ginete.

Margarita estaba aterrada—preñida con sus dos manos á la cintura de Cuello, lloraba amargamente suplicándole cesara en aquella persecucion y se pusieran en salvo porque podia venir mas gente del cuartel y prenderlos y degollarlos.

Pero Cuello, entusiasmado en el desquite que tomaba seguia en su persecucion encarnizada hácia el soldado, que estaria á solo dos cuadras del cuartel, á cuya puerta estaba Cuitiño gesticulando ferozmente, como si diera órdenes de que saliera mas gente en su persecucion.

Entonces Cuello avanzó mas sobre el ginete que huia y de cuya cabeza brotaba la sangre merced á un formidable rebencazo, y con una destreza asombrosa para el que no haya visto á un paisano en esta situacion, desató las bolas del pecho del molido soldado y volvió rien-das en direccion á Barratas.

En ese momento salian del cuartel cinco ginetes mejor montados que los primeros, pero no pudieron dar alcance á Cuello que, riendo siempre, oprimió las espuelas sobre los flancos del parejero, perdiéndose de vista bien pronto.

De la seccion 2^a de Policia á cargo de Maciel, salió una partida de vigilantes á detener á aquel fujitivo que habian visto peleando contra gente del comandante Cuitiño, pero Cuello pasó por entremedio de ellos, como una tormenta, poniendo su brazo derecho sobre la cabeza de Margarita, para protegerla de algun sablazo tirado á la bruta.

Cuando calculó que su picoblanco habia sacado una regular distancia á sus nuevos perseguidores, dió vuelta la cabeza, les lanzó una nueva carcajada é hizo tomar al caballo hácia la derecha con rumbo á Flores.

Esta nueva burla de Juan Cuello fué comunicada á Rosas por el mismo Cuitiño sobre quien se descargó la ira del tirano, al ver que su policia era impotente para luchar con un gaucho miserable, segun él.

Cuando su ira se hubo calmado un poco, empezó á mortificar el amor propio de Cuitiño, para empeñarlo mas en la captura de aquel hombre, cuya celebridad empezaba á hacerse peligrosa, pues de Palermo habian desertado varios soldados, diciendo que iban á incorporarse á Juan Cuello, porque á su lado estaban seguros de no ser tomados.

—Con que le han llevado á su novia, eh? preguntó Rosas sarcásticamente—vamos á ver Eusebio, añadió dirigiéndose al loco que estaba en su despacho ¿que te parece esta jugada que le han hecho al comandante?

—Para consolarlo, dijo gravemente aquel pillo, que de todo tenia menos de loco, mandole sacudir quinientos azotes, ó sinó se los

mandaré sacudir yo mismo ¿que te parece, Juan Manuel?

Cuitiño estaba dado á todos los diablos, á no haber estado Rosas allí, el titulado loco hubiera pagado cara su bufonada, pero á Cuitiño no quedaba mas recurso que aguantar, esperando su desquite.

Cuitiño era un hombre valiente: habia sido vigilante en la Policia, de donde lo habia sacado Rosas por brave, dándole despues el grado de comandante y el mando de aquella horda de bandidos que llamaban la mazorca,—agujoneado pues, por las sátiras de que era objeto, se decidió á reducir él mismo á prision á Cuello.

—Qué lo dudo! dijo Rosas, tratando de pinchar mas el amor propio de aquel bandido, para ver si podia verse libre del jóven paisano, que tenia en jaque su policia—Cuello, por lo que veo, es muy hábil, muy valiente, y anda muy bien montado:—me parece difícil que lo tomes.

—Pues yo lo traeré aquí de las orejas, repuso Cuitiño, trémulo de coraje—Con el supremo permiso de V. E. voy á ponerme en campaña ahora mismo, y veremos si yo soy don Juan Moreno.

—Anda y que Dios te ayude, dijo Rosas despidiéndolo—pero te recomiendo que tengas mucho cuidado, porque el hombre es guapo y parece que tiene mucho cariño á su pellejo y á las novias de mis empleados.

Cuitiño salió del despacho de Rosas completamente enfurecido y dispuesto á reducir á prision y cortarle las orejas á cuanto Cuello encontrara en su camino.

Cuello entretanto habia tomado la calle de Cochabamba, en direccion al paseo Caridad donde tenia su guarida, guarida que consistia en un cerco de moras y zarzos en que se habia fabricado una especie de cueva dónde se escondia cuando andaba en la mala.

Este escondite venia á quedar por lo que es hoy calle Segunda Cochabamba y Alberti, á inmediaciones de la quinta de don Héctor Quesada.—Allí entraba Cuello á caballo, y allí se detenian las partidas que andaban en su persecucion, creyendo que aquella cueva abrigara toda la gavilla de que se suponía capitán á Cuello.

En esta especie de cueva se guareció Cuello con Margarita, mientras encontrara un paraje que, aunque no tan seguro, ofreciera mas comodidades á la hermosa hija del sargento Oliden.

Una vez en seguridad Margarita, Cuello se fué á San José de Flores donde, en el monte de la quinta de Quirno, tenian tambien guarida los desertores de Palermo Pedro Tejon, Norberto Melo, Zoilo Agüero, y el desertor del cuerpo de serenos conocido por el tuerto Oli-

va, quienes hacian parte de la gavilla que empezaba á formar Juan Cuello.

A estos encargó que lo buscaran un sitio seguro para poder dejar á Margarita, regresando en seguida á la ciudad, pues queria encontrarse con Cuitiño que suponía lo andaría buscando por todas partes.

Efectivamente, el gefe de la mazorca acompañado del sargento Oliden y de cuatro soldados que eligió entre los mas bravos, andaba revisando todos aquellos parajes y pulperías donde le decían que habían visto, ó que podía estar Cuello—pero todos sus desvelos eran inútiles.

En la esquina de las Animas había en aquellos tiempos una *Salamanca* que tenia horrorizada á la jente supersticiosa, hasta el extremo de que no habia castigo capaz de hacer pasar por aquellos parajes, despues de oraciones, al soldado mas valiente.

Aquella tal Salamanca consistia en una especie de escondite donde los ladrones de segundo orden, que hoy se llaman *punguistas* y *raspas*, ocultaban sus rapiñas y se ocultaban ellos mismos á primera hora á meter ruido de cadenas y de sables viejos, para asustar á los crédulos haciéndose pasar por fantasmas.

Esta titulada Salamanca era la que habia convertido la esquina de las Animas en un sitio vedado para todo el que no estaba en el secreto, que eran solo los diez ó doce rateros que la componian.

Hoy mismo en los pueblos de campo una Salamanca es cosa respetable.

Un paisano, por puro lujo, atropellará á dos ó tres partidas de plaza, con las que combatirá hasta morir, pero el paisano mas guapo no se atreverá á acercarse de noche á una Salamanca, aunque sepa que allí pueda encontrar una fortuna.

Juan Cuello participaba de la creencia popular, es decir, que las Salamancas estaban habitadas por ánimas en pena y toda clase de diablos, y si pasaba por la esquina de las Animas, no lo hacia sin dejar de persignarse, y empujado por el amor propio de que no se dijera que él tenia miedo á algo.

Fué, pues, en la esquina de las Animas, donde Cuello vino á dar un resuellito al pico blanco, seguro de que en aquel paraje no seria molestado por ninguna de las patrullas que lo buscaban.—Pero Juan Cuello no contaba con el ahinco con que lo perseguian Cuitiño y el sargento Oliden.

A penas haria un cuarto de hora que Cuello estaba allí, cuando sintió las pisadas de varios caballos, que acusaban la proximidad de una patrulla de serenos ó partida de policia.

—¡Alto y pié á tierra! gritó á Cuello el que parecia venir haciendo cabeza de aquella gente.

—¿Por orden de quién? preguntó el jóven

parando la marcha de su caballo y deseando conocer en medio de la oscuridad de la noche al que lo hablaba tan imperiosamente.

—Alto y pié á tierra por orden del comandante Cuitiño! replicó el que hablaba, castigando su caballo y cayendo sobre Cuello sable en mano.

—Pues por orden de Juan Cuello no me dá la gana, contestó el jóven y revolvió su caballo que partió como una saeta en direccion á la esquina de las Animas donde se detuvo.

Cuello calculaba que por mas valientes que fueran los hombres que traía Cuitiño, el parage elegido por él para el combate le proporcionaria la ventaja de que no se le acercarian, por temor á las ánimas de la temible Salamanca.

—A él, canejo! á él, y á cortarle las orejas! gritó Cuitiño partiendo en persecucion del fugitivo, seguido de su gente; pero cuando los soldados vieron que Cuello se detenía en la esquina temida, y al lado de la puerta de la casa en ruinas que constituía la Salamanca, los soldados se detuvieron y el mismo Cuitiño no se atrevió á avanzar un paso mas.

Los rateros que estaban adentro y que habian sentido proximidad de gente de sable, empezaron á meter sendos ruidos de cadenas, sables y guitarras, ruidos que surtieron un efecto maravilloso, pues tanto Cuitiño como su gente, quedaron sin alientos ni aún para disparar.

El mismo Cuello estaba impresionado; pero hombre de verdadero valor y habituado á dominarse, miró frente á frente á Cuitiño á quien apostrofó violentamente.

—No es que eres tan guapo, maula? le decia, pues vamos á ver como despues de quitarte la novia te quito el resuello y te dejo mas blando que carne de lomo—Qué hacen que no se sirven?

—Adelante y á la carga—dijo Cuitiño trémulo de ira—pero el único que se desprendió del grupo y se aproximó á Cuello dominando el espanto que todos sentian, fué el sargento Oliden, hombre de valor y que queria quedar bien con Cuitiño para que este olvidara el poco cuidado con que habia guardado á Margarita.

Cuello revoleó las bolas que habia sacado de la cintura y el sargento Oliden rodó por el suelo con la cabeza abierta—Una de las bolas vigorosamente lanzada, le habia partido el cráneo.

Una carcajada sonora lanzó Cuello, mientras Cuitiño, dominado completamente por la ira, la emprendía á palos con sus soldados para hacerles perder el miedo.

Los soldados puestos en el caso de optar entre el sable de Cuitiño y el puñal de Cuello acometieron á este tan flojamente, que Cuello,

mientras tiraba una puñalada, no pudo cuotener la risa.

—Con muñecas no se prende á hombres como yo, amigo Cuitiño, dijo Cuello, y tomó la ofensiva sobre el soldado á quien tenia mas cerca, en cuyo pecho hundió dos veces su puñal.

Cuitiño disparó sobre Cuello sus pistolas, sin lograr herirlo, pero el ruido de las detonaciones sirvió para atraer al sitio de la lucha una patrulla de serenos que andaba por las inmediaciones.

Al sentir que se aproximaba este inesperado refuerzo, Cuitiño y los dos soldados que le quedaban, cargaron de firme sobre Cuello, quien empezó á batirse en retirada, retrocediendo hácia la Salamanca, con el caballo de la rienda, temeroso de que entre tantos pudieran vencerlo.

Un tremendo sablazo tiraba uno de los soldados, cuando Cuello desaparecia por la boca de la Salamanca, quedando allí los soldados sin atreverse á dar un solo paso. En ese momento llegaban los serenos.

Cuitiño quiso emplear de nuevo su sistema de palos para obligarlos á entrar, pero el temor á las ánimas pudo mas que el temor al sable, y aquellos dos hombres echaron á disparar, á todo lo que daban los caballos, completamente dominados por el mas invencible espanto.

Los serenos que se impusieron de la causa de aquella disparada y que vieron los dos cuerpos tendidos delante de Cuitiño, no se detuvieron á averiguar quien era aquel hombre que les mandaba echar pié á tierra y entrar á la Salamanca, desparramándose en distintas direcciones.

Cuitiño, dado completamente á todos los diablos, viéndose impotente para prender á Cuello, porque él mismo tenia miedo de penetrar á las ruinas, revolvió su caballo y tomó el camino de su cuartel convencido de que por aquella vez Cuello se escapaba de entre sus uñas.

Entre tanto, una nueva escena tenia lugar dentro de la Salamanca, donde Cuello habia entrado huyendo de la nueva partida que viniera en socorro de Cuitiño.

Una vez dentro de las ruinas, Cuello volvió á sentir miedo, ese miedo poderoso que sienta el hombre sin ilustracion ni conocimientos, por todo aquello que le han pintado de una manera fantástica.

Pero una vez dentro, Cuello no podia retroceder, porque esto hubiera sido una prueba de cobardia que lo desprestigiaria ante la misma gente de quien pensaba formar su gavilla.

Cuello se decidió bien pronto en el partido que debia tomar.

Los que estaban en el interior de las ruinas, conociendo por las pisadas del caballo y el

ruido de las espuelas del ginete desmontado que alguien se acercaba, redoblaron sus ruidos y voces sepulcrales.

Cuello se puso entre los dientes el cabestro del parejero, y con el cuchillo en una mano y las bolas en la otra, avanzó con ánimo sereno, habiendo dominado por completo el miedo que habia sentido cinco minutos antes.

Así avanzó unos veinte pasos, encontrándose al cabo de ellos con las famosas ánimas falsificadas que componian la Salamanca.

Aquellos ladronzuelos traviesos, muchos de los cuales conocian personalmente á Cuello, quedaron atónitos al verlo aparecer en aquella actitud poco consoladora.

—Ah hijos de una gran flauta! gritó Cuello al ver quienes eran aquellas ánimas del otro mundo, á la mayor parte de los que conocia por haberlos visto en la cárcel cuando estuvo allí enviado por D. Ruperto.

Con que ustedes andaban asustando la gente? —ahora lo verán y arremetió á ellos revoleando las bolas y bajando el puñal en actitud de herir.

Aquellos traviesos ladrones, que no eran tan valientes como podia esperarse de un fantasma, no quisieron saber nada con el enemigo que les acometia, y abandonaron la cueva en desordenado tropel.

—Válgame Dios! pensó Cuello al ver aquellos pedazos de cadenas y guitarras viejas con que aquellos truhanes tenian asustada aquella parte de la ciudad, y soltó una alegre carcajada.

Los rateros, desalojados de su madriguera de una manera tan imprevista, se desparramaron por todas partes tratando de hacerse sombra contra las paredes, para no caer en manos de alguna comision de serenos.

Cuello salió muy de madrugada de su guarida improvisada, y se dirigió á su escondite efectivo, para tranquilizar á Margarita y llevarle algunas provisiones de boca que compró en el camino.

Entre tanto, por todos los barrios del sud, corrian mil versiones diversas sobre las ocurrencias de la noche anterior. En los almacenes se contaba que Cuello, ayudado por una legion de diablos de la Salamanca, habia peleado con todo el batallon de Cuitiño matándole mucha gente, cuyos cadáveres habian llevado los diablos para fabricar sus untos amorosos, dejando por inservible al sargento Oliden, cuyo cuerpo moribundo recogieron esa mañana, y á otro soldado mas que probablemente no serviria para nada.

Cuando Cuello entró á la Salamanca despues de haber derrotado á Cuitiño, agregaban otros, los diablos le quisieron cobrar el alma en pago de la ayuda que le habian prestado, y Cuello les pelió adentro de su misma casa, sacándoles puerta afuera.

Esta aventura comentada de un modo tan graciosamente diverso, concluyó por rodear á Cuello con un prestigio imponderable, llegando los mas supersticiosos hasta asegurar que á Cuello no le entraban las balas ni los sables, porque el diablo, para que no lo matase, le habia dado su coraza.

Cuitiño, temiendo las sátiras de Rosas, no habia querido dar cuenta de lo que le habia sucedido, creyendo que la cosa no se divulgaría; pero ya se sabe como el público comentaba lo sucedido la noche anterior.

La fama de Cuello habia tomado proporciones gigantescas hasta el punto de que todo Buenos Aires estaba alarmadísimo—no habia una sola persona que se atreviera á salir á la calle sin armas por temor de encontrarse con Cuello—y cuando se oia decir que este andaba por tal ó cual pulperia, se cerraban á «piedra y lodo» todas las casas de las inmediaciones.

Las circulares del gefe de Policía á los comisarios de seccion y Jueces de Paz de campaña, se sucedian cada vez mas amenazadoras, pues se sabia que nunca se ponian tras de la pista de Cuello por temor de encontrarlo y verse obligados á pelear con él.

Pero por mas empeño que hacian los Comisarios y por mas golpes que dieran los Jueces de Paz, Cuello nunca parecia, ó si se le llegaba á ver en alguna parte, era para que el paisano se burlara de la autoridad de todas maneras, saliendo siempre ileso.

Muchos tenientes alcaldes y alcaldes, por temor ó por simpatía á Cuello, lo recibian en sus casas de negocio sin dar cuenta á la auto-

ridad, calculando además que se habian hecho acreedores á una destitucion ó *peluca* de mano maestra, que era el término oficial para calificar las soberbias raspas que don Juan Manuel echaba á sus empleados.

Cuello se habia convertido en la pesadilla de don Juan Moreno, que segun dicen era un gefe de Policía habilísimo y que no comprendia como sus agentes no podian echar el guante á un individuo que sin ningun misterio se presentaba en todas partes.

Por orden del mismo Rosas, don Juan Moreno pasó la siguiente circular, calificada de *rajanite*, á todos los Comisarios de Seccion y Jueces de Paz de la campaña.

Pero esta circular como todas las otras que con igual objeto se remitieron, no produjeron el menor resultado—Juan Cuello seguia apareciendo solo por muchos puntos de la ciudad y acompañado de una numerosa partida en algunos pueblos de campaña, donde habia llegado hasta presentar batalla campal á varias fuerzas que fueron á intentar su captura.

Veamos como tuvo lugar uno de estos famosos combates, cuyos detalles encontramos en los partes de los archivos de policia, que publicaremos para que nuestros lectores tengan conciencia de que no exageramos nada en la narracion de esta exacta é interesante historia.

Cuello se ausentó de Buenos Aires hácia Flores, llevando á Margarita á un segurísimo local que habia hallado Tejon, el insigne Tejon, que era el personaje de mas recursos de toda la gavilla.

UN COMBATE COMO HAY POCOS

Cuello llegó á Flores de donde era Juez de Paz D. Isidro Silva, con Margarita, á quien escondió en un ranchito abandonado, que era el domicilio donde el cachafás Tejon pasaba sus ratos de recreo.

En seguida se largó á la quinta de Montoro, albergue de los cinco ó seis desalmados voluntarios que formaban su gavilla, pues estos habian agotado ya sus provisiones de boca, y para reponerlas tenian que hacer una *salida*, salida que no se atrevian á efectuar, sinó bajo las inmediatas órdenes de Cuello, á quien reconocian suma prudencia y astucia.

Cuello dispuso lo que creyó mas oportuno para aquella salida, que efectuó esa misma noche, y que dió por resultado dos vaquillonas de propiedad del mismo D. Isidro Silva,

que robaron del corral del Juzgado de Paz, un tercio de yerba y una frasquera que robaron del almacen situado donde hoy está el de la Estrella.

D. Isidro Silva que era hombre bravo y que tenia al servicio del juzgado hombres vaqueanazos de aquellos pagos, hizo bombear á Cuello y supo que, con siete individuos mas, tenia su campamento en la quinta de Montoro, donde armaban sendas jaranas de guitarra, como haciendo alarde de que allí estaban, sin que la autoridad se atreviese á decirles nada.

Silva se dispuso á reducir á prision á Cuello en la madrugada siguiente, para lo cual armó bien su partida mandando á don Juan Moreno un chasque, con la nota que mas abajo publicamos seguida de la contestacion que dió

aquel jefe de Policía por lo que verán nuestros lectores que Cuello era considerado un enemigo terrible.

*Viva la confederacion argentina!
Mueran los salvajes unitarios!*

Saa José de Flores, Enero 1^o de 1850.

Año 41 de la Libertad, 3^o de la Independencia
y 20 de la Confederacion Argentina.

*Al Sr. Gefe interino del Departamento General
de Policía D. Jaan Moreno.*

El que suscribo se dirige á V. S. dándole cuenta que en este momento que son las nueve de la noche, ha tenido noticia del paradero de la gavilla del asesino Juan de la Cruz Cuello y comitiva, que se cree estar en la quinta conocida de Montoro, á inmediaciones de este partido perteneciente á esa ciudad entre el Hueco de los Sauces y la Chacarita de San Francisco de cuyas resultas estoy disponiendo lo conveniente para darle el asalto á la madrugada, pues es la hora que se cree estén reunidos.

De todo lo que he creido de mi deber dar cuenta á V. S. para que si algo tuviese que ordenarme me lo participe con el conductor de la presente, como para que este paso no cause una alarma en esa.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Isidro Silva.

En contestacion á la transcripta nota, el infrascripto dice á V. que aun cuando las patrullas de infanteria de acaballo de este departamento ya han sido despachadas con el objeto de perseguir y aprender á los desertores que V. menciona, dispone en este momento lo conveniente para que antes de aclarar se hallen en el puesto que V. indica una ó dos partidas de acaballo con el objeto de auxiliar los procedimientos de V. y á efecto de evitar una equivocacion que pudiera traer consecuencias desagradables por cuanto aquellas andan disfrazadas de paisanos he ordenado vayan con gorros de vigilantes de infanteria y amas el santo del dia en esta ciudad cuya copia se adjunta.

Debo prevenirle á V. que como por esos mismos lugares se persigue á Cuello y su gavilla no seria extraño se encontrase la fuerza de ese juzgado con alguna partida de apie ó acaballo completamente vestido de paisanos y sin el requisito de las gorras que antes se menciona, pero que aun cuando no tendran tampoco el santo llevan un pasavante firmado por el infrascripto en que se expresa el objeto de la Comision.

Prevenga V. á la fuerza que disponga en persecucion de aquellos criminales que en caso de encontrar alguna partida de este departa-

mento la cual no halla podido ser encontrada para hacerle saber esta ocurrencia, le entregue la orden que adjunto á fin de que segun de sus procedimientos.

Como el infrascripto tiene ordenes respecto como debe proceder dadas por Exmo etc. caso de ser aprendido el criminal Juan de la Cruz Cuello espera que lo remita V. á esta casa central con los demas que lo acompañan, esto es en caso que no tenga V. ordenes superiores en contrario.

Sea cual sea el resultado que tenga las medidas adoptadas por V. dara V. cuenta á la mayor brevedad por lo demas que corresponda.

Dios guarde á V.

Juan Moreno.

Como se vé, para aprehender á Juan Cuello y los siete gauchos que lo acompañaban, la Policía enviaba dos patrullas á caballo y varias á pié, para proteger las fuerzas con que don Isidro Silva llevase el ataque que serian todos los milicianos de la partida de Flores, que eran unos veinte y cinco.

Silva recibió este refuerzo el mismo dia primero de Mayo y resolvió llevar el ataque á la quinta de Montoro, al dia siguiente, antes de aclarar, suponiendo encontrar aún durmiendo á Cuello y su gente.

Pero don Isidro Silva no contaba con que Cuello se habia hecho bombear todo el dia 1^o con el travieso Tejon, quien le trajo el detalle exacto de las fuerzas que debian atacarlos al dia siguiente y la noticia que el ataque debia efectuarse antes que amaneciese.

Cuello ensilló el famoso tordillo de Rosas, lo mas liviano que le fué posible y puso sobre el pico blanco sus maletas, á quien debia llevar de tiro, para el caso en que la lucha fuera enteramente despareja y tuviese que apelar á las de gaviota.

Situó su gente en los puntos mas estratégicos, calculando el lado por donde le traerian el ataque, y esperó dispuesto á escarmentar á todos los que se atrevieran á provocarlo á la lucha.

La mayor parte de los hombres que formaban aquella terrible gavilla, estaban armados de fusiles ó carabinas, pues eran desertores de Palermo. Cuello no se permitia mas armas que su facon y su par de bolas, en que tenia mas confianza que á todas las armas de fuego de su gente.

Entre tanto el pueblo de San José de Flores parecia un campamento militar, cuyas fuerzas estuvieran en víspera de librar una gran batalla. Las diversas patrullas con su correspondiente oficial á la cabeza daban riendas á sus caballos en las calles del pueblo—y algunos vecinos comedidos por echarla de famosos fe-

derales, limpiaban sus armas para echar una manito de aficionados.

A las tres de la mañana toda aquella fuerza se hallaba junta enfrente al juzgado de paz y á las cuatro se ponía en camino, con el mayor sigilo, hácia la quinta de Montoro.

La gente del pueblo se aglomeraba en las puertas y ventanas y los paisanos ensillaban sus caballos, preparándose para ver á Cuello y sus hombres á quienes traerian las partidas atravesados sobre sus propios caballos.

No habia uno solo de aquellos hombres que desease á Cuello la peor parte en la lucha, porque todos le tenian simpatía, pues apesar de los crímenes horribles que se narraban, nadie creia que Cuello fuese un asesino; pero erantantos los soldados que habian mandado á prenderlo que parecia imposible que Cuello pudiese escapar.

Las patrullas llegaron á la quinta indicada, con don Isidro Silva á la cabeza, quien situó las fuerzas de manera á cortarles la retirada, y tomadas estas disposiciones, esperó la venida del dia.

Entre tanto Cuello habia sentido la proximidad de la gente que lo buscaba y habia hecho cargar las armas, esperando tambien los primeros albores para hacer una descargá de provecho.

Detrás de los alambrados y diversos cercos, el jóven parecia un general en jefe que toma todas aquellas precauciones que indica la prudencia mas hábil, para no malograr una victoria segura.

Y era en verdad encantadora la decision de aquella gente! Veian que el enemigo era diez veces superior en número y presumian que, alentados por esta poderosa razon pelearian hasta vencerlos, sabian que vencidos no podrian aspirar á ningun género de perdon, y sin embargo todos estaban tranquilos y serenos, participando de la confianza que irradiaba en la hermosa pupila de su jefe.

Cuando los primeros rayos del alba empezaron á disipar las brumas de la noche, don Isidro Silva hizo montar á los soldados que descansaban sentados en el suelo, y se puso á tomar las últimas disposiciones para llevar el ataque.

Se disponia ya á hacer avanzar la fuerza de infanteria, cuando detrás de los cercos sonó una voz juvenil que gritó, ¡fuego! y una descarga cerrada vino á poner á aquella tropa en la mayor confusion.

Cuando el humo se hubo disipado y los soldados volvieron del asombro que les causara aquella inesperada descarga, otra descarga mas nutrida sucedió á la primera, y tres soldados del primer grupo cayeron al suelo, disparando los caballos que montaban por entre las filas, lo que produjo inmensa confusion.

—A la carga! á la carga antes de darles tiempo, gritó don Isidro cargando primero, en momentos en que se abrian las ramas de los cercos y aparecia la cabeza juvenil de Cuello, iluminada por una sonrisa diabólica.

—No se amontonen! les gritó irónicamente Cuello—el baile recién empieza porque todavia no han entrado los acordeones—fuego muchachos! añadió retirando la cabeza, y la tercer descarga sonó, hiriendo en el brazo derecho á uno de los oficiales y en una pierna al mismo don Isidro Silva.

La gente de Cuello, como ya lo hemos dicho, se componia de desertores de Palermo, así es que los tiros eran certeros y con una uniformidad en las descargas que acusaba la buena instruccion recibida por aquellos soldados.

Don Isidro Silva, desesperado y dado á los quinientos demonios, mandó tambien hacer fuego, y aquellos soldados empezaron á hacer un fuego graneado que no logró dominar al que recibian, que era cada vez mas nutrido.

Los soldados que mandaba Silva no tenian ninguna fijeza porque los de adentro de la quinta se escondian detrás de los árboles, y se protejian en el espeso cerco que rodeaba la hermosa quinta.

Las bajas en los soldados se sucedian unas á otras, sin saber ellos si habian logrado herir siquiera á alguno de aquellos ocho diablos que se habian apoderado de posicion tan ventajosa.

Don Isidro, Silva convencido de que no podria hacer nada, perdiendo toda su gente si seguia así, dispuso sus fuerzas de á caballo de á cuatro por la derecha y sable en mano se lanzó al rededor de la quinta buscando un punto por donde poder penetrar.

—Se acerca el momento decisivo, dijo Cuello á los suyos—ahora vamos á tener que pelear á sable los que lo tengan, y á facon los que no—cuando la cosa esté muy apurada, yo gritaré ¡ahora! y entonces todos nos desparramamos, juntándonos esta noche en la guarida de Tejon, á donde debe caer Isidro Marquez.

El fuego de fusileria cesó por parte de la gente de Cuello, que montó á caballo y empezó á rodear tambien la quinta, para defender cualquier *portillo* por donde las partidas quisieran entrar.

Entre tanto, las partidas de á pié trataban de meterse por entre el cerco, haciendo uno que otro tiro, cuando á la escasa claridad de la mañana lograban descubrir á alguno de los de Cuello.

Las partidas que mandaba Silva, que eran de soldados de caballeria, encontraron por fin á espaldas de la quinta, un claro por donde sin duda habia entrado la gente de Cuello, y quisieron colarse por él, pero en ese momento llegaba Cuello al frente de cuatro de los suyos,

y se trabó una lucha cuerpo á cuerpo sostenida por ambas partes con notable bravura.

Los otros tres de la gavilla que sintieron el estruendo de la lucha, se incorporaron á sus cuatro compañeros y el combate tomó un aspecto imponente y sangriento.

Los soldados de las partidas á pié, comprendiendo que se habia hallado un sitio accesible, se pusieron en proteccion de los suyos haciendo fuego cuando creian poder asegurar algun tiro.

Ya los soldados de Silva retrocedian rechazados á puñaladas y sabazos, cuando se sintió entre las filas de Cuello una maldiccion tremenda, y uno de sus hombres cayó del caballo, quedando inmóvil á los piés del *pico blanco*, que Cuello no abandonaba un segundo, pues á mas de la importancia del caballo, sobre su lomo iba un par de maletas que contenian todo lo que Cuello poseia en el mundo, que se reducía á unas cuantas pilchas.

Era el pobre Tejon que habia recibido un balazo de fusil en el parietal derecho, y habia caido aturdido por el golpe, pues la bala habia corrido á lo largo del hueso, destrozando el cuero cabelludo hasta la nuca.

La caída de Tejon á quien creyeron muerto, alentó á don Isidro Silva, que mandó cargar de nuevo, carga que se ejecutó con todo el vigor de que disponia aquella tropa que ya empezaba á fatigarse.

Este nuevo choque fué sostenido con increíble bravura por aquellos hombres extraordinarios que disminuyeron en otra plaza—pues al hacer retroceder por segunda vez á los soldados de Silva, el desertor José Acosta rodó tambien por el suelo con el cráneo partido por un hachazo.

Los soldados de Silva habian sufrido tambien algunas bajas; las boleadoras de Cuello eran terribles, y el potente brazo del jóven paisano no habia descansado un momento, estrellando con ellas el cráneo de los que se le ponian á tiro.

Cuello habia tomado desde el principio una parte activísima en el combate, ocupando el puesto de mas peligro y no habia recibido un solo arañazo:—Sea que las partidas no lo conocian, sea que muchos habian tomado á Tejon por Cuello, razon por la que se esmeraron en tomarlo de blanco, los sables enemigos no lo buscaban como él buscaba sus pechos.

Fatigados por la lucha gigantesca que acababan de sostener, los soldados de Cuello empezaron á aflojar un poco en el ímpetu, cosa que reanimó á los soldados de Silva á quienes se acababan de incorporar cuatro hombres de caballería.

La carga que trajeron entónces sobre el portillo fué irresistible: los soldados, superiores en número y aún en armas, forzaron el paso,

haciendo perder terreno á aquellos cinco valientes.

—Ánimo canejol! gritó Cuello sin perder el suyo—estos soldados están ya vencidos y no esperan mas que un momento dado para apretarse *las de bailar*—otro esfuercecito y la jornada es nuestra!

Y al mismo tiempo Cuello arremetió contra el soldado que habia entrado primero á quien sepultó en el pecho toda la hoja de su facon.

El soldado cayó al suelo sin pronunciar una sola palabra, sin lanzar la mas débil queja—parecia haber caido herido por un rayo.

En ese mismo momento rodaba con el cráneo hendido por un hachazo, Justiniano Cáceres que desde el principio habia peleado como un leon al lado de Cuello, á quien queria con idolatría.

—No es nada compañeros dijo Cáceres, todavía hay con que ganarles la partida—y sonriendo á pesar del dolor inmenso que debia experimentar, apartó con las dos manos la sangre que á torrentes caía sobre su frente altiva y elevada.

Cuello tuvo que soltar entónces su famoso pico blanco, pues su gente, reducida solo á cuatro hombres, habia empezado á retroceder sofocada por el número de enemigos que los cargaba.

Ya los soldados de Silva no podian hacer uso de sus fusiles, porque se habia producido el *entrevero*, y tanto podian herir á sus amigos como á sus enemigos—pero en cambio todos habian desnudado su sable y cargaban terribles, disputándose el derecho de pegar primero.

Cuello seguia batiéndose como un leon—esgrimia en su potente diestra con habilidad terrible, la filosa daga, mientras que con la mano izquierda revoleaba las bolas cada vez que estrechaban el círculo en que pretendian encerrarlo.

Su puñal habia postrado ya á tres de sus enemigos, y buscaba con avidez al mismo don Isidro Silva con quien queria medirse *de estribo á estribo*, para saciaren él el ódio que sentia por todo aquello que pertenecia á los agentes de confianza de Rosas.

Los cuatro soldados que aun quedaban á Cuello se batian tambien de una manera desesperada y heroica, habiendo recibido uno de ellos un puntazo en el pecho, que no debia ser de gravedad dada la pujanza con que manejaba, solo un pedazo que le habia quedado del sable.

Cuello, que en medio del fragor del combate no perdía su serenidad y sangre fria, por que no sabia *calentarse*, empezó á comprender que la lucha era ya insostenible—Combatir mas seria sacrificar la vida de los cuatro hombres que le quedaban, y proporcionar á Rosas el enorme gustazo de verle cortar la cabeza.

—Eso sí que no, dijo Cuello, respondiendo en alta voz á su pensamiento, y abrió á su alrededor gran campo, revoleando las bolas que fueron á azotarse sobre la cabeza del oficial que mandaba las dos partidas de á pié.

—Ahora, muchachos! ahora! gritó Cuello á los suyos, y los cuatro muchachos oprimieron con las agudas nazarenas las flancos de los caballos y partieron en diversas direcciones, saltando el cerco por los puntos en que este era menos elevado.

Los soldados tuvieron que dividirse en cuatro grandes grupos que siguieron á los fugitivos y uno mas numeroso, con don Isidro Silva á la cabeza. que quedó acosando á Cuello, porque este, sin duda para que mejor pudieran salvar sus compañeros, gritó:—yo soy Juan Cuello, mañas! vamos á ver la cara del gaucho que me toma.

Cuello se defendia como un tigre de todos aquellos hombres que le acosaban ansiosos por herirlo y remitirlo preso á Buenos Aires, seguros de que, quien tal hazaña hiciera, recibiría un buen premio.

Cuando Cuello vió que su gente estaba fuera de todo peligro, oprimió los hijares del magnífico caballo tordillo de Rosas, y pasó por entre medio de los que le rodeaban, como una saeta, tirando una lluvia de puñaladas, con una de las cuales alcanzó á herir en un muslo á don Vicente Silveira, alcalde en aquella época y acaudalado vecino de Flores hoy.

Cuello saltó el cerco de la quinta, con la limpieza á que estaba habituado el tordillo, y se perdió á lo largo del camino, en direccion al hoy puente de Marquez.

—Aunde irás que no te encuentre! gritó al pasar por delante del pico blanco, á quien tenia un soldado atado á la cola del caballo que montaba—y clavó al tordillo las espuelas.

—A él! á él! gritó de una manera desesperada D. Isidro Silva—que no se escape ese maldito porque todo habrá sido inútil!—y diez ó doce soldados se lanzaron en persecucion de Cuello.

Pero el tordillo era el mejor de los parejeros de Rosas, y por consiguiente el mejor caballo que habia en la provincia, con el que solo hubiera podido competir el prisionero pico blanco.

Los soldados se volvieron inmediatamente, convencidos de que ni aun teniendo alas, lograrían alcanzar á Cuello, que iba montado en el conocido caballo parejero *d'l p. tron*.

Don Isidro Silva se consoló algo, al contentar prisionero al parejero pico blanco con las maletas de Cuello, y á los heridos Tejon, Cáceres y Acosta, á quienes ya habian amarrado los soldados.

Despues de recojer sus muertos y heridos, don Isidro Silva regresó al juzgado sombrio y

cabisbajo, desde donde remitió á don Juan Moreno el siguiente parte de la jornada:

*Viva la confederacion Argentina!
Mueran los saltejos Unitarios!*

San José de Flores, Mayo 2 de 1850.

Año 41 de la libertad, 36 de la Independencia y 21 de la Confederación Argentina.

Al señor gefe interino de Policia.

El que firma remite á V. S. á los dos hermanos criminales Javier Cáceres (a) Tejon y Justiniano Cáceres (conocido ó llamado Sebastian Videla) y el individuo José Acosta de la gavilla del asesino Cuello, heridos uno de un balazo en la cabeza y los otros de hachazos recibidos en el combate de esta madrugada, combate que nos cuesta algunas vidas importantes, pues estos bandidos se han batido frenéticos.

El Alcalde D. José de los Santos Matallana conductor de esta, informará á V. S. de lo ocurrido en la continuacion de la resistencia que hicieron estos criminales, resistencia que duró mas de una hora de rudo combate y de las noticias que han adquirido del tiempo que hace á que estos asesinos moran en la quinta de Montoro sita en la Seccion 4^a de esa capital; lo mismo que la noticia que se ha tenido de la direccion que han tomado el desertor Luis Correa con otro que se supone sea el asesino Cuello.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Firma—*Isidro Silva.*

Relacion de las prendas que con los caballos dejaron en su fuga los siete ladrones y asesinos que fueron encontrados y batidos anoche en este partido, que son el desertor Juan de la Cruz Cuello y demas criminales que se sabe lo acompañan.

Un caballo colorado pico blanco con esta marca que se dice ser un parejero que han visto correr en las Lomas de Zamora con el apero siguiente: Bozal trenzado con tres argollas amarillas—sobre-puesto y sobre-sincha de paño de retazos á cuadros azules y punzoes—2 cojinillos de hilo azules y entre estos una manta pampa con listas, turqui, punzoes, blancas y negras—sincha de lonja bordada con argollas amarillas—lomillo y carona de suela—estribos de plata chicos como para apero de campo con pasadores y una argolla de plata y correas de lonja—carona de vaca negra con una mancha blanca—tres jergas bajas, dos cordobesas, y una inglesa imitacion pampa negra y punzó—un lazo trenzado con argolla de fierro—un par de maletas de lienzo que contienen las piezas de ropa siguientes: 1 camisa de bramante con cuello, pechera y puño de

hilo, la cartera bordada y con esta marca—A V G—1 camisa de bramante nueva con estas iniciales I. S.—4 camisas de bramante y una de zaraza—8 pares de calzoncillos, 4 cribados y 4 lisos, siete de bramante y uno de hilo—2 ponchos de algodón viejos—1 freno con argollas y presillas de plata, 1 caballo saino malacará en pelo con freno con copas grandes de plata con cabezadas y riendas de lonjas.

San José de Flores.

Isidro Silva.

Relacion de las prendas y armas de los desertores criminales compañeros de G. villa del asesino Juan de la Cruz Cuello que son José Acosta (le este ninjuna) Faustino Caseres y Javier Caseres.

A saber: Un tirador bordado con tres lluntas de botones de plata de á cuatro, once reales de plata de botones y siete medios id carcomido, cien pesos papel moneda, una contrata un pase por el Juez de Paz de Chivilcoy, y una cuenta dos dagas ó facones, un rebenque argolla amarilla de lonja.—Un sombrero de paja cinta negra y barbijo.

San José de Flores, 3 de Mayo de 1850.

Isidro Silva. ()*

Juan Cuello entre tanto se largó al escondite del pobre Tejon, donde habia dejado á Margarita, y donde lo debia esperar el trompa Isidro Marquez, con dos ó tres desertores mas para engrosar la gavilla.

Allí encontró efectivamente á Marquez con

cuatro soldados de Palermo, que se habian incorporado aquella mañana, y que venian á engrosar aquella gavilla famosa y temida ya, por el combate que librara con D. Isidro Silva, cuyos detalles eran ya de todos conocidos.

El alegre trompa Marquez, traia á Cuello un regalo inestimable, que consistia en un trabuco de bronce de los llamados naranjeros, de propiedad del coronel Hernandez, á quien lo habia robado uno de los desertores últimamente incorporados á Marquez.

Cuello recibió alborozado aquel regalo inestimable, que le proporcionaba la seguridad de poder dejar seco en primera oportunidad á Cuitiño ó á cualquiera de esos famosos que lo perseguian á pleito.

El jóven nombró sobre tablas teniente de su partida al trompa Marquez, y no encontrando ya seguro para su Margarita aquel sitio, la montó en ancas del tordillo y se dispuso á regresar á la ciudad, donde podria proporcionarle asilo mas seguro, mientras él se ponía en campaña para recuperar el pico blanco, con cuya pérdida no se conformaba, pues aquel caballo lo conocia ya hasta seguirlo á todas partes.

—Bueno, les dijo Cuello así que llegaron los cuatro dispersos de la batalla anterior—el cuartel general será desde hoy el Monte de la quinta de Quirno, donde yo los buscaré á mi vuelta.

Cuello, despues de tomar sus últimas disposiciones saltó sobre el tordillo á cuyas ancas estaba Margarita y tomó el camino de la Chararita—Empezaba á oscurecer.

LOS PULPEROS SE HACEN CÓMPLICES

La casa de la gringa Mariquita, en la capilla Bola de Oro, era entonces mas conocida que lo que puede serlo hoy la misma quinta de D. Joaquin Cazon, á cuyas inmediaciones estaba situada.

Era esta una gran pulpería y casa de negocio donde concurría toda la gente de trueno de aquellos barrios y donde Juan Cuello tenia banca, pues la gringa Mariquita, antigua vecina de esos barrios, debia algunos servicios á la familia de Cuello y principalmente á la madre de Juan de quien ora gran amiga.

La pulpería de la gringa Mariquita tenia un

gran fondo con unos cuartujos donde estaba viviendo desde hacia unos dias y á ocultas la madre de Cuello, que tuvo que emigrar de su rancho que fué invadido y saqueado por las partidas de Policía que buscaban á Juan—y si estos no habian degollado á la anciana no era por falta de intencion sinó porque temian á Cuello y no querian les pasara lo que á don Ruperto.

Fué á casa de la gringa Mariquita donde llegó Cuello, con ánimo de pasar algunos dias tranquilos al lado de su vieja y de Margarita, á quien habia tomado un gran cariño, y cuya hermosura le embriagaba, hasta el punto de haberse olvidado completamente de Mercedes.

Quando Cuello llegó á casa de doña Mariquita la gringa, la pulpería estaba llena de

(*) Estas notas las publicamos sin alterar su curioso redaccion y ortografía.

gente de trueno que saludó con infernal estrépito la llegada del joven acompañado de tan soberbia moza.

Muchos alcaldes y gente de justicia que estaban allí de járana, vieron llegar á Cuello y su moza, sabiendo que se iba á bajar allí, pero era tal el miedo que tenían al joven y tal el prestigio de bravo que este habia adquirido, que no se atrevieron á dar cuenta á la Policia, prefiriendo quedar mal con Moreno á riesgo de una destitucion, que esponerse á que Cuello los *aterrara* las tripas.

Cuello saludó con su habitual alegría á aquella gente y echando el brazo derecho al cuello de Margarita, se dirigió al fondo, al cuartujo que ocupaba su anciana madre, mientras la rueda de marchantes quedaba haciendo los mas famosos comentarios sobre la asombrosa audacia y valor de Cuello.

Inmensa fué la alegría de aquella pobre vieja al ver llegar á su querido Juan! Le saltó frenética al activo cuello y cubrió de apasionados besos aquel semblante varonil y hermoso, tostado por los rayos del sol.

El joven queria hablar, queria decir mil ternezas á aquella pobre mujer que tanto habia sufrido en los últimos tiempos, pero la viejita devoraba en sus lábios las palabras del joven, con apasionadísimos besos que las hacian completamente ininteligibles.

—Madre querida, dijo por fin Cuello apartando á la vieja con una caricia: aquí te traigo á la prenda que mas quiero despues de tí, para que me la cuides—y recien la viejita se apercibió de que allí habia una hermosa joven que acompañaba á su hijo.

En la inmensa alegría que esperimentó al ver llegar á su Juan, no habia tenido ojos mas que para mirar á este, con su mirada velada por las lágrimas que á él os afluían.

Aquella buena vieja tomó entre sus manos la hermosa cabeza de Margarita que lloraba enternecida y la besó en la frente, estrechándola entre sus brazos de madre, en los cuales cabe todo aquello que puede interesar á un hijo, mucho mas si este hijo es desgraciado.

La madre de Cuello pasaba su mirada alborozada del rostro del joven que sonreía olvidando en aquel momento todas sus pasadas desventuras, al rostro juvenil y lloroso de Margarita.

—Esta es mi compañera, madre, dijo Cuello acariciando las canas de la anciana: te la traigo para que te acompañe, porque ya sabes que ando huido y si me agarran no habrá Dios que me salve de las uñas de esos malditos, que tanto amor tienen á mi tocayo en los demás,—y al decir esto Cuello, aludia al «cuello» de los que degollaba la mazorca.

Aquellas palabras borraron por completo toda

la alegría que la presencia del hijo querido habia derramado en el corazon de aquella madre, cuyo único apoyo en este mundo era el valiente Juan.

—No te vayas hijo mio, dijo sofocando sus sollozos, no te separes de mí porque te sucederá una desgracia y entónces yo moriré de dolor; y á los ruegos y lágrimas de la anciana, se unieron los de Margarita.

—Quedarme es morir, madre, replicó Cuello las partidas me busan por todas partes y anoche he tenido que pelear duro para salvar el pellejo—si llegan á saber que estoy aquí vendrán á tomarme y tendré que sucumbir porque no podré contra tantos.

Las dos mujeres hubieron de enfermarse al oír estas razones y la alegría volvió á renacer cuando Cuello les dijo que permanecería allí de oculto tres ó cuatro dias mas, si antes no daba cuenta a'gun comedido de que estaba en la pulperia.

Cuello pidió á la gringa Mar'ca a'go que cenar pues Margarita no habia tomado nada desde el dia anterior, y todos tres se pusieron á cenar una caja de sardinas y un par de postas de sábalo frito, servidas en una hoja de col, manjar infaltable en aquellos tiempos de toda pulperia de aquellos barrios.

Margarita comió con poco apetito—la estraña situacion por que pasaba, la eterna zozobra en que habia vivido desde que abandonó la casa del padre, la habian enfermado aunque de poca gravedad.

Cuando la cena hubo concluido, Cuello se retiró á la pulperia, diciendo á la madre que hiciera acostar á Margarita y se acostara ella misma, mientras él iba á echar un párrafo con los amigos, informándose de las seguridades con que allí podia contar.

En sus aventuras y correrias Cuello habia aprendido á beber y bebia con tanto garbo, que se echaba al colete una docena de cañas con limonada sin que su cabeza sufriera la menor alteracion.—Por el contrario, cuando tenia en el estómago un par de *azumbres* de esta estraña *mescolanza*, era cuando se mostraba mas alegre y guitarrero.

Cuello se acercó á la larga mesa donde los parroquianos bebían ó jugaban, y se puso á conversar con ellos informándose de las novedades que hubieran ocurrido durante su ausencia.

Entre copa y copa, aquellos famosos tertulianos de todos pelajes empezaron á preguntar á Cuello como habia sido la *birtuda* de la novia de Cuitiño y si era aquella moza que habia venido con él, á lo que Cuello respondió contando con pelos y señales su pelca en la Salamanca de la esquina de las ánimas, y la batalla que habia librado en San José de Flores.

Un entusiasta aplauso saludó la relacion de

Juan Cuello, á quien se dirijeron los cumplimientos mas eriollos, disputándose todos ellos el honor de invitar á Cuello con una copa, de donde resultó que á las tres ó cuatro copas dobles, Cuello se encontró algo alegre de cascos.

Los hechos de valor son muy apreciados entre la gente de nuestro pueblo, cuya mayoría se compone de hombres bravos hasta la exageracion.

Juan Cuello, como Juan Moreira, como Guatama y Calandria, no son una escepcion en nuestra campaña donde cada paisano es un héroe, á quien la justicia de paz se complace muchas veces en lanzarlo al crimen como á Guatama, ó á morir como Moreira, pasando á la leyenda.

Por eso la concurrencia de aquella pulperia, compuesta en su mayor parte de paisanos, escuchaba alborozada la narracion de Juan Cuello que se habia hecho simpático por las penas que habia pasado y por el valor asombroso de que cada dia daba una prueba, luchando frente á frente con la policia de Rosas, que era mucho decir.

Todos brindaron á la salud de Cuello, deseándole mil felicidades en su vida *matrera*, y los brindis y felicitaciones con copa se sucedieron de tal manera, que un par de horas despues los mismos alcaldes y tenientes alcaldes se hallaban tan *divertidos*, que se armó una verdadera salamanca «de canto, copa é instrumento.»

Eran tan generales aquellos truenos federales, que las patrullas de serenos que por allí pasaron escucharon la cosa como muy natural, pasando de largo sin interrumpir la fiesta.

Y Juan Cuello permaneció cuatro dias y tres noches en la pulperia de la gringa Marica, compartiendo su tiempo con Margarita y su vieja y las payadas que tenian lugar noche á noche delante de los alcaldes que seguian guardando silencio por miedo de que Cuello hiciera con ellos alguna herejia.

A la cuarta noche cayeron á la pulperia dos personajes de gorro de manga y aspecto siniestro, que con toda cautela se acercaron á Cuello y le hablaron al oido:—era una comision enviada por el trompa Marquez para avisarle que le habian *bombardo* el campamento y que andaban por darles golpe.

—Mañana nos pondremos en camino, contestó Cuello alegremente; siempre será tiempo de dar una soba á esos entremetidos: ahora, concluyó siga la jarana, que «nunca es tarde cuando la dicha es buena.»

Y Cuello llevó esa noche su audacia hasta quemar sendas gruesas de cohetes colorados en la misma puerta de la pulperia.

Sabido es que entonces la mayor parte de los alcaldes tenian pulperias y era tal la liga que habian hecho con Cuello, que cuando se

concluyeron los cohetes que tenia en su casa la gringa Marica, aquellos célebres pulperos fueron á traer provisioni á sus respectivas pulperias.

Este público alarde que de su presencia en poblado hacia un hombre perseguido por la policia y calificado de desertor y asesino, llegó á conocimiento del juez de paz de aquella parroquia don Eustaquio Gimenez, quien para salvar su responsabilidad y no atraer sobre sí las iras de Rosas, se vió obligado á dar cuenta.

Al dia siguiente de la jarana de los cohetes en casa de la gringa Marica, doña Josefa Gonzalez se presentó en el juzgado pidiendo auxilio porque decia temer un asalto de Cuello; y Gimenez, aunque hubiera deseado no decir nada, no tuvo mas remedio que pasar la siguiente nota que, como todas las que hemos publicado existe en el archivo de policia.

El Juez de Paz
de Balvanera de la Encarnacion.

*Viva la confederacion argentina!
Mueran los salvajes unitarios!*

Buenos Aires, Mayo 12 de 1850.

Año 41 de la Libertad, 38 de la Independencia
y 20 de la Confederacion Argentina.

Al señor jefe interino de Policia, D. Juan Moreno.

El infrascripto considera oportuno comunicar á vd. que á las oraciones del dia anterior se le solicitó por doña Josefa Gonzalez vecina del cuartel 46 auxilio de fuerza en razon de temer que en la noche fuese asaltada su casa por el asesino desertor Juan de la Cruz Cuello y su gavilla, pues habia observado que Elias Oliva, uno de los desertores que componen dicha gavilla habia pasado seis veces por los alrededores de su casa. Con tal aviso el subscripto hizo ocultar alguna fuerza en puntos inmediatos; mas bien sea que ella fuese vista por los criminales, ó por otra causa no ha producido efecto alguno la medida.

Tambien cree el que firma conveniente, hacer saber á vd. que la referida gavilla de criminales desertores, en número de cuatro, aparece casi diariamente en las pulperias de los cuarteles 31 y 46 y se supone que el alvergué de ellos está en uno de dichos dos cuarteles, aunque tambien se ocultan en el cuartel 34.

Sin embargo Cuello ha permanecido mucho tiempo en una pulperia, donde algunas veces incendian cohetes y hacian alarde de su delito.

El sabado ultimo estuvieron al anochecer en una pulperia recientemente abierta en la calle de corrientes frente á la casa del finado Coria, Cuartel 46, - y cuando el infrascripto mando perseguirlos huyeron en direccion á la ciudad,

Los momentos en que mas frecuentemente se le vé reunidos ó separados por la calle es la tardecita y algo despues de oraciones comunmente vienen en direccion de la quinta de Mán en el Cuartel 50, donde hay una fonda, en la cual á favor de los arboles y pastos se cre que paren algun rato. Tambien traen la direccion de la quinta de Blanco en el Partido de San Isidro, de donde fue peon antes el asesino Cuello. (*)

Afirmase el infrascripto en la persuacion de que esté cerca el alvergue de los referidos criminales porque el peon mandado por Doña Josefa Gonzales en solicitud de auxilio manifesto que, el desertor Oliva habia presentado en dos caballos diferentes antes de una hora. Tambien hacen sus salidas á pié, por la noche aquellos criminales. En la anterior fueron corridos dos que se suponen de la gavilla, á inmediaciones de la casa del que firma. Se cre que viniesen de una casa donde tiene relacion el susodicho desertor asesino Cuello.

El infrascripto animado del deseo de auxiliar al departamento de Policia, en la captura de estos criminales ha comisionado á varios milicianos de confianza para perseguirlos en el dia, y aumentando el número de patrullas de las fuerzas del Juzgado, las hace salir al mando de oficiales; mas sucede que, no todos los milicianos están dispuestos á capturarlos, porque no los conocen; mientras que aquello que los conocen cometen la reprensible falta de no dar avisos oportunos, y el que firma supone que, aun algunos los abrigan; talvez conducidos de un infundado del inocente miedo.

Mediantes estas circunstancias el infrascripto pidió al Departamento las filiaciones de Cuello y sus compañeros; sin embargo no las ha recibido hasta la fecha, por lo que cre que V. S. no habria considerado oportuno remitirselas.

Firma— *Eustaquio Ximenez (**)*

Y era verdad—el Juez de Paz Gimenez habia enviado fuerza on observacion de la pulperia de la gringa Mariquita, pero los milicianos llegaron cuando Cuello salia con los dos soldados que le habia enviado Marquez, y no se atrevieron á detenerlo.

(*) Este dato oficial viene á hacer resaltar mas el error on que han incurrido los que aseguran que Cuello fué traído de Mendoza atado codo con codo, para labrar la quinta en Palermo, á pesar de que ya hemos demostrado que era nacido en el barrio conocido por Capilla de Bola de Oro.

(**) Certifico que los documentos y partes que sobre Juan Cuello publica LA PATRIA ARGENTINA son copia fiel de los originales que existen en este archivo de Policia.

Enero de 1880.

Tomás Oliver.

Cuello llevó su audacia hasta pasar por la misma casa de don Eustaquio Gimenez, á quien gritó al pasar «buenas noches señor don Eustaquio», golpeándose la boca con toda insolencia, y dejando asombrados á los milicianos que estaban en la puerta y que no se atrevieron á seguirlo.

Cuello se despidió de su vieja, como él llamaba á la madre y recomendando á Margarita que no estuviera triste, se ausentó asegurándole que pronto pegaria la vuelta y vendria á hacerles una visita.

Aquellas dos pobres mujeres quedaron sumidas en la mayor desesperacion:—para una, Cuello representaba su única alegria sobre la tierra; el consuelo de sus últimos años: para la otra, aquel jóven era su primer amor, aquel amor que hace latir poderosamente el corazón de una mujer, y que no se borra jamás, sobreviviendo á todo otro recuerdo, á toda otra felicidad.

Cuello se dirijió á San José de Flores y se fué al monte de la quinta de Quirno, que, como se sabe, lo habia elejido para su cuartel general—Allí estaba el famoso trompa Marquez acompañado de nueve valientes que se le habian ido presentando, ya desertores de Palermo, ya del cuerpo de serenos de que era presidente el insigne Mariño.

El atrevido jóven supo allí que Marquez habia tenido que hacer una salida con su gente para armarse de buenos caballos, y que D. Isidro Silva les habia bombeado la guarida, aunque sin conocer el punto fijo donde se albergaban.

Efectivamente, eran tales los malones que con aquellos nueve hombres habia dado en Flores el trompa Isidro Marquez, en ausencia de Cuello, que de ellos tuvo conocimiento el temido don Juan Moreno, quien dirijió la nota siguiente al celoso D. Isidro, la que publicamos para que el lector pueda convencerse que narramos la vida de Cuello, en posesion de todos los documentos y datos que á él se refieran.

*Viva la Confederacion Argentina!
Mueran los Salvajes Unitarios!*

San José de Flores, Mayo 15 de 1880
Año 41 de la Libertad, 36 de la Independencia
y 21 de la Confederacion Argentina.

Señor Gefe interino de Policia.

«El que suscribe, ha recibido hoy á las cinco y veinte minutos de la tarde, la nota de V. S. fecha de ayer, cuyo tenor es el siguiente: «Para la mas incesante y activa persecucion, el infrascripto adjunta á V. las filiaciones de los desertores Juan de la Cruz Cuello, Norberto Merlo, Luis Correa, Elias Oliva, Juan Fernandez y Zeilo Agüero, y otros que les

acompañan, las que tan luego como V. las reciba y sin pérdida de momento hará circular en todo el partido de su cargo, por si llegase á aparecer en él cualquiera de los citados desertores; y en tal caso serán remitidos á esta casa Central bajo Segura Custodia y con una barra de Grillos.

«Muy seriamente responsable se hace á V. de cualquier descuido ó negligencia que sobre esto se llegase á cometer por parte de V., y este mismo cargo hará V. á los empleados de su dependencia á quienes les reencargará el mayor celo é interés en las pesquisas, pues este es un servicio de la mayor urgencia en razon de que los espresados desertores, á mas de sus hechos y atentados ponen en completa alarma á todo el vecindario por donde aparecen, por lo cual es necesario la mas constante y viva persecucion para espulsar de la sociedad á semejantes bandidos.

«Estos mismos desertores hace pocos dias á que asaltaron en el paso de Burgos al vecino de Dolores D. Justo Gonzalez robandole seis caballos, dos oscuros con esta marca , un colorado contramarcado, un lobuno, y un saino y un rosillo cuya marca no recuerda.—Al mismo tiempo le robaron las prendas siguientes un poncho de paño azul con veinte y ocho botones de plata moneda de á medio, cuello terciopelo negro, forro de balleta pellow, otro poncho de paño azul nuevo cuello de lo mismo que el anterior y otro ingles oscuro.

«Estos conocimientos se dan á V. por si pu-

dieran ser conocidos por los caballos ó por las prendas robadas.

Juan Moreno.»

En consecuencia queda en poder del que firma las filiaciones espresadas en la transcripta de V. S. y reiteradas las ordenes para la persecucion y aprencion de los mencionados criminales.

Dios guardo á V. S. mucgos años.

Isidro Silva.

Cuello revistó á su gente con la misma proligidad que habria revistado sus tropas el General mas escrupuloso, y encontrándola perfectamente armada y montada, decidió esperar allí á don Isidro, y quitarle completamente las ganas de perseguirlo por tercera vez.

Cuello sabia que Silva no le habia de llevar un ataque sinó con varias partidas para vengar su anterior derrota, pero el paraje elegido era sumamente estratéjico por la espesura del monte y la gente, que bien armada, se *salia de la vaina* por pelear.

Pero Cuello esperó en vano dos á tres dias, preparado á rechazar cualquier asalto, pues no se presentó allí ni don Isidro Silva ni una sola de las innumerables patrullas que andaban en su busca.

O don Isidro Silva no sabia á punto fijo el paraje donde ellos se ocultaban ó le estaba preparando alguna emboscada para sacarlo del monte y rodearlo á *campo* con fuerzas superiores.

LLUEVE SOBRE MOJADO

Viendo Cuello que esperar era inútil y necesitando salir para proveer á su gente de carne y *vicios*, empezó á hacer pequeñas espediciones que se reducian á robar como podian algun animal carneable, y bombar al Juez de Paz.

Estas escursiones las hacia Cuello acompañado del trompa Marquez que era una especialidad para enlazar una vaca, ó del tuerto Oliva que manejaba las uñas con tal rapidez que solia entrar á un almacén á preguntar la hora, y mientras el almacenero miraba el reloj, se alzaba con un cajón ó tarro de algo, que cambalachaba en otro almacén por yerba, azúcar y ginebra.

Entre tanto las patrullas habian *salido de madre*, reforzadas con soldados de la policia y soldados de la guarnicion de Palermo que an-

daban en busca de Cuello, pero siempre encontraba este el medio de burlarlas y muchas veces darles un buen chasco, que consistia en emboscarse entre los árboles, y al ir esta á pasar hacer una atropellada de pronto, dar un buen rebencazo al oficial que la mandaba, y cerrar las espuelas al famoso tordillo de Rosas, que desaparecia con la rapidez que le habia dado tanta fama.

Ya las partidas se habian multiplicado de tal modo, y batian los caminos con tal cuidado, escarmentadas por los *chascos*, que Cuello se veia obligado á salir de su escondite acompañado de toda su gente á la que hacia marchar con las armas cargadas para estar prontos á cualquier sorpresa.

La patrulla mas fuerte de las que perseguian á Cuello, y la mas encarnizada en prenderlo,

era una mandada por don Regino Carreras, Teniente Alcalde de gran prestigio por su valor personal y de la que formaban parte los alcaldes Jorge Morales y Benito Valenzuela, siendo el resto de la patrulla compuesta de diez milicianos y cuatro soldados de Palermo.

A esta patrulla era á la que Cuello tenia mas ganas, por ser la de mas *menta* y compuesta de gente que se habia elegido entre la mas brava, para acompañar al famoso don Regino Carreras.

Cuello tomó pues sus medidas para conocer los rumbos porque esta patrulla andaba, para salirle al encuentro por sorpresa y ponerla en vergonzosa fuga ó concluir con ella.

La partida de los tres alcaldes como le decia Cuello, era una partida práctica en la persecucion del malhechore, era la encargada de bombar á Cuello y dar parte así que se conociese su guarida, pues se suponía que la gente de Cuello habia aumentado considerablemente.

Segun un soldado que habia llegado de Palermo, Cuello debia andar por el camino de la Chacarita, pues en esa direccion habia encontrado un grupo de gente con sombrero, bien armada, que le pareció debia de ser la célebre gavilla de Juan Cuello.

Don Isidro Silva, envió este aviso al famoso don Regino Carreras, con cuatro vigilantes de la ciudad á órdenes del temido oficial Boado para que reforzara su gente y pudiese con mas seguridad bombar á Cuello, avisándole inmediatamente que dieso con su guarida, teniendo cuidado de rodear el paraje donde lo hallara, para ir él en persona á batirlo con nuevos refuerzos.

Boado era uno de los oficiales mas bravos con que contaba la Policia de Rosas y á quien siempre se enviaba en persecucion de criminales, que huían de él como del diablo, porque Boado era tan tenaz como valiente y no regresaba nunca sin haber aprehendido al criminal cuya captura se le habia encomendado.

Cuello, entre cuya gente habia bomberos de finísimo olfato, supo en el acto que Carreras habia sido reforzado por Boado y cuatro soldados de Policia, resolviendo jugarles una mala pasada, venciendo y burlando terrible al Boado y al famoso alcalde Carreras, cuyo valor, segun se decia, no conocia rival en aquellos pagos.

Era una noche de fines de Agosto, cuando Cuello se emboscó en los cercos de la quinta de Blanco, situada en una calle muy angosta, que desembocaba en la de Gauna, y por don de forzosamente debia pasar la comision que andaba en su busca y á que habia decidido sorprender y escarmentar.

El frio era insoportable y el viento que silbaba entre los árboles era uno de aquellos

vientos helados que roinan durante todo el mes de Agosto, calificado entre los paisanos de *viento barbero*, porque segun ellos afeita la cara mas dolorosamente que navaja mellada.

Los soldados salieron del juzgado á las diez de la noche, arrebujados en sus ponchos, y cubriendo con ellos la mano de la rienda, porque el frio endurecia los músculos hasta el punto de no poder mover las articulaciones.

Al pasar por una pulperia, la gente de Boado echó pié á tierra para calentar el cuerpo con una azumbre de caña, pues si cesaba el viento y empezaba á caer la holada, no era dificil que los soldados quedaran endurecidos sobre el caballo.

Cuando la gente se hubo entonado un poco con la consoladora racion de caña, se montó á caballo nuevamente, y se emprendió una marcha lenta hasta la quinta de Blanco, para que, si daban con la guarida de Cuello y su gavilla, esta no sintiese el tropel de los caballos, siendo de esta manera mas fácil la sorpresa.

Los soldados, embizados hasta las narices, marchaban por hileras de á cuatro, guiados por el alcalde Regino Carreras, y precedidos por el capitán Boado, que marchaba á retaguardia por si, despues de pasar la gente, los bandidos se levantaban y tomaban la direccion opuesta á la que ellos llevaban.

En este órden pasó aquella patrulla por delante la quinta de Blanco, donde se hallaba Cuello emboscado con el trompa Marquez y cinco hombres de su gente, pues con toda pilleria y habilidad, Cuello habia enviado dos de sus hombres á la quinta de Quirno para que llamaran allí la atencion de don Isidro Silva y no pudiese este venir en proteccion de Boado.

Así Cuello privaba á Boado de toda proteccion calculando que si este lograba hacer llegar á Silva un soldado chasque, don Isidro, creyéndose hecha la buena pista, se burlaria de Boado en vez de protéjerlo, quien, ageno á la táctica de Cuello, seguía su pausada marcha.

Ya los soldados, gujados por Carreras habian pasado por la emboscada sin *maliarla* y Boado seguía tres varas á retaguardia mirando en todas direcciones, cuando se sintió un golpe seco, seguido de un grito de dolor y Boado rodó por el suelo yendo á azotar su cuerpo contra el cerco.

Era que Cuello lo habia dejado pasar, y habia hundido su cráneo con el terrible golpe de las bolas, que en sus manos eran tan terribles como la bola perdida del salvaje, que arroja en último trance.

A aquel golpe y á aquel grito, don Regino hizo alto y gritó á Boado—pero Boado no pudo responderle—el bolazo habia sido terrible y estaba allí sin conocimiento.

El ruido que hizo al disparar el caballo de aquel oficial, dió á comprender á Carreras que habian caido en una emboscada, y mandó en el acto volver caras preparando las armas, pero en ese momento Cuello y su gente lanzaban una sonora carcajada, y como un malon infernal, caian puñal en mano sobre D. Regino y sus soldados.

El primer momento fué terrible—la acometida fué tan rápida y vigorosa que los soldados de Carreras, y aún este mismo, habian quedado sobrecojidos de asombro: aquella carcajada múltiple habia sonado en sus oidos como cosa del otro mundo, es decir, de Salamanca, y habian quedado atontados por el ruido.

Cuello aprovechó el espanto que habia logrado infundir, espanto que habia dejado á muchos de aquellos hombres sin poderse desembozar de sus ponchos, y cargó al centro multiplicando los golpes de su puñal, haciéndoles un destroz tremendo.

Los ayes de los que habian sido heridos, y el tropel de los caballos que libres del ginete, disparaban en todas direcciones, ahogaban la voz enfurecida de Carreras que gritaba: es Cuello, canallas! á él, á él, y que esta sea su última iniquidad!—lo que demostraba que tambien don Regino habia creído que una Salamanca se le echaba encima.

Los soldados, valientes en su mayor parte menos contra las ánimas del otro mundo, al saber que solo se trataba de pelear con vivos habian sacado sus sables y cargaban desesperadamente—pero ya habian disminuido por las bajas que los hiciera la gente de Cuello, aprovechando su sorpresa y haciéndoles perder la formacion.

El combate se hizo sangriento y cada vez mas encarnizado—la gente de Cuello conservaba la ofensiva y peleaba con alivio, haciendo gala de una bravura imponderable.

—Oíganle á los guapos! gritaba Cuello; no todos los dias son de fiesta y hoy me toca á mí. Ríndanse á Juan Cuello, canallas, gritaba el jóven alegremente y avanzaba siempre al medio.

Don Regino atraído por la voz de Cuello, le buscó entre la escasísima oscuridad de la noche, y descargó sobre él una de sus pistolas de arzon, pero con mala suerte, porque no logró herir á Cuello, quien lo agredió nuevamente diciéndole con una picardia infinita:—Pa la maula que me has hecho! . . .

A la detonacion de la pistola el caballo de don Regino se encabrió salvándose así de una muerte segura, pues la inevitable puñalada con que Cuello respondió al pistoletazo le recibió el noble animal tras de la paleta, quedando tan manco que don Regino tuvo que desmontar para no caer con caballo y todo.

—Firmes hijitos, firmes muchachos, y pare-

jo, gritaba Cuello á los suyos, que estas maulas ya están *boquiando*; y los muchachos cargaban duro, pero se encontraban con los sables de los milicos que, bravos y repuestos del susto, combatian con gran coraje, aunque desventajosamente, pues Cuello los habia obligado á dar la espalda al cerco.

Entre tanto el alcalde Morales habia regresado al juzgado, por su cuenta, y daba el parte de lo que sucedia á D. Isidro Silva, que contestaba sencillamente:—No puede ser, porque ahora mismo marchó á la quinta de Quirno, donde acaban de decirme que están Cuello y su gavilla.

—Aseguro que esto es falso, decia el espantado Morales—Cuello y su gente están en la quinta de Blanco, pe eando con D. Regino—Ya han muerto al capitan Boado y á cuatro de los mejores soldados—no hay que perder tiempo, señor, porque será tarde cuando lleguemos.

Aturdido por el espanto de que estaba dominado Morales, D. Isidro Silva se decidió, y reuniendo unos veinte milicianos que tenia en el juzgado, tomó á media rienda el camino que le indicaba Morales.

Los dos hombres que Cuello habia enviado á fijar la atencion de Silva, habian venido á bombear al Juzgado el efecto de la maniobra, y viendolo que pasaba habian partido á media rienda á llevar el aviso á Cuello, antes que llegara el refuerzo que salia del Juzgado.

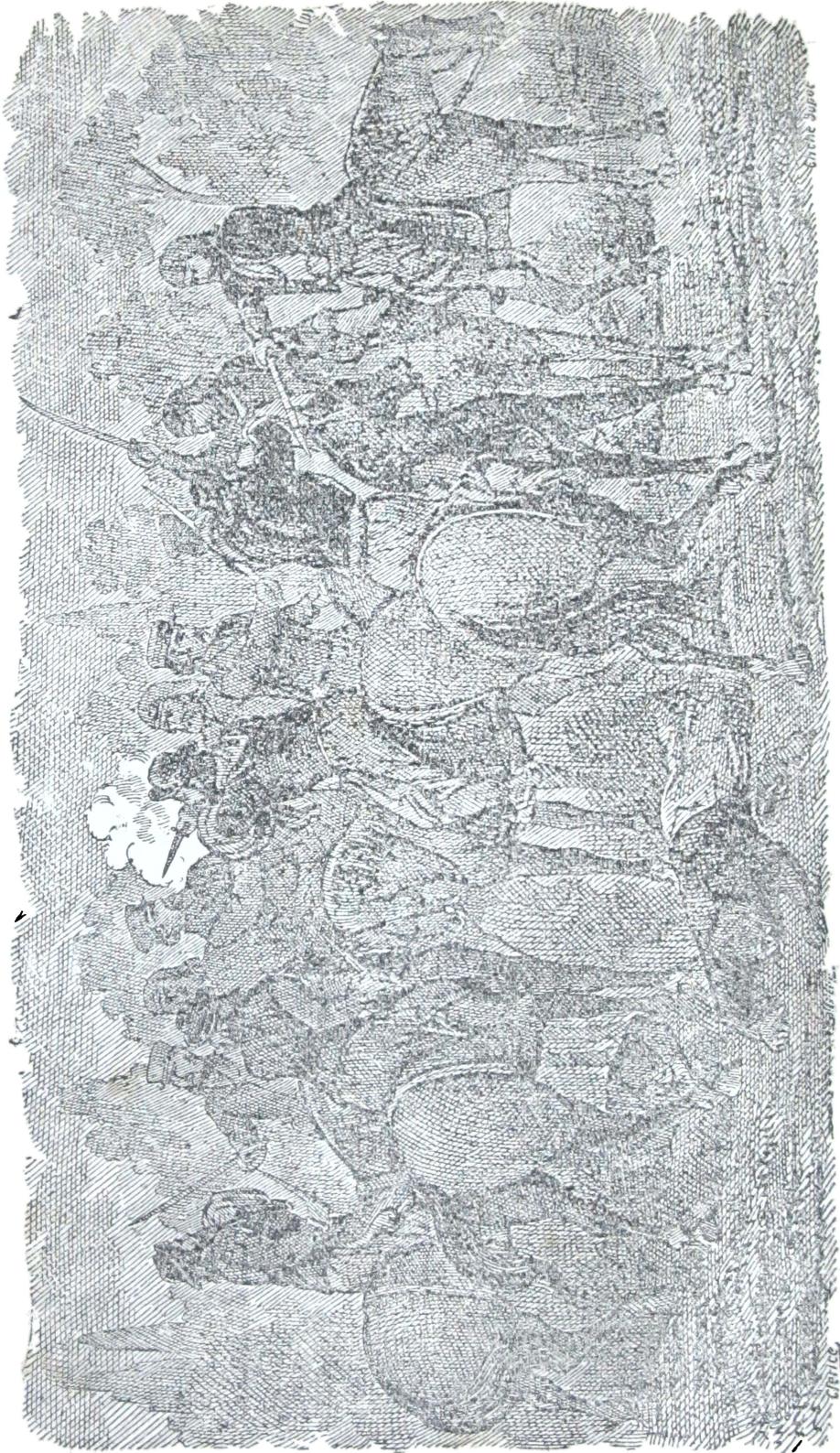
Cuando estos dos hombres llegaron á la quinta de Blanco, Cuello y su gente estaban en lo mejor del combate. Los soldados perdian terreno visiblemente por el costado derecho, pues á la espalda tenian el cerco de la quinta que les impedia retroceder.

—Se viene don Isidro con medio ejército, dijeron á Cuello sus dos hombres á penas llegaron, porque el alcalde Morales ha ido muy sustado con el parte de lo que aquí está pasando, al mismo tiempo que sacaban sus puñales y cargaban al lado de sus compañeros.

—Pues la última carguita y á desparramarse como luz, gritó Cuello á los suyos, cargando como siempre del lado en que el peligro era mas inminente—y su gente lo siguió con tal violencia, que los soldados de don Regino hicieron media vuelta completamente desmoralizados.

—Ahora, cada mochuelo á su olivo, gritó Cuello sin dejar de amenazar á todas partes con su facon, y su gente se desparramó por la calle ancha de Gauna, tomando rumbo para la ciudad.

—Que no se escapen! á la carga reventando los caballos! gritó don Regino, y un grupo le lanzó tras de cinco fujitivos que habian tonado aquella direccion, mientras él, seguido de tres soldados, se precipitaba sobre dos de



- P.^a la mula que me has hecho

aquellos ginetes que habian tomado la direccion de la Chucurita, uno de cuyos ginetes, segun el desesperado alcalde debia ser Juan Cuello.

La persecucion de estos dos ginetes se hizo por espacio de legua y media, hasta que al llegar á un pantano que habia á inmediaciones de la quinta del ministro inglés, los fugitivos echaron pié á tierra, rodearon el pantano tirando sus caballos por la brida, y se perdieron entre la espesura de los árboles.

Don Regino, completamente dominado por la desesperacion, pasó el pantano seguido de sus soldados y registró por entre los sauces, pero no pudo hallar nada, teniendo que retirarse y abandonar toda esperanza de dar con Cuello; que acababa de arrebatarle la mitad de su fama, aunque algo consolado, porque el célebre Boado participaba de la mitad de la vergüenza.

Cuando don Regino llegó á la quinta de Blanco, á donde habia tenido lugar el combate, para reunirse al resto de su gente y recoger sus muertos y heridos, encontró allí á don Isidro Silva que prestaba á Boado cuya herida era grave, los primeros auxilios y hacia recoger del campo tres muertos y dos heridos graves, resultado de la accion.

En cuanto á los demás soldados y alcaldes, raro era el que no habia recibido un puntazo, un hachazo débil, ó cuando ménos, un arañazo insignificante—el que habia salido completamente ileso, lo podia contar como un milagro.

—Cómo ha sido esto? preguntó sulfurado don Isidro á don Regino? como ha hecho usted sacrificar tanta gente al boton, cuando yo le dije que mandara dar cuenta en cuanto diera con estos bandidos? usted se ha metido á fundillos anchos, don Regino, y ahí tiene los resultados.

Señor, balbuceó el pobre alcalde, he sido sorprendido y á penas he tenido tiempo para defenderme, como lo pueden asegurar todos los que venian conmigo, incluso el capitán Boado, si es que salva.

—No señor, contestó el altanero don Isidro es que todos quieren saber y ser capaces, y ahí tiene usted los resultados—Mañana, continuó, me pasará usted un parte de lo ocurrido para elevarlo al conocimiento del señor jefe de Policia, para que no crea que esta desgracia es hija de mi impericia.

Y don Isidro y don Regino se retiraron seguidos de la tropa, despues de haber atravesado sobre los mancarrones de los milicos, á los heridos de aquella accion que venia á hacer crecer de un modo fabuloso la fama ya novelesca de Juan Cuello.

La noticia se desparamó por todo Flores, donde se contaba la batalla exajeradamente,

pues habia quien aseguraba que los muertos en la gente de D. Regino habian alcanzado á veinte.

Al otro día lle ó la noticia á Buenos Aires, aumentada en cada pulperia por el que la relataba, al extremo que todas las casas de negocio y particulares se empezaban á cerrar á la oracion.

La mazorca siguió atribuyendo á Juan Cuello todos los robos y asesinatos que se cometian, para hacer odioso á Cuello, cuyos únicos delitos habian sido pelear contra los sicarios de Rosas erijidos en justicia, y levantar á sus empleados un par de novias, en desquite de la que á él le quitaran.

Así se explica el terror imponderable que en la ciudad producía el nombre de Cuello, al extremo que todos los ciudadanos andaban por la calle armados, en prevision de encontrarse con él.

Pero este no se ocupaba en hacer mal á nadie—aparecia por distintos puntos de la ciudad, burlando á la Policia y peleando con cuanta partida le salia al camino.

Hé aquí entretanto la nota en que don Isidro Silva dió cuenta al Gefe de Policia, de la derrota sufrida por Carreras, que acabamos de narrar á grandes rasgos.

*Viva la Confederación Argentina!
Mueran los Salvajes Unitarios!*

San José de Flores, Setiembre 2 de 1850.

Año 41 de la Independencia, 36 de la Libertad
y 21 de la Confederación Argentina.

*Al señor Gefe interino del Departamento Gral.
de Policia, D. Juan Moreno.*

Hoy he recibido un parte del alcalde del cuartel 4^o de este Partido en que me dá cuenta que la fuerza confiada á sus órdenes la noche del 29 del pasado, de cuya fuerza formaba parte el capitán Boado, y los alcaldes don Jorge Morales, Benito Valenzuela y cuatro vecinos milicianos que acompañaban á las fuerzas, dando cuenta que esa noche, como á las 12, al pasar por la quinta llamada de Blanco, calle bastante angosta y escusada, se encontraron con siete hombres á caballo que parecian que salian de la tranquera de la quinta de don Joaquín Rovira y los sorprendieron volteando de un bolazo al capitán Boado. Que mandoles hacer alto y que no solo no obedecieron sino que acometieron sobre ellos, causando la muerte de varios soldados, haciendo alarde de un valor digno de la causa federal.

Que lucharon por espacio de una hora protejidos por la oscuridad de la noche, sin poder ser muerto ninguno de ellos, y que cuando sintieron la proximidad del refuerzo que yo

llevaba, huyeron hasta tomar la calle llamada Gaona, tomando cinco para la ciudad y dos que dispararon juntos fueron perseguidos como legua y media por distintas direcciones sin poderles dar alcance porque iban bien montados, hasta que en un pantano llamado de los Sauces, pasando la quinta del Sr. Ministro Inglés en la calle que va hacia la Chacarita, por no ser prácticos tal vez en el paso ó porque conocían que iban malos los caballos se dejaron caer y su varón las sanjas seguidos de los caballos y se ocultaron entre los sauces, sin que se hubiesen podido encontrarlos por más diligencias que hicieron.

Por lo espuesto verá V. S. que el segundo atentado que han cometido estos criminales en este partido ha sido este, en que desgraciadamente no han podido capturar á causa de haber hecho tan vigorosa resistencia y que les favorecía la superioridad de sus caballos, y que al fin ni aun esta les hubiese sido suficiente sino se hubiese valido de la sombra de la noche y de los árboles, con todo se han tomado las medidas convenientes para vijilar esos puntos donde se ocultaron á pié, con la esperanza de capturarlos.

Habiendo ocurrido hoy los dueños de los caballos dejados por los ladrones, en el encuentro de que dá cuenta: anteriormente se sabe por D. Joaquin Rovira que es el dueño del malacara y del otro quitado en el encuentro que tuvieron, que dichos caballos habian sido robados en esos dias en que fueron tomados por las patrullas á mi mando porque cuando se acostó dicho Rovira los dejó amarrados en el sitio que acostumbra hacerlos dormir inmediato á las casas y le han sido entregados á dicho vecino los mencionados caballos.

Por el Italiano D. Juan Cremata vecino de este Partido con quinta en el deslinde de este Partido con la Parroquia de Balbanera de la Encarnacion, se sabe que el Caballo Colorado que pertenece á dicho Cremata, conocido por el parejero pico blanco, fué robado en la madrugada del dia 24 de Enero del patio de la casa de dicho Cremata y que averiguando este en el vecindario alguna noticia, supo por la vecina de enfrente (quinta de Padin) que un hombre vestido de militar lo habia sacado y que habia tomado para adentro, y que ella lo habia visto con una moza en ancas y creyó que fuese peon de la casa, agregando la misma vecina, que á ese mismo hombre lo habia visto entrar como dos dias antes vestido de paisano al patio de la misma, pero como Cremata se hallaba ocupado quizá no encontró á nadie porque los peones andarian por la quinta. Continuando las indagaciones, le dieron noticias que el mes anterior habian visto su parejero pico blanco ensillado en la pulperia del Teniente Alcalde de la Parroquia de Balbanera de

la Encarnacion, D. Gregorio Pacheco inmediato á la Esquina de Corredores y que el que andaba en el era Juan Cuello. Se dice tambien que en esos mismos dias estuvo todo un dia tocando la guitarra en una pulperia enfrente á la casa conocida por de Tobal (Panaderia) hoy de Huergo. En fin el caballo parejero pico blanco que dejaron ensillado los ladrones ha sido entregado á su dueño D. Juan Cremata para salvar toda responsabilidad, con calidad de presentarlo á V. S. si fuera necesario.

Así los Tenientes Alcaldes como los demás que componian la patrulla que se encontró con los mencionados ladrones, no pueden dar noticias de las señas de aquellos por que la carga que recibieron de los ladrones fué tan pronta como dura, cuanto por que la oscuridad de la noche que lo era mas por la angostura de la calle y altura de los cercos no les dió tiempo á fijarse sinó en que eran siete por los bultos y esto cuando salieron á la calle ancha Gaona; pero se sabe porque él lo dijo que eran el criminal desertor Juan de la Cruz Cuello y los demas espresados en la nota de V. S. de que ayer di cuenta haber recibido tanto por el número, cuanto por la noticia que le dieron al extranjero Cremata de que hace dias habia visto al referido Cuello en su parejero pico blanco, cuanto por que la manta pampa que se ha encontrado en el apero que tenia dicho caballo parece que es la misma que se relaciona por V. S. en la filacion de dicho desertor.

Es por todo ello que el infrascripto tiene el sentimiento de que esa cobardia compañera inseparable de los criminales le prive de poder recomendar hoy debidamente á V. S. la energia y celo de los empleados de este Partido, y demostrarle que son incapaces de consentir á sabiendas á ningun criminal.—Dios guarde á V. S. muchos años.

Firmado—*Isidro Silva.*

D. Juan Moreno comunicó este parte al *supremo* gobierno, quien dispuso que esa misma noche salieran de Santos Lugares y de Palermo comisiones de los cuerpos de línea, con órden de traer vivo ó muerto á Juan Cuello, pero con gran desesperacion del tirano, aquellas comisiones regresaron como las otras, sin haber siquiera visto á Cuello.

—Esto es imposible! decia el tirano, humillado por el valiente jóven, en su inmenso poder—estos pillos han de estar aliados con Cuello para servirle de tapadera, y mandaba sacudir quinientos azotes al soldado que le parecia tener mas cara de pícaro, volviéndolo á enviar en persecucion de Cuello.

De aquí resultaba que la mayor parte de los soldados que tenian la referida cara de pícaros—sabiendo que regresar sin Cuello era decretar,

se quinientos azotes, se desertaban por completo, yendo muchos de ellos á engrosar las filas del perseguido.

Cuello entre tanto habia regresado por la Chacarita á la Capilla de Bola de Oro, y sin ser sentido de persona alguna habia ganado la pulperia de la gringa Mariquita, donde se proponia pasar una semana en compañía de su madre y la hermosa Margarita.

Con qué placer inmenso fué recibido Cuello en aquel cuartujo donde se ocultaban las dos mujeres, temiendo recayera sobre ellas el ódio profundo que la mazorca profesaba á Juan!

Allí recibió el desgraciado Cuello tan intimas caricias, que se sintió con ellas compensado de todas las desventuras que habia sufrido durante un año de vida errante y miserable.

A la segunda noche de estar allí, su génio travieso y alegre, no pudo resistir por mas tiempo al encierro, y con cuidado de dejar su tordillo en paraje seguro y listo para todo evento, se fué á la pulperia, llena esa noche de gente de todo pelaje.

La presencia de Cuello fué saludada con un estrépito infernal—todo el mundo pidió para él la convidada, y cada uno de aquellos concurrentes quiso ser el primero en estrechar su mano.

La fisonomía de Cuello habia embellecido mucho por ese aspecto que dá al semblante la vida aventurera—en los ojos asoma siempre un corazon que nada teme, y en la fisonomía general hay un timbre especial de audacia y de bravura, peculiar de los marinos—Es una fisonomía y una espresion especial, que solo se adquiere en el mar luchando con los elementos, ó en la vida nómada del gaucho argentino y especialmente el porteño, que anda perseguido de la justicia y «huyendó de su propio corazon».

Cuello era ademas muy querido en aquel barrio, donde habia nacido, se habia criado y habia tenido sus primeros amores y cantado sus primeras décimas, á cuya melodia cautivaba los corazones mas esquivos.

Aunque aquella noche, como siempre, en la pulperia de la gringa Mariquita habia alcaldes y tenientes alcaldes que se prometian *arrastarle el ala*, ninguno de ellos hizo ademan hostil, ni intentó delatar su presencia, ya por cariño, ya por miedo.

Las últimas aventuras de Cuello lo habian hecho verdaderamente terrible, y aquella gente de justicia no sabia si la partida de Cuello andaba lejos ó cerca.—Además, aquel hermoso y brillante trabuco naranjero, de bronce, que pendia de la *rastra* de botones, imponia gran respeto.

Cuello estuvo aquella noche de gran jarana y algazara, conversando sobre los últimos sucesos y sobre las iniquidades que cometia la mazorca, atribuyéndolas á él y su gavilla.

Allí supo tambien Cuello que el famoso caballo pico blanco habia sido devuelto al gringo Cremata, que lo hacia dormir en su propio aposento, de miedo que se lo volvieran á robar.

—Pues aunque duerma con él en la cama, dijo Cuello alegremente—lo que es el pico blanco será conmigo, y prometo á ustedes que mañana á estas horas vendré aquí á tomarla copa, montado en mi caballo pico blanco.

Si Cuello hubiese asegurado que volveria montado en el mismo Rosas, lo hubieran creído, pues la gente ignorante estaba persuadida de que Cuello habia hecho un pacto con el diablo, que lo ayudaba á pelear contra la Policía.

Cuello se encerró á dormir en un cuarto como siempre acompañado de sus armas cargadas y de su tordillo perfectamente ensillado.

A la mañana siguiente lo recordó la amante Margarita con un mate cebado por su mano, y Cuello se despidió de ella hasta la noche en que volveria con su pico blanco.

Cuello salió en direccion á su escondite de Moras, situado en el paseo Caridad, y en la pulperia de la gringa Mariquita quedó la reunion de la noche anterior, esperando la vuelta de Juan Cuello con su caballo.

TRAVESURAS ENANCADAS

Cuello se fué á su escondite de Moras inmediato á la quinta que hoy habita D. Héctor Quesada, donde emboscó su caballo tordillo, regresando á pié á la capilla Bola de Oro, donde se proponia dar golpe á Cremata, volviéndose á llevar el caballo pico blanco.

Asi caminó siempre por entre los cercos y montes, hasta la quinta del General Pinedo,

vastísimo terreno cercado, lleno de monte y alfalfares donde iban diariamente pequeñas tropas de carretas á cargar leña y alfalfa para los cuarteles de la ciudad y el de Palermo.

Fué entre los montes de aquella hermosa quinta donde se escondió Cuello esperando llegara la noche para caer á lo de Cremata y

arrobatar el parejero con cuya pérdida no se conformaba:

El parejero estaba en el primer patio, atado con sogá á la argolla de fierro fija en la pared para poderlo vigilar á cada momento, pues se temia fuese robado de nuevo.—Un asistente del mismo coronel Clavero estaba á su lado de *imaginaria*, se puede decir, y era responsable del caballo con sus orejas.

Cuello sabia todo esto, pero tenia preparado su golpe de una manera segura: entraria a patio de pronto cortando rápidamente la sogá con que estaba atado el parejero, y saltaria sobre él ganando la calle tan pronto como le fuera posible.—Si el asistente de Clavero estaba allí y queria impedirle llevara el caballo, lo dejaria seco de un trabucazo, y «se acabó el cuento.»

Serian ya las siete de la tarde, cuando Cuello salió de la quinta del general Pinedo, protegido por la oscuridad de la noche, y se dirigió á lo del italiano Cremata, pulperia acreditada, llena en esos momentos de gente federal, que comentaba, como toda la ciudad, los últimos hechos de Juan Cuello.

El asistente de Clavero atraído por la conversacion y por el amor á la copa, estaba en la pulperia tomando cartas en la conversacion, de modo que cuando Cuello llegó sigilosamente á la puerta del pátio, el caballo estaba completamente solo.

Cuello se deslizó hasta él, usando de la mayor cautela, y principiá á corta la sogá á que estaba atado, no sin gran trabajo pues esta era una sogá gruesísima, que no la podía cortar tan rápidamente como era necesario, para evitar le sorprendieran en la operacion.

Cuello se habia sacado la faja para improvisar con ella un *bocado* y poderse burlar así, montado sobre el caballo, de los que salieran á perseguirlo que serian todos los que estaban en la pulperia, á cuya puerta habia algunos caballos que, por su estampa y apero conoció Cuello ser de milicianos.

Cuando el paisano cortó la sogá con la que estaba atado el pico blanco, este relinchó alegremente, porque habia reconocido al ginete, y Cuello, temeroso de que aquel relincho especial llamara la atencion de los que estaban en la pulperia, le puso precipitadamente el bocado hecho con la faja, saltó en él limpiamente y de dos brinco ganó la calle.

Si el relincho del caballo no fué escuchado por los de la pulperia, á causa de la interesante conversacion, estos quedaron asombrados al oír las rápidas pisadas que indicaban la fuga de un ginete.—Ya iba el asistente de Clavero á salir de la pulperia, en direccion al patio, cuando á la puerta de calle se detuvo un jinete, y se oyó una voz juvenil que preguntaba sarcásticamente:

—Ché gringo Cremata! No es aquí donde está un caballo parejero pico blanco, marca Talaverán y de propiedad del amigo Cuello?

Cremata conoció en el acto la voz de Cuello y quedó helado de espanto, sin contestar una palabra, sospechando lo que habia pasado, pero el asistente de Clavero que no conocia á Cuello ni podía ver el caballo que montaba, á causa de la oscuridad de la noche, respondió, acercándose á la puerta:

—Es cierto amigo, aquí está esa prenda ¿qué se le ofrecia con ella? aunque no es como usted dice de propiedad del amigo Cuello, que la tenia robada.

—Pues me ha encargado el amigo Cuello, respondió Juan, que les diga que no se molesten mas en cuidarlo, porque él se lo lleva para que no lo monte ningun roñoso, y soltó una alegre y sonora carcajada.

De un solo brinco el asistente de Clavero estuvo en el pátio donde vió con desesperado asombro que el paisano habia dicho verdad, puesto que allí no estaba el pico blanco—Entre tanto algunos de los que estaban en la pulperia habian reconocido á Cuello y habian hecho coro con sus risas á la carcajada de Cuello.

La *tirada* habia sido gefe y los paisanos que veian á un gringo víctima de ella, no pudieron contener su hilaridad, aumentada por la cara de Cremata, que parecia un condenado á muerte.

Los milicianos que estaban en la pulperia, viéndose en número de cinco intentaron una hombrada, porque era gente brava y resuelta no querian que Cremata los fuese á colgar declarando que no habian hecho nada por recuperar el caballo.

Todos cinco, acompañados del asistente de Clavero, salieron á la calle sable en mano y atropellaron á sus caballos, montando con gran ligereza, mientras decian á Cuello—no lo has de llevar muy lejos, trompeta!

Cuello que habia mirado impasible aquella operacion, habia sacado su trabuco, que tenia en la mano derecha listo para disparar.

A la puerta de la pulperia se habian agolpado los curiosos ávidos de ver lo que allí iba á pasar y deseosos de que aquella vez, como siempre, la suerte protegiera al travieso y valiente gaucho.

Cuando los milicianos cargaron sobre Cuello tratando de rodearlo para que no se escapara, este enderezó el caballo hácia los que lo cargaban por el costado derecho, que eran cuatro, y disparando el trabuco pasó por entre ellos como un torbellino, con el famoso pico blanco que sintió oprimir sus flancos por las agudas nazarenas.

—La pucha con el bárbaro! y qué modo de estornudar! dijo un compadron que formaba en-

tre los curiosos —ha volteado á un hombre con el soplado—mientras Cuello se pordia á todo correr, hasta la hoy calle Centro América por donde dobló hácia el Norte, tomando la direccion de la pulperia de la gringa Mariquita.

—Pues lo que es yo, dijo el asistente de Clavero, totalmente desesperado, no quiero que me sacudan mil azotes por haber dejado robar el caballo, asi es que me voy con viento fresco, y taloneando el caballo que habia montado para pelear á Cuello, se alejó al gran galope tomando la direccion que aquel habia llevado.

Los cuatro milicianos recogieron al caido que habia recibido dos recortados en el pecho y se desparramaron en diversos rumbos á llevar el parte de lo que habia sucedido, que les iba á valer por lo menos una paiza de sus respectivos gefes, pudiéndose dar por ello como bien librados.

Cuello, entre tanto, se dirigió á la pulperia de la gringa Mariquita, á donde entró á caballo, siendo aclamado con un verdadero trueno de aplausos y gritos de todo género. Era aquello el colmo de la audacia y de la travesura, pues todos sabian que el pico blanco estaba mas cuidado que un preso en capilla.

Los partes que habian llevado los milicianos á la policia y al cuartel de Mariño, presidente de los serenos, habian alborotado el cotarro y de todas partes salian patrullas en persecucion de Cuello.

Dos compañías de Palermo que habian venido ese dia á la policia en busca de destinados, fueron tambien enviadas con sus respectivos oficiales, en demanda de Cuello. A estas se dió como sitio probable de hallarlo, la conocida pulperia de la gringa Mariquita.

Cuello estaba allí muy de jarana y guitarra teniendo en la puerta al pico blanco, á quien habia maneado, como acostumbraba, por pura *pintar*, con el pañuelo de seda que llevaba al pescuezo.

Seria la una de la madrugada cuando en la pulperia se sintió el tropel de las comisiones que venian á media rienda.

Cuello salió afuera, desmaneo el caballo que montó de un salto, y teniendo la precaucion de llevar en la mano el trabuco naranjero, salió al encuentro de la primera que llegaba por la calle de Tucuman.

—Usted viene en busca de Cuello, mi oficial, dijo á este descaradamente. Ahí está metiendo bochinche en esa pulperia, y el paisano señalaba la casa de la gringa Mariquita.

El oficial que no conocia á Juan Cuello cuyo semblante además no se podía ver bien por la oscuridad de la noche, creyó el aviso y acompañado del joven tomó el camino de la pulperia, á cuya puerta desmontó.

—Ese agregó Cuello, señalando el caballo de uno de los alcaldes, que estaba atado en el

poste, es el caballo del desertor asesino—hagá echar pié á tierra, mi oficial, que el golpe es seguro.

El inocente oficial hizo todo aquello que el astuto paisano le indicaba, entrando á la pulperia despues de haber asegurado el caballo que, junto con los demás dejó al cuidado de Cuello.

Cuando todos los soldados estuvieron dentro, Juan Cuello soltó los caballos y les hizo un par de atropelladas con el pico blanco, dejando así á pié á la incauta partida que habia caido en tan graciosa celada.

—Donde está Juan Cuello? ¿Cuál de estos hombres es? preguntó el oficial paseando una mirada por los atónitos concurrentes que suponian que Cuello estaria ya bien lejos.

—Juan Cuello soy yo, su zonzo, dijo el joven asomando por la puerta su traviesa cabeza, que se burla de ustedes porque son una manga de sotretas, que no sirven ni para tirar agua,—y dejó escapar su mas alegre carcajada.

—A caballo! á caballo! gritó el oficial trémulo de coraje, pero al llegar á la puerta vió con desesperacion que los caballos no estaban allí, porque Cuello los habia espantado.

—A ensillar á la luna del diablo, su zonzo de porra! gritó Cuello haciendo caracolear su parejero y situándose en la boca-calle para apurar con sus grotescas sátiras la desesperacion del oficial.

Este, completamente dominado por la ira, se lanzó sable en mano sobre Cuello, seguido de su gente, pero esto solo sirvió para aumentar la hilaridad del joven que se puso fuera de alcance haciendo saltar de costado al pico blanco.

En esos momentos desembocaba la otra esquina la segunda comision de soldados, que sintiendo ruido de caballos y voces se puso al galope en direccion al grupo, sospechando que al vez su cólega estuviese empeñado en reñida batalla con Juan Cuello y su temida gaviilla.

La noche era oscura y apenas se podian distinguir los bultos—sin embargo, viendo el recién venido que gente de gorra de manga (distintivo de la tropa de línea) combatia con un hombre á caballo, cargó sobre este, dándole la voz de rendirse en nombre de la federacion.

Al escuchar esta orden y ver que el oficial le venia encima, Cuello soltó una nueva carcajada y cerró las espuelas del pico blanco, que partió como una saeta, seguido de la segunda comision, que venia bien montada, y que hacia inútiles y poderosos esfuerzos por darle alcance.

Cuello se metió por un portillo de la quinta del general Pinedo, y se perdió por entre la

espesura del monte, donde echó pié á tierra, guarecido por la oscuridad de la noche y el ramaje de los árboles.

El oficial llegó poco despues á la quinta, sospechando que allí hubiera entrado Cuello, sospecha que corroboró un carretero, diciéndole que por aquel portillo habia entrado un hombre que venia á media rienda en un caballo como luz.

El oficial comprendiendo que á aquella hora seria imposible dar con el fugitivo, se decidió á esperar al alba, haciendo rodear la quinta con sus soldados, para cerrarle toda salida; pero la quinta era grande, de modo que las distancias entre soldado y soldado eran enormes.

Media hora despues de estar allí aquel oficial, vino el que habia sido burlado por Cuello, con cuya fuerza se pudo hacer el cerco á menores distancias entre soldado y soldado.

La lucha habia sido tan en regla, que el segundo oficial no pudo dominar la risa, al saber de boca del primero, la manera chistosa que habia empleado Cuello para señalarle un falso rumbo y dejarlo completamente á pié, sin esperanzas de volver á recuperar sus caballos.

Era, pues, preciso tomar á Cuello aque'la madrugada, para evitar el horrible ridículo que aquel lance arrojaba sobre el oficial que tan cándidamente habia sido victima de una tal supercheria.

Los dos oficiales, uno dominando su risa y otro dominando su rabia, se pusieron de acuerdo para tomar las mas prudentes medidas, á fin de que Cuello no los burlara nuevamente.

Ambos recorrieron los cuatro frentes de la quinta, y en vez del cerco casi inutil tomaron todas las entradas y salidas, alcanzándoles los soldados para quedar cinco en cada portillo y siete con los dos oficiales en la salida principal que daba paso á las carretas cargadas de leña ó pasto que para salir, solo esperaban los primeros albores de la mañana.

No era probable que Cuello intentara una salida en la noche porque era muy oscura y temeria caer en una emboscada, pero era muy posible que al venir el dia y conocer el enemigo que lo rodeaba, inténtara saltar el cerco siendo entonces fácil, por lo menos al segundo oficial que venia bien montado, darle alcance y hacerle fuego en caso contrario.

Lo mas seguro, segun los dos oficiales, era que Cuello no saliese de la quinta por la mañana, y entonces ambos podrian entrar seguidos de la tropa y hacer un escrupuloso y detenido registro.

Apenas empezaron á venir los primeros albores de la mañana, cuando las carretas cargadas comenzaron á salir á sus distintos rumbos, tiradas por los perezosos bueyes.

Los carreteros de entónces, como los de ahora, llevaban en su mayor parte un caballo detrás de la carreta, así es que esta circunstancia no podia llamar de manera alguna la atencion de los oficiales, que ni conocian el famoso pico blanco ni sabian que este seguia á Juan Cuello como un perro.

Cuando la última carreta hubo abandonado la quinta, ya la mañana estaba clara y hermosa—el sol empezaba á levantarse en el horizonte dorando con su luz suavísima, en las primeras horas de la mañana, la cresta de los árboles.

Los dos oficiales se consultaron un momento, y decidieron penetrar á reconocer la quinta, despues de hacer recomendar á los demás centinelas que doblaran la vigilancia, porque era posible que Cuello, huyendo de ellos, saltase el cerco y emprendiese la fuga.

Una vez tomadas estas precauciones, los oficiales penetraron dentro de la quinta, seguidos de los siete soldados que llevaban los ojos abiertos como si buscaran brillantes de gran valor.

Cuando el último soldado hubo franqueado la puerta, abriéndose á derecha é izquierda, segun las instrucciones recibidas, sucedió algo en la puerta que hizo helar de espanto la sangre en las venas de aquellos soldados.

Viniendo del lado de afuera, habia sonado una detonacion semejante á la que produciria un cañon de á cuatro, á esta detonacion habia seguido una careajada nerviosa y estridente, y un soldado de los que marchaban al frente, habia caido de boca para no levantarse mas.

Los oficiales dieron vuelta rápidamente, dirigiendo la vista hácia el lado donde habia sonado la detonacion, y vieron á un paisano joven que montado en pelo en un caballo colorado, tenia aún en la mano derecha el enorme trabuco con que habia hecho fuego, y en la izquierda una faja, que era el *bocado* que tenia puesto el caballo.

—Ese es! ese es el asesino Cuello! gritó desesperadamente el oficial que habia sido burlado la noche anterior, á él, canejo! añadió, mientras hacia fuego con una de sus pistolas, inútilmente, porque al ver el ademan, Cuello se tendió á lo largo del caballo, y la bala pasó por encima.

Cuello volvió el trabuco á la cintura y sacó sus boleadoras riendo de una manera infernal, mientras los soldados cargaban flojamente, pues casi todos sabian con mas ó menos certeza la manera rápida y segura con que Cuello manejaba las bolas de potro.

—No se arrime á la pared que hay chinchas! dijo Cuello al soldado que venia mas próximo mientras lo amenazaba con el vertiginoso revoleo de las boleadoras—y usted, amigo, conculuyó dirigiéndose al oficial que lo cargaba de

firme, dispense el mal trago que le ha hecho pasar—é inclinando el cuerpo sobre la cruz del caballo, tomó al galope en dirección al Oeste.

Los oficiales, seguidos de todos los soldados que tenían caballo, siguieron persiguiendo á Cuello mas de diez cuabras, porque este se detenía y solo cuando ya le iban á dar alcance atrojaba la *fija* al pico blanco que partía como una centella, con gran refocilamiento de su ginete.

Los soldados tuvieron que abandonar toda persecucion y los oficiales regresaron á la policia á llevar el vergonzoso parte de la doble jugada que les hizo el paisano, tan picarescamente.

Como es que Cuello estando encerrado en la quinta habia podido aparecer del lado de afuera haciendo aquel disparo que cortó la vida á uno de los soldados? por donde habia salido sin ser visto de la gente que lo sitiaba?

Vamos á esplicar al lector esta sencilla maniobra que nunca pudieron comprender los oficiales burlados tan traviesamente por el astuto paisano.

Cuando Cuello entró á la quinta del General Pinedo, que conocia palmo á palmo, se dirigió hácia las carretas que estaban ya cargadas, deteniéndose al lado de la primera que debia salir, que estaba enormemente cargada de pasto.

Los carreteros durmiendo pesadamente, no pudieron notar la presencia de Cuello, qui soltó al pico blanco, seguro de que lo seguiria y esperó al costado de la carreta los primeros rayos de la aurora, en que la carreta se pondria en marcha, como era costumbre.

Cuando los primeros resplandores de la mañana empezaron á disipar las sombras de la noche, los carreteros se pusieron en movimiento, preparándose á salir, sin notar, medio dormidos y á causa de la escasa claridad á Cuello, que se prendió rápidamente del *muchacho* de la carreta, estirándose contra el piso.

El carretero no ó aquel caballo suelto que iba detrás de la carreta, pero calculando quedarse con él así que estuviera un poco lejos de la quinta, no dijo una sola palabra á los demás compañeros.

Cuello, para descansar de la violenta posición en que se habia colocado, se puso á gatear por debajo de la carreta, mientras esta salía la distancia que la separaba de la puerta. Cuando esta fué á franquear el porton, Cuello volvió á prenderse del *muchacho* y estirarse contra el fondo de la carreta.

De esta manera pasó por el lado de los oficiales sin que estos lo vieran, y creyendo que aquel caballo suelto que marchaba detrás de la carreta, seria el caballo del carretero.

Cuando Cuello se vió á una distancia respetable y calculó que aunque lo vieran no seria alcanzado, se dejó caer al suelo, volvió á poner su *fa'a* de bocado al pico blanco y fué á omboscarse entre un cerco, esperando que aquellos oficiales y soldados entraran á buscarlo á la quinta.

Ya hemos visto como penetraron estos, y como Cuello les ganó la retaguardia, burlándose tan ampliamente de los que habian ido á reducirlo á prision.

UN CUELLO POSTIZO

Cuello tomó al gran galope el camino de la Chacarita, la calle de Gauna, y se dirigió rectamente á la quinta de Blanco, seguro de encontrar reunida allí á su gente, con el trompa Isidro Marquez.

Efectivamente, allí estaba la gavilla que se habia engrosado con dos nuevas altas, comiendo una vaquillonca con cuero que les habia proporcionado la tarde anterior el certero lazo del trompa Marquez.

—A buen tiempo aparcerero, gritó Marquez lleno de gusto al ver llegar al jóven, asombrándose profundamente al verlo jineteando en el famoso pico blanco y en pelo—que es eso? continuó al fijarse en esta novedad—¿que hemos andado tan á salto de mata que hemos perdido el apero y el tordillo?

—No lo permita mi Dios, contestó Cuello

echándose al suelo—el dia que perdiera el tordillo podia decir que habia perdido un brazo—allá lo he dejado mientras, por una necesidad y Cuello contó á Marquez con pelos y señales todas sus aventuras desde que se separó de ellos, despues de la sorpresa hecha á la partida de los tres alcaldes.

No hay idea de la algazara y alto refocilamiento á que se entregó aquella gente traviosa, al escuchar la relacion de Cuello—la frenética alegría no conoció límites cuando este remató su relato con la última tirada hecha á los dos oficiales.

—La pucha! y que cara pondrian! dijo el tuerto Ojiva cortando un enorme pedazo de carne con cuero y brindándolo á Cuello con la mas cómica galanteria, en la punta de su facon.

—Peor lo han de poner despues, replicó Cue-

llo, porque ahora me voy á dedicar yo á perseguir á la mazorca, prendiéndole cada terto que van á errar hasta la querencia, de puro mico; y tomó el trozo de carne que le alcanzaba Oliva y que debia estar esquisito á juzgar por el jugo que le cayó por los *enemigos*. (*)

Cuello comió con avidez y pasó aquel dia entregado á la mas alegre plática y á los mas graciosos comentarios de las travesuras hechas y de las que aún llevaria á cabo con grandes iras de la policia de Rosas y del mismo tirano que estaria dado á los diablos porque las dos famosas compañías de Palermo habian sido chasqueadas.

A la oracion y despues de recomendar á Marquez que no abandonara aquel cuartel general Cuello se puso en camino en direccion á su escondite de moras, que era, como ya lo hemos dicho, á inmediaciones de la quinta que hoy habita don Héctor Quesada y la de don Daniel Gowland, antiquísimo vecino de aquellos parajes.

Allí estaba escondido el famoso tordillo pajero de Rosas, en la seguridad de que nadie se atreveria á llegar hasta él, pues siendo la guarida habitual de Cuello, se temia estuviere siempre reunida la gavilla, por ser el paraje que les ofrecia mas abrigo.

Cuello llegó á aquel paraje como á las nueve de la noche, dejó al pico blanco al lado del tordillo que le relinchó como viejo camarada y se vino á pié á explorar los alrededores, por si acaso andaba una partida ó patrulla con malas intenciones.

Aquellos tales alrededores se componian de la quinta de Montoro, la de don Daniel Gowland y la del señor Lafuente, padre del actual capitan del Puerto que vivia allí con su familia.

Fué á esta familia á quien Cuello declaró la guerra, haciéndose pasar por fantasma y robando cuanto fiambre, carne ú otro comestible quedaba en el patio, ya en las fiambreras, ya colgado de un gancho en el techo del zaguan, para evitar que el calor los corrompiera.

Y era tal la idea que se tenia de que aquel ladron misterioso era una ánima que andaba por allí en pena, que cuando Cuello se ponía á fumar entre su cerco de moras, frente á lo de Lafuente, los sirvientes de esta familia y otras personas que lo veian, se hacian la señal de la cruz y aseguraban con el mas temeroso espanto que aquella era una *viuda*, es decir, un ser fantástico.

En aquellos parajes permaneció Cuello tres dias y tres noches, tiempo en que calculó que

la policia habria perdido su pista, completamente desorientada por el largo rodeo que habia dado, desde la pulperia de doña Mariquita hasta la quinta de Blanco y de allí á lo de Montoro.

De dia no salia de su escondite, entretenido en tomar mate con las provisiones hechas la noche anterior, saliendo de noche, protegido por su fama de fantasma, á dar malones por la vecindad, y principalmente en la quinta de Lafuente donde se robaba hasta el carbon de la cocina.

Pasados los tres dias, Cuello montó sobre el tordillo y seguido del pico blanco tomó el camino de la capilla de Bola de Oro deseoso de saber lo que habia pasado en casa de la gringa Mariquita, pues tenia sus recelos de que la Policia pudiera haber sabido que allí estaban su anciana madre y Margarita, en quienes aquella gente podia intentar vengarse.

Y al pensar esto Cuello, al sospechar que aquellas dos mujeres podian ser insultadas y atormentadas, apuraba la marcha del tordillo oprimiendo de una manera nerviosa la culata del trabuco, arma á la que se habia aficionado por sus efectos terribles.

Cuando Cuello llegó á la pulperia de Mariquita, esta estaba en su apogeo, pues eran solo las diez de la noche hora en que allí se reunia «lo mas escogido» de aquella sociedad federal y aficionadísima á destripar todo género de botellas de bebidas, con tal que la tal bebida raspase bien el gañote.

La gringa Mariquita era muy apreciada de los que la conocian: tanto de los federales que hacian alegre tertulia en su pulperia, como de los pocos unitarios que quedaban, quienes siempre la encontraban dispuesta á hacer una buena accion, y aun á prestar con gran recato los sótanos de su casa para un escondite improvisado.

El cariño que esta excelente piamontesa tenia por la familia de Cuello era un cariño especial, que la llevaba á tener en su casa á la madre de Juan y á Margarita, sin remuneracion de ningun género, cariño que tenia su origen en que el padre de Cuello, diez años atras, la salvó de ser degollada y haciéndola pasar por ardiente federal, le facilitó los medios de abrir aquel boliche, que mas tarde fué espléndida pulperia y posada.

Aquella noche en que Cuello dió tan soberrano chasco á los oficiales de Palermo, Mariño envió una patrulla de serenos á que registrarán la pulperia, pues se decia que allí Cuello tenia una moza, y que si esta parecia le dieran un par de docenas de vergazos, haciéndola gritar ¡viva Rosas!

La patrulla vino á la pulperia y la registró de arriba abajo sin poder encontrar á la vieja y á Margarita, á quienes la buena gringa, avi-

(*) Llamando á las estrechidades de la boca en el acto de persignarse, de *nuestros enemigos*, los paisanos dicen que un buen azado es aquel cuyo jugo chorria por los *enemigos*.

sada de lo que se trataba, habia escondido en uno de los sótanos, donde se salvaron ántes y despues tantos candidatos á la degollatina.

Despues de hecho el registro con toda escrupulosidad, la patrulla regresó al cuartel de serenos, donde dió cuenta de haber desempeñado su comision sin haber podido encontrar ninguna moza que perteneciese a Cuello.

Al otro dia tuvo lugar en la capilla de Bola de Oro un acontecimiento que puso á aquel barrio en una verdadera confusion: la gente recorria espantada todas las pulperias, pudiéndose ver en cada semblante la muestra del mas tremendo asombro.

Y la cosa no era para menos!—Una de las patrullas que recorrían los lados de la Recoleta, habia traído un hombre completamente despedazado á quien sin ninguna consideracion de humanidad, habian atravezado sobre un caballo.

Los soldados que marchaban tras del caballo, sacudian de cuando en cuando un garrotazo sobre aquel cuerpo exánime, apostrofándolo y diciéndole: ya se te acabó el tabaco, asesino bandido!

—¿Quién es ese pobre? preguntó un curioso que salia de una pulperia.

—Este? replicó orgulloso el sargento de la patrulla—este es el famoso asesino desertor Juan Cuello, á quien hemos tomado en una pulperia cuando ya se preparaba á matar al pulpero porque no le dejaba robar una arroba de yerba que el salteador le habia pedido haciendo la *hagoza* de pagársela.

—¿Y cómo lo han podido ustedes prender? volvió á interrogar el curioso, completamente asombrado.

—De una manera muy sencilla, replicó el sargento, gozoso de tener á quien contar aquella hazaña fabulosa.—Cuando nosotros pasábamos por la pulperia, vimos á un hombre que sacaba la daga, y acometia al pulpero, diciendole—ahora te voy á pagar maula, y en papeles de á peso.

—¿Y por qué le he de dar la yerba? preguntaba el pulpero—que usted tiene corona?

—Ya lo creo que la tengo, como que yo soy Juan Cuello, contestó el hombre muy afanoso, queriendo saltar el mostrador.

Cuando yo oí que aquel era Cuello, me dije: esta es la mia! y dejándome caer del caballo entré á la pulperia sable en mano y antes que el hombre pudiera moverse para mirarme, le acomodé un hachazo entre las espas, que le hice dar la cabeza contra la pared.

—Pero el hombre habia sido de ley, amigo—ahí mesmo se me levantó y se me vino encima relampagueando los ojos y me largó un viaje; pero el pulpero, de atrás, le atracó con una pesa y me lo hizo *trastrabillar*.

—Rendite á la policia, maula, le dije po-

niéndole el sable al pecho é hincándolo de lo lindo.

—Juan Cuello no sabe rendirse á nadie, dijo el hombre y quiso largarme otro viaje, pero en eso llegó la gente y me lo puso muermoso á hachazos y palos que daba calor.

Y despues de roferir esta hazaña, el sargento descargó un planazo sobre aquella especie de cadáver y siguió la marcha hasta la Policia.

Aquella narracion fué repetida por el curioso, que la aumentó un poco, y cinco minutos despues corria de boca en boca por todas las pulperias, dejando atónitos á los que creian que Juan Cuello era invencible.

En la pulperia de la gringa Mariquita se tuvo conocimiento de lo sucedido, en momentos que estaban allí tres ó cuatro miembros de la famosa mazorca, quienes para festejarla pidieron un *porron* de ginebra.

Entre la demas gente, para quien Cuello era fuertemente simpático, la nueva cayó como una bomba, produciendo una impresion tristisima.

La misma gringa Mariquita no pudo dominar su sentimiento, y se puso á llorar de una manera desconsoladora, mientras servia á los soldados de Cuitiño el porron de ginebra que habian pedido para festejar aquella novedad, por lo que se veian libres de un enemigo terrible.

En esos momentos tuvo lugar en la fonda una escena conmovedora que proporcionó á aquellos cuatro mazorqueros el placer feroz de azotar á una mujer hermosa á quien nadie se hubiera atrevido á defender, de miedo de caer en desgracia y ser sospechados de unitarios.

Margarita que salia continuamente del sótano para obtener noticias de su amante que habia ya cinco dias no regresaba, supo lo que todos decian, y dominada por un dolor íntimo é imponente, entró á la pulperia y abalanzándose á la gringa Mariquita, le preguntó con la precipitacion del espanto:—es cierto que han muerto á Juan?

La buena gringa no se atrevió á responder una palabra, dominada por el inmenso dolor que bañaba el hermoso semblante de la niña, para quien el silencio de la pulpera fué una afirmacion.

—¿Es cierto que lo han muerto? volvió á preguntar, sacudiendo el brazo de la buena mujer.

Mariquita no pudo negar, y rompiendo á llorar de una manera conmovedora, meneó la cabeza do arriba á abajo, indicando así que era cierta la desgracia que le habian anunciado.

Margarita abrió desesperadamente sus hermosos ojos, sus lábios temblaron, y el dolor embargó toda otra manifestacion de pena; pero pasada esta primera impresion, cubrió el semblante con las manos y rompió á llorar de

una manera desesperante, diciendo: Juan mio! Juan de mi alma!

Todos los que estaban en la pulperia, con excepcion de los cuatro mazorqueros que bebían ginebra, se sintieron conmovidos por aquel dolor profundo: todos bajaron la cabeza por temor de no encontrarse con la mirada de aquella pobre jóven, que bebía su primer copa de amargura.

De pronto sonó un ruido seco seguido de un alarido desgarrador, y una voz varonil y aguardentosa gritó: ¡viva Rosas! ¡viva la federacion! á cuyo golpe, ay y voces, respondió un coro de risotadas.

Era uno de los soldados de la mazorca que comprendiendo el dolor de la jóven, y siendo aquel dolor culpable, pues lo inspiraba un enemigo de la federacion, se habia levantado de la mesa y azotando con el nervio de torca que casi todos usaban, la espalda de la jóven. queria hacerla gritar aquellos dos vivas nauseabundos que acababa de dar.

Margarita levantó su mirada límpida y llorosa, paseándola sobre aquel miserable sin pronunciar una palabra.

Entonces el mazorquero, irritado con el silencio de la jóven, volvió á repetir sus vivas, cruzando con la verga el hermosísimo y pálido rostro de aquella preciosa niña.

—Juan mio! Juan de mi alma! como se conoce que has muerto! exclamó la jóven tratando de dominar sus sollozos, pero aquel miserable repitió el golpe de verga de una manera brutal y feroz.

La pobre niña no pudo sufrir aquel golpe y cayó al suelo lanzando un alarido que hubiera conmovido á un salvaje, siempre que este salvaje no hubiera sido un federal.

Todos los concurrentes se sintieron impresionados hasta el punto de abandonar la pulperia, pues aquello era ya demasiado repugnante para poderse mirar friamente. Pero la mazorca era compuesta de gente especial, que no estaba ligada por vínculo alguno al resto de la humanidad.

Aquel hombre cobarde y ruin, viendo á Margarita estendida en el suelo con el rostro completamente desfigurado por los golpes recibidos, se agachó hasta ella y sacando de la cintura aquella terrible cuchilla que tantas cabezas habia hecho rodar, cortó de un solo golpe aquellas dos magníficas trenzas.

En seguida se levantó y metió las trenzas en el ticador diciendo: lo que se puede sentir es que haya muerto tu gancho para regalárselas envueltas en mi mejor puñalada!

Los otros tres bandidos llenaron de nuevos vasos y echándose todos cuatro al colete el contenido, abandonaron la pulperia, por supuesto, sin pagar el consumo y despues de dar con el pié, para apartarlo del camino, al

cuerpo de Margarita, mientras se limpiaban con el revés de la mano sus lábios súcios de ginebra.

Cuando aquellos malvados se hubieron retirado, volvieron algunos de los tertulianos de la pulperia, quienes recogieron el cuerpo de Margarita que se hallaba desmayada todavia, llevándolo á la cama de la gringa Mariquita que estaba de pié, azorada y sin darse cuenta de lo que sucedia.

Gracias á unos bucheros de caña y á unos tragos de buen vino que por fuerza le echaron en la boca, Margarita volvió en sí para echarse á llorar de nuevo al darse cuenta de lo sucedido.

En ese momento entró un muchacho que habian criado en la pulperia y que tenia por Cuello un cariño y una admiracion que rayaban en fanatismo. *Chisquin*, que así le decian, entró alegremente y despues de tirar hasta el techo por repetidas veces un gorro de manga que sabia usar, gritó en el colmo de la mas franca alegria: no es él, mama *Quitú*, no es Cuello, yo vengo de la policia y lo he visto.

—Tú has visto á Cuello? preguntó Margarita incorporándose en la cama á pesar de los crueles dolores que sufría—tú has visto á Juan?

—A Cuello no, replicó alegremente *Chisquin*, pero sí á ese hombre raro, herido, que pasaron por aquí atado en un caballo y que decian que era don Juan Cuello.

—Entonces no han tomado á Cuello? interrogó Margarita á punto de sentir escapar su razon.

—Ya lo creo que no, replicó *Chisquin*—Ese hombre no es Cuello, es un Cuello postizo, y allí en la policia han puesto como un trapo al sargento que lo llevaba y que aseguraba ser Cuello.

Y era verdad lo que decia *Chisquin*: aquel desgraciado á quien se le ocurrió tomar el nombre de Juan Cuello para asustar al pulpero y no pagarle la yerba, era uno de los tantos bandidos ó vagos que tomaban el prestigioso nombre de Cuello para asustar *en la parada* y librarse de algun mal paso.

Aquel infeliz que no era otro que Antonio Leiva, conocido por Antonio el pescadito, fué fusilado al otro dia en efíjje, y decimos en efíjje, porque cuatro horas despues de estar en la policia, falleció á consecuencia de las múltiples heridas y golpes recibidos en la pulperia donde fué preso y durante su traslacion al Departamento Central.

Renunciamos á describir la inmensa alegria que se apoderó de aquella buena gente al saber que Cuello no habia sido preso. *Chisquin* fué objeto de las mas calurosas manifestaciones y la pobre Margarita olvidó un momento las afrentas pasadas y los crueles dolores que

la aquejaban, para entregarse por completo á la general alegría.

—Gracias Dios mio! exclamó cayendo de rodillas, y murmuró una de aquellas oraciones íntimas, que es imposible dejar de llegar al trono del buen Dios que las inspira.

Pero los golpes recibidos habian sido bárbaros, y las impresiones morales poderosas; asi es que Margarita volvió á caer á la cama vencida por la fiebre y acometida por un ataque de delirio durante el cual solo nombró á su Juan.

Poco á poco fué mejorándose; la viejita madre de Cuello supo lo sucedido y subió al cuarto de doña Mariquita á prestar su ayuda á la desgraciada jóven, que al otro dia pudo bajar al sótano á ocultarse, por temor de que aquellos infames volvieran y quisieran cometer otro atentado.

Estas fueron las novedades con que se encontró Juan Cuello al venir de regreso á la pulperia de la gringa Mariquita, novedades de que á grandes rasgos le impusieron los mismos alcaldes infaltables á aquellas reuniones, muchos de los cuales presenciaron los hechos.

Cuello fué inmediatamente al sótano donde estaba Margarita y su anciana madre, á cerciorarse de la verdad por sus propios ojos, pues le parecia imposible que aquella monstruosidad se hubiese llevado á cabo.

Allí estaba la pobre Margarita, postrada aun en la cama á consecuencia de los golpes recibidos y con el rostro desfigurado por aquel terrible golpe que le habia cruzado de arriba abajo—al lado de Margarita estaba la anciana y la buena gringa Mariquita, ocupadas en poner en el rostro de la jóven paños de agua fria.

Cuando vieron á Cuello, cuyo semblante estaba notablemente descompuesto por el dolor y la ira, las dos mujeres rompieron á llorar de una manera desconsoladora.—Era un llanto mezcla del placer de volver á ver aquel querido jóven que habian creído muerto y del sentimiento y la vergüenza de lo que allí habia pasado.

—Sálvate Juan mio! huye por Dios! dijo al jóven la desconsolada Margarita.—Esa gente puede volver. hallarte aqui y entonces mori-

riamos de dolor de verte herido ó quizá muerto en manos de aquellos facinerosos.

—Huye pronto hijo de mi alma, agregó la anciana sofocando sus sollozos—Margarita tiene razon, esa gente puede volver y suceder una desgracia.

—Es que si yo me voy de aquí y esa gente vuelve, contestó Cuello sombríamente, la desgracia que temen puede sucederle á ustedes, repitiéndose la exena que tiene postrada en cama á mi pobre Margarita.

—Huye Juan mio, agregó esta, huye, que la peor desgracia que puede sucedernos, es la desgracia de perderte, y las dos mujeres rompieron á llorar de nuevo.

—Bien, repuso Cuello en el colmo de la irritacion—yo me voy de aquí, puesto que es necesario para que ustedes queden tranquilas, pero juro volver pronto, muy pronto, madre, trayéndole las orejas del cobarde que ha levantado la mano sobre Margarita—ah! si yo hubiera estado aquí! concluyó, y su mano derecha tembló oprimiendo el cabo de su puñal.

—No vuelvas hijo de mi alma! no vuelvas, Juan mio! replicaron á un tiempo las dos mujeres—huye y busca donde llevarnos.—No vayas á provocar á esa gente que es poderosa y te matarán, y si te matan, moriremos tambien nosotros, pues muerto tú, para qué queremos la vida!

—Adios madre! adios Margarita! dijo Cuello reuniendo en un solo abrazo á aquellos dos seres queridos á quienes besó en la boca de una manera frenética—en seguida se desprendió de ellas violentamente y secando las lágrimas que el sentimiento habia hecho afluir á sus ojos, subió precipitadamente la escalera del sótano.

—No nos hará caso, dijo Margarita echándose en los brazos de la anciana, Juan vá á ir á buscar á esa gente para vengarse de lo que han hecho conmigo, lo van á matar. Y á pesar de las palabras consoladoras de la buena gringa, aquellas dos mujeres permanecieron una en brazos de la otra llorando amargamente.

Cuando Cuello salió al patio puso la rienda sobre el caballo y se dirigió seguido de este al interior de la pulperia á tomar mas detalles de lo que allí habia pasado.

UN MANTEO Á LA MAZORCA

El interior de la pulpería á cuyo despacho estaba atendiendo Chisquin, era una verdadera Salamanca de voces alteradas, ternos, juramentos y ruido de vasos que se chocaban entre sí, ó botellas que se destapan.

La reunion era inmensa y simpática á Cuello pues todos lo estimaban por su valor y prendas de corazon.

Aquella gente discutia en alta voz sobre lo que habia sucedido y sobre lo que haria Juan Cuello, una vez en conocimiento de los sucesos y el proceder brutal de los cuatro mazorqueros que habian castigado á Margarita.

—El amigo Juan, es como luz, decia uno, y estoy seguro que no ha de descansar hasta no pegarles un trote.

—Sí, añadia otro, pero es que los de la mazorca son muchos y andan siempre juntos—Cuchillito no es como don Ruperto y le ha de dar mucho trabajo á don Cuello, porque es muy traicionero y mal pegador.

—Aunque sea el mismo diablo dijo Cuello, apareciendo en la puerta—el dia que yo lo encuentre lo frio de una puñalada.

Al oír la vez de Cuello, la algazara cesó como por encanto—todos aquellos hombres lo saludaron con una lástima marcadísima, haciéndole *sitio* para que se sentara á ahogar las penas con una buena copa.

Cuello se sentó sombrío, humedeció á penas los lábios en una copa de caña que le sirvió Chisquin y permaneció un gran rato con la cabeza baja, entregado á sus reflexiones.

De pronto levantó la cabeza y su semblante se despejó por completo, como si hubiera encontrado ya la idea que tanto lo hacia meditar.

—Yo necesito saber, dijo dirigiéndose á todos, quienes han sido los de la mazorca que estuvieron aquí castigando mugeres. Esos corren de mi cuenta, agregé y quiero saber quienes fueron los guapos.

—El que pegó á la moza, contestó uno de aquellos hombres, es Cuchillito, el hijo de doña Nicolasa que estaba aquí con tres mas y si usted lo mata, lo tendria bien merecido, porque no se debe golpear á una muger.

Cuchillito era un sargento de la mazorca muy conocido por sus crueldades—se llamaba Juan Gomez y le decian Cuchillito por sarcasmo al largo y filoso puñal que llevaba en la cintura.

Este bandido redomado, cuya crueldad era en la pulpería, se habian metido á las otras habitaciones para que Zaragoza no los viera y

mujeres y cortar trenzas, oficio á que lo habia destinado Cuitiño, conociendo su ferocidad sin límites.

Juan Gomez habia elegido ocho hombres, entre lo mas brutal de la mazorca, que eran quienes lo acompañaban en el desempeño de las azotainas, que muchas veces hacia por cuenta propia, para saquear las casas que asaltaba.

Este era el personaje que habia dado de vergazos á Margarita Oliden, por el solo delito de haber esta llorado en su presencia, la muerte del desertor asesino Juan de la Cruz Cuello.

Al saber Cuello el nombre del cobarde que habia puesto las manos sobre Margarita, su alegría fué inmensa, vació de un solo trago el vaso de caña que tenia delante de su asiento, y se levantó diciendo:

—Pues ahora que se encomiende á Dios ó al diablo, porque él va á caer en mis manos y entónces nos veremos las caras, á ver que tal mano tiene para castigar hombres.

—No te descuides Juan, dijo un paisano de barba gris, que hasta entónces habia guardado silencio—Cuchillito es mas traicionero que la luz y es capaz de estar escondido un mes espíandote las espaldas.

—No hay cuidado por eso, que yo he de ganarle el tiron, concluyó Cuello y se dispuso á salir al patio por la puerta de la derecha, donde habia dejado su caballo, con las riendas en el picaporte.

Apenas habia desatado las riendas y ponía el pié en el estribo cuando se le cruzó por delante, sable en mano, el alcalde Zaragoza que, acompañado de tres soldados de *agallas* y deseoso de vengar aquel famoso rebencazo, habia ido á prevenirlo creyéndolo sorprender desprevenido.

Cuello, aunque recibió en el brazo izquierdo el sablazo que Zaragoza le dirigiera á la cabeza, tuvo tiempo de montar á caballo y arremeter al alcalde con tal brio, que Zaragoza rodó entre las patas del caballo, quedando bastante mal parado, pues el animal lo pisó en la cabeza y en la pierna derecha.

Una vez libre del alcalde que quedó en el zaguán pidiendo socorro, Cuello cerró las espaldas al caballo y sacando las bolas de la cintura, atropelló á la puerta de calle donde, sable en mano, estaban los tres soldados de Zaragoza, pretendiendo cerrarle el paso.

Los alcaldes y gentes de justicia que habia en la pulpería, se habian metido á las otras habitaciones para que Zaragoza no los viera y

los fuese á comprometer declarando en la policia que habian estado de jarana con Juan Cuello y que, lejos de prenderlo, no le habian prestado auxilio cuando el desertor y asesino lo atropelló con el caballo.

Cuando los soldados que estaban en la puerta vieron que Cuello los acometia solo con las boleadoras, pusieron los sables de punta estirando el brazo lo mas posible, buscando pinchar al caballo en la nariz para que este, sentándose, se negara á avanzar.

—Campo, canejo! gritó Cuello, revoleando las bolas con mucha dificultad, porque las estremidades de estas tropezaban en las paredes del zaguan, y cerró de nuevo las piernas al caballo, que se negó á seguir adelante, al sentirse pinchado de nuevo en la nariz.

Una inmensa agonía pasó por la mirada de Cuello al ver que así le cerraban el paso, y al pensar que tal vez en la calle hubiese algun refuerzo mas numeroso llevado por Zaragoza: la idea de que pudieran prenderlo sin haber vengado á Margarita que quedaria desamparada, hizo agolpar toda la sangre á su corazon, que se estremeció en su pecho.

—Campo ó barro la puerta! gritó Cuello, sacando de la cintura su terrible trabuco, y apuntando con él á los soldados que la obstruian dispuestos segun parecia, á cortarle la retirada á toda costa.

—No hay que ceder ni un chiquito, decia Zaragoza, que habia logrado incorporarse y arrastrarse hasta el dintel de la puerta que daba entrada á la pulperia.—Este pillo no tiene escape y ahora nomás debe llegar otra partida que viene con el juez de paz Gimenez á la cabeza.

Los soldados escucharon perfectamente bien la voz de Zaragoza, pero era tal la espresion de estermínio pintada en el semblante de Cuello, era tan enorme la boca de aquel trabuco naranjero que amenazaba barrer la puerta, que los soldados comprendieron que quedándose allí se esponian á una muerte segura y completamente inútil, abriéndose á ambos lados para dejar libre el paso.

—Cobardes! cobardes miserables! gritó enfurecido el alcalde Zaragoza al ver que Cuello franqueaba la puerta de la calle, con toda la rapidéz vertiginosa de su espléndido animal—enlázenlo no lo dejen escapar porque mañana los hago fusilar á todos! seguia vociferando Zaragoza—pero Juan Cuello iba á mas de una cuadra de distancia, donde habia sujetado el caballo, y se golpeaba la boca burlescamente, como indio despues del malon.

Los soldados no se atrevian á moverse; por una parte estaban asombrados del valor y la audacia de Cuello, mientras por otra parte estaban asustadísimos por las amenazas en que prorrumpiera el mal parado alcalde, amena-

zas bastante serias en aquellos tiempos en que bastaba una simple declaracion para hacer caer la cabeza que mas segura se creia sobre los hombros de su dueño.

—Ese hombre es el diablo! dijo uno de los paisanos que se habia asomado á la puerta de la pulperia, viendo que Cuello ponía su caballo al tranquilo y se perdía en direccion á la quinta de Montoro—ese hombre es el mismo diablo en traje de paisano, que se entretiene en asustar milicianos—agregó y entró á la pulperia á concluir su copa de ginebra.

Entretanto Margarita que habia sentido las voces y el tropel de armas en el zaguan, habia salido del sótano creyendo que mataban á su Juan, pero el activo Chisquin logró detenerla en el pátio para evitar que Zaragoza la viera y la Policia se echara sobre ella, como prenda del perseguido.

Margarita era una mujer valiente hasta la exajeracion: amaba á Cuello de una manera entrañable, como se ama una sola vez en la vida, y al pensar que su Juan estaba en peligro se sentia capaz de arrostrar hasta un combate con la misma mazorca y la policia de Rosas.

Fué necesario que Chisquin echara mano de todos los recursos de su famosa oratoria, para convencer á Margarita de que Cuello estaba lejos y libre de todo peligro y lograr que la hermosa niña se volviese al sótano, por cuya entrada aparecian las cabezas de la madre de Cuello y la gringa Mariquita.

—Es muy valiente mi Juan, dijo la jóven llena de orgullo, al encontrarse con las otras mujeres—yo me asusto de puro tonta no más, porque para prenderlo á él se necesitaria un ejército entero y que este ejercito tuviera la suerte de sorprenderlo dormido y sin armas.

Y en la mirada de Margarita irradiaba todo el amor que sentia por Cuello, amor que satisfacía su corazon de mujer y su amor propio colmado por las hermosas prendas que adornaban el del jóven paisano, no dejó que llegó á amar á Margarita sobre todas las cosas del mundo.

Cuello se lanzó al escondite de la quinta de Montoro, donde se ocultó para descansar hasta el dia siguiente, pues la campaña que iba á emprender contra Cuchillito era dura y peligrosa, necesitando todo el dominio de su astucia y sagacidad para dar con el famoso bandido.

A fines del año 50 y principios del 51, las azotainas habian subido de punto, y sabiendo en que casa iba á caer la mazorca á azotar mujeres, era muy fácil dar con Cuchillito, infaltable á este género de fiestas que remataban siempre en saqueo, sueño dorado de aquel gran cobardazo.

Cuello queria ademas permanecer en su escondite el mayor tiempo posible en la espe-

ranza de que cayera por allí el trompa Marquez ó alguno de la gavilla, que le ayudara á encontrar á Cuchillito en situacion aparente para afeitarse las orejas.

En su célebre cerco de moras, permaneció Cuello dos dias esperando la caída de uno de los suyos, dos dias que pasó entretenidísimo en asustar á los habitantes de la quinta de Lafuente, y robarles por la noche, de la cocina y de la despensa todo género de provisiones que dejaban á mano.

Cuentan vecinos que todavía viven en aquel barrio, que una noche Cuello se escondió en la copa de una corpulenta higuera de aquella quinta, y al ir á pasar por debajo una de las niñas, le gritó con voz sepulcral.

—La primer vez que yo no encuentre en la cocina yerba y azúcar, voy á arrastrar de los piés á todos los que viven en esta casa.—Y desde aquella noche Cuello tuvo á su disposicion en la cocina de la quinta, un papel de yerba y azúcar.

Solo hacía dos dias que Cuello estaba en su escondite, cuando se le apareció el fiato Potrillo, traviesa persona de la gavilla, á quien mandaba Marquez para tener noticias de Cuello pues por Flores se decia que lo habian preso y fusilado.

—Todavía me conservo con salud, dijo Cuello, con infinita travesura—digale al amigo Marquez que se venga sobre el pucho que lo necesito con urgencia para un asunto que me interesa muy mucho y en el que me puede ser muy útil.

El Potrillo volvió bridas sobre tablas, de modo que cuatro horas despues, el trompa Isidro Marquez se presentaba en la guarida de Cuello, con la saluduria de su cara que hacia un gesto violento, como si estuviese bebiendo vinagre ó sumo de limon.

Muchas horas estuvieron entretenidos aquellos dos hombres en contarse sus mútuas aventuras, hasta que Cuello llegó á su relato de la infamia de Cuchillito y el propósito de tomar el merecido desquite de aquel bandido, para lo cual solicitaba su ayuda como hombre mas práctico en las costumbres federales.

Ya hemos dicho que el trompa Marquez habia tomado á Cuello un cariño paternal, así es que cuando escuchó el relato que le hacia el jóven conmovido hastalas lágrimas, el jesto avinagrado de Marquez se volvió una mueca amenazadora y respondió á Cuello:

—El Potrillo es mandado hacer para meter el hocico á donde nadie lo llama—ahora mismo lo voy á mandar á que rumbee á ese cobarde, y se me hace que no pasa mañana sin que traiga buenas noticias, pero todo con la condicion de avisarme.—La cosa es dura de pelar y no es bueno esponerse sin provecho.

—Esta vez he de obrar solo, dijo Cuello de

una manera resuelta—quiero vengar á Margarita sin ayuda de nadie y mucho mas tratándose de ese hombre á quien le tienen tanto miedo—iré montado on el pico blanco, y ya sabe usted que para alcanzarme tendrian que ponerle las gergas al mismo mandinga que dicen que es tan ligero.

Marquez hubiera deseado permanecer mas tiempo con Cuello, entretenidísimo con los grandes sustos que este daba á la familia de Lafuente, pero Cuello estaba apurado por volver á ver á Margarita, cosa que no podia hacer sin haberla antes vengado, así es que suplicó á Marquez se fuera en el acto á Flores y pudiese en campaña al Potrillo.

Marquez se despidió de Cuello hasta la vista, diciéndole que esa misma tarde pondria al Potrillo en campaña, quien iria allí á la tarde siguiente á darle cuenta de lo que habia hecho, y á combinar, en caso de fracaso, lo que fuera mas conveniente hacer para dar con el hombre que se buscaba.

Cuello quedó en su escondite toda aquella noche, que empleó en hacer un par de travesuras á los sirvientes de la quinta de Lafuente, quienes dicen que esa noche lloraron de pro-miedo, pues Cuello llevó su travesura hasta robarles las cobijas de las camas, y un matambre arrollado que tenian para regalarse al dia siguiente.

Seria la oracion de este, y Juan Cuello estaba ocupado en engullir con gran apetito la última mitad del arrollado, cuando el pico blanco relinchó alegremente, saludando sin duda la presencia de un cólega.

Al temido cerco de moras no se atrevia á entrar nadie que no fuera amigo, así es que Cuello ni siquiera se movió suponiendo que el recién llegado fuera Potrillo, y no se engañó, pues efectivamente el enviado del trompa Marquez habia echado pié á tierra y se dirigia á donde estaba Cuello, quebrando el cuerpo de un lado á otro.

—¿Buenas ó malas noticias? preguntó Cuello pasando á Potrillo un pedazo de matambre que este recibió sin hacer el menor cumplimiento, sentándose en el suelo frente al jóven.

—Buenazas, respondió sacando su cuchillo y preparándose á embestir á la enorme rueda de matambre.

—Pues á contar lo que se sepa, agregó Cuello con impaciencia, pues ya se me hace tarde para dar una malimba de guascazos á esos que la echan de malos con las mujeres.

—El caso es, empezó Potrillo dando vuelta entre sus quijadas un trozo de arrollado á que se permitia llamar bocado—el caso es que la mazorra va á asaltar la casa de la familia de Sancho, para azotar á unas señoras que dicen que son lavallistas unitarias y que el encargado de la milonga es el sargento Cuchillito y un

señor de gran copete que recién se ha hecho federal, por la cuenta que le tiene, pues dicen que lo habían andado por fusilar.

—¿Y tú sabes donde está esa casa y á qué hora la van á asaltar? preguntó Cuello creciendo en impaciencia y con la fisonomía iluminada por la alegría profunda que esta noticia le hacia experimentar.

—Ya lo creo que sé y estoy en auto de todo, replicó Potrillo, echándose á la boca el segundo trozo de matambre, que mas que bocado parecia un gran tarugo de carne—Allí en la calle de Buen Orden al dar vuelta la de Santa Clara, vive el señor Sancho con su mujer y una hija muy linda, que dicen son salvajes unitarios, porque don Sancho se ha apretado ayer las de bailar para Montevideo á incorporarse á Lavalle.

Allí es á donde vá á caer esta noche la mazorca á dar una azoitana á las mujeres, y allanar los pesotes que debe haber en la casa, que es lo que mas gusta al amigo Cuchillito.

—Y á que hora van á ir allá? preguntó Cuello revisando su trabuco y sacando el puñal como si se tratara de pelear inmediatamente con algun enemigo que hubiese sorprendido el escondite.

—Dicen que como á las diez, concluyó el Potrillo, metiéndose á la boca el último trozo de matambre—es la mejor hora segun dicen, pues es á la que se retiran algunos amigos que van á la casa.

—Pues á esa hora caeré yo tambien, dijo Cuello de una manera que sorprendió al Potrillo, ignorante de los proyectos que habia formado el jóven, y vamos á ver quien castiga á quien, y quien la saca mas barata.

A las nueve nos ponemos en camino, amigo Potrillo, para que me enseñe la casa, y una vez que yo esté adentro, espera el resultado para que vaya á relinchárselo al teniente Marquez.

Efectivamente, á las nueve y media de la noche Cuello y el Potrillo salian de la quinta de Montoro, tomando la direccion á la iglesia de San Juan, por la calle de Santa Clara entonces y Potosí hoy.

Véamos entre tanto qué habia de verdad en la relacion que el Potrillo hiciera á Cuello.

En la calle de Buen-Orden al dar vuelta la de Santa Clara, en una casa cuyo primer patio estaba adornado de macetas de plantas, vivian el señor Sancho y su señora, perteneciente á la respetable familia de Berro.

Los esposos Sancho tenian una hija de diez y siete años, cuya belleza llamaba la atencion de cuantos la conocian.

Lucía Sancho, que así se llamaba, era una criatura modesta y gentil en cuyos hermosos ojos habia quedado mas de un corazón mazorquero, ávido del amor de aquella hermo-

sísima jóven, justo orgullo de aquel matrimonio.

En la casa estaban dos sirvientes que se habian criado allí y un cocinero que tenia á la familia en una continua alarma, pues bastaba entónces la esposicion de un personaje de cocina, para que la mazorca, ávida de saqueo y de iniquidades, cayera á la casa á robar cuanto en ella habia y á castigar á las mujeres y degollar á los hombres, como habia sucedido ya en casi todas las casas habitadas por unitarios.

La familia de Sancho era unitaria y á su casa iban de visita todas las noches aquellos jóvenes que, sin atreverse ni aún á darlo á entender, no participaban de las afinidades de la santa federacion.

Uno de los tertulianos de aquella casa era un señor Gimenez, unitario entónces, pero que despues se hizo federal, de miedo de hacerse sospechoso á los ojos de la mazorca.

Lucía Sancho era como sus padres, una unitaria de corazón, como la mayor parte de aquellas mujeres valientes que, apesar del cuchillo y del moño con alquitran, no se les podia hacer gritar, viva Rosas.

En su seno guardaba una cantidad de moños celestes, esperando que de un dia á otro entrara Lavalle, y ni por temor ni por broma, habia adornado jamás sus sedosos cabellos con una divisa federal.

Gimenez que era recibido en casa de Sancho como un amigo leal y como un Lavallista, iba de dia á visitar á Cuitiño, á quien contaba lo que en aquella casa sucedia y cómo se preparaban la hermosa Lucía y la señora Sancho, para recibir al salvaje asqueroso Lavalle, así que entrara á Buenos Aires.

Lo que Gimenez no hubiera hecho por dinero alguno, porque le hubiera repugnado de una manera invencible, lo hizo por miedo—vendió á Cuitiño el secreto de aquella familia que lo recibia diariamente como un hermano y como un leal correligionario político.

Y aquel hombre cobarde y ruin creia que con aquella delacion aseguraba su pesonezo, demostrando á la mazorca que era un federal incorruptible que se hacia pasar por unitario, solamente para sorprender el secreto de las familias que hacian traicion á la santa corona federal.

Y aquel miserable que tan caro pagó mas tarde su fea accion, se convirtió en espía de la casa de Sancho, quien viendo solo en él un amigo de corazón y de causa, no le reservaba su menor idea ni su mas pequeño proyecto.

Así fué como supo Cuitiño que Sancho debia irse á Montevideo y que la hija y la esposa hacian preparatorios para recibir al salvaje Lavalle.

Así dispuso que Cuchillito fuese á la casa de

Sancho acompañado de su gente, á dar una *mazorcala* y del mismo Gimenez para que indicase el paraje donde estaban los moños y trapos celestes.

Gimenez no se sospechó que tendria que dar personalmente á aquella familia la prueba de su traicion cobarde, así es que quedó aterrado al conocer la resolucíon de Cuitiño.

Negarse á cumplirla era dar á entender que no era tal federal y perder no solo todo el trabajo hecho en aquel sentido, sinó su misma cabeza, así es que aquel cobarde ni siquiera se atrevió á hacer la mas pequeña observacion.

Empezaba pues á recibir el castigo de su infamia.

El 5 de Enero, que era el dia en que Potrillo fué á dar el aviso á Cuello, á las nueve de la noche, salieron del cuartel de Restauradores, Cuchillito acompañado de sus ocho bandidos y de Gimenez, y Cuitiño seguido de un gran grupo de mazorqueros—El primero iba á casa de la familia de Sancho, mientras el segundo se dirigia á la ribera á ver si por allí iba á embarcarse Sancho, segun la declaracion de Gimenez.

Cuchillito y su gente tomaron la calle de Santa Clara y doblaron por la de Buen Orden, deteniéndose sigilosamente delante de las ventanas para escuchar lo que se hablaba en la sala, pero no sintieron ni el rumor de una voz.

—Entre amigo Gimenez, dijo á este Cuchillito, usted es amigo de la casa y no dará desconfianza—dentro de cinco minutos viene y me dice quien esta adentro y donde están.

Gimenez entró sin replicar una sola palabra—el remordimiento y el miedo habian embargado su voz y su semblante estaba alterado de tal modo, que la señora de Sancho, creyendo que esta descomposicion fuera ocasionada porque este viniera huyendo de la mazorca, cosa muy frecuente en aquellos tiempos, se levantó precipitadamente diciendo:

—Que es eso por Dios señor Gimenez? que le sucede á usted? viene huyendo? quiere que lo escondamos? Y la misma Lucia se levantó azorada abriendo un armario que ofreció á Gimenez como escondite.

Este no pudo pronunciar una palabra—el cariño y solicitud con que habia sido recibido, hacian mas hondo su remordimiento.

—Hable usted por Dios, insistió la señora, los que lo persiguen pueden llegar y entonces no tendremos tiempo de esconderlo á usted—¿qué es lo que desea, amigo mio?

—No es nada, replicó Gimenez con la voz entrecortada, es una descompostura de estómago que ya pasó—me voy á casa concluyó, saliendo rápidamente.

—A donde están y quiénes están en la casa? preguntó Cuchillito á penas vió salir á Gimenez—si están solas podremos dar el golpe an-

tes que venga gente y tengamos que esperar á que sea mas tarde.

Gimenez necesitó hacer un gran esfuerzo para satisfacer las preguntas del bandido, quien rió alegremente al comprender la causa de su espanto, diciéndole: ya se acostumbrará usted á estas cosas.

Al ver salir á Gimenez en aquel estado la señora de Sancho dijo á Lucia:

—Pobre Gimenez! ha venido sin duda buscando á Sancho y huyendo de alguna patrulla—quiera Dios que no le vaya á suceder una desgracia!

Ya se preparaba á responder Lucia, que habia quedado profundamente impresionada, cuando se abrió la puerta con estrépito apareciendo en su dintel la mazorca.

Grande fué el espanto de aquellas mujeres al ver semejante grupo, pues sabian ya que estos no se presentaban sinó con un fin diabólico, creyendo al ver á Gimenez entre aquella gente, que este desgraciado amigo hubiera sido preso al salir de su casa.

La mazorca se desparramó en el acto por la pieza, forzando los muebles para apoderarse de lo que en ellos hubiera, mientras Lucia, viendo que Gimenez no era maltratado ni vigilado por aquella gente, empezaba á comprender la verdad de lo que habia sucedido.

—¿Qué es esto, por Dios? preguntó la señora de Sancho en el colmo del espanto. ¿Qué significa esto? añadió, dirigiéndose á Gimenez que estaba delante de la puerta, bañado de honda palidez mortal.

—Viva la federacion! respondió Cuchillito, dando un feroz golpe de verga sobre la espalda de aquella señora desventurada.

La mazorca empezaba á funcionar y no habia esperanza de salvacion. El único amparo que podria acudir en su auxilio era Juan Cuello y este se demoraba, pues la hora del malon se habia anticipado.

—Socorro! socorro! gritó Lucia abalanzándose al asesino que seguia golpeando á la madre, pero á su vez fué rechazada de un vergazo al mismo tiempo que el que se lo daba gritaba:—viva Rosas!

—Señor Gimenez, señor Gimenez, por Dios, dijo la desventurada niña, dirigiéndose al cobarde delator—usted que es tan amigo de mi padre y que parece conocer á esta gente, haga usted que no castiguen mas á mi madre, porque la van á matar.

—Viva Rosas! contestó aquel miserable, con una mezcla de risa diabólica y miedo cervical—diga usted viva Rosas, Lucia y esto terminará pronto.

—Viva Rosas! agregó Cuchillito dando un terrible vergazo á la jóven—viva Rosas! grandísima salvaje, prosiguió aquel bandido riendo de una manera descomunal.

—Viva Lavalle, contestó la joven vencida por la desesperación—viva Lavalle, cobardes y sacó de su albo sono un moño celeste, con el que azotó el rostro de aquel mercenario incapaz de conmoverse por las lágrimas de aquella joven, que corrían por su hermoso rostro, mezcladas á la sangre que salía por una ancha herida que la verga había abierto sobre su frente.

—¡Viva Rosas! salvage inmundá, replicó el bandido y la azotaina tomó un carácter repugnante.

—Viva Rosas! diga usted viva Rosas, insistió aquel ser repugnante, mientras Cuchillito repitiendo aquel viva Rosas, tomaba á la joven por una de sus trenzas y la amarraba del brazo de Gimenez golpeándola no solo ya con la verga, sino con los puños y los piés.

Lucía dominó por completo su desesperación y su espanto:—viendo que todo era inútil con aquellos salteadores, abandonó sus súplicas y revistiéndose de un valor y un ánimo que asombraron por un momento á Cuchillito,



— Ríndanse á Juan Cuello, cobardes !...

La señora de Sancho yacía en el suelo desmayada por los golpes recibidos, y en su cuerpo exánime se cebaron aquellos desalmados bandidos, mientras otros arrojaban por el suelo las ropas de los muebles, buscando joyas y dinero.

Lucía no pudo sufrir mas aquel espectáculo; creyó muerta á su desgraciada madre, y completamente dominada por el espanto, se prendió al brazo de Gimenez, pidiéndole con frases conmovedoras las salvase de aquella horda de fascinosos que habían muerto á su mamá.

le azotó el rostro de nuevo con un moño celeste, gritando viva Lavalle.

—Viva Rosas! maldita—contestó el bandido y sacudiéndola por la trenza le cruzó la espalda de un vergazo que, en vez de arrancar á la joven un quejido, le arrancó un nuevo viva á Lavalle.

El rostro de la joven estaba embellecido por una espresion sublime de resignacion dolorosa; recibia los golpes con un valor increíble, contestando al viva Rosas que los acompañaba, con vivas al libertador.

Enfurecido Cuchillito con la resistencia de la joven, empezó á sacudir con tal brutalidad, que al tercero ó cuarto de estos tremendos golpes, Lucia rodó bañada en sangre al lado del cuerpo mutilado de la señora de Sancho, que se habia desmayado en los primeros momentos, pues ella fué azotada por cuatro ó cinco á la vez.

—Estraña mujer, dijo el mazorquero, mirando caer á Lucia—es la primera á quien no he podido hacer gritar viva Rosas y sacando de la cintura un largo cuchillo se agachó sobre el cuerpo de la joven, tomándola de las trenzas y sonriendo de una manera tan infernal, que Gimenez cerró los ojos para no ver degollar á Lucia.

Pero no era esto lo que iba á hacer el mazorquero, aunque no hubiera sido una cosa estraña—Tomó las trenzas de la joven con la mano izquierda, y pasando por ellas su enorme cuchillo las cortó á la raiz, poniéndolas entre el tirador que sujetaba su chiripá.

Concluida esta operacion iba el bandido á levantarse para tomar parte en el saqueo, no habiendo mas mujeres que castigar porque las sirvientes habian salido á la calle á los primeros gritos de la mazorca, cuando sonó en la pieza una detonacion poderosa y la voz del joven Cuello se dejó oír con un timbre lleno de irudiciendo:

—Ríndanse á Juan Cuello, cobardes! ríndanse á Juan Cuello y á tierra todo el mundo!

Y la voz de Cuello aiterada por el coraje y la indignacion, sonó en el oido de aquellos bandidos como el anuncio de la muerte, quedando su accion completamente dominada por el espanto.

Al primer trabucazo de Cuello, uno de los salteadores que registraba una cómoda dando la espalda á la puerta porque asomó el joven, cayó de boca sobre los cajones lanzando por la boca un copioso vómito de sangre—habia recibido en los pulmones toda la carga del trabuco, quedando, como es consiguiente, completamente muerto.

Cuello aprovechó el espanto que su aparicion inesperada y el anuncio de su nombre causó entre aquellos asesinos, para volver á cargar su trabuco, cuyos efectos tremendos lo llenaban de satisfaccion, de modo que cuando aquellos volvieron de su sorpresa y quisieron cargar compactos sobre Cuello, este volvió á disparar su trabuco haciendo dos nuevas bajas á Cuchillito.

Inmediatamente arrojó al suelo su trabuco que no tendria tiempo de cargar, y sacando de la cintura las bolas, arma terrible en su hercúleo brazo, se lanzó al medio de la pieza gritando al Potrillo que estaba á su espalda:—guarda la puerta Potrillo que no salga esta porqueria.

Y cargó sobre Cuchillito revoleando las bolas que al girar hicieron pedazos un espejo de cuerpo entero que estaba sobre la chimenea.

Cuchillito ganó entre cuatro soldados que lo protegian, mientras el Potrillo puñalen mano, defendia la puerta dispuesto á rechazar á puñaladas al que intentase franquearla.

Gimenez se habia hecho sombra contra la pared, mirando con los ojos inmensamente dilatados por el espanto, la simpática figura de Cuello, mientras este cargaba sobre el grupo donde estaba Cuchillito, revoleando siempre las boleadoras, como espiando la oportunidad de hundirle el cráneo de un golpe.

Cuello quer a tomar vivo al bandido para llevarlo á la pulperia de la gringa Mariquita y coserlo á puñaladas delante de Margarita, tan cruelmente azotada por el bandido, que evitaba en lo posible ponerse á tiro de bola.

Cuello, para lograr su objeto, echó mano de una nueva travesura. Sacó de la cintura el cuchillo con la mano izquierda é hizo un falso ataque sobre los dos hombres que estaban á ese costado.

Estos, que vieron que el paisano se les iba encima, se corrieron á la derecha para evitar la puñalada y dejaron completamente descubierto á Cuchillito que quedó de blanco de su adversario.

Entónces, Cuello, con una pujanza asombrosa, revoleó rápidamente las boleadoras, cuyo golpe terrible descargó sobre la cabeza del bandido que cayó como herido por un rayo.

—A mí, Potrillo, exclamó Cuello para que este dejara la puerta libre á los bandidos que huirian inmediatamente, cosa que sucedió tan exactamente, que parecia que aquellos hombres habian otedecido una órden.

Detrás de ellos salió tambien tambaleándose dominado por el espanto, el miserable Gimenez.

Potrillo que habia acudido presuroso al llamado de Cuello, ayudaba á este á atar de piés y manos á Cuchillito que solamente estaba aturdido por el golpe recibido, y que al poco rato principió á volver en sí.

En aquel momento la señora de Sancho abria los ojos y paseaba una mirada atónita por la pieza, preguntando al ver los cuerpos que habia tendido el trabuco de Cuello:

—¿Qué es esto? donde está mi hija, donde está mi Lucia?—malditos, añadió, dirijiéndose á Cuello y al Potrillo, á quienes tomó en el primer momento por sus azotadores—qué es lo que han hecho de mi hija?

Cuello se sacó el sombrero, y acercándose á la señora de Sancho, le dijo con su ademán mas bondadoso:

—Yo soy Juan Cuello, señora, que aunque he venido un poco tarde, siempre he venido á tiempo para impedir que estos pícaros echa-

ran su última mano—lo mismo han hecho en casa, añadió, y aquí me llevo al cabeza para que Margarita se entretenga en sacarle los ojos—y señaló á Cuchillito.

Al mirar la señora al bandido, vió á su lado el cuerpo mutilado de Lucia, y prendiéndose á él, se puso á llorar con una desesperacion suprema—aquello era el dolor en su expresion mas tocante.

Cuello no pudo resistir mas aquella escena—ayudado por el Potrillo cargó con el cuerpo del bandido y salió á la calle—lo acomodó sobre su caballo y saltando en él tomó el camino de la pulpería de la gringa.

Y ya era tiempo de ponerse en marcha, pues á penas salió Cuello de la casa y tomó por la calle de la Federacion, hoy Rivadavia, por la de Santa Clara desembocó una fuerte patrulla que venia á media rienda guiada por los cuatro soldados que escaparon de la casa de Sancho.

Pero allí solo hallaron los cuerpos de las dos mujeres, y los despojos del robo que no pudo llevar la sorprendida gente de Cuchillito, despojos con que cargaron alegremente los recién venidos.

Al otro dia corrió por la ciudad la voz que desparramaba la mazorca, á saber, que el asesino desertor Juan Cuello habia asaltado la casa de Sancho, ayudado por su gavilla, robando todo, despues de estropear á las mujeres.

Y esta voz que circuló por toda la ciudad vino solo á ser desmentidos ó tres meses despues, cuando la señora de Sancho y Lucia pudieron hablar y narrar la verdad lo que habia sucedido.

Cuello, entre tanto llegó á la pulperia de la gringa Mariquita, á cuya puerta dejó caer á Cuchillito como quien descarga un tercio—dejó de centinela en la puerta el Potrillo y seguido del pico blanco se entró al pátio arrastrando al bandido de las mechas que, dominado por el espanto, no atinaba ni siquiera á quejarse, por temor de irritar mas á Cuello, á quien la generalidad, como se sabe, tenia verdaderamente por un hombre feroz, asesino cruel y ladron de caminos.

Eran las doce de la noche y la pulperia de la gringa Mariquita estaba como siempre, llena de gente, entre la que no escaseaban algunos alcaldes y tenientes alcaldes que salieron presurosos al zaguan á informarse de lo que significaba aquel ruido de espuelas, de caballo y de un cuerpo que se arrastra.

Pero solo hallaron al picaresco Potrillo que habia quedado de centinela, y que al ser interrogado sobre lo que pasaba, dijo sencillamente: no es nada, es don Juan que trae un prisionero de mi flor.

Acosado el Potrillo á preguntas y generosa-

mente convidado con la copa, hizo una minuciosa relacion de lo que habia pasado en casa de Sancho.

Aquella gente no queria creer que Cuello hubiese cometido la hombrada de traerse á las ancas nada menos que al famoso Cuchillito, cuyas inmensas crueldades le habian creado el nombre de un gran valiente, siendo por el contrario un cobardazo «número uno.»

Cuello entretanto habia entrado al sótano donde estaban su anciana madre y Margarita, arrastrando siempre por el pelo al bandido y haciéndolo rodar por las escaleras de mano, que servian para subir y bajar al sótano que la buena gringa Mariquita habia convertido en guarida de aquellas dos desventuradas mujeres.

—Aquí tienes alma mia, dijo Cuello al entrar—aquí tienes al hombre que se atrevió á limpiarse en tí las manos, y que he tomado ocupándose en cortar el pelo á una niña que habia castigado.

—Perdon—perdon niña, dijo aquel bandido, que creyó que su último momento se acercaba, pues Cuello lo habia llevado allí para degollarlo.

Estos son los que soban mujeres—repuso Cuello dando con el pié al cuerpo de Cuchillito—y cuando llegan á dar con un hombre se desgracian de puro miedo, pidiendo perdon cuando ellos no saben concederlo.

—Perdon niña, perdon amigo Cuello, balbuceó aquel miserable—yo no sabia que la niña fuera prenda suya.

—Bueno, replicó Cuello dirigiéndose á Margarita—ya he cumplido la mitad de mi palabra, trayéndote á este hombre—ahora voy á cumplir la otra mitad—y tiró del bandido para sacarlo del sótano.

—Perdon niña, insistió Cuchillito, dígame que no me mate, que estoy arrepentido de lo que hice—qué va á ganar con matarme?

Margarita, espíritu noble y generoso, conmovida por los ruegos del bandido, olvidó por un momento los golpes que este le habia dado, é intercedió con Cuello para que no lo matase.

—Yo no mato sabandijas, contestó Cuello, te juro que no he de matar á este puerco.

Cuchillito, medio llorando, dió las gracias á Margarita y salió del sótano vigorosamente empujado por Cuello, que le dijo al sacarlo al patio:—te has lucido con el perdon que te han concedido! . . .

El bandido perdió toda esperanza, leyendo su sentencia de muerte en la expresion de estermínio que salia al pálido semblante de Cuello.

En el patio se encontró este con aquel enjambre de curiosos que querian ratificar por sus propios ojos la relacion de Potrillo, comprendiendo por el rostro de Cuchillito, á quien poco faltaba para llorar, que este no era mas

que un cobarde que había logrado tener, quién sabe cómo, gran fama de hombre valiente y emprendedor.

—Ya vuelvo á tomar la copa con todos, dijo Cuello empujando siempre al bandido, voy á entregar este guapo á Potrillo y vuelvo «sobre el auto» á que charlemos un rato.

Cuello llegó á la puerta seguido siempre del pico blanco que no se alejaba media vara de él y dirigiéndose al Potrillo, le dijo brevemente—Yo no sirvo para matar esta clase de chusma, despachame á ese de un buen viaje.

Cuchillito empezó á gritar desesperadamente, pero con asombrosa rapidez, el Potrillo que se pintaba solo para estas cosas, desmontó y sacando el cuchillo lo sepultó en la garganta del bandido.

Un grueso chorro de sangre tibia partió de la garganta del mazorquero y fué á mojar la cara del ejecutor de la sentencia de Cuello, pero el Potrillo se limpió la cara con la manga del saco, diciendo por toda oracion fúnebre.

—La pucha y que sangre caliente habia tenido el dijunto!

Muerto Cuchillito, Cuello entró á la pulperia dejando siempre de centinela á Potrillo en la puerta, y al pico blanco en el zaguan, maneado, por pura compadrada, con el pañuelo de manos.

En el interior de la fonda se armó una descumunal algazara, en la que todos se disputaban á pagar la copa á Cuello, copa que llenaba con gran alegría el benemérito Chisquin.

LAS BOLEADORAS DE CUELLO

Cuello narró con pintorescas pinceladas la última aventura, cuyo resultado habia sido la muerte del famoso Cuchillito.

Qué comentarios famosos! qué entusiasmo frenético! y sobre todo que maremagnum grotesco se armó cuando Cuello llegó al paraje de su entrada á la casa de la familia de Sancho, en momentos en que el mazorquero cortaba con su cuchillo las trenzas de la hermosa Lucía!

Chisquin arrojaba al techo su gorro de manga, raído y descolorido, que barajaba con una actitud cómica, mientras decia á mama *quita*—¿ves como no habiasido don Juan el pobre aquel que pasaron en el caballo? Yo sé lo que digo!

Y Cuello reia alegremente al ver el cariño con que Chisquin lo palmeaba y la curiosidad con que lo examinaba, como si hubiera querido asegurarse de que Cuello, efectivamente no habia sido muerto.

Aquella noche se pasó de gran jarana de guitarra, y sendas gruesas de cohetes que quemaron Cuello y el Potrillo en festejo de su triunfo.

A la mañana siguiente, Cuello se retiró al sótano á dormir seguido de su pico blanco, que maneó, siempre con el pañuelo, al lado de su cama despues de echarle una gran brazada de pasto seco.

El Potrillo se tendió largo á largo en la puerta del zaguan que daba entrada al patio, para en caso de apuro dar el alerta á Cuello y pelear firme mientras este acudia.

Chisquin, el alegre y cariñoso Chisquin, que iba á estar en pié hasta la siesta, era el en-

cargado de recordar á Potrillo si alguna patrulla sospechosa se acercaba á la pulperia.

Margarita trajo una silla y se sentó á la cabecera del catre donde dormia Cuello, arrobada en la contemplacion de su amante.

La suavísima mirada de Margarita acariciaba con un cariño profundo el simpático semblante del paisano que dormia, descansando apaciblemente de la larga fatiga del dia y de la noche anterior.

Así permaneció la hija del sargento Oliden arrobada en aquella contemplacion hasta la hora de la siesta en que despertó Cuello y se halló, como premio á todas sus fatigas, con la límpida mirada de su amante.

¡Cuántos cariños y cuántas ternezas se prodigaron aquellos dos jóvenes, al hallarse sonrientes uno frente al otro! ¡Cuánta frase sencilla é íntima fué devorada por un beso ardiente.

Eran las cuatro de la tarde cuando vino á la pieza la madre de Cuello á prevenirles que la comida estaba lista.

—Bueno, dijo entonces Cuello á Margarita concluyendo la conversacion anterior, yo buscaré otro sitio seguro porque aquí ya no pueden ustedes estar: el dia menos pensado viene aquí la mazorca y hace un barro que para enmendarlo tendré que ir á cortar las barbas al mismo Lucifer.

Todos tres pasaron en seguida al sótano-escondite, donde la gringa Mariquita les sirvió una comida que hubiera dejado atrás á la misma famosa comida de la *Croce di Malta*, donde se junta á comer la alegre y traviesa sociedad Maldicenza.

Concluida la comida, Cuello se despidió de

su madre y de Margarita, y estrechando la mano de la generosa piamontesa le dijo tristemente: ya me voy para buscar otro asilo á esta; usted no se queja, pero yo sé que estando nosotros aquí la comprometemos y no es cuento de que nadie la pague por mí.

Y era verdad — la gringa Mariquita veía que el día menos pensado la mazorca se le iba á echar encima, pero no se habia atrevido á formular la menor queja ni dar siquiera á entender que el asilo de aquellos huéspedes le podria costar la cabeza.

Cuello salió á la pulperia donde estaba el Potrillo enjugando media docena de vasos con que lo habian obsequiado sus improvisados amigos, que festejaban con gran estrépito los cuentos traviesísimos que les relataba el gracioso gaucho con una verbosidad imponderable.

Eran ya las siete de la noche, hora en que empezaban á entrar á la pulperia los mas asiduos parroquianos que por nada de este mundo hubieran faltado una noche á aquel ameno sitio de reunion.

Con este motivo quiso renovarse la jarana de la noche anterior, pero Cuello puso punto final á la charla, diciendo al Potrillo:

—Bueno, compañero, ahora nos vamos á la querencia porque todavia nos falta el rabo por desollar, y ambos, despues de alzar un porron de ginebra abandonaron la pulperia y tomaron la direccion de la quinta de Montoro, verdadera fortaleza para Cuello, donde la policia jamás se atrevió á penetrar, aún sabiendo que adentro estaba el hombre que con tanto ahinco buscaba.

Una vez en su cerco de moras, Cuello despachó al Potrillo al partido de Flores, con encargo de decir al trompa Isidro Marquez que viniera á encontrarlo allí esa misma noche, pues tenian mucho que conversar.

El Potrillo tomó el camino de Flores, y Cuello se instaló en su escondite, dispuesto á dar un mal rato á la familia de Lafuente.

Pocos minutos despues atravesó la calle, y entró á la quinta, donde hizo abundante provision de vicios de entretenimiento para obsesquiar con ellos al amigo Marquez que no tardó mucho en llegar.

Ya conocia Marquez, por el Potrillo, la gran aventura de Cuello y la muerte de Cuchillito, por lo que, á penas echó pié á tierra, dió un fuerte abrazo al jóven, felicitándolo por la aventura.

Marquez trajo á Cuello una noticia de suma importancia y que este ignoraba, porque hacia muchos dias que solo se ocupaba de llevar á buen fin aquella seguidilla de aventuras en las que tan feliz habia sido.

—Sé por un desertor de Palermo que se me ha presentado hace tres dias, que allí se orga-

niza una comision fuerte para salir en nuestra persecucion.

—Pues la pelearemos, dijo alegremente Cuello, mientras preparaba sus avios de tomar mate, y si acaso nos vemos mal, apelaremos «á las de gaviota»—qué diablos, para eso vamos bien montados.

—Cierto, replicó Marquez, pero es el caso que esa comision es compuesta de cuarenta hombres elejidos, que traen orden de darnos pasaporte.

—Pues para eso somos nosotros tambien hombres elejidos, dijo Cuello con una soberbia infinita, y no es la primera vez que nos vamos á encontrar con hombres «de mi flor»—ahí está sinó aquella famosa noche en que hicimos apurar un mal trago á don Regino y al mismo Boado, que no es un muñeco.

—Si, insistió Marquez, pero hay una novedad y esta novedad es que el gobernador ha cedido á la comision su tropilla de parejeros, para que no le vengan con que andaban mal montados, así es que la funcion va á ser dura.

—Ya la ablandaremos, concluyó Cuello alegremente—de todos modos algun dia nos ha de tocar la mala y á mi lo mismo se me dá que sea hoy que mañana, y alargó á Marquez un espumoso cimarron de los llamados *lomo verde*, que es entre los paisanos el mate de lujo.

—A mi se me dá lo mismo, replicó el trompa, haciendo perder la bombilla entre su enorme boca, pero tengo el presentimiento de que si nos topamos con esa gente, va á ser el fin del mundo.

—Pues ahora tengo mas ganas que nunca de que nos topemos, terminó Cuello y se pusieron en seguida á hablar del asunto para que este habia hecho venir á Marquez.

Este era nada menos que buscar un sitio aparente para poder dejar á Margarita y á su vieja, que no podian permanecer mas tiempo en la pulperia de la gringa Mariquita sin correr gran peligro.

Toda aquella noche la pasaron Marquez y Cuello pensando en un paraje adecuado para esconder las mujeres, y no pudieron hallar uno que no ofreciera algun peligro ó algun inconveniente.

Por fin decidieron ir ambos al otro dia á tantear á doña Rita, comadre del trompa Marquez, que vivia en un ranchito situado en los campos de Alvarez, hoy Puente de Marquez, en el partido de Flores.

El resto de la noche la pasaron enancando mate sobre mate, hasta la madrugada, hora en que montaron á caballo, despues de revisar prolijamente sus armas, y tomaron el camino de Flores.

A penas habian andado tres cuadras, cuando de una de las vueltas del camino salió un

tropel de soldados que los acometió de récio á sable y tiros de carabina.

Era esta la comision de que hablara Marquez á Cuello la noche anterior, comision que venia en su mayor parte montada en caballos parejeros de Rosas y mandada por los dos mejores oficiales de la division de Palermo, empeñadísimos en adquirir nueva fama prendiendo á Cuello.

Venian entre esta comision dos jóvenes gallegos de los que Rosas destinaba sin miramiento de ningun género á los cuerpos de línea, porque eran hombres valientes, condicion que el tirano apreciaba sobre todas las demás, causa de que Juan Cuello no fuera fusilado aquella noche desgraciada que cayó en manos del enamorado don Ruperto.

Fué tan rápida la aparicion de aquella gente, tan nutridos los primeros disparos, que Cuello y Marquez se sorprendieron en el primer momento, sorpresa que pasó por ellos como un relámpago.

Hoy mismo los regimientos de caballeria no saben hacer un uso completo de la carabina, lo que hemos demostrado en nuestro folletín *Jum Moreira*.

Entónces los soldados cerraban los ojos al hacer un disparo, pues tenian miedo al arma de fuego, cosa que sucede hoy mismo con muchos reclutas, lo que explicará que apesar de los muchos disparos y el afan con que fueron hechos, que ni Marquez ni Cuello fueron heridos.

Pasado el primer momento y recuperada toda la sangre fria, Cuello empuñó su trabuco al mismo tiempo que Marquez se echaba la carabina á la cara y el doble disparo fué simultáneo.

Tres hombres cayeron al suelo: mortalmente heridos dos, y uno completamente muerto.

—A mí, muchachos, á la carga todos, gritó Cuello, para hacer creer á los soldados que su gavilla estaba cerca, logrando que los soldados quedaran suspensos, pues creian haber ido á tomar á Cuello solo, y se encontraban con que este estaba al frente de su gavilla.

Rápidamente los soldados se repusieron del asombro que les causaron las palabras de Cuello, pero este, lo mismo que el trompa Marquez, aprovecharon aquella pequeña tregua para cargar sus armas que dispararon nuevamente volteando á otro soldado.

—Ahora al escondite, dijo Cuello á Marquez cerrando las piernas al famoso pico blanco, y ambos volvieron riendas para ganar su escondite, donde seguramente no penetraria la comision sin ser despedazada.

Los soldados, montados brillantemente, castigaron sus caballos, alcanzando muy pronto á los fugitivos, pues Cuello no queria apurar

mucho al pico blanco por no dejar solo á Marquez que iba peor montado.

Cuello habia vuelto á poner en su cintura el trabuco que no podria volver á cargar, sacando sus terribles boleadoras que eran tan temidas como su trabuco: Marquez llevaba en la mano izquierda su carabina empuñada por el cañon, á manera de maza, mientras en la derecha llevaba blandiendo un largo y filoso sable de caballeria, con cuyas armas habia desertado de Palermo.

Al sentirse alcanzar, ambos dieron vuelta cara y llevaron al enemigo una carga tan audaz como inesperada, carga que dejó algo confusos á los soldados, confusion que les costó cara, pues Cuello dió un terrible golpe de bola en el pecho de un sargento, mientras Marquez hundia el cráneo de un soldado con un golpe de carabina, manejada como garrote de tala.

En seguida dieron media vuelta en direccion á la madriguera, deteniéndose solo á diez varas de ella, pues el enemigo los alcanzaba de nuevo, á causa del caballo de Marquez, que además de ser malísimo estaba cansado.

Marquez y Cuello cargaron de nuevo con nuevos bríos, deseando concluir pronto aquella jarana, pero esta última media vuelta fué fatal para el pobre trompa.

En momentos en que partia el cráneo de su adversario con un terrible golpe de sable, una bala perdida, disparada al acaso, le dió en medio del pecho, volteándolo del caballo.

Acto continuo aquella gente se precipitó sobre el caido, dándole quien un sablazo, quien un balazo, hasta ultimarlos.

Cuello hizo esfuerzos sobrehumanos para salvar á Marquez—sus boleadoras no descansaron un solo momento, repartiendo golpes de muerte entre aquella turba de facinerosos, pero todo fué inútil—el pobre Marquez murió acribillado á heridas, cumpliéndose asi su presentimiento de la noche anterior.

—Ah! malditos! exclamó Cuello, impresionado por aquella desgracia, y el cráneo de uno de aquellos hombres que sacaba el sable ensangrentado del cuerpo de Marquez, sonó de una manera estridente y lúgubre al ser hecho pedruzos por un golpe de bolas.

Y viendo que para el pobre Marquez no habia salvacion posible, oprimió vigorosamente los hijares del pico blanco, que dió un brinco prodigioso, desapareciendo en seguida como un rayo por entre el cerco de moras y el tupido bosque que habia detrás.

En cuanto Cuello se vió en aquel paraje seguro, echó pié á tierra y cargó su trabuco con la mayor rapidez que le fué posible, dirigiéndose á la entrada del cerco donde los soldados habia quedado detenidos, sin darse cuenta

por donde diablos podía aquel hombre haber entrado á caballo,

Los dos oficiales exploraban personalmente el cerco, desesperados por la desaparición de Cuello á quien contaban como presa segura. cuando detrás de las moras sonó un estampido tremendo, seguido de una blasfemia y un terno infernal.

—Aún no estoy muerto! cobardes! gritó Cuello, al mismo tiempo que uno de los soldados caía de espaldas y otro llevaba la mano á la frente, ambos heridos por el disparo de Cuello.

—A forzar el cerco! gritó uno de los oficiales—á forzarlo pronto, añadió, y todos empezaron á trabajar con los sables.

Pero un nuevo disparo que hizo Cuello á quemarropa, vino á voltear á otro soldado, convenciendo al resto de que era inútil combatir contra un enemigo invisible, y que si seguían pretendiendo destruir el cerco, caerían esterilmente todos, bajo los disparos de aquel trabuco tan diestramente manejado.

Comprendiendo esto los oficiales, hicieron retirar la tropa, alejándose de aquel paraje. despues de recoger de sobre el campo siete soldados que habian quedado fuera de combate, muertos ó heridos.

Cuello sacó la cabeza por la entrada del cerco y miró á aquella comision que con tanto brio habia aparecido y que se retiraba tan desalentada.

Cuando aquellos estaban á unas cuatro ó cinco cuerdas, el jóven salió de su guarida y tendió sobre el campo una triste mirada buscando el cadáver de Marquez, pero la comision lo habia llevado como trofeo, despues de robarle las armas y las pocas pero buenas pilchas que le quedaban.

Cuello se detuvo en el sitio donde habia caído Marquez, empapado aun con la sangre de aquel valiente, y allí permaneció mas de cinco minutos entregado al sentimiento mas verdadero.

—Pobre Marquez! murmuró—ni siquiera he tenido el consuelo de poder onterrar su cadáver! y regresó á su escondite invadido, dominado por la tristeza que le hacia experimentar la muerte de aquel cariñoso compañero.

A la tardécita Cuello salió del cerco de moras y tomó al trote corto sobre el pico blanco el camino de Flores—iba á hablar con la comadre Rita, y á ver su gavilla que tan inesperadamente habia sido privada de aquel segundo jefe, cuyo lazo certero no los habia dejado pasar un solo dia de hambre.

La comision entre tanto regresaba á Palermo con el despedazado cadáver de Marquez, pero sin Cuello, lo que iba á hacer descargar sobre ellos las iras del coronel Hernandez primero, y la temible cólera del tirano que, para que no tuvieran disculpa alguna si la comision fracasaba,

los habia hecho montar en sus perejuros.

Los oficiales entregaron el cadáver de Marquez, dando cuenta de lo que habia sucedido y de que manera se habia defendido Cuello causándoles nuevas bajas desde el cerco por donde habia desaparecido.

—Y por qué no entraron adentro, preguntó Hernandez y lo prendieron allí?

—El cerco era muy espeso, contestó uno de los oficiales y mientras los soldados se pusieron á cortar las ramas para poder pasar al otro lado, aquel hombre los diezmaba con su infernal trabuco, sin que los soldados pudieran hacerle fuego porque no lo veian, y aquel maldito nunca hacia dos descargas por el mismo paraje, razon por la cual no podiamos ni aun hacerle fuego al acaso.

Hernandez llevó el parte á Rosas y el tirano se dió á los diablos mandando arrestar á aquellos dos oficiales inútiles y cobardes segun él, pues se habian vuelto de miedo.

—Es una vergüenza, gritaba el tirano en medio de interjecciones completamente federales—la noche nienos pensada vá á venir ese hombre á pelear á la misma guarnicion de Palermo, venciéndola.

—Ojalá sucediese eso, respondió Hernandez, pues entonces tendria el placer de traer personalmente á V. E. las orejas de aquel bribon asesino que hasta hoy ha tenido tanta suerte.

—Palabras, coronel, palabras, gritaba Rosas dominado por el furor—lo que hay es que aquel hombre es mas valiente que los míos—ya vé lo que le sucedió á Cuitiño.

Tentado estoy de indultarlo y darle una compañía para que me le dé una paliza á todos ustedes—vaya coronel, vaya á castigar á esos malos oficiales, concluyó Rosas arrojando sobre su escritorio su gorra de pastel—y hágame llamar á ese zonzó de Moreno, que tampoco ha sabido hacer nada con la policia que tiene.

Hernandez se retiró satisfecho de que Rosas, como acostumbra á hacerlo con todos, no le hubiera tirado con la gorra y el tirano quedó entregado á sus mas grandes iras, porque la impunidad con que siempre habia contado Cuello era, además de un descredito para la policia, un peligro para la mazorca que ya habia sido atacada una vez, mientras cumplia una orden superior.

Los milicos entre tanto habian rodeado en la cuadra á los soldados de la Comision, quienes narraban el combate con los dos bandidos, haciendo las mas grandes ponderaciones del valor temerario de aquellos hombres.

—Ah! hijo de mi alma! decia uno de ellos—cuando estornudaba con aquel mazacote ó trabuco, nos voltiaba pior que peras en ventaron!

—Y las bolas, decia otro—madre mia! si

aquellas boleadoras manejadas por Cuello son como el juicio final—voltean los hombres elijiéndolos; «este quiero este no quiero».

—¿Y qué son las boleadoras? preguntó uno de los tantos gallegos que habia en Palermo, que escuchaba asombrado aquella narracion.

—San Antonio! replicó uno de los gallegos que habian ido en la comision—mira, Benitu, las boleadoras de aquel condenado, son dos grandes pedernales forrados en cueru de vaca y atados con tiras del mesmu género.

—Puñales! añadía entusiasmado ante su propia descripcion: si aquellos pedernales te separan en las custillas, mueres porque te trinchan allí cumu un San Benitu—y si pur acaso te tantean lá cabeza, te meten tal alburotu en los sesus, que mueres, Benitu, mueres.

Aquella descripcion de las boleadoras hizo estallar á la soldadesca en una carajada tremenda, acompañada por la cómica expresion de espanto que al hacerla, habia tomado el rostro del buen gallego.

—Yo lo que digo, añadió un sargento viejo, es que á Cuello lo ayuda el diablo, y que el que

se pare delante de Cuello, ha de ser muy hombre para no desgraciarse.

A eso de las dos de la tarde llegó á Palermo don Juan Moreno, algo asustado, pues sospechaba que Rosas le iba á echar una buena ronca, motivada por los últimos desmanes de Cuello, que habia llegado hasta azotar á la misma mazorca cuando esta cumplia con los mas sagrados de sus deberes federales.

Rosas echó á Moreno una peluca de primer orden, diciéndole que para qué era el Gefe de Policia con ámplios poderes, si un bandido se habia de pasear por la ciudad, siendo la tal policia inútil para prenderlo.

—Es, señor, replicó Moreno temblando de miedo, es que aquel hombre anda muy bien montado, y huye cuando lo van á tomar.

—Es que le tienen miedo! replicó Rosas perdiendo completamente los estribos—le tienen mas miedo que á usted por que no ha de matar á azotes á las partidas que lo dejan escapar!

Moreno regresó á la Policia dispuesto á *echar el resto* en la persecucion de Cuello.

LA ÚLTIMA BATALLA

Cuello llegó á la tardecita á lo de Rita que era una de aquellas criollas *mas serviciales que un yesquero* y que se pelaba por hacer un servicio, mucho mas si aquel servicio era solicitado por el trompa Marquez, que tenia con ella lo que en criollo se llama vara alta.

Así que Cuello uspuso el objeto de su visita, Rita prometió servirlo como lo deseaba, por que lo conocía de mentas, por haber oido hablar de él á Marquez y sabia que era un hombre á *macho* por quien se podia sacar la cara.

Quedando en volver dentro de dos dias con Margarita y su buena madre, Cuello tomó el camino de la quinta de Blanco, donde estaba acampada la gavilla.

El jóven habia sentido intimamente la muerte de Marquez, porque perdía con ella el único amigo leal que le quedaba y el soldado mas útil de su temible gavilla: veía que los peligros se multiplicaban á su paso y pensaba que Marquez lo hubiera sacado de muchos apuros, pues él no podia atender á los peligros que amenazaban á su gente y á evitar los que pudieran correr aquellas dos mujeres que eran toda su preocupacion.

—Disolveré la gavilla, pensaba Cuello, cada uno tomará el camino que mas le convenga, y así podré dedicarme tan solo á atender á

Margarita, y dar de cuando en cuando un susto á los federales.

En esta disposicion de espíritu, llegó Cuello á la quinta de Blanco.

Empezaba á oscurecer y la gavilla de Cuello estaba reunida al rededor de un fogon, tomando mate y esperando la vuelta de Marquez, quien, segun calculaban, debería llegar de un momento á otro, pues no acostumbraba á faltar tanto tiempo, y ademas, esa noche tenian que ir á la carneada, es decir, á robar unas cuantas vacas, pues ya la carne se habia concluido.

Imposible es pintar la descomunal alegria de aquella gente cuando vieron llegar á Cuello, cuyo caballo conocian por el relincho con esa seguridad pasmosa del oido del paisano que nunca se engaña.

Un viva á diez voces por lo menos saludó su llegada, mientras el Potrillo enarbolaba el frasco de ginebra con que hacian boca y le acomodaba un prolongado beso en honor del capitán.

Cuello desmentó delante del fogon y se puso á tomar mate, mientras Potrillo le daba cuenta de las pocas novedades que habia en Flores y que esa noche esperaban á Marquez para ir á hacer una visita á las vacas de la vecindad. —Marquez no vendrá, dijo tristemente Cue-

llo, porque esta madrugada ha muerto en su ley, peleando como un valiente.

Y el joven conmovido hondamente, narró á aquellos hombres el combate tenido aquella mañana, los presentimientos del trompa y su muerte, despues de haber combatido tan lindamente.

Al saber la muerte de Marquez, todos aquellos hombres quedaron en silencio profundo, y por muchos de aquellos rostros tostados y varoniles se vió correr una lágrima.

Marquez era muy querido entre aquella gente, que apreciaba sus buenas prendas de corazon y su infinita malicia para dar un golpe de mano, sin comprometer nunca un combate desgraciado con tropas de don Isidro Silva, que los perseguia con una tenacidad rara.

—Es preciso vengar la muerte de Marquez de una manera que meta bulla, dijo Cuello, cuando la primer impresion hubo pasado, y desparramarse en seguida, porque yo tengo mucho que hacer por otro lado.

—Vamos á vengarnos con mil gustos, dijo el Potrillo, pero eso de dejarlo á usted, en la perra vida!

—Es preciso, insistió Cuello, yo tengo que mirar por Margarita y mi madre que están amenazadas, y tendré que pasar muchos dias sin venir acá, quedando ustedes sin jefe. Cada cual tendrá pues que rumbiar para su lado y buscarse un lugar seguro donde nadie les vaya á estorbar la vida, ni á meterse en lo que no le importa.

—Es que usted nos ha de necesitar, D. Juan, replicó otro de la banda, mismo para proteger á sus prendas de un malon de la justicia, y no es justo que cuando nos precise no sepa donde hallarnos.

—Aquí estaremos haciendo por la vida, agregó el Potrillo, y cuando nos necesite al grito nomás volamos mas djero que golondrinas.

—Bueno, dijo Cuello, satisfecho de la lealtad de aquellos condenados, despues hablaremos de eso—¿se animan ahora á que lo demos un golpe á don Isidro Silva y vengamos la muerte de Marquez *haciéndole tronar el coco*, á él y á cuantos vengan en su ayuda?

—Ya lo creo que nos animamos, contestaron á un tiempo aquellos hombres dispuestos siempre á andar á puñaladas, y empezaron á guardar los mates y *vicos*, preparándose como si se tratara de entrar en pelea inmediatamente.

En vista de estas disposiciones, Cuello revistó aquel ejército de desertores, y halló que todos tenian buenos sables y carabinas de las que usaba la caballeria de Rosas, con bastante provision de municiones, pues al desertarse cada uno de ellos, habia tenido el cuidado de robarse un paquete de tiros por lo menos, para que en caso de apuro, no los tomaran sin perros.

Viendo Cuello que tenia diez hombres bien

armados y dispuestos á entrar en pelea con el mismo diablo, confeccionó su plan de manera que le diera el resultado que deseaba, es decir, *tronar el coco* al Juez de Paz de Flores, que tan encarnizadamente los perseguia y á los que con él vinieran.

El Potrillo que era el mas travieso de todos iria al Juzgado á prevenir á D. Isidro que conocia el paraje donde se hallaba reunida la gavilla con Cuello á la cabeza—el mismo Potrillo se ofreceria para guiar á la gente y cuando estuvieran á diez pasos del paraje donde quedaba Cuello, haria fuego sobre el enemigo que estuviera mas próximo que seria la señal para que la banda hiciera una descarga y se vinieran al humo y sable en mano sobre la jente que trajera el infeliz D. Isidro como cosa segura.

Esa noche y al dia siguiente Cuello y su gavilla estuvieron ocupados en revisar prolijamente sus armas y dar fin y remate con el resto de las provisiones que les quedaban, las que eran muy pocas.

A la tarde siguiente el Potrillo desterró de sí todo el aire militar que le daban algunas piezas de su traje, y sobre todo sus armas, vistiéndose con chiripá y una camiseta que le daban el aire de un paisano pobrísimo, y llevando por todas armas su puñal y una pistola de arzon, propiedad del pobre Marquez.

En este traje y con el aire mas bonachon que le fué posible dar á su escuálida fisonomia, se dirigió al juzgado de paz, bien impuesta de todo lo que tenia que hacer y listo para tomar *las de gaviota*, en caso que don Isidro Silva, que no era muy inocente que digamos, coccara la cosa.

Maravilloso efecto causó en don Isidro la delacion del astuto Potrillo: el buen juez de paz oyendo hablar de Cuello perdia por completo su serenidad—el deseo de prender á Cuello lo enceguecia y escuchaba toda denuncia sin tomarse el trabajo de examinar al que se la hacia, pues nunca se habia figurado ser objeto de una farsa y mucho mas desde que el denunciante se ofrecia como vaquano.

Don Isidro tragó por completo el anzuelo que le habia echado Cuello, y sin mirar si quiera la fisonomia del astuto Potrillo se puso inmediatamente á hacer todo género de aprestos para marchar sobre tablas.

Mandó buscar al tremendo don Regino, que sabia daria un ojo de la cara por hallarse frente á Cuello y á los demás alcaldes y tenientes alcaldes de su dependencia.

Como en el partido de Flores era donde se sabia que con mas frecuencia andaba Cuello, don Isidro, además de su partida que era numerosa, tenia en el juzgado, de estables, doce vigilantes que de la ciudad le habia enviado don Juan Moreno, para el caso en que diese con la guarida de Cuello, con cuyos vigilantes

envió la siguiente nota, que publicamos por su corta estension.

*Viva la confederacion argentina!
Mueran los salvajes unit-rios!*

Al Juez de Paz de San José de Flores don Isidro Silva.

Teniendo noticias positivas el que firma que el criminal desertor Juan de Cruz Cuello cuya filiacion se adjunta anda en el partido de su cargo cometiendo toda clase de atentados solo y en compañía de criminales, Pedro Tejon (sereno) - N. Ojiva, tambien sereno (tuerto) - Nohorto Merlo, Rafael Aregnati, Zoilo Agüero y N. Correa, vecino de ese partido y desertor de Palermo; se recomienda á V. con mayor interes y bajo de la mas seria responsabilidad, proceda á la mas incesante persecucion, captura y remision de cualquiera de los espresados criminales, quienes á mas de suhechos tienen en completa alarma á todo el vecindario por donde aparecen.

Tambien hace presente á V. el que firma, tiene noticias positivas que dichos criminales se abrigan tanto de dia como de noche en el monte de la quinta de Quirno, en el de la quinta de Vermet (conocida por de D. Juan el Herrero) y otros de ese partido, previniéndole á V. al mismo tiempo que los citados criminales andan perfectamente armados, por lo cual conviene que las personas comisionadas para la aprencion lo vayan del mismo modo y haga V. muy seriamente responsable á los alcaldes y tenientes de ese juzgado que no den á V. los avisos correspondientes, ó propondan como es de su deber á limpiar la sociedad de estos bandidos.

Dios guarde á Vd.

Juan Moreno.

Así don Isidro dispuso las cosas de manera que, para los ocho ó nueve de la noche tuviese reunidos en el juzgado unos treinta hombres, además de los alcaldes y tenientes alcaldes entre los que concurriria don Regino.

Tomadas estas disposiciones, don Isidro que se habia puesto del mejor humor de este mundo, empezó á interrogar al Potrillo, para que le explicara como habia adquirido esas noticias.

—Yo le diré señor, respondia el travieso paisano—la otra noche pasaba por la quinta de Blanco, de donde me salieron dos hombres á averiguarme para donde iba y si sabia donde estaba usted y que hacia.

Como á mí ya me habian dicho que por aquellos alrededores andaba Cuello y su gente, disparé, porque dicen que es hombre malo.

—Pues á mí me habian dicho, contestó don Regino, que Cuello andaba por la quinta del Herrero, bien armado y con una partida que no dejaba pasar por allí ni las moscas, sin robarles lo que llevaban.

—No señor, agregó Potrillo, eso no es cierto. porque antenoche volví á pasar por la quinta de Blanco y me salieron de nuevo, esta vez agarrándome—me llevaron al fogon donde

estaba don Juan Cuello y allí me hicieron muchas preguntas, robándome sesenta pesos que llevaba y largándome en seguida bajo juramento de que no iba decir lo que me habia sucedido, porque sinó me cortarían las orejas por chismoso.

—Y qué gente tiene allí Cuello? preguntó don Isidro con el interés de conocer las fuerzas de su enemigo.

—Tendrá así como unos siete hombres, replicó el Potrillo, sin dejar de dar vuelta su sombrero entre las manos, con el aire del mayor respeto y sin levantar la vista—pero no tiene armas, señor—asigun ellos mismos me han dicho tenían unas *garabinas*, pero se les ha acabado la municion—no usan mas que facon y *garabina* solo por fantasia.

Ante estas noticias don Isidro se refregaba las manos dando muestras de la mas íntima alegría, mientras el Potrillo pensaba para sí:—*pá lo que te vá á durar, pedazo de zonzol!*

—Y diga, amigo, volvió á preguntar—no cree usted que de un iyer á hoy hayan cambiado de guarida y vamos á dar un golpe en falso?

—No señor—á mí me comprometieron á formar parte de la gente á lo que yo consentí asustao y han quedado en esperarme en un sitio de la quinta, porque yo les dije que esta noche caería con un caballo de tiro.

—Y llevas de tiro á la justicia, dijo chuscamente don Isidro—de *esta hecha*, añadió en el colmo de la alegría, las va á pagar todas juntas, y á usted amigo lo haré recomendar al gobierno.

—Muchas gracias señor, murmuró el Potrillo, aunque yo no hago esto por nada, sinó por servir á la causa y á usted señor, que anda ufano por aprender á ese mal hombre que tanto daño hace al partido.

—Bueno amigo, terminó don Isidro despidiendo á aquel traviesísimo personaje—vaya no más á la cuadra á tomar mate con la gente, que yo lo llamaré cuando sea necesario.

El Potrillo tuvo sus recelos de ir á la cuadra, porque allí podia haber algun soldado que lo conociera, así es que decidió esperar el llamado en la puerta de calle;—de este modo se hallaba al alcance de su caballo y en plena calle, previendo el caso de que don Isidro *no case* á última hora.

Al poco rato empezaron á caer de todos los cuarteles del partido, los alcaldes y tenientes alcaldes, seguidos algunos de ellos de uno ó dos milicianos y uno que otro vecino comedido que queria hacer méritos con la justicia.

En los primeros que llegaron vino el famoso don Regino, armado de todas armas y en su mejor caballo, que dejó á la puerta al cuidado del Potrillo.

Grandes ganas tuvo el tuno de hacerse perdiz con aquel caballo, pero temió enojarse

Cuello desbaratando su plan y se contuvo pensando que mas tarde tal vez podria hacerse de aquella prenda.

A las ocho y media mas ó menos, se hallaba ya reunida toda la gente que debia marchar sobre Cuello, la que formaba un total de unos cuarenta hombres.

Cuando todo estuvo listo, don Isidro llamó al Potrillo y se puso en marcha, haciéndole marchar á este, como vaqueano del sitio á que se dirijan, á la cabeza de aquella tropa.

Cuello, entretanto, calculando la hora, habia hecho cargar las armas á sus hombres, y se habia emboscado en un sausal, esperando la señal que debia hacer el Potrillo.

Aquella noche habia luna, pero esta no debia salir hasta las diez ó las once, pero habia bastante claridad para descubrir un grupo á cincuenta varas de distancia, mucho mas si este grupo era tan numeroso como el que acompañaba á don Isidro y todos los alcaldes de Flores.

Al avistar el grupo, la gente de Cuello debia hacer punteria, disparar las armas así que el Potrillo hiciera la señal y cargar sobre ellos de firme, cosa de hacerles en la primer emboscada todo el daño que fuera posible.

Ageno á todo esto, el inocente juez de paz marchaba siguiendo al guia, haciéndose mil ilusiones sobre el nombre que le iba á dar la captura de Cuello.

Así marchó hasta la quinta de Blanco donde lo esperaban tomándole los puntos, pues habia sido descubierto cincuenta pasos antes de llegar.

—Dónde están? preguntó don Isidro al Potrillo, que marchaba tranquilamente, y haciendo hacer un ligero alto á sus soldados.

El Potrillo se puso un dedo en la boca, en señal de guardar silencio, y respondió con gran recato.

—Allí en la otra esquina cuando demos vuelta el alambrado y sacó su pistola de arzon, siguiendo la marcha.

Don Isidro y sus soldados siguieron al prudente guia imitando algunos de ellos su accion de sacar las armas, pues no habiendo oido las palabras cambiadas entre este y don Isidro, lo que le vieron sacar la pistola creyeron que el peligro era inminente y que debian estar muy próximos de Cuello y su gavilla.

Poco trecho mas habrian andado por el costado del cerco y distaban de ellos solo unos cinco ó seis pasos, cuando sucedió una cosa verdaderamente tremenda—el Potrillo se detuvo, miró á los soldados de don Isidro y disparando sobre ellos su pistola se hizo á un lado del camino mientras gritaba alegremente—Ahora son las de á peso! ché Isidro!

Grande fué la sorpresa de Silva, á quien la bala de aquel disparo habia rosado la sien de-

recha—Aun no se habia dado cuenta de lo que sucedia, cuando el cerco se iluminó de pronto, á cinco pasos de distancia, con un fognazo siniestro y una descarga de fusileria, nutrida y bien dirigida saludó la llegada de don Isidro y su gente, volteando cuatro hombres.

Al ruido de los disparos y de la gente que caia, los caballos se encabritaron poderosamente y la mayor confusion se apoderó de aquella tropa sorprendida cuando menos lo esperaba y cuando por el contrario iba ella á sorprender.

No hay nada mas terrible que una sorpresa de noche, cuando se cree al enemigo lejos y se vá marchando tranquilamente en busca de un combate ventajoso.

Los caballos se encabritan y disparan, los ginetes azcrados, sin darse cuenta de lo que pasa no atinan ni aun á sacar las armas y el gefe sorprendido no atina á tomar ninguna resolucion salvadora, de defensa ó ataque.

Es por esto que en esos casos el que sorprende es el que se lleva la victoria, á no ser que la tropa sorprendida sea muy superior en número y admirablemente disciplinada para no desbandarse al principio.

—Fuego, fuego y á la carga! gritó don Regino que fué el primero en dominar el espanto, pero en aquel momento un grupo numeroso que hizo en aquella tropa espantada, el efecto de salir debajo de tierra, cargó sobre ellos sable en mano, con tal vigor y presteza, que la tropa de don Isidro, completamente arrollada, dió media vuelta y se echó á disparar perseguida por la jente de Cuello.

—No hay que aflojar, no hay que aflojar ni un punto, gritaba Cuello que aun no habia disparado su trabuco para aprovechar mejor el tiro—y aquella persecucion tenaz y vigorosa iba tomando un aspecto de carniceria.

A la cabeza del grupo principal marchaban don Isidro y don Regino, completamente dados al infierno.

Hombres verdaderamente bravos los dos y amantes de sus empleos que perderian en aquella desgracia, trataron de contener la gente y hacerla dar vuelta al combate, pero todo era en vano, —los soldados estaban vencidos por el espanto de la sorpresa.

Don Isidro, ya completamente desesperado, sacó una pistola y disparó sobre el soldado que corria en la punta, imponiendo de esta manera á los que lo seguian, pero la gente de Cuello cargaba con tales brios, que fué completamente inútil intentar ninguna resistencia, y los soldados de Silva se lanzaron en completo desbande en direccion al juzgado.

—A cada chanco le llega su Martin, gritaba Cuello alegremente, y guiaba gallardamente á sus muchachos, sin haber todavia hecho uso de sus armas, que sacó de la cintura en el primer momento.

Don Regino, que era el mas soborbio de todos, detuvo su caballo y quiso disparar sus pistolas sobre Cuello, pero el Potrillo que no lo perdía de vista desde el primer momento de la lucha, le dió tan enorme sablazo que el buen alcalde cayó del caballo con el cráneo partido, en el parietal izquierdo, por aquel revés de mano maestra.

El caballo del alcalde quiso disparar cuando sintió que su ginete caía, pero listo como un zorro en caza de gallinas, el Potrillo lo tomó por la brida y lo detuvo diciendo:

—Cuando yo dije que habías de ser mio, alazan, lo siento mucho, agregó, mirando á la escasa claridad de la noche el cuerpo caido de don Regino, pero con su permiso amigo, volvió á replicar, lo que es esta prenda la he ganado en buena ley y me quedo con ella porque á usted ya no le hace falta. Y siguió el rumbo de los suyos que no cesaban en la persecucion.

Así siguieron hasta la misma puerta del juzgado, donde entraron como torbellino los pocos dispersos que habian acompañado al desgraciado don Isidro, que no paró su caballo hasta las desiertas cuadras.

Un pequeño grupo de tres ó cuatro soldados que supieron que Cuello estaba en la puerta con su gente, quisieron salir á hacer unos tiros, pero ante el trabuco de Cuello se metieron adentro entre la mas feroz rechifa.

A la misma puerta del juzgado y con el mas famoso espanto de los vecinos, Cuello y su gente echaron pié á tierra y se pusieron á acomodar sus aperos y á cinchar de nuevo, sin que nadie se atreviera á decirles una palabra.

Concluida esta operacion, todos montaron á caballo; tomaron la direccion de la quinta de Blanco, con Cuello á la cabeza unos, mientras los demás se desparramaban por las pulperias.

Aquel fué un gran dia para la gente de Cuello y un dia desgraciado para los pulperos, cuyas casas pusieron á gran contribucion de yerba, azúcar y ginebra, amen de ciertos comestibles y conservas.

Cuello reunió á su gente á la tarde, y le notificó que él se volvía á la ciudad, á ver á la familia, y que quedaban en perfecta libertad de permanecer allí, ó *apretarse el gorro* á cualquier parte.

Mientras la gavilla armaba una verdadera fiesta campestre, Cuello se volvió á la pulperia de la gringa Mariquita, seguido del Potrillo, que declaró queria acompañarlo aquella noche *por si acaso*.

Pobre Cuello!—cuán ageno estaba de lo que habia pasado en la pulperia, mientras él habia estado preparando su malon á don Isidro!

Véamos lo que habia hecho la mazorca en desquite de las últimas travesuras y malones de Cuello.

PAQAN JUSTOS POR PECADORES

El gefe de policia habia mandado numerosas partidas bien armadas, en persecucion de Cuello, con orden terminante de prenderlo ó matarlo donde lo encontraran—Al mismo tiempo se dirigió una severa circular á los jueces de paz de campaña, recomendándoles la captura de Cuello y haciéndolos responsables si lo dejaban escapar.

Toda la ciudad estaba en gran alarma—se creía que Cuello era el autor del atentado en casa de Sancho, y se temía que la gavilla de este siguiera cometiendo los salteos, á la par de la mazorca.

Cuitiño, por su parte, habia mandado una fuerte partida á la pulperia de la gringa Mariquita, donde le habian asegurado que iba Cuello á visitar una mujer que allí tenia.

La partida de Cuitiño iba con órdenes bárbaras y terminantes, no solo contra Cuello, sinó contra cualquier persona de su familia que se encontrara en la pulperia, sin perdonar, por supuesto á la gringa, tachada ya de encubri-

dora del desertor Juan Cuello y otros foragidos.

Cuitiño estaba enconado al extremo de haber hecho cualquier sacrificio por poderle echar el guante á Cuello—queria vengarse de la arrebatada de Margarita, vengando de paso la muerte de Cuchillito y la feroz tunda que dió á la partida de este, impidiendo mataran á dos salvajes unitarias.

Cuando la feroz partida de Cuitiño entró á la pulperia, habia como siempre una escogida reunion de alcaldes y gente de justicia, que quedaron asombrados ante visita tan inesperada.

La gringa Mariquita, temerosa de que aquella aparicion fuera de mal agüero para ella, se acercó solícita á preguntar á aquellos bandidos que querian tomar.

—Venga un porrón de ginebra, dijo el que parecia encabezar la partida, dando con la verga sobre la mesa;—venga un porrón de ginebra, y en seguida, gringa de los diablos nos vas á decir donde está Juan Cuello.

—Juan Cuello, respondió aterrada la buena mujer, no viene aquí—hace mucho tiempo que solia venir, y como es tan malo, habia que recibirlo á la fuerza—pero hace mas de seis semanas que no le vemos el bulto.

—Ya nos vas á decir donde anda Cuello, gringa maldita, añadió otro mazorquero, ó te vamos á charquear los matambros á azotes—con nosotros no vas á jugar tan sucio.

La pobre gringa concluyó de asustarse—no estaba habituada á que se le tratara mal, y el lenguaje que usaba aquella gente indicaba que se le habia perdido toda consideracion.

—Vamos á ver gringa, agregó el primero que hablara, vas á cantar mas claro que un *silguero* y sin hacerte preguntar mucho, porque no venimos de humor de bromas—¿á donde está ese espanta-pájaros?

—Juro por Dios que no lo sé, replicó Mariquita llorando por el miedo, y estos señores pueden servir de testigos, y miraba á los aldeas que estaban aun allí.

—No necesitamos testigos, concluyó el mazorquero levantándose; nosotros sabemos que aqui está Cuello, y que aqui tiene una moza desde hace tiempo—con que á llevarnos donde está ó todo se lo lleva el diablo, canejo!

La gringa Mariquita habia enmudecido de espanto—temia lo que iba á sucederle, pero no se atrevia á delatar el escondite de las dos mujeres, no por temor á alguna venganza de Cuello, sino porque las habia tomado un cariño verdadero, y sabia por experiencia que aquellos hombres, al descubrir sobre todo á la amante de Cuello, iban á hacer en ella una de aquellas atrocidades que hicieron tan temida á la mazorca.

—Donde está Cuello? preguntó el bandido, apoyando esta vez su pregunta con un gran vergazo.

—Yo no lo sé, contestó la pobre gringa lanzando un alarido de dolor, y queriendo disparar al patio para encerrarse en su pieza, pero entonces la escena tomó un verdadero carácter de mazorcada en regla.

Dos ó tres empezaron á sacudir el polvo á doña Mariquita que, daba tan fuertes gritos, que se sentian desde la otra cuadra, mientras el resto se desparramaba por la pulperia en busca de dinero.

Las botellas de bebida andaban por el aire, arrojadas por los bandidos, que hacian saltar las cerraduras de los muebles ávidos de dinero y alhajas, que era el aliciente de aquellas exenas horribles.

La gringa Mariquita habia caido al suelo sin sentido y con varias heridas en la cabeza causadas por los golpes que la dieron.

El mismo Chisquin que habia acudido á los primeros gritos de «mama Quita» fué recibido á golpes de verga, y como se negara á decir

donde estaba Cuello, uno de los mazorqueros sacó el cuchillo que asentó sobre la bota preparándose á degollarlo *si no cantaba*.

En aquel momento entró á la pulperia una mujer joven, con el cabello cortado y el vestido en desórden, que se precipitó sobre el cuerpo exánime de la gringa y rompió á llorar de una manera desconsoladora.

Era Margarita que habia escuchado los gritos y el alboroto y que acudió creyendo fuera aquel un combate con su Juan.

—Esta debe ser la moza de Cuello, gritó un mazorquero completamente ebrio, cruzando la cara de aquella desventurada con un espantoso golpe de verga, mientras festejaba la hazaña con una sonora careajada.

—Pues que diga donde está su gaicho, replicó otro, y la azotaina comenzó de una manera salvaje y repugnante, haciendo huir de la pulperia á los mismos federales que habian quedado á ver en que paraba aquello.

El mismo que tratara de degollar á Chisquin, distraido con este nuevo espectáculo, á penas marcó un ligero tajo en la garganta de la victima, acudió al nuevo grupo, enarbolando su baston de verga para tomar parte activa en el castigo pero apenas hubo dado el primer golpe retrocedió lleno de asombro gritando:

—La hija del sargento Oliden!—Es Margarita, compañeros, la novia del comandante aquella que Cuello llevó en ancas aquella noche que lo peliamos en la Salamanca de la esquina de las ánimas: al escuchar la revelacion del mazorquero la azotaina cesó como por encanto pero tarde ya, porque la joven se hallaba cubierta de sangre y privada de conocimiento.

—Canejo, y que hacemos ahora, preguntó el que mandaba á la gente—yo no me animo á llevar el parte al comandante de que hemos estropiado la moza que tanto codiciaba, porque es muy capaz de hacer una atrocidad con nosotros, y hasta mandarnos degollar como al Lagarto cuando castigó á aquella muchacha de la calle de la Federacion.

Peor será que lo sepa por otra boca, argumentó el que habia reconocido á Margarita—mejor es contarle lo que ha sucedido y se me hace que la sacaremos mejor.

La resolucion que debia tomarse fué causa de mil vacilaciones y argumentos diversos, hasta que al fin se adoptó el plan de Perico, que así llamaban al que habia reconocido á Margarita.

—Llevemos á la moza á la calle de Santa Clara, casa del sargento Oliden, donde la dejaremos, y en seguida nos vamos al cuartel y reclamamos al comandante lo que nos ha sucedido, sin comerlo ni beberlo.

Los bandidos cargaron con el cuerpo de Margarita, despues de haberla limpiado la sangre que le cubria el semblante que rociaron

abundantemente con caña, y salieron de la pulperia, dando el último golpe federal; un vergazo en el amazon que hizo desmoronar las pocas botellas que allí quedaban, por milagro de no sabemos que santo.

Cargaron á la jóven sobre las cabezadas del recado de uno de ellos y se dirijieron á casa del sargento Oliden, quien se hallaba, segun una vieja criada en el cuartel de *Restabladores*.

Los ciudadanos de la mazorca dejaron á la jóven en poder de aquella especie de vieja arpía, y tomaron el camino del cuartel mencionado, preparando el famoso parte que debian llevar á Cuitiño y á Oliden.

La noticia cayó como una bomba tanto para Cuitiño que no habia logrado olvidar el gentil semblante de Margarita, como para el sargento Oliden que apesar de todo amaba á su hija cuya pérdida le habia hecho nacer mil rencores, así es que apenas concluyó de hablar el que daba el parte, ambos se lanzaron á la calle como un relámpago, ávidos de contemplar el moreno y hermoso semblante de la jóven, á quien decian no volverian á ver.

Como los soldados habian tenido miedo de decir toda la verdad, Cuitiño y Oliden no se sospechaban que la Margarita que iban á ver tenia el rostro completamente lacerado por la mazorca.

El efecto que sobre aquellos dos hombres produjo el cuerpo aún exánime de Margarita fué igualmente profundo, pero distinto en los sentimientos opuestos que despertó.

Oliden se lanzó sobre la cama donde se hallaba Margarita, y se puso á llorar como un recién nacido, reconociéndose culpable de todo lo que á su hija sucedia.

Cuitiño soltó una blasfemia terriblemente federal y salió de casa de Oliden, sentenciando á muerte á los bárbaros que habian llevado á cabo semejante horror, tan luego en aquella prenda de su corazon.

Entre tanto los concurrentes de la pulperia habian vuelto á ella cuando la mazorca se hubo retirado.

Qué triste y conmovedor espectáculo presentaba aquel paraje, tan alegre ordinariamente!

Rodeado de un centenar de botellas rotas y enteras, estaba Chisquin en un ángulo de la pieza, queriendo contener por medio de la presión de la mano, la sangre que corria de su cuello mal parado, el cajon del dinero hacia competencia á las botellas rotas tiradas en el suelo y en el ángulo opuesto habia un grupo formado por dos mujeres que hubiera sido un modelo impagable para una escultura.

Este grupo lo formaba la madre de Juan Cuello, arrodillada ante el cuerpo inmóvil de la gringa Mariquita, á quien creyó muerta cuando llegó, viéndola rígida y cubierta de sangre.

Mientras unos trataban de estancar la sangre que seguia saliendo de la garganta de Chisquin, otros ayudaban á la madre de Cuello á socorrer á la gringa Mariquita, á quien con verdadera solicitud llevaron á la cama.

Despues de lavarla con caña todas las heridas, la anciana preguntó por Margarita, extrañando no verla allí, cuando de toda la casa se debian haber sentido el escándalo y los gritos de la pulperia.

—A Margarita se la ha llevado la mazorca, con gran cuidado y á las cabezadas de uno de ellos, que la estuvo refregando la cara con caña aguada.

—Despues de haberle sacudido peor que á la gringa, pues casi todos los golpes los recibió en la cara, agregó otro, lamentando el acontecimiento.

La anciana no pudo resistir al dolor que le causaba esta noticia y rompió á llorar con una desesperacion suprema—pensaba en los crueles tratamientos de que seria víctima la jóven y en la desesperacion de su Juan al saber aquel raptó.

Y el dolor era tan intenso que la anciana no pudo luchar con él, cayendo desvanecida sobre el cuerpo de la buena gringa que empezaba á volver en si, gracias á los cuidados que le prodigaba aquella buena gente.

El dia siguiente á estas atrocidades, la gringa Mariquita, aunque muy dolorida, estaba algo mejorada y podia dejar la cama.

En cambio la madre de Cuello estaba postrada por una intensa fiebre y el pobre Chisquin debilitado por la sangre perdida, no podia aun darse cuenta de lo sucedido: su estado era grave y delicadísimo.

Cuando la buena gringa Mariquita pude ir al cuarto de la anciana, no tuvo ni una sola palabra de queja, y solo se acordó de Margarita y de Cuello para lamentar su infortunio.

La pulperia se hallaba en completo estado de quiebra, pues no solo estaba desprovista de bebidas por el malon federal, sinó que no habia quien atendiera á su despacho, pues Mariquita que estaba algo mejorada de los golpes recibidos, apenas tenia tiempo para atender á la anciana y á Chisquin.

Estas fueron las terribles novedades con que se encontró Juan Cuello, cuando acompañado del leal Potrillo llegó á la pulperia donde habia dejado aquellos dos únicos seres que lo ligaban á la vida.

Su desesperacion fué pues inmensa cuando vió á su anciana madre postrada en cama y dominada por una intensa fiebre.

—Iré á buscar la gente, D. Juan, dijo el Potrillo y les pegaremos una sumanta de puñaladas que no van á servir ni para saladero—no hay que dejar á esta gente tomar muchas

alas añadió, porque se envalentonan y son capaces de coparle á uno hasta el pescuezo.

—No quiero, dijo Cuello—he de vengarme solo y de manera que se han de acordar de mí mientras viva, y al decir esto, el paisano no pudo contener las lágrimas que afluían á sus ojos, pues la desgracia de Margarita era mas terrible de lo que pensaban los demás.

La joven estaba en cinta desde hacia tres meses y los golpes recibidos no solo habian mutilado su cuerpo, sino que podrian traerle un parto precipitado que le costara la vida.

Esto es lo que mas desesperaba á Cuello.

—Madre, mi Margarita se va á morir, sollozaba el joven, escondiendo su semblante en el regazo de la madre, y yo no voy á poder sufrir tanta pena!

—Es preciso tener confianza en Dios, mi Juan, replicó la anciana—esa gente ha conocido á Margarita, y no pueden haberla estropeado de miedo del sargento Oliden y del mismo Cuitiño—ya verás hijo mio como Margarita está buena y sana pensando en nosotros.

—No ha de estar mucho tiempo lejos de nosotros, replicó Cuello, y su fisonomía tomó un aspecto siniestro—yo la he de ir á buscar y la he de arrebatar de nuevo aunque sea del mismo Cuartel de Restauradores.

—No hagas locuras por Dios, hijo mio, dijo la anciana oprimiendo la juvenil cabeza del joven contra su pecho, pues si te mataran yo no viviria un solo dia mas.

Cuello guardó silencio por no affijir mas á la pobre vieja; habia tomado la irrevocable resolucion de ir á arrancar á Margarita, aun de los brazos del mismo Cuitiño en quien pensaba vengar todas sus desgracias.

Cuando la anciana estuvo mejor y pudo dejar la cama, Cuello llamó al Potrillo que no se habia movido de la casa, y le dijo:

—Yo me voy á buscar á Margarita para llevarla á lo de Rita;—es preciso que quedes acá hasta mañana que yo llegaré de vuelta, por si vuelven aquí esos malditos á concluir con lo poco que ha quedado.

—Yo tambien tengo ganas de ir con usted don Juan, por si acaso le pasa algo, respondió el Potrillo—con esa gente hay que andar muy prevenido, porque son muchos.

—No importa, concluyó Cuello—tengo fé en mi trabuco y mi pingo y no es cuenta de dejar sola á mi madre, y la pobre gringa, es preciso que alguno quede aquí hasta mañana en que yo vuelva.

Tal confianza tenia el Potrillo en el valor de Cuello y en que volveria como lo habia prometido, que no insistió en acompañarlo, á pesar de que la cosa era peliaguda.

—Bueno, dijo, me quedo y el que venga aquí se queda porque le bajo las tripas—vaya tranquilo don Juan que no ha de suceder nada

porque el Potrillo se lo asegura, aquí nos vá á hallar como nos deja.

Cuello ensilló su parejero y salió á la calle despues de haberse despedido de la anciana, diciéndole que iba á dormir un poco, porque estaba rendido de cansancio.

Llovía á cántaros y la oscuridad de la noche era tan intensa, que no se podia ver un hombre á distancia de media vara.

Cuello se embozó en el poncho, se metió el trabuco al seno para que la carga no fuera á humedecerse, y protegido por la oscuridad de la noche, tomó rumbo al sud, dobló la calle de Santa Clara y se dirigió á la casa del sargento Oliden.

Alli suponía que encontraria á Margarita y una cantidad de mazorqueros en quienes poder vengarse de una manera tremenda. Tal vez el mismo Cuitiño estaria allí, y su jornada seria entónces completa.

El aguacero era cada vez mas copioso, lo que alegraba al paisano pues con aquella noche, las partidas de serenos habrian ganado las pulperías y no habria quien protejera la casa de Oliden.

El ruido del agua apagara todo rumor de lucha y no haciendo uso del trabuco tenia la certeza que nadie se apercibiera de lo que en aquella casa iba á pasar.

Calado hasta los huesos y cubriendo con la mano el oido del trabuco para proteger su carga del agua, el joven llegó á la casa de Oliden que estaba sumida en el mayor silencio.

El ruido del agua impedia oír lo que pasaba en el interior de la casa, cuya puerta de calle se hallaba entornada, habiendo sin duda el viento apagado la vela del farol que alumbraba el zaguan aquellas noches felices en que Cuello se detenía delante de las ventanas, á arrullar con sus amores el corazon de Margarita.

Cuello desmontó delante de la puerta, puso el anca de su caballo contra el agua para que estuviera cómodo y tapando el recado con el poncho que se quitó para mayor comodidad, entró al zaguan.

No se sentía el mas leve rumor dentro de la casa—las habitaciones estaban cerradas y solo por las junturas de los postigos de la sala se veía una fuerte claridad.

Cuello empinó la rodaja de las espuelas para producir el menor ruido que le fuera posible y se acercó á la puerta de la sala, á cuya juntura aplicó el oido, deseando escuchar lo que allí pasaba.

O el ruido del agua que caía á torrentes apagaba todo otro rumor, ó en la sala no habia alma viviente.

Cuello, con el corazon palpitante de emocion, levantó el picaporte y armando su trabuco, entró de golpe á la habitacion.

UNA TRAJEDIA DE AMOR

Apenas dió el primer paso en el interior de aquella pieza, el jóven se detuvo y vaciló teniendo que agarrarse de la hoja de la puerta para no caer.

Toda la sangre se agolpó á los senos del corazon, quedando pálido como un cadáver.

¿Qué habia visto Cuello que así se detenía, dejando ver en su semblante una espresion de espanto? Por qué se negaba á avanzar y detenía la pupila dilatada en el centro de la pieza?

El espectáculo que vió Cuello era lúgubre é imponente.

Sobre la mesa del centro habia un atahud rodeado de ocho grandes velas, y á un lado, sentada en una silla y con el semblante entre las manos estaba la vieja sirviente de Oliden, dormida ó dominada por el dolor de aquella situacion desesperante.

De quién era aquel cadáver cuya cabeza se hallaba cubierta por un espeso velo blanco? Seria de Margarita, de la tierna Margarita á quien Cuello dejara llena de vida en la pulperia de Mariquita la gringa?

Cuello no se atrevia á averiguar la verdad de aquel atahud, convencido de que aquel cadáver no podia pertenecer á otra persona que á su amante, pero comprendía que aquella situacion no podia prolongarse.

La sangre se habia agolpado á la cabeza y sus arterias latian de una manera poderosa—parecian querer estallar—Cuello se decidió por fin y avanzó hasta aquella mesa con el paso vacilante como el de un ébrio, y con una mano temblorosa descubrió la cabeza que ocultaban los pliegues de aquel velo, devorando aquel semblante con una mirada febril.

Por prevenido que estuviera Cuello á la terrible revelacion que allí iba á hallar, por firme y varonil que fuese su corazon, la vista de aquel cadáver quebró toda su energia y alzando la vista al techo, pronunció una maldicion tan tremenda, que la vieja sorprendida alzó el semblante extrañada de hallar allí aquella persona de tan extraño trage y llevando un trabuco en la mano.

¿Quién es usted y á qué viene aquí á turbar el sueño de la muerte? preguntó la vieja abandonando la silla y retrocediendo hácia la habitacion vecina; pero Cuello no estaba en momentos de escuchar nada que no fuera su dolor, el terrible dolor que le causara la vista del cadáver de Margarita á quien él habia venido á buscar creyéndola arrancar de los brazos de Cuitiño.

Habia doblado la cabeza lentamente sobre el rostro del cadáver, prorrumpiendo en un quejido lúgubre, seguido de un llanto entrecortado, conmovedor, desesperante—Debia de ser un dolor intenso y poderoso el que conmovia hasta aquel extremo á un hombre de tanta energia y tanto valor.

—Margarita! mi Margarita! murmuró el jóven con voz apagada, levantando la cabeza y mirando de nuevo aquel semblante hermoso cuya belleza no habian podido destruir ni la muerte, ni los cárdenos moretones que en él habian impreso las vergas de la mazorca, de aquella terrible mazorca cuyas víctimas son incalculables.

Así permaneció largo tiempo, embobado en la contemplacion de aquel rostro lacerado: por fin quitó de allí la vista que paseó por la habitacion, deteniéndola sobre la vieja que estaba sobrecojida de espanto en el dintel de la puerta.

Cuello se dirijió rápidamente hasta donde estaba la vieja, y tomándola de un brazo, la sacudió con suma violencia, al mismo tiempo que le preguntaba—¿quién ha muerto á Margarita?

Aquella mujer no respondia nada, dominada por el terror que le causaba la amenazadora mirada del jóven paisano, y el brillo amarillento del trabuco que conservaba en la mano.

—¿Quién ha muerto á Margarita? bruja endiablada—volvió á interrogar Juan Cuello, sacudiendo el brazo de la vieja con mayor violencia.

El dolor desató por completo la lengua que habia anudado el miedo, y despues de un quejido plañidero, respondió haciendo un *puchero* descomunal que dejó ver sus colmillos agudos y amarillentos:

—Nadie la ha muerto, nadie la ha muerto! ella sola se ha muerto esta mañana despues de salir de cuidado.—No me mate señor!

Cuello quedó petrificado de espanto—¿qué parto era aquel de que hablaba aquella vieja de fisonomia cortante, que bien podia calificarse de filosa? y si habia existido un parto ¿dónde estaba la criatura?

El jóven oprimió el brazo de aquella mujer con tal fuerza, que la hizo lanzar un verdadero alarido, obteniendo por este sistema, la siguiente narracion de lo que habia pasado:

Cuando Oliden y Cuitiño llegaron á la casa, Margarita estaba en cama dominada por una fiebre intensa y un fuerte delirio. durante el

cual llamaba á Cuello, á su Juan, pidiéndole que escapara porque lo iban á matar.

Al ver á la jóven en este estado, Oliden se habia conmovido y trataba de hacerla volver en sí, prodigándola mil ternezas y palabras cariñosas, mientras se iba en busca de un médico.

Así estuvo aquel hombre aparentando la desesperacion mas verdadera, hasta que vino el médico doctor Cordero, exelente persona, merced á cuyos sábios cuidados la jóven empezó á emanciparse del delirio que la dominara.

Así que Oliden vió á su hija, algo mejorada, siguió consolándola y haciéndole algunos cariñosos reproches, sobre su huida del hogar, abandonándolo completamente.

—Donde está Juan? preguntó debilmente Margarita—donde está mi Juan? añadió como si no hubiera oido las palabras de su padre—yo quiero saber si ha muerto para morir en seguida.

—Ese bandido no ha muerto, contestó Oliden, desgraciadamente, pero espero en Dios que no ha de pasar mucho tiempo sin que tenga el gusto de verlo fusilar.

—Mi Juan no es un bandido, señor, replicó la jóven incorporándose penosamente sobre el lecho, mi Juan es un hombre á quien persiguen con toda injusticia, y cuyo único delito es no querer dejarse matar.

—Cuello es un miserable bandido, respondió con dureza Oliden, y el dia que me caiga á la mano creo que no voy á dar tiempo á que lo fusilen.

—El dia que muera Cuello moriré yo, dijo la jóven, y el que lo mate me matará, y siempre será un bandido no el Juan de mi alma sino el que lo mate, porque no habrá tenido razon alguna.

El sargento Oliden iba á contestar con enojo, sin duda, pero el doctor Cordero le impuso silencio, diciéndole que el estado de la jóven era de suma gravedad, pues los golpes que habia recibido podian traerle alguna consecuencia lamentable, haciéndole saber en voz baja que Margarita estaba en cinta y que no seria extraño que los malos tratos de aquella noche y el viaje sobre un caballo, en posicion violenta, produjeran un parto prematuro de fatales consecuencias.

Lo que Oliden supo que su hija alimentaba en sus entrañas un hijo de Cuello, dió rienda suelta á sus iras, asegurando que preferia ver á su hija muerta, antes que madre de semejante hijo.

Fué necesaria toda la energia del doctor Cordero, para hacer cesar á aquel hombre en las brutales manifestaciones de su cólera desmedida demostrándole que al fin era padre de aquella jóven desventurada.

Margarita, vencida por la fatiga y por los sufrimientos morales y materiales, se quedó pro-

fundamente dormida, retirándose el doctor Cordero, despues de dejar un régimen.

La jóven pasó algunas horas tranquila, mientras Oliden se paseaba en la sala, sumamente agitado:—la noticia del estado de Margarita lo habia irritado de una manera feroz—volteaba los muebles que hallaba al paso y murmuraba palabras de amenaza y acompañaba de gesticulaciones horribles y juramentos brutales.

A eso de las tres de la mañana, Margarita despertó quejándose de una manera desesperada—Oliden y la vieja sirviente, únicos habitantes de la casa corrieron presurosos á su aposento, y la hallaron presa de horribles convulsiones.

La desventurada jóven lanzaba desesperados ayes y se quejaba de violentísimos dolores, que cedía no poder ya resistir.

Oliden olvidó por completo sus iras y planes de venganza, aterrado ante aquellos dolores fuertísimos que coincidían con los pronósticos hechos pocos momentos antes por el doctor Cordero, á quien envió á llamar.

Media hora mas tarde acudia el buen médico que tanto recuerdo grato ha dejado en las familias de los unitarios á quienes prestó inestimables servicios como médico de Policia.

En cuanto el doctor Cordero vió á la enferma, arrugó la frente y su fisonomia tomó un aspecto de profunda tristeza, pudiéndose leer en su inteligente mirada un triste vaticinio.

La jóven seguia quejándose de una manera conmovedora—los dolores que experimentaba debian ser agudísimos é intensos.

Cordero la reconoció prolijamente, confeccionó una receta que mandó buscar con la vieja y acercándose al oido de Oliden murmuró:—Esto puede ser fatal, amigo mio; es preciso estar preparado á todo.

—Me muero padre mio! me muero! gritó aquella desgraciada jóven llorando amargamente—Juan, Juan de mi alma!—no quiero morir sin volverlo á ver—y su llanto era desgarrador.

Oliden y el doctor Cordero estaban parados delante de la cama, el primero lloraba silenciosamente, besando de cuando en cuando el semblante de la jóven, que moria realmente en medio de crueles sufrimientos: el segundo reflexionaba profundamente, como si quisiera arrancar á su inteligencia un medio de conjurar aquella desgracia que veia llegar por momentos.

A las cinco de la mañana se produjo el parto, laboriosísimo y en medio de horribles sufrimientos—dando por resultado un niño hermosísimo, pero fuera de tiempo y asfixiado.

Los inteligentes cuidados de aquel hombre de ciencia fueron inútiles. Al parto sobrevi-

no una abundante hemorragia que no se pudo contener con los medicamentos mas enérgicos, y á las ocho de la mañana la desventurada Margarita dejaba de existir llamando á su Juan y pidiendo al sargento Oliden que no intentara vengarse de su amante porque era un hombre que la queria con idolatria y á quien se perseguia sin razon.

Vencido por el dolor que le produjo esta rápida muerte, Oliden abrazó el cuerpo ríjido de su hija á quien llamaba á grandes voces y en medio de un llanto inconsolable.

El Dr. Cordero retiró suavemente á aquel hombre del lado de la cama, tratando de mitigar su justa pena con palabras llenas de bondad y de juicio. Pero ¡quién consolaba á un padre delante del cadáver de su único hijo, de ese hijo que absorbe todo nuestro cariño y á quien se vé desaparecer de una manera tan trágica y tan desesperada!

Oliden juraba y maldecia de todo el mundo. Tan pronto amenazaba á Cuello, causa de aquel accidente, como á Cuitiño y á la misma mazorca, cuyos golpes eran la causa verdadera de aquella muerte.

—Paciencia, paciencia, amigo, decia el Dr. Cordero, la vida no es eterna y hay que conformarse con la voluntad de Dios ó la fatalidad del destino.

—No hay paciencia! no hay paciencia! replicaba Oliden, ni hay corazon para poder resistir tanta calamidad! Ya para mí no hay consuelo sinó cuando mate á Cuello, á Cuitiño, á la mazorca y á todo el mundo.

Y aquel hombre se dejaba dominar por el dolor que experimentaba, sin pensar cuantas veces habia sido él mismo la causa de iguales ó peores desgracias de la que experimentaba en aquel momento.

Oliden olvidaba que él mismo era un feroz miembro de la mazorca á quien maldecia y amenazaba con su venganza, cuando en vez de verdugo se hallaba con que era una víctima.

El Dr. Cordero se retiró de la casa, pues ya no tenia allí absolutamente que hacer, y prodigando sus últimas palabras de consuelo y de conformidad.

Oliden permaneció hasta la tarde contemplando el cadáver de Margarita y entregado á la pena mas íntima—Cuando empezó á oscurecer salió á la calle á encargar lo necesario para el entierro, volviendo poco despues acompañado de los que traian el cajon, último asilo de nuestras miserias y los ocho hachones que debian iluminar el féretro.

Una vez colocado allí el cadáver de Margarita y encendidos los hachones, Oliden salió en direccion del Cuartel de Restauradores, donde iba sin duda á llevar la fúnebre noticia y traer gente para el tradicional velorio.

Empezaba á llover entonces uro de esos

aguaceros copiosos, precedido de viento, que se convierten en temporal de varios dias.

Esta fué la relacion que la vieja aquella hizo á Cuello, quien la escuchaba sombrío y amenazador, con los dientes oprimidos y las pupilas dilatadas é inmóviles como las de un demente.

—Que vengan, dijo, dirigiéndose de nuevo al atahud, que vengan, pero no será esta el único muerto que saldrá mañana de aquí—mi trabuco va á ser la mejor vela de este entierro y la mejor prenda del velorio.

En seguida descubrió de nuevo el rostro del cadáver, se sacó el sombrero con mano temblorosa, é imprimió sobre la helada boca un beso sonoro y prolongado, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas redaban por sus pómulos é iban á perderse entre su naciente barba.

El aguacero era cada vez mas récio y copioso, lo que impedia oir las pisadas de cualquiera que viniese á la casa.

Cuello se arrodilló delante de la mesa y murmuró una corta oracion.

Terminada esta se levantaba para fijar de nuevo la vista sobre el cadáver, cuando se sintieron en el patio ruido de espuelas y por la puerta que Cuello dejara abierta entraron seis ó siete hombres, uno de los cuales, el sargento Oliden, sin apercebir á Cuello, se dirigió á la vieja preguntándole quien habia venido, y de quien era aquel caballo cubierto con un poncho pampa que estaba delante de la puerta de calle.

Antes que la vieja pudiese responder una palabra, y mientras los recién venidos se quitaban los ponchos completamente empapados, Cuello se alzó como una sombra de atrás del atahud, avanzó hácia Oliden y le dijo:

—Ese caballo es mio, aparcero, es el caballo de Juan Cuello que viene tambien al velorio de su amante asesinada por ustedes—es el pico blanco que tantas ganas le tienen todos—qué mas quiere usted saber?

Era tal el aspecto de Cuello, tan solemne el sonido de su voz, tan imponente su ademán altivo y soberbio, que el sargento Oliden quedó inmóvil delante de la vieja sin saber el partido que debia tomar.

Al oir pronunciar su nombre que tan temido se habia hecho, los otros mazorqueros que habian entrado con Oliden no se atrevieron á hacer el menor movimiento:—les habian ganado el tiron de una manera inesperada, y el trabuco que amartillado brillaba de una manera siniestra en la mano del jóven y cuyos efectos conocian practicamente ó por referencias, les habia dominado haciéndoles sentir invencible miedo.

—Margarita ha muerto asesinada por ustedes, prosiguió Cuello dirigiéndose siempre á

Oliden y yo vengo aquí á tomar cuenta de este asoninato y á despedirme de ella. Si no lo mato á usted, prosiguió, que es el que tiene la culpa de todo, es porque le prometí á ella que nunca le haria daño—puede agradecer á esto que no le he hecho volar de un tiro en cuanto ha entrado.

Y al hablar así la voz de Cuello temblaba de cólera y de emoci3n, dominando con la mirada á aquellos hombres, que no se atrevian á hacer un solo movimiento, temiendo provocar la accion de Cuello.

Oliden fué el primero en dominarse—grande era el ódio que sentia por el jóven y era tan vehemente el deseo de concluir con él que abalanzándose á un sable que habia sobre un sofá le dijo mientras caminaba á él:

—El único autor de todo esto, eres tú, bandido, pero ya te ha llegado tu hora y no te vas á gozar mucho en mi desgracia—levantó el sable y quiso dar al jóven un golpe de hacha—pero esto, sin la menor alteracion en su semblante, sin perder su actitud tranquila y soberbia, le tomó la mano del sable y lo desarmó con una rapidez y una seguridad asombrosas, dándole un empellon en el pecho que lo hizo caer de espaldas.

Al principio los otros hombres se movieron para agredir á Cuello por la espalda, pero cuando vieron lo que sucedia á Oliden volvieron á quedar sin accion como clavados en el suelo.

Cuello se acercó al atahud y dió con un último beso su postrera despedida á Margarita, accion que irritó de nuevo á Oliden, quien se incorporó gritando: á él! mátenlo al bandido! pero nadie le obedeció.

Siempre altivo y dominando la exena con su ademan severo, Cuello se dirigió pausadamente hácia la puerta de salida, sin que ninguno de ellos tratara de atajarle el paso.

Oliden se avanzó hácia el jóven como si quisiera cerrarle la salida, pero Cuello dió vuelta el semblante con tal gesto de amenaza, que aquel hombre se detuvo á la mitad del camino y bajó la cabeza, dominado como los otros.

—Me voy como he venido, dijo Cuello deteniéndose en la puerta podia secarlos á todos de un trabucazo, pero no quiero derramar sangre donde está el cadáver de Margarita:—ya nos veremos las caras en otra parte.

Y franqueó la puerta de la sala, pasó al zaguán y salió á la calle, donde estaba el pico blanco protejiéndose del aguacero contra los caballos de la mazorca.

Cuello saltó sobre su *flete*, miró en todas direcciones y no viendo una sola persona, tomó á lo largo la calle de Santa Clara hácia el Oeste, en direcci3n á la pulperia de la gringa Mariquita.

Allí estaba el Potrillo, acompañado de los

amigos de la casa, comentando la ausencia de Cuello y suponiendo lo que este iria á hacer para traerse su amante consigo.

El frio intenso de la lluvia y el viento habian calmado algo su excitacion nerviosa: llevaba la cabeza caída sobre el pecho y pensaba en Margarita muerta de desesperacion y de dolor, cuando menos lo esperaba.

En el semblanto del jóven se veia pintada toda la pena que debia sufrir en aquellos momentos. Sus ojos cargados de lágrimas estaban rojos y marchitos, y su semblante demarcado como si hubiera salido de una penosa enfermedad.

Cuello llegó á la pulperia, porque allí lo llevó el caballo, sin darse cuenta de lo que hacia; echó pié á tierra como un autómeta y se dirijió por el zaguan al despacho de bebidas, cuya puerta á la calle estaba cerrada.

Allí el Potrillo le informó de las escasas novedades habidas durante su ausencia. La anciana iba muy mejor, la gringa Mariquita se restablecia por momentos, gracias á su robusta naturaleza, y Chisquin, el pobre Chisquin, habia comenzado á dar señales de vida propia, haciendo esperar que dentro de poco podria abandonar el lecho y entregarse á las faenas del desmantelado negocio desde aquella noche fatal.

Suma estrañeza causó en el Potrillo y demas tertulianos, ver llegar á Cuello solo y entregado por completo al dolor mas tocante.

Todos ellos conocian su carácter violento y firme, sabian que era valiente como pocos, y no habian dudado un momento que volveria acompañado de Margarita, despues de haber metido un *trote* á la mazorca.

Nadie se atrevió á hacerle la menor pregunta: temian renovar con una palabra el dolor que se veia rebosar en su semblante, y prefirieron dejarlo hablar.

—Vengo solo, dijo Cuello, dejando caer pesadamente una mano sobre el hombro del Potrillo—vengo solo porque la muerte me ha ganado el tiron y se la ha llevado—solo la muerte podia haberme impedido traer conmigo á Margarita, y rompí á llorar silenciosamente, pero con un llanto lastimero que demostraba todo el cariño que aquel jóven sentia por Margarita, muerta de aquella trágica manera.

Tanto el Potrillo como otros amigos, quisieron consolarlo en su pena, pero Cuello rechazó sus palabras amistosas diciendo mansamente:

—Es inútil lo que me digan, es preciso que llore porque quiero desahogarme de esta desgracia *guacha* que se ha prendido á mi corazón como una garrapata—mañana seré ya otro hombre, y juro que lo que yo voy á hacer, no lo ha hecho ni lo hará nadie.

Y el jóven salió de la pulperia, dirijiéndose al interior de la casa, en busca de su anciana

madre que estaría cuidadosa por su tardanza, si llegaba á sospechar que habia salido á provocar la justicia.

A la vista de la anciana. Cuello sintió renovarse todo el dolor que habia experimentado momentos antes, no fué dueño de sí, y se acercó á la cama, buscando el consuelo mas eficaz: el regazo de la madre—único lenitivo á todas las penas, único consuelo para el espíritu entristecido, que hacen del cariño materno la única verdad que encuentra el hombre sobre la tierra, tan sembrada de sinsabores y desengaños.

—Qué tienes hijo mio? qué te pasa? habla por Dios, dijo precipitadamente aquella muger, que veia por primera vez de su vida desmayar aquella voluntad de bronce.

—Tengo, madre, murmuró Cuello entre conmovedores sollozos, tengo que Margarita ha muerto porque los golpes que habia recibido le apresuraron el parto y la pobre no ha podido resistir tanto dolor—y Cuello narró á la anciana, con la hermosa sencillez de su lenguaje todo lo que habia visto y hecho en casa del sargento Oliden, donde los asesinos de Margarita quedaban velando su cadáver.

La pobre anciana empezó á llorar, aunque trataba de dominar su propio dolor para no aumentar el de Cuello, que debia ser profundísimo cuando hacia verter lágrimas á un hombre de su temple moral.

Así permanecieron todo el resto de la noche, uno en brazos del otro, recordando á Margarita unas veces, y llorando su inesperada muerte otros.

La lluvia habia cesado por completo y la madrugada se presentaba fria, aunque el cielo estaba despejado dejando ver los primeros resplandores del sol.

Cuello se separó de la anciana y salió al patio donde tendió á secar las piezas de su apero y de su traje, yendo en seguida á descansar al cuarto que se le habia destinado, pues su físico estaba muy resentido por la mojadura y las impresiones morales.

Pocos momentos despues dormia de una manera profunda y reparadora—las emociones de la noche y del dia anterior eran como para haber abatido al hombre mas probado en la desgracia y la desventura.

Serian las cuatro de la tarde cuando Cuello fué recordado por el Potrillo, que le iba á dar una noticia de suma importancia.

Segun habia sonsacado por medio de un par de copas á un sereno, se trataba de dar una batida en órden por los montes de la quinta de Blanco donde se aseguraba estaba Juan Cuello y su gavilla y no era prudente perder tiempo.

Es preciso ir allá inmediatamente, dijo Cuello y decir á esa gente que se desparrame por-

que yo no puedo moverme ahora de la ciudad—puede sucederles una desgracia y seria una lástima.

Hay que decirles que se desparramen y se oculten sin perder tiempo, agregó, yo estaré en mi escondite de la quinta de Montoro, á donde tengo que ir ahora mismo, y allí pueden comunicarme cualquier cosa.

—A mí se me hace bueno el partido, replicó traviosamente el Potrillo—somos muchos y así no mas no nos han de correr—¿no quiere que hagamos una gauchada?

No hay ni que pensarlo, concluyó Cuello—hay que dar aviso á la gente antes que sea sorprendida y se pongan con ella *las de bailar*—Por el aire, Potrillo, que se dispersen que algun dia nos hemos de volver á ver.

—Bueno, pues, hasta pronto, dijo el Potrillo y salió rápidamente del cuarto, montó á caballo y tomó al galope largo por el camino de la Chacarita.

Pero el travieso gaucha estaba muy distante de hacer lo que Cuello le recomendará:—como él lo habia dicho el partido se le hacia bueno, y queria acreditarse con una hombrada que le diera nombre.

Consultaria al resto de la gente, habituada á este género de aventuras, y si los *muchachos* lo apoyaban, pelearia con el mismo diablo, pudiendo llevar á Cuello al otro dia la noticia de su hombrada.

En esta disposicion de espíritu salió el Potrillo dejando á Cuello que se puso las pilchas que habia ya secado el sol y se encaminó al cuarto de su vieja, á imponerse del estado de su salud y despedirse de ella.

La buena anciana habia dormido tambien algo, pero con un sueño agitado y molesto—la pobre vieja no podia olvidar á Margarita cuya muerte la impresionara fuertemente.—La mejoría que experimentaba era leve.

—Yo me voy madre, por uno ó dos dias, dijo Cuello; tengo algunas cosas que hacer y por ahora ningun peligro amenaza á ustedes: como Margarita ha muerto á mi me creen hecho perdiz y segun me han dicho van á salir fuerzas para Flores, porque creen que yo estoy allí reunido con los compañeros.

—No te vayas hijo mio, suplicó la anciana que desde la muerte de Margarita se habia vuelto cobarde y recelosa—no te vayas que te puede suceder algo y quedar entonces yo completamente desamparada.

La anciana no temia su desamparo como decia, sino que fueran á matar á Cuello, pero usaba de esta treta, interesando el cariñoso espíritu del hijo.

No temas, madre, dijo este—yo solo voy al cerco de la quinta de Montoro donde estoy mas seguro que en cualquier otra parte, á cambiar caballo, pues quiero traer el tordillo y dejar

al pobre pise blanco para que descause un poco, pues las fatigas de estos últimos días han sido rudas.

Cuello salió de la fonda dejando á la anciana, como vulgarmente se dice, «con el corazón en la boca» y tomó el camino de su famoso

escondite, donde hasta entónces no se había atrevido á penetrar la policia ni la mazorca.

Allí pensaba estacionarse por un par de días y ver si podia dar algun golpe de mano que le proporcionara una venganza sangrienta de los verdugos de Margarita.

LO QUE ES UN GAUCHO VALIENTE

Cuello se estableció en su cerco de moras, no sin grandes iras de la familia de Lafuente, que se preparó á ser la víctima mientras aquel hombre segun unos y aquel fantasma segun otros, permaneciera allí.

Pero cosa estraña, Cuello aquella vez no se metió con ninguno de los que habitaban la quinta de Lafuente ó los alrededores: pasaba el dia sin dejarse ver de nadie y á la noche se le sentia salir, á explorar, sin duda, las cercanias.

En estas salidas Cuello exploraba prolijamente la parroquia de Balvanera, que era la mas frecuentada por partidas de serenos y de policia, y daba tambien su vuelta por lo de la gringa Mariquita, temeroso de que sucediera algo.

Muy de madrugada regresaba á su escondite, de donde no volvía á salir hasta la noche, para emprender el mismo trabajo de la anterior, hasta dar con una partida fuerte á quien meter un susto en toda regla.

La tercer noche que Cuello salía á acechar partidas, tomó el rumbo de la esquina de las ánimas, que era en lo que es hoy esquina de las calles de Belgrano y Entre-Rios.

—Frente á aquella famosa esquina, tan temida en aquellos tiempos, y un poco al centro de la cuadra, tenia lugar un gran velorio y baile, cuyo rumor se sentia desde muy lejos, pues la música era en regla y las parejas numerosas.

Juan Cuello sintió desde lejos el rumor de las guitarras, cuyo sonido le hizo olvidar por un momento todas sus penas, y obedeciendo á una traviesa ráfaga de alegría, dirigió su tordillo en direccion al baile.

Era esta una alegre reunion de paisanos de la que formaba parte un tal Manuel Somoza, actual capataz del señor Reissig en las Lomas y personas de grandes mentas en aquellos tiempos de zafarrancho y jaleo federal.

Muchas muchachas de varios pelajes habian concurrido y estaban entregadas por completo á la alegría del baile y al infaltable licor de rosa, complemento de este género de diversiones que se van ya perdiendo entre nosotros.

Cuello se apcó á la puerta del velorio; dejó su caballo en la misma esquina de las ánimas, seguro de que allí nadie lo tocara y entró á la casa como cualquier invitado, á olvidar sus penas en medio de aquel bullicio.

Los que estaban en la sala vieron llegar á un paisano jóven de buena traza, y no pararon en él la atencion, siendo comun en las fiestas de nuestro pueblo paisano, no privar la entrada á nadie menos á un paisano.

Cuello se paró en el dintel de la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y se puso á contemplar el baile con verdadera fruicion—se bailaba una *huella* y el jóven se encontraba en su completo elemento.

En aquel instante no existia para él mas que el rasguído de la guitarra y las parejas que bailaban aquella cadenciosa huella.—Todo habia desaparecido de su pensamiento—hasta, el recuerdo de Margarita que no lo abandonaba.

Notando que uno de los guitarreros estaba medio cansado, Cuello pidió un *barato* que no le negaron, y tomando la guitarra se puso á rasguear la huella que en seguida punteó con un gusto esquisito.

En cuanto Cuello tomó la guitarra, todos los concurrentes estrañaron aquel sonido tan lleno y poderoso y buscaron con la vista al que tocaba de aquella manera especial.

Todos vieron la simpática persona de Cuello y se le aproximaron sin conocerlo y tratando de averiguar quien era—pero el paisano estaba tan entusiasmado en el punteo de su huella, que no echó de ver la curiosidad que entre aquella buena gente habia despertado el sonido de su guitarra.

Cuando Cuello levantó la cabeza, apercibiéndose que nadie bailaba, encontró la curiosa mirada de cincuenta ojos que se puede decir le devoraban, los hombres con envidia; las mujeres con marcadísimas muestras de interés.

La huella habia entusiasmado á Juan Cuello de tal manera, que sobre el *picho* de esta se le *aguchó* á uno de aquellos tristes, mezcla de una delicada ternura y un movimiento estudiantil.

Cuello remató su triste con una décima pi careasca que hizo reir mucho á las muchachas que comenzaban á gustar de aquel desconocido, mas de lo que convenia á sus respectivos novios ó amantes allí presentes.

Una de ellas, sobre todo, de ojos pensativos y dulcísimos, que habia escuchado al paisano con suma complacencia, arrancó de sus cabellos un jazmín del Cabo que puso en manos del afortunado cantor.

Juan Cuello devolvió la guitarra á su dueño y se acercó á aquella mujer hermosa de quien recibiera aquel obsequio que provocó un gesto de enojo y de fastidio en un jóven, mitad paisano mitad *pueblero* que la daba el brazo.

Cuello no paró la atencion en el jóven, y despues de conversar con ella un momento, la invitó para un *gato con relacion*, que fué aceptado sobre tablas con muestras de la mayor complacencia.

En aquel momento no existia para Cuello mas que la hermosa compañera y el rasguído del gato:—el recuerdo de Margarita, de la mazorca, de su venganza y de su buena madre, habian desaparecido por completo de su espíritu.

Estaba entregado enteramente al baile que habia despertado su espíritu travieso de tronera, interesado en una nueva conquista y los acordes melancólicos de la guitarra.

Los guitarreros empezaron á puntear el gato y á la primer copla, Cuello y su pareja salieron al centro de la sala, empezando á bailar de una manera alegre y entusiasta, que provocó en los demás el deseo de acompañarlos.

La primer relacion de la *moza*, fué animosa y sencilla, verso tierno cuyo perfume fué á despertar el alma adormecida de Cuello, que respondió con una relacion elegida entre su largo repertorio—y los gritos de—ah! hijo del pais! ah! criollo! ah! mozo lindo! sonaron entusiastas saludando aquella primera relacion, que habia sido, segun decian: como «mandada hacer para el caso.»

Vinó el segundo zapateo que Cuello cepilló con una limpieza y una galanura que concluyó de entusiasmar á la reunion, y ambos bailarines lanzaron su segunda relacion, mas directa y mas amorosa que la primera.

El entusiasmo de la asamblea rayó en verdadero delirio, y todos saludaron á Cuello con un palmoteo y griteria que probaba el efecto maravilloso producido por aquella segunda relacion, tan llena de malicia.

Cuando Cuello se sentó, despues de haber sentado á su compañera, todos se aproximaban á felicitarlo, menos aquel mocito que daba el brazo á Teresa cuando Cuello la invitó.

Este reparó en aquella finjida indiferencia, pero no dijo una palabra—encontraba muy

justo que el *mocito* se resintiera con la soplada de dama y no se preocupaba por ello un camino—le era por completo indiferente.

Tantas fueron entonces las instancias por conocer el nombre del misterioso bailarín, que este resolvió no hacerse rogar por mas tiempo, y se nombró, paseando por la pieza una mirada insolente.

El efecto del nombre de Juan Cuello fué mágico y los hombres se miraron entre asustados, y sorprendidos, y el interés que por aquel hombre habia sentido Teresa se tornó súbitamente en amor—tal era el prestigio que tenia entre las mujeres.

El compañero de Teresa miró á Cuello de arriba abajo y con la voz temblorosa por la ira, preguntó:

—Y ustedes ese famoso Juan Cuello que anda asustando mujeres y corriendo partidas de policia? O esas partidas de policia deben ser muy enteramente maulas ó usted no puede ser ese tal Juan Cuello, porque ni tiene usted facha de poder hacer lo que dicen que hace Juan Cuello, ni somos nosotros partidas de serenos para que usted nos venga á *hacer banco* solamente con la parada.

—Yo no ofendo á nadie amigo con lo que he hecho ó he dicho, así es que usted no tiene razon en venirme á armar una camorra tan fuera del tiesto. He venido á divertirme porque los dueños de casa me han dado licencia y nada mas.

—Así son todos los guapos, respondió desdenosamente el desconocido: pura boca cuando aflojan, pero endureciendo ya no hay hombre. Miren que hombre guapo este.

—Amigo, replicó Cuello, cada vez mas sereno y dueño de sí: yo tolero hasta donde me alcanza la sogá, pero cuando esta se acaba suelo tener la mano medio pesada y muy sin pereza; conqué, vea lo que hace.

—Quién ha de mirar lo que dice es usted, su mojiganga, y lo que hace tambien, porque si sale afuera yo le voy á enseñar á meterse adonde no lo llaman, ya le he dicho que no soy partida.

—Usted está en pepe amigo, dijo Cuello levantándose, y le aconsejo que se vaya á dormir la mona y deje aquí á doña Teresa, por que se me hace que es el gato que hemos bailado lo que tantas cosquillas le ha hecho.

—Salga afuera si es que es hombre, para tener el gusto de embainar mi cuchillo en sus tripas, concluyó aquel hombre fuera de sí, levantándose y aproximándose á la puerta en ademán de salir afuera con el cuchillo en la mano.

—Vaya amigo, le haré el gusto, concluyó Cuello saliendo detrás de aquel hombre, pero le voy á hacer una advertencia—si usted, como ha dicho no hace de mis tripas una vaina

para su facon, yo le voy á rebanar la geta como si fuera durazno, para que otra vez no sea lengua y no conversé bolazos ni se meta á copar bancas que nadie le brinda.

Así salieron del baile aquellos dos hombres, dispuestos á sacarse las tripas y seguidos de los concurrentes que aconsejaban al desconocido no se metiera con Cuello porque aquel hombre era terrible y no habia que contar con vencerlo.

Al franquear la puerta de calle, Teresa se acercó al paisano y con un acento de profunda ternura que acusaban las lágrimas que asomaban á sus ojos, le dijo:

—No salga Cuello, por favor, si á usted le sucede por mí una desgracia no voy á perdonármelo nunca—ese hombre es muy traicionero, Cuello, no salga usted, por Dios, se lo pido por mi cariño.

Cuello miró cariñosamente á Teresa le echó atrás el pelo que le caía sobre la frente, y le dijo—no tenga usted cuidado, prenda—el tiempo de darle un tajo en la geta y vuelvo.

—Eso será el día del juicio, su asesino, gritó el desconocido atropellando á Cuello en el zaguan y tirándole una puñalada al vientre, que el paisano evitó con una destreza asombrosa, y saltó al medio de la calle.

—Ah! madrugá cochino, exclamó sin perder su serenidad y aire travieso—no te van á valer esas tretas puercas—y echó un pié adelante preparándose á la lucha.

—Con madrugar y sin madrugar te he de mandar á merendar con tu abuela, respondió aquel hombre y se lanzó sobre Cuello modelando su primer ímpetu, lo que probaba que era un hombre avezado al peligro.

Cuello estaba parado y sonriente como si fuera simplemente á *vistar*, miraba con atención á su contrario como espiondo porque lado iba á ser la acometida para evitar el golpe.

Así llegaron hasta la esquina de las ánimas, retrocediendo Cuello y avanzando su contrario que queria como elegir el paraje del cuerpo donde debia clavar el cuchillo, y rodeado por la multitud de curiosos, ávidos de contemplar el final de aquella lucha, que amenazaba ser larga, á juzgar por la destreza y valor sereno de ambos combatientes, que no querian comprometer un falso golpe.

Una vez en la esquina de las ánimas, el desconocido cargó sobre Cuello, acometiéndolo por el flanco izquierdo con tres ó cuatro golpes de punta que aquel evitó maestramente, volcando la mano de izquierda á derecha y dando el golpe que debia poner término á la lucha, según lo que habia prometido momentos antes.

El golpe aquel produjo una herida sobre la boca, dividiendo por completo el lábio superior, con un tajo sesgado y alcanzando á cortar el inferior, en una estension de dos centímetros.

Aquel hombre soltó el cuchillo y llevó ambas manos á la boca, prorrumpiendo en una maldicion que no se pudo entender.

—Ahora, dijo Cuello mientras guardaba el cuchillo y se dirijia á la puerta á consolar á la aflijida Teresa—Ahora á curarse el hocico, su porra porque yo no sé desollar chanchos, que era lo que merecia—y entró al baile como si nada hubiera sucedido, tomando una guitarra que se puso á preludiar con una tranquilidad asombrosa.

De repente soltó la guitarra y se puso á escuchar con suma atencion:—en la calle y como á distancia de tres ó cuatro cuadras, se sentia el paso lento de varios caballos—era sin duda alguna patrulla de serenos que recorria la seccion, con ese paso peculiar de los catalos patrios, cansados de la diaria fatiga y acobardados por el escaso alimento y el trabajo excesivo.

Cuello se levantó, se despidió de la concurrencia y dueños de casa diciendo que ya volvía y como un relámpago saltó hasta el tordillo que montó con una precipitacion fabulosa, quedando á la expectativa.

El pisar de los caballos se sentia cada vez mas próximo, no pudiendo distinguirse los ginetes á causa de la oscuridad que era bastante densa, aunque á corta distancia permitia distinguir las personas.

Cuello sospechó que aquella patrulla traía la direccion del baile, y haciendo retroceder su caballo hasta la misma esquina de las ánimas, sacó su trabuco y montándolo quedó tranquilo esperando se aproximara la patrulla.

Poco despues el ojo inteligente de Cuello, reconocia que eran serenos en número de ocho, mientras estos á su vez fijaban su atencion en aquel misterioso ginete que se ocultaba en la oscuridad.

—Pié á tierra y que gente—preguntó, cuatro pasos antes de llegar á Cuello, el personaje que hacia de jefe, y que al paisano le pareció ver un simple sargento.

Cuello guardó silencio, dejando que aquel hombre se aproximara mas.

—Pié á tierra y quién es usted, volvió á interrogar aquel hombre en tono ya imperativo, é intentando sacar una pistola que llevaba á la cintura.

—Yo soy Juan Cuello, respondió este en medio de una risa diabólica, mientras metía por los ojos del sargento la enorme campana de su trabuco—Yo soy Juan Cuello y no hay que meterse conmigo—añadió—pasen de largo.

Tanto el sargento como el resto de la patrulla quedó sorprendida como todos los que oian aquel nombre ya célebre—pero reponiéndose muy pronto, concluyó de desnudar el sable gritando á la patrulla—á tomar el bandido!

Aquella orden sacó á aquellos soldados del

estupor en que habian caido y aguijonearon sus caballos con el propósito de cumplirla, á cuyo efecto echaron á relucir sus famosos sales de aquel tiempo.

Pero Cuello tendió hácia ellos el brazo en que llevaba el trabuco, y como el ademán solo no bastara para contener á la gente, oprimió el gatillo dejando sentir el estruendo de aquella arma terrible.

Aquel disparo iluminó como un relámpago vago el semblante patibulario de los serenos de aquel tiempo, y los recortados de que estaba cargado, sonaron como un chasquido al penetrar en el cuerpo de aquellos hombres, despues de chocar en la pechera de las camisas.

Detrás del fogonazo, Cuello pasó como una centella por el medio de aquellos hombres, golpeando al pasar, con la culata de su trabuco, sobre la cabeza del sargento que habia quedado atonito y sin saber qué hacer.

Otro de aquellos hombres cayó al suelo con la garganta abrasada por el trabucazo, mientras los otros hacian grandes esfuerzos por contener los caballos asustados por la potente detonacion.

Cuello apuró la marcha de su caballo, siguió por la calle de Belgrano y se perdió entre las moras de su escondite, en la quinta de Montoro que era el único refugio seguro que le quedaba.

Recien cuando Cuello estuvo completamente en salvo habiendo tenido tiempo de pasar la montura del tordillo al pico blanco, los serenos volvieron de su asombro y pretendieron comenzar la persecucion de aquella especie de condenado.

Inútil trabajo!—en vano recorrieron algunas calles á todo lo que daban sus famosos patrios; aquel hombre se les habia hecho perdiz, ó como se dice actualmente, se habia vuelto dineros públicos.

Mohinos y cabizbajos, seguros de la ronca y los cuantos garrotazos que les iba á costar aquella aventura, la patrulla regresó al cuartel de Mariño á dar cuenta de la nueva baja que el trabuco de Cuello habia hecho al cuerpo de serenos.

El comandante Mariño no pudo contener sus iras, y respondió con un puñetazo federal á la noticia que del descalabro sufrido le llevaba el sereno sargento, disponiendo inmediatamente dos partidas mas para que salieran en persecucion de Cuello, sin pensar que este tenia tiempo sobrado para estar á tres ó cuatro leguas de distancia, dado los magníficos caballos que montaba, con los cuales no habia lucha posible.

Así es que las partidas regresaron al cuartel, de la misma manera que habian salido: sin obtener mas noticias de Cuello que aquellas que habia dado el sargento que llevó el parte y se chupó el puñetazo de Mariño.

Cuello entretanto habia resuelto abandonar su cueva, y semejante á un zorro viejo, exploraba los alrededores, parado sobre los estribos y con el pescuezo estirado como guanaco que desconfia.

En la manzana comprendida en las calles de Solís, Zeballos Moreno y Belgrano, habia una gran quinta, cuya esquina de Belgrano estaba ocupada por una de las pulperias mas surtidas de aquella época.

Aquella pulperia concurrídisima á todas horas por gente de moda y federales falsos y verdaderos, pertenecia al señor don Jacinto Rosende, actual juez de paz de las Lomas de Zamora y vecino de ese partido.

A esta pulperia llegó Juan Cuello, relatando á grandes rasgos las dos aventuras que acababa de tener, una de las cuales habia producido la division de un hocico y otra la supresion de una plaza en el cuerpo de serenos.

Conocido y estimado Juan Cuello por la generalidad de aquella gente que lo distinguia unos por miedo y otros porque eran entusiastas de su valor novelesco, su relacion fué saludada por un clamoreo infernal, que puso en grande apuro al señor Rosende, porque aquella bulla podia atraer una ó mas patrullas que podian delatarlo como amparador de aquel hombre á quien la policia y agentes de Rosas perseguian con tanta avidez.

Cuello pidió un frasco de ginebra y una guitarra, siendo servido, como se dice, al pensamiento.

En ninguna pulperia se le negaba lo que pedia, porque temian lo tomara por fuerza, descargando algun golpe endiablado sobre la cabeza ó costillas del pulpero y el dependiente que negaba lo que habia pedido.

La reunion se armó en toda regla. Habiendo ginebra y guitarra en una pulperia concurrida, la jarana tiene que armarse con el bullicio consiguiente de semejantes elementos.

Cuello cantó con su voz magnífica unas décimas improvisadas, en que se hablaba de Rosas y todo su poder, lo que puso en gran aprieto jabonado á los dependientes de la pulperia y á la reunion que escuchaba aquellas décimas insolentes, que si eran escuchadas por cualquier patrulla, iban á provocar un escándalo mayúsculo, seguido de prisiones y cortada de pescuezo.

No contento con las décimas cantadas, Cuello pidió las gruesas de cohetes que hubiera en la pulperia y se puso á prenderlas en la puerta de calle dando furibundos gritos de: ¡muera Rosas! ¡muera la mazorca y los azotadores de mujeres!

Aquello era el colmo de la audacia y el valor:—aquel hombre no era un loco y sin embargo estaba allí en media calle, con el caballo de la rienda y encendiendo cohetes, mien-

tras daba aquellos gritos que eran una condenacion á muerte.

—Téngale mas consideracion á su pescuezo, amigo, dijo á Cuello uno de los paisanos— está bueno ser guapo pero eso que hace es buscar que lo maten al ñudo.

—Usted no sabe lo que habla, replicó Cuello—por eso dice eso—mientras yo tenga este y estas, añadió golpeando el trabuco y las boleadoras, no le cortan el gañete á Juan Cuello, ni aunque fuera la fin del mundo.

—No es bueno hacer tantas pruebas, añadió sentenciosamente el paisano—demasiado tiene con las que le salen al camino, para que provoque usted á los que no lo buscan ni saben que está aquí.

Cada uno sabe donde le aprieta la bota, concluyó Cuello, y ya las uso muy anchas, compañero, no tenga cuidado que si la cosa aprieta, ya me verá lucirme.

Cuello estaba medio alegre—habia abusado un poco de la ginebra, cosa harto peligrosa cuando se anda á salto de mata—y era por demás imprudente en provocar un conflicto, tal vez con una partida mas numerosa.

Los cohetes seguian y la jarana se aumentaba por momentos: algunos alcaldes que estaban en la pulperia empezaron á tocar retirada, por no verse comprometidos en algo muy gordo.

Juan Cuello estaba parado al lado del pico blanco que tenia la rienda arriba, preparado para saltarlo en el primer apuro, cuando desembocó en la esquina de Moreno una partida de vigilantes bien montados.

El joven saltó sobre el parejero con tanta seguridad, como si no hubiera tomado un solo trago de ginebra, sacó el trabuco de la cintura y lo montó esperando la carga.

Apenas fué visto por los soldados de Policia estos castigaron sus caballos creyéndolo presa hecha, y se fueron sobre Cuello, pero este siempre risueño y astuto, soltó el estruendo de su trabuco y le cerró las piernas al pico blanco, que partió con una rapidez incalculable, tomando la calle de Belgrano en direccion al campo.

En las primeras ocho cuadras Cuello habia obtenido una ventaja de mas de tres, sobre sus perseguidores, de modo que tuvo tiempo sin dejar de correr, para cargar nuevamente su trabuco.

Una vez que tuvo el arma cargada sujetó el vértigo de su carrera, y cuando los que lo perseguian estuvieron á unos veinte pasos, disparó de nuevo su trabuco, hiriendo esta vez á dos de los soldados.

En seguida echó el cuerpo sobre el pescuezo del pico blanco que partió casi como una flecha arrojada por una mano potente.

Inútil fué desde aquel momento toda perse-

cucion—el pico blanco era veloz y de tiro largo, lo que lo habia valido tener la reputacion del primer parejero de Buenos Aires—así es que á los pocos minutos se perdió completamente de vista.

Ya aquello era inaguantable; la partida que aquel hombre no dispersaba ó ponía fuera de combate, era burlada por la rapidez de aquellos dos caballos sobresalientes que no habia posibilidad de alcanzar.

El Gefe de Policia se convenció de que sus partidas nunca podrian reducir á prision á aquel hombre, á quien ademas de sus propios medios, era ayudado por los alcaldes, que lejos de delatarlo lo apadrinaban y toleraban; se fué á Palermo, aunque temeroso de recibir una reprimenda gefe, á dar cuenta de los últimos sucesos en que la autoridad habia sido víctima, de aquel hombre escepcional.

—Pero me supongo, exclamaba el tirano lleno de ira, me supongo que ese hombre no estará forrado en piel de diablo y que le entrarán balas como á cualquier hijo de vecino.

—Así es, excelentísimo señor Brigadier General, respondia Moreno avergonzado y temeroso, pero aquel hombre anda montado como V. E. sabe y es humanamente imposible darle alcance.—Además siempre anda acompañado de gente bien armada y prevenida de tal manera que es imposible sorprenderla.

—Mentira respondia Rosas, gran mentira—es que á ese hombre le tienen mas miedo que á mí, y que la Policia es una manga de sinvergüenzas que necesitan que yo me las traiga á Palermo por un par de dias y los haga ajustar los calzones con mil azotes, para que me toman mas y no disparen de Cuello como lo hacen de puro miedo.

Yo sé que las últimas infamias de ese hombre, añadió Rosas verdaderamente enfurecido, las ha cometido solo, y las partidas han disparado llegando su desvergüenza hasta traer el parte ellas mismas.

—Aseguro á V. E. respondió Moreno, ya temblando de miedo: aseguro á V. E. que no se omite sacrificio alguno por prender á ese hombre, pero que es una empresa bastante difícil.

—Pues bien, concluyó Rosas—lo que desbarata el miedo que lo haga la ambicion—mañana pasará usted una nota-circular á todos los jueces de Paz de campaña para que la trasmitan á sus vecindarios respectivos, diciendo en ella que el supremo gobierno ofrece cien mil pesos pagaderos sobre tablas, á aquel que entregue á Juan Cuello vivo ó muerto, ó delate un parajo seguro donde se le pueda tomar sin que este logre derramar una sola gota de sangre á la Policia y añadiendo que, si el que lo prende ó lo mata es roo de algun delito, este le será perdonado por el su-

premo gobierno, á mas de los cien mil pesos ofrecidos.

Moreno se dió por plenamente satisfecho de que aquella conferencia hubiera terminado tan pacíficamente para la integridad de su empleo y su persona y regresó á la Policía á hacer la circular ordenada.

Ese mismo dia mandaba chasques en todas direcciones, llevando aquella famosa circular que al dia siguiente publicó en grandes letras *La Gaceta Mercantil*.

Cuello quedaba desde aquel momento á mer-

ced del primer traidor necesitado que quisiera hacer una fortunita, del primer salteador que quisiera ser indultado, entregándolo.

—La pucha, que valgo plata!—esclamó Cuello al conocer el decreto—es preciso precaverte Juancito pensó, que para tí tu cabeza vale mucho mas, y no es cuento de tentar la codicia de nadie.

Así Cuello ganó su escondite de moras, de donde no salió en mas de quince dias que empleó en fabricar sendos proyectos.

Véamos que efectos hizo el decreto.

LA DOMADA DE UN POTRILLO

El Potrillo así que dejó á Cuello, se fué de una jornada hasta los montes de la quinta de Blanco, donde estaba campado el resto de la gente y con las intenciones mas traviesas de este mundo.

Lejos de seguir las instrucciones de Cuello, el Potrillo iba dispuesto á presentar batalla al mismo diablo, seguro de que al solo nombre del capitán las milicias se dispersarian como otras veces.

Cuando el Potrillo llegó, los muchachos estaban churrasqueando alegremente y consumiendo los víveres de la última jornada, mientras recibian órdenes ó noticias de su capitán y del Potrillo, cuya tardanza les inquietaba.

—Bien haiga el buen viento que lo trae á la querencia! gritó un compadron altísimo picoteado de viruelas á quien no solo se habia ido la mano sino la boca en la ginebra—dichosos los que lo ven, concluyó limpiándose en el chiripá la mano sucia de churrasco y alargó dola al recién venido—ya creíamos que lo habian fusilau ó le habian tocado el violin—y el amigo don Juan que hace que no cai ya por este pago?

El Potrillo echó pié á tierra, despues de estrechar con efusion la mano que le presentaba Rosendo, y aflojando el recado al pingo, respondió alegremente:

—Ahí hemos andado haciendo de todo y boleando con todo el mundo—don Juan es el mismo diablo en traje de paisano, y lo que él hac no es capaz de hacerlo ni el mismo Dios, aunque ande divertido: es mucho hombre don Juan.

—Y cuándo pegará la vuelta? preguntó ño Rosendo, para que hagamos otra patriada—lo que es por mí, confieso que ya me ando saliendo de la vaina.

—Pues vélvase á guardar, compadre, repuso el Potrillo, vélvase á guardar, que pronto

le vamos á hacer el gusto á las muñecas, porque yo traigo órdenes de don Juan para que pongamos en práctica.

Y á renglon seguido el Potrillo aseguró que don Isidro Silva, reforzado con nuevas tropas, iba á hacer una embestida á la gavilla para apoderarse de todos ellos, mandarlos á Santos Lugares y cortarles *el de tragar*.

—Es preciso que se defiendan á todo trance, si los atacan antes de estar yo allí, me dijo don Juan al despedirnos. añadió el travieso Potrillo, que peleen de firme que yo no he de tardar en llegar para que los concluyamos.

—¡Viva Juan Cuello! gritó entusiasmado ño Rosendo y los frascos de ginebra fueron levantados en alto por aquella gente escepcional que acojia de aquella manera la noticia de un combate tan desproporcionado.

Tenian una fé profunda en Juan Cuello, creian que aquel hombre era invencible y un combate contra la justicia era para ellos una completa jarana que terminaria en malon á las pulperias.

—Antes que nada, dijo el Potrillo, haciéndose el que obedecia siempre á órdenes de Cuello, hay que bombear á don Isidro Silva y saber con qué gente nos vá á dar el golpe.

—Pues ahora mesmito, contestó ño Rosendo, voy á ensillar el mala-cara y me largo al juzgado; dentro de un ratito estoy de vuelta, despues de haberlos bombeado en regla, y ya sabremos con qué gente cuentan allí.

—El ño Rosendo, nó, replicó un soldadote viejo que tenia el carrillo derecho dividido por una larga cicatriz—ño Rosendo está divertido y puede comprometer la cosa con alguna embarrada—que vaya otro.

Ño Rosendo quiso defender á todo trapo su candidatura para ir de bombero al juzgado de paz, pero era tal la mona que tenia que todos

le negaron su voto por la razon que manifestara el de la cicatriz en el carrillo.

—Pues que se nombre otro, contestó muy conforme ño Rosendo, dejándose caer al suelo y apoderándose de su frasco de ginebra, que apenas tenia una borra: que se nombre á otro y se acabó.

El hombre de la cicatriz en el carrillo fué el elegido para desempeñar tan delicada y espuesta comision—delicada, porque era preciso ser muy fino para bombear á D. Isidro Silva y espuesta, porque si el hombre llegaba á caer entre las manos de aquel juez de paz, iba á tomar desquite de los malos ratos que le habian hecho pasar las derrotas sufridas.

El bombero elegido ensilló su caballo lijamente, poniéndole tres cueros de carnero ipretados con el cinchon, y echándose al buche *el trago del estribo*, salió al trotecito en direccion al pueblo y al Juzgado de Paz.

Eran solo las cuatro de la tarde, y los buenos habitantes de San José de Flores recién empezaban á despertarse de dormir la siesta y salir á la calle á sus quehaceres unos, á tomar simplemente el fresco otros.

El Potrillo quedó mandando en jefe la reunion y preparándola para el combate que debia tener lugar muy pronto, segun decia habérselo manifestado Juan Cuello, que estaba al cabo e cuanto contra él se intentaba.

Aquellos hombres limpiaban sus armas y revisaban sus aperos y caballos, conociendo ue el triunfo de ellos dependia en su mayor arte de aquellas prendas que constituian todo *haber en este mundo*.

—Se me hace, decia el Potrillo, que el bai puede tener lugar á eso de la madrugada, e lo que me alegro mucho, porque así Cuello egará á tiempo ó cuando andemos corretiendo esos maulas como á avestruces.

El Potrillo hizo que los que tenian armas de iego las cargaran, y todo listo para el comate, se pusieron á esperar la vuelta del bombero, al *amor del fuego* y de uno que otro trago *vra despuntar el vicio*.

A eso de las ocho de la noche regresó alcamento el bombero, con inmensos detalles e como iba á ser el ataque y con que fuerzas ontaba el tremendo don Isidro para no ser urlado esta vez como lo fué las anteriores.

Segun lo que este habia bombeado, además e las milicias de Flores, don Isidro contaba n una patrulla de vigilantes y otra de serenos, con las que lo habia mandado reforzar el efe de Policía don Juan Moreno.

Estas dos partidas venian armadas con sables pistolas de arzon y montadas en fletes sobeunos—Entre ellas venian algunos soldados oleadores para el caso en que Cuello disparara or andar, como siempre mejor montado.

Todas esas fuerzas al mando del mismo don

Isidro Silva, que ya no queria fiarse de nadie, se iban á mover del Juzgado de nueve á diez de la noche, se detendrian en los alrededores de la quinta y á la madrugada darian el asalto.

Estas noticias las habia obtenido el bombero por un cabo de las milicias de Flores, que era muy su amigo y quien se las habia trasmitido para que le dijese al amigo Cuello que se pudiese á salvo si no queria caer prisionero.

Con semejantes noticias la partida se puso en alarma y tomó todas las precauciones del caso, distribuyendo sus centinelas á la entrada de la calle.

El Potrillo estaba sumamente satisfecho; aquella victoria, pues él la contaba como tal, le daria un nombre famoso, y el mismo Juan Cuello lo felicitaria con ardor, al ver que á su nombre habia llevado á cabo tal hazaña.

Sabia que la cosa era peliaguda, pero tambien sabia que la gente era brava hasta la exageracion, y que habian de pelear con fé porque creian que Cuello no tardaria en venir á echar una manito.

La noche se pasó en tomar mate con agua casi fria, porque el previsor Potrillo previno que el fuego que hicieran para calentar el agua serviria de guia á las patrullas, que sin ser vistas, podian hacerles una buena descarga.

A eso de la una de la madrugada, vinieron dos de los centinelas á prevenir que las partidas que venian en su busca se habian detenido á un par de cuadras de distancia.

El Potrillo salió á pié del cerco de la quinta y haciéndose sombra por entre los árboles y las matas de cicuta, se puso á bombear muy de cerca á la gente que allí habia hecho aquel alto para esperar la madrugada.

Potrillo contó la gente, estudió sus cataduras para ver si eran *de los buenos*, y una vez que tomó los datos que necesitaba, regresó donde estaban sus compañeros.

—La gente de don Isidro serán como unos cuarenta, dijo Potrillo, y aunque nosotros solo somos once, se me hace que la llevamos robada—propongo que en vez de esperar á que nos caigan mas tarde, les caigamos en seguida.

Esta audaz propuesta del Potrillo entusiasmó á unos, pero hizo vacilar á otros que sostenian que no era lo mismo atacar que defenderse.

—Ellos no esperan esta flor y truco que les vamos á hacer, decia el Potrillo entusiasmado—unos están dormidos y otros cabeciendo, se se van á sorprender con la caída y con un par de ponchazos acaba todo.

La mocion del Potrillo fué considerada y debatida con famosos argumentos que probaban que era mejor recibir que llevar el ataque, por estar allí ellos en mejor posicion.

Pero como se trataba de un golpe de audacia, y de una audacia insolente, bien pronto

todos se pusieron de acuerdo y convinieron en que se les llevara un ataque por sorpresa, como lo habia indicado Potrillo.

Arreglado todo esto, se pusieron á cinchar los caballos y á aprontarse para la gorda, que iba á ser algo dura de pelar.

El Potrillo se puso al frente de los *muchachos*, y con el mayor sigilo que le fué posible, todos fueron saliendo por el extremo del cerco y formando solo á una cuadra de distancia de donde se hallaba la gente de Silva, lo que, no pudiendo suponer que fueran agredidos, estaban como el Potrillo lo habia previsto, durmiendo unos y arrebozados con los ponchos, dispuestos á dormir, los otros.

No hay nada mas terrible que una sorpresa cuando una tropa está entregada al reposo, sin sospechar siquiera que el enemigo á que sitia puede traer un ataque.

La desmoralizacion cunde por todas partes, el sueño es reemplazado por un pavor invencible y la tropa se dispersa aterrada viendo la muerte por todas partes donde adelanta el paso.

No hay soldado que resista á una sorpresa, aunque esté victorioso sobre un campo de batalla que acaba de conquistar, y una prueba de ello nos la dá el mejor ejército del mundo, el de Napoleon I, triunfante sobre el campo de Waterloo y que sorprendido por una columna que creyó amiga, fué víctima de la derrota mas espantosa que conozca la historia.

La gente de Cuello era brava y decidida, estaba acostumbrada á combatir con fuerzas superiores, y aquella sorpresa mandada por el travieso Potrillo le daba inmensa ventaja sobre la tropa de Silva, pero mal dirigida en el ataque subsiguiente y algo alcoholizada, abandonó su formacion para lanzarse á perseguir en detalle, lo que le hizo bien pronto perder la ventaja obtenida en los primeros momentos.

La gente de Silva era compuesta de viejos soldados de Palermo en su mayor parte, habituados á todo género de contratiempos, y mandados por un hombre onérgico y vivo, como era don Isidro Silva, se rehicieron bien pronto, organizaron su formacion y empezaron á obtener serias ventajas sobre el enemigo que, aunque hacia alarde de infinita bravura, peleaba con poco acierto y mal dirigido.

El Potrillo se multiplicaba y acudia siempre á los sitios de mayor peligro, como le habia visto hacer á Cuello, pero le faltaba ese golpe de vista del jóven paisano, y esa audacia que le hacia terrible para el onemigo.

—A la carga que esta es la nuestra, decia D. Isidro Silva, ávido de obtener una ventaja sobre aquel hombre que tanto lo habia desesperado.

A la escasa claridad de la noche veia á aquel hombre que ágil y sereno, ocurría siem-

pre allí donde el peligro era mas récio, y suponiendo que fuera Cuello, ponía todo su esfuerzo en tomarlo vivo para mandarlo á la ciudad.

El Potrillo y su gente empezaron á perder visiblemente el terreno, lo que visto por las patrullas hizo que estas fueran mas vigorosas y decisivas en los ataques y empeño de rodear á los bandidos.

Don Isidro incitaba á sus soldados con la palabra y con el ademan, metiéndose en lo mas récio del combate, pues si caia prisionero Juan Cuello, queria tomarlo personalmente, lo que algo le habia de valer.

El Potrillo veia fracasar su intentona y se adijia en extremo por los cargos justísimos que le haria Juan Cuello, cuya voluntad habia contrariado para salir corrido, si salia con vida de aquel berenjenal verdadero donde se habia metido.

Por eso el Potrillo se desesperaba y acudia allí donde el peligro era mayor, comprendiendo que aquella jornada iba á ser fatal para ellos, despues de haber empezado de una manera tan brillante y feliz.

Cuatro de los hombres de Cuello habian caido ya grave ó mortalmente heridos, y los demás empezaban ya á combatir con menos bríos y con ese desgano del que vé que no hay triunfo posible.

De los soldados de las partidas que mandaba don Isidro habian caido siete hombres: cuatro mortalmente heridos por la primera descarga y otros tres heridos á arma blanca, que daban descomunales chillidos y ayes quejumbrosos.

Desesperado el Potrillo quiso hacer uso de una malicia que podria servirle de mucho, aunque mas no fuera que aprovechando para huir el estupor que sus palabras iban á causar en la tropa.

—Rindansc á Juan Cuello, guachos de maula! gritó atropellando con su caballo al grupo que tenia á la cabeza al mismo don Isidro Silva, que ora el que se batia con mayor serenidad que los demás.

—Eso lo vamos á ver, dijo un sargento viejo atropellando sable en mano al Potrillo que habia sacado una daga y combatia con ese valor casi imposible que engendra la desesperacion.

Don Isidro Silva siguió al sargento y ambos acometieron al supuesto Cuello con una lluvia de hachazos, que á acertarle el mas débil, le hubiera dividido el cráneo mitad á mitad.

El Potrillo se defendió como un leon—tiraba puñaladas de muerte, pero estaba cansado y los que le cargaban era gente dura—El sargento *barajaba* las puñaladas con increíble destreza, mientras don Isidro se le iba al humo á filo de sable.

Cortado completamente del resto de su tro-

pa, desmoralizada por las pérdidas sufridas, el Potrillo no tenía mas remedio que hacer por la riña hasta donde le alcanzara el aliento, y morir en seguida lo mejor que pudiera.

En un fatal descuido del sargento, el Potrillo logró ganarle un costado, por el que le sumió la daga hasta la S, mientras le decía:—tomá comé este churrasco—pero don Isidro que sin duda espiaba este momento, le sacudió un hachazo en la cabeza que lo hizo caer del caballo, prorumpiendo en una espantosa maldición.

—A mí! á mí todos que ya cayó Juan Cuello! gritó don Isidro entusiasmado, y se dejó caer del caballo para impedir que el tal Cuello pudiera incorporarse de nuevo y montar porque importaba perderlo, pues emprendería como siempre la fuga con la maravillosa rapidez de su caballo.

Todos acudieron precipitadamente á donde llamaba don Isidro, mientras el resto de los bandoleros, viendo caer al Potrillo se dispersaba en todas direcciones, temerosos de que les fuera á suceder lo mismo, y desmoralizados por los compañeros que habian perdido en aquel combate, el mas duro que habian librado desde que militaban con Juan Cuello.

El Potrillo fué bien amarrado mediante dos maneadores, y don Isidro Silva, mas contento que si se hubiese sacado una loteria, lo hizo atravesar sobre un caballo y dispuso se retiraran todos al juzgado, despues de recojer los muertos y heridos que allí habian quedado.

El júbilo de Silva fué inmenso cuando hizo su entrada á Flores, con lo que él creia Juan Cuello y que no era otra cosa que el desgraciado Potrillo.

El alboroto que hubo en Flores fué verdaderamente descomunal—Han tomado á Juan Cuello! repetian en todas las pulperías y han muerto á Juan Cuello!

Y los pulperos se restregaban las manos, pues deshecha la gavilla sus casas no estarian mas á contribucion de vicios de entretenimiento.

La noticia cundió por todas partes, repetida de pulperia en pulperia, hasta que llegó á oídos del mismo Juan Cuello, quien supuso en el acto que aquello habia sido una barbaridad del Potrillo, que habia desobedecido sus órdenes.

—Quien lo metió á zonzo, dijo Juan Cuello apesadumbrado—la bota de pótro no es para todos y es preciso ser gaucho para no botearse con ella.

Entre tanto don Isidro Silva preparaba un parte famoso exajerando un poco las cosas y diciendo que habia tenido que combatir personalmente mucho tiempo, para lograr prender aquel gran bandido.

Algunos de los vecinos que vieron al Potrillo conocieron que este no tenia otro Cuello

que el de la camisa pero, se guardaron muy bien de hacerlo presente á don Isidro, temiendo que esto descargara en ellos el mal humor del desengaño.

El Potrillo hizo su entrada en Buenos Aires con la cabeza vendada y dos barras de grillos en los piés, escoltado por el resto de las dos patrullas y una partida de milicianos que mandó á Flores don Juan Moreno, así que tuvo conocimiento de aquella importante nueva que los libraba de las famosas roneas de Rosas y de este enemigo que tantas vidas costaba ya á la policia.

Acto continuo de llegar Cuello á la policia se envió un chasque á Palermo, dando cuenta al supremo gobernador que por fin el desertor asesino Juan de la Cruz Cuello, estaba en poder de la justicia, con una doble barra de grillos.

—Siento mucho dijo Rosas tener que matar un hombre tan guapo, que hubiera sido un buen servidor de la Santa Federacion, pero ha hecho muchas iniquidades y no se le puede perdonar.

Y mandó á don Juan Moreno la órden de que al otro dia á la diana Cuello fuese fusilado en la plaza de la Victoria, á cuyo piadoso efecto remitia un piquete de cincuenta hombres de la guarnicion de Palermo.

En sus declaraciones el Potrillo habia dicho llamarse Juan Cuello y habia confesado ser el autor de cuanto asesinato se le acumuló, de modo que no habia duda sobre la identidad de su persona.

El Potrillo sospechaba que Cuello habia de ir á presenciar su ejecucion y queria demostrarle que si habia hecho aquella calaverada, soportaba las consecuencias sin quejarse y moria como podia haber muerto el mismo Juan Cuello.

Algunos empleados de la policia conocieron, como en Flores, que aquel paisano no era Juan Cuello, pero lo mismo que en Flores se callaron la boca sin metorse á canusa de once varas.

El Potrillo fué notificado de que al otro dia lo iban á fusilar en la plaza de la Victoria, pero le hizo aquella noticia menos impresion que si le hubieran ofrecido un frasco de ginebra—nada que se me dá, contestó sonriendo alegremente.

Así que Cuitiño supo la prision de Cuello, se lanzó á Palermo á pedir á Rosas la entrega de aquel preso para hacerlo ejecutar con la mazorca—aquel bandido no se conformaba con que muriera aquel hombre sin haberse vengado de todas las afrentas y vergüenzas que Cuello le habia hecho pasar—poniendo en dorrota á las partidas de su terrible mazorca, y arrebatándole á la hermosa Margarita Oliden á quien amaba inmensamente.

—Si tanto amor tienes al pescuezo de Cuello, respondió Rosas, debias haberte dado maña para tomarlo. — no ha sido así y no tienes el derecho de pedirlo.

En vano insistió Cuitiño, en vano rogó al tirano le permitiese degollar á Cuello, el tirano no quiso acceder á su pedido: era necesario, decia, que á Cuello se le fusilase en la plaza delante de un gran número de tropas, á ver si así se cortaba la costumbre de desertarse, que habian tomado los soldados de la division de Palermo y de Santos Lugares.

—Lo degollaré aunque sea despues de fusilado, pensó para sí aquel famoso bandido, y se vino á la ciudad dado á tres mil diablos.

Sobre que infelices iria á descargar las iras que llenaban su corazon depravado!

Al otro dia, al toque de diana, se hallaban formados en la plaza de la Victoria doscientos cincuenta hombres, compuestos de tropas de Palermo, Santos Lugares, milicianos y fuerzas de Policia de la ciudad y campaña.

La plaza estaba llena de curiosos que acudian de todas partes á ver como moria aquel paisano que con su asombroso valor habia sido el terror de la tremenda Policia de Buenos Aires y de la misma mazorza de Rosas.

Por todas partes se formaban corrillos lamentando la muerte de aquel hombre, el único que se habia atrevido á hacer pasar malos ratos á la odiosa mazorca. No habia uno solo que no lamentara la muerte de Cuello.

Con los ojos brotando chispas de coraje y el ademán amenazador, estaba el comandante Cuitiño al lado del oficial que mandaba las tropas, deseoso que pasara por allí Cuello para dirigirle una injuria ó una insolencia.

A eso de las seis y media de la mañana salió por fin de la Policia cargado por dos soldados, pues no habian querido sacarle los grillos al desertor asesino Juan de la Cruz Cuello.

Un poderoso estremecimiento recorrió las filas de la multitud, que se apiñó al lado de la policia para poder mejor ver al reo.

Las tropas despejaron su frente y sus flancos para poder obrar con mas facilidad, y el reo fué conducido hácia la pirámide, mientras en los cuatro extremos de la plaza se daba el famoso bando de: Por la patria y la confederacion argentina, pena de la vida al que pida por el reo».

El Potrillo fué sentado en el fatal banquillo, y las tropas tomaron á su frente la colocacion de órden para el caso. El paisano estaba sereno, y miraba sonriente á la inmensa multitud que lo contemplaba.

—Ya me llegó mi San Martin, muchachos! dijo aquel hombre, que conservaba toda su entereza en trance tan tremendo, en que el

corazon mas bien templado tiembla y el espíritu se empuqueñece, por sereno que sea—Ya me llegó mi San Martin, pero ni asco que le tengo—Muero en mi ley y como buen criollo á quien la muerte no mete miedo—Tiren no más, maulas, concluyó, mirando á los soldados que tenia al frente.

Un inmenso clamoreo se levantó en la plaza, y á pesar del bando, muchas voces gritaron: no lo maten! no lo maten!

Pero en aquel momento y cuando el oficial mandaba preparar las armas, tuvo lugar un suceso extraordinario.

La multitud se abrió en el centro de la plaza como dos olas gigantescas, y un ginete cruzó por la calle que hizo este movimiento, magníficamente montado sobre un caballo tordillo negro, cubierto de espuma y de sudor—Aquel ginete traia en la mano derecha un brillante trabuco de bronce.

—Paso á Juan Cuello! paso á Juan Cuello! gritó aquel hombre, dirigiéndose al centro de la plaza, ese hombre no soy yo, canallas, es el Potrillo, que vale mas que todos ustedes—no lo maten que no soy yo!

El oficial que mandaba los tiradores, asustado porque creyó que aquel hombre iba á salvar á Cuello, se apresuró lo que pudo y mandó hacer fuego—El Potrillo cayó de espaldas—habia recibido en el pecho las cuatro balas.

La presencia de Cuello habia producido en la multitud y en las tropas un efecto mágico; —todos habian quedado inmóviles de asombro ante la audacia de aquel hombre que provocaba así á doscientos cincuenta soldados frente á la misma Policia y en presencia del cadáver del Potrillo que acababa de ser fusilado, por haberlo confundido con él.

—Ah! canallas! exclamó el paisano al ver caer muerto al leal Potrillo, y disparó su trabuco sobre los tiradores que habian cumplido la sentencia de muerte—Ya me la pagarán, concluyó desatando las bolas de la cintura—todavía no estoy muerto y para que me agarren á mi, es preciso que sea la fin del mundo; y revoleando las boleadoras se abrió paso por entre la multitud.

Cuitiño que se habia repuesto primero que los demás le quiso cortar el paso, pero era tal el respeto á Cuello, que aunque era él hombre de reconocido valor, se hizo á un lado y le dejó libre el paso.

Cuello cerró las espuelas á su tordillo, y se perdió como un relámpago por la calle de la Federacion, hoy Rivadavia, sin que nadie se atreviera á seguirlo.

La multitud se retiró de la plaza conmovida con la muerte del valiente Potrillo, pero alegre porque al fin y al cabo el muerto no era Juan Cuello.

EL GAUCHO PEREGRINO

Cuello venia á quedar solo, completamente solo, para hacer frente á todo género de calamidades que le salieran al camino, teniendo que andar á verdadero *sic ita de mata*, pues la codicia de ganar los cien mil pesos ofrecidos por su cabeza, podia muy bien enjendrar un Judas que lo entregara dormido.—Con Marquez y el Potrillo habia perdido sus dos amigos más leales y el resto de su partida quedaba dispersada.

Pero el intrépido gauchó no se acobardó por esto—andaré solo, pensó, y solo remataré mi obra de venganza contra todos esos bandidos.

Cuello se dirigió á la pulperia de la gringa Mariquita: queria ver á su vieja porque hacia tiempo que no la veia y porque en la nueva vida que iba á emprender sabe Dios cuando volveria á verla.

La pulperia de la gringa Mariquita habia recobrado en algo su antiguo aspecto: habia bastante concurrencia, y el alegre Chisquin atendia al despacho, completamente restablecido del amago de degüello de que fué víctima.

El paisano fué recibido con muestras de verdadera alegría.—el día anterior como el resto de la poblacion lo habia creído preso y en capilla, y al saber que el preso y fusilado era uno de tantos Cuellos postizos que tomaban su nombre para producir miedo, aquella buena gente se habia entregado por completo á una franca alegría, porque querian á Juan Cuello mas de lo que él se figuraba.

Así que vió entrar á Cuello á la pulperia. Chisquin arrojó hasta el techo su gorra de manga y se prendió de sus manos, mientras la gringa Mariquita lo estrechaba entre sus brazos con un abrazo maternal.

—Como está mi vieja? quiero ver á mi viejita, les dijo Cuello, despues de responder á la série de abrazos y cumplimientos con que fué recibido—despues volveré á tomar la copa.

—Su madre está buena, aunque algo delicada todavia, respondió la gringa—voy á prevenirle un poco porque no es bueno que te vea así de golpe, pues hasta esta mañana te habiamos creído en vísperas de ser fusilado.

Y mientras la buena gringa iba á prevenir á la anciana, Cuello tuvo tiempo de tomar un par de copas de las diez ó doce que le ofrecieron los parroquianos amigos.

Por fin volvió Mariquita y Cuello pudo trasladarse á la habitacion de su viejita, que le esperaba con la ansiedad pintada en su fisonomia noble y bondadosa.

No hay nada comparable á esa expresion de

suprema alegría que afluye al semblante de una madre al volver á ver al hijo ausente durante mucho tiempo y á quien se ha creído en inninente peligro de muerte.

Cuello y la anciana estuvieron largo tiempo uno en brazos del otro, estrechamente oprimidos, como si aquella buena vieja temiese que de un momento á otro viniesen á arrebatárle aquel hijo querido, amenazado de tantos peligros.

La vieja habia enflaquecido notablemente—la azotaina por una parte, su salud delicada por otra, la pérdida de Margarita y los peligros que rodeaban á Juan, empezaban á minar aquella débil existencia.

Cuello esperiméntó un verdadero disgusto al ver aquel semblante desencajado por el llanto y aquel cuerpo enflaquecido hasta el extremo de parecer un esqueleto lijeramente vestido de piel descolorida y llena de arrugas profundas.

—¿Qué tienes madre mia? tú estás enferma y necesitas que te cuiden—mira que sos lo único que me queda en la vida y que si llevo á perderte, al otro dia mismo me entregó para que me fusilen ó hagan lo que quieran conmigo.

—No hables esas cosas, hijo mio, dijo la anciana completamente aterrada, y rompiendo á llorar, continuó—es preciso que te escondas y que te vayas al campo, han ofrecido dinero por tu cabeza, y unos por necesidad, otros por codicia, han de tratar de entregarte cuando estés dormido ó descuidado—con la oferta de ese dinero, hijo mio, te han echado encima el peor enemigo que puedes tener, y contra el que hay que guardarse de todos modos.

Prométeame hijo de mi alma que te irás lejos donde nadie te conozca y nadie te pueda vender, mira que tú vida es la que alarga la mia, y concluido tu, esta bolsa de huesos concluirá con mis miserias.

Enternecido Cuello hasta las lágrimas, abrazó tiernamente á la anciana, prometiéndole que se iria al Azul á vivir aunque fuera entre los indios establecidos en aquel partido donde nadie lo conocia.

Cuello no queria moverse de Buenos Aires, de la ciudad, pero hacia á la madre aquella promesa, comprendiendo que era necesaria para que la vieja estuviese completamente tranquila respecto á su seguridad individual.

—Yo he de saber si me engañas, dijo la anciana adivinando el pensamiento del jóven con esa doble vista que solo poseen las madres,

yo he de saber si me engañas y esta mentira habrá apresurado mi muerte.

Cuello volvió á prometer que se iría al Azul, pero esta vez verdaderamente decidido á cumplir su promesa—amaba aquella anciana con verdadera veneracion y ponía todo lo que estuviera al alcance de su mano por hacerle mas agradable la existencia que él con su vida aventurera habia contribuido á amargar, por una fatalidad de la suerte.

Sin don Ruperto y las injusticias de la autoridad, Cuello hubiera sido un hombre completamente feliz—se hubiera casado con Mercedes, causa de todas las calamidades que siguieron á aquellos amores, y hubiera vivido ignorado de todos, en compañía de su mujer y su madre, ocupado en aumentar su pequeña hacienda y en los trabajos productivos á que se habia dedicado siempre.—Pero la fatalidad no lo habia querido asi.

Disputándole la mujer que él amara con locura, se le habia cruzado en el camino un hombre, sin mas títulos ni derechos que ser un alcalde de Rosas,—no pudiendo vencerlo con las prendas de su corazon ante la mujer amada, habia echado mano de malos medios, valiéndose de los bandidos que tenia á sus órdenes, y no siendo esto suficiente para hacerle abandonar su empeño, se habia echado encima el ódio é injusta persecucion de la justicia, palabra que era un verdadero sarcasmo, en aquellas épocas en que la justicia solo significaba la voluntad de Rosas, de Cuitiño, de Parra, ó de cualquiera de aquellos corifeos que quisiera enplear su poder inconstable.

Cuello pensaba todo esto—comparaba lo que era con lo que podia haber sido, y sentia afluir á su corazon todo el ódio que en él habian enjandrado las injusticias y las infamias de toda especie de que habia sido víctima.

—Encien mil pesos estará muy bien paga mi pobre cabeza, pensaba Cuello, pero es muy poca plata para impedir que yo siga practicando mi venganza por todo aquello que se ponga á tiro de mi puñal ó al alcance de mi trabuco—todavía no estoy lleno de matar y he de seguir matando hasta donde me alcance el aliento ó hasta que concluyan conmigo, que algun trabajo les ha de costar.

Cuello se despidió esa tarde de su buena madre, de la gringa Mariquita y de Chisquin, asegurando á la primera que al otro dia de madrugada marcharia para el Azul, de donde no regresaria en mucho tiempo.

Cuello se fué al escondite de la quinta de Montoro, donde permaneció oculto hasta las 9 de la noche, hora en que salió ginete en su magnífico pico blanco, pues la campaña que iba á emprender era una campaña de sorpresas.

Con el trabuco en la mano, Cuello caminó toda la noche á la ventura, dispuesto á hacer

fuego sobre la primer patrulla que encontrara, disparando en seguida hácia su escondite de la quinta de Montoro.

Así pensaba matar á cuanta justicia federal hallare en su camino, paso á paso y sin ningun género de riesgo, hasta que decididamente emprendiera su viaje hasta el Azul, único punto donde podia hallar abrigo.

A eso de las once de la noche y al pasar por la pulperia de Rosende, vió Cuello unos seis ú ocho caballos atados á la puerta, por lo que supuso que allí debia de estar una patrulla de serenos, matando el tiempo con una copa.

La noche era clara y hermosa, de modo que aproximándose Cuello á los caballos, pudo conocer por las monturas de estos que no se habia equivocado—que dentro habia una partida de serenos y un oficial.

Con esa travesura peculiar al gaucho porteño y caminando sin producir el mas leve ruido, Cuello echó pié á tierra á cuatro varas de distancia de los caballos, se acercó á estos y con gran rapidez les cortó á todos la rienda, de modo que no solo dispararan, sino que, si por casualidad sus dueños tomasen uno de ellos, les fuera completamente inútil.

Cuello montó en seguida á caballo y se emboscó en la acera del frente, á ver que efecto hacia su travesura y con el trabuco en la mano listo para hacer fuego en el momento en que menos pudieran sospechar una embestida de aquel género.

Como Cuello no habia espantado los caballos, estos, mancos como la generalidad de los patrios, apenas se habian apartado de la vereda, oliendo la tierra de la calle en busca de un poco de pasto.

Apenas hacia una hora que Cuello acechaba la entreabierta puerta de la pulperia, cuando esta se abrió de par en par y apareció la patrulla que salia alegremente en busca de sus caballos que dejara atados en los postes.

Al principio les llamó la atencion ver que los caballos andaban sueltos habiéndolos dejado bien atados, pero cuando se apercebieron que habian sido cortadas todas las riendas, miraron aterrados á todas partes, pudiendo ver á Juan Cuello que con la pierna cruzada sobre el apero y el trabuco en la mano, miraba socarronamente el resultado de su diabólica travesura, y el terror pintado en el rostro de los serenos.

—Ah! maldito, exclamó el que parecia oficial de aquella tropa y quiso agarrar su caballo, pero se convenció que de nada le servia, pues la rienda estaba cortada hasta el freno.

Juan Cuello soltó una carcajada provocativa y se acomodó sobre el *recado* mientras los serenos se miraban entre sí sorprendidos, sin atreverse á tomar resolucion alguna; tenian miedo al trabuco que veian brillar en su mano.

El oficial estaba plenamente convencido que atacar á Cuello á pié y en aquella situacion, era provocar un disparo del bandido sin provecho de ningun género, así es que dominó la ira que sentia y permaneció sin dar un solo paso.

—Felicito á la policia por partida tan animosa, dijo Cuello socarronamente, picando su caballo hácia donde esta se hallaba—si hubiera sabido que me iba á topar con tanto guapo, hubiera traído caballo de tiro.

El oficial no pudo contenerse al oír á Cuello y ver que este se le aproximaba—desnudó su sable y seguido de los serenos fué á cargar sobre el paisano. pero solo tuvo tiempo de dar dos ó tres pasos en la vereda.

Cuello tendió su trabuco, al mismo tiempo que contenia la marcha del pico blanco, estuvo apuntando dos ó tres segundos como si quisiera enfilar á los serenos, y el fuertísimo estampido del trabuco sonó imponentemente.

El paisano no pudo hacer la enfilada, pero toda la carga de su terrible arma, la habia recibido el oficial en medio del pecho, cayendo sobre la vereda sin pronunciar una sola palabra.

Los caballos que al principio no se habian movido, así que sintieron la detonacion del trabuco, echaron á disparar por esas calles de Dios, sacando fuerzas de flaqueza, y los serenos que veian quedaban á completa merced del paisano quien habia empezado á desatar de su cintura sus terribles boleadoras, ganaron otra vez la pulperia cerrando la puerta detras de sí: estaban poseidos por el miedo mas descomunal.

Cuello les dirigió tres ó cuatro frases de alegre mofa, cargó nuevamente su trabuco y regresó hasta la calle de la Federacion por la que dobló hácia la plaza, sin siquiera detenerse á mirar la cara de aquel oficial que quedaba en la vereda.

Habia hecho su primer jornada y no queria regresar á su escondite sin dar otro mal rato á la policia de Rosas.

En aquellos meses ya se empezaba á hablar algo del levantamiento de Urquiza, á quien ya calificaban de «loco, traidor, salvaje unitario Urquiza», y la mazorca habia vuelto á apretar la mano en sus iniquidades.

Las partidas de aquella institucion maldecida recorrian las calles en numerosos grupos, penetrando á las casas sospechadas de unitarismo donde cometian todo género de iniquidades.

Pocas cuadras habia andado Cuello por la calle de la Federacion, cuando fué sorprendido por gritos de auxilio y conmovedores llantos de mujer, que partian de una casa situada en la acera derecha, una de las pocas casas cuyo piso y paredes no estaban pintados con colores de la federacion, como riguroso deber de todo

federal *neto* que queria asegurar la cabeza y proteger su cuerpo contra las vergas de la mazorca.

Delante de aquella casa, y atados á los numerosos postes que adornaban las veredas, habia unos ocho caballos, pertenecientes, fuera de toda duda, á individuos de la mazorca.

Cuello echó pié á tierra y se puso á escuchar por una de las ventanas.

Los gritos de socorro y perdon eran pronunciados de una manera desesperada y acompañados de golpes secos y repetidos, mezclados á voces vinosas de ¡Viva Rosas! ¡Viva la federacion!

Cuello sacó su cuchillo y por pronta manobra cortó las riendas de los caballos. Conocia ya prácticamente los efectos de esta travesía táctica y consideraba un delito dejar de hacerlo cuando la ocasion se le presentaba tan incitante.

Una vez cortadas las riendas á la raiz del freno, el paisano espantó los caballos que tomaron para el lado de la querencia unos, y para el lado que mejor les pareció los otros.

Los gritos entre tanto, seguian en el interior de la casa, cada vez mas desesperados, lo que probaba que la azotaina iba en un crescendo infernal, lo que sin duda impidió á aquellos bandidos aperebirse del ruido que al disparar produjeron los caballos.

Cuello colocó su caballo frente mismo á la puerta de la calle, para poder saltar sobre él sin pérdida de tiempo, en caso que volviese huyendo, y entró resueltamente á la casa, con el trabuco en una mano y las boleadoras en la otra.

Era en el comedor de aquella casa donde tenia lugar aquella oxena brutal y salvaje: cinco ó seis mujeres corrian en todas direcciones, tropezando en los cuerpos de las caidas y lanzando ayes desgarradores—y detras de estas mujeres cuyas ropas estaban despedazadas y muchas de las cuales tenian el cabello cortado, corrian aquellos energúmenos, azotándolas las espaldas con las vergas, y lanzando al compás de los azotes, todo género de ternos y vivas al tirano Rosas.

Juan Cuello se sintió tan conmovido, tan impresionado, que la indignacion apagó la voz en su garganta, necesitando mas de un minuto para recuperar el uso de todas sus facultades y de toda su accion.

—Ríndanse á Juan Cuello! ríndanse á Juan Cuello, gritó el jóven con la voz temblorosa por la emocion que aquel espectáculo le hacia sentir—ríndanse, continuó, ó les abrazo las espaldas!

El efecto de aquel nombre y de aquella voz varonil, fué mágico—todas las vergas se bajaron de pronto y todos los ojos, de víctimas y verdugos se fijaron en aquella figura simpá-

tica de un jóven que se permitia en aquellos tiempos, dar semejante voz á la mazorca ante la cual temblaba el corazon de los mas valientes.

—Socorro! socorro, valiente Cuello, esclamó una de aquellas señoras, corriendo á donde estaba el jóven, y tratando de guarecerse á su espalda—Dios lo ha mandado á usted en nuestra ayuda para que nos salve.

Los soldados de la mazorca, repuestos de su primera impresion, habian abandonado las vergas, y con el cuchillo en la mano se venian sobre el jóven tratando de sacar el cuerpo á la boca del trabuco que les buscaba el pecho.

Las otras mujeres que aun permanecian en pié, habian venido mas ó menos penosamente á buscar un amparo tras el cuerpo de Cuello, donde estaba la primer señora, aterrada, con las manos nerviosamente apoyadas sobre los hombros del jóven.

Aquella voz melodiosa que pedia socorro con un acento de infinito dolor, la presion suavísima de aquellas manos, los ojos llorosos de aquella mujer hermosísima, hicieron estremecer poderosamente al jóven Cuello.

La partida que habia provocado por simple placer, se le ofrecia ahora revistiendo un carácter romántico que seducia su corazon y su espíritu: no hubiera abandonado su puesto de peligro aunque hubiera tenido al frente toda la policia de Rosas.

En un momento en que los bandidos vacilaban ante el aspecto formidable de Cuello, este dió vuelta el semblante rápidamente y miró por sobre su hombro á aquella mujer hermosa que habia reclamado su auxilio, buscando abrigo á su espalda.

Era esta una mujer pálida, hermosa y notablemente esbelta, á cuyos ojos pardos afluia una encantadora expresion, mezcla de dolor y de alegria, ojos que lo miraron intensamente al través del cristal de sus lágrimas.

La vista de esta mujer hizo temblar á Cuello como si lo hubieran puesto al contacto de una pila eléctrica—sus pupilas brillaron como un vidrio puesto al contacto del sol, y por un movimiento nervioso oprimió el resorte del trabuco.

Aquella descarga poderosa hecha á boca de jarro sobre los bandidos, produjo un efecto infernal—los asesinos se hicieron atrás barridos se puede decir por el puñado de recortados con que estaba cargado el trabuco, dando tiempo á Cuello para que volviera á cargar su arma.

Aquella primer descarga cambió por completo los papeles—los bandidos lanzaron un grito de miedo, mientras las mujeres, sus víctimas un momento antes, prorrumpian en voces de alegria.

Cuello no vaciló ni un segundo—cebió su tra-

buco cargado hasta la boca, y el segundo disparo vino á darle la victoria completa, pues la partida se puso en fuga por las piezas interiores dejando tres compañeros que habian caido destrozados por los recortados del trabuco.

Cuello que no habia perdido un momento su serenidad, se apercibió del riesgo que corria su caballo, así es que deshaciéndose de las mujeres saltó al patio, haciéndoles con la mano señá de que esperaran.

El jóven cruzó el patio como un relámpago, salió á la calle y saltó sobre su famoso parejero, en momentos en que los mazorqueros salian por la puerta de la sala en completa demoralizacion y en busca de sus caballos.

Cuando estuvieron en la calle y se hallaron á pié el terror les dominó por completo—vieron á Cuello que desataba. Las boleadoras y huyeron con tal rapidez que parecian llevar alas en los tobillos.

Cuello volvió á entrar á la casa, esta vez á caballo y bajándose en la puerta del comedor donde aun permanecian agrupadas las mugeres trató de tranquilizarlas, asegurándolas que aquella gente no volveria mas allí.

Las mugeres reian de una manera nerviosa, y oprimian las manos del jóven espereándole el mas vivo agradecimiento, pero el paisano notaba que miraban al mismo tiempo dentro de la pieza, como dominadas por el terror.

El jóven se asomó al corredor creyendo que el miedo hubiera hecho quedar allí á alguno de los asesinos, pero bien pronto pudo ver lo que causaba el terror de aquellas mugeres—eran los tres cadáveres que habian quedado abandonados por los bandidos.

Sonriendo siempre bondadosamente, Cuello soltó las riendas del pico blanco entró al corredor y uno despues de otro, sacó arrastrándolos por sus piés, hasta la calle, aquellos tres cadáveres que dejó sobre la vereda maliciosamente.

Cuando volvió á entrar, las mujeres estaban todo lo tranquilas que era posible despues de la situacion tremenda porque acababan de pasar, de la que les quedaba el recuerdo impreso por las vergas en las espaldas y en sus cabellos cortados de raíz.

—Yo me voy, dijo Cuello tristemente, mirando con fijeza á aquella señora que habia posado sobre sus hombros las delicadas manos—yo me voy puesta que ya no tienen ustedes nada que temer.

Aquella mujer bajó sus grandes y hermosos ojos al suelo, mientras decia con voz emocionada—no se vaya usted Cuello, yo quiero agradecerle el servicio que nos ha prestado.

Cuello se puso encendido hasta el blanco de los ojos, como si hubiera sido sorprendido cometiendo una mala accion, miró intensamen-

te aquella mujer hermosa y secando una lágrima que rodaba por sus pómulos repuso:

—Yo no le hecho ningún servicio, señora, he venido aquí porque tengo una cuenta muy larga que ajustar con esta gente, autora de mis desgracias—además, me considero pago con lo que usted me ha dicho.

—Usted nos ha salvado de la muerte, del saqueo, añadió la señora sin levantar la vista como si temiese mirar lasimpática y altiva fisonomía del paisano, usted nos ha salvado, añadió y yo quiero recompensarlo.

—Se paga lo que se compra, contestó Cuello con acento lleno de amargura, pero lo que se dá con el corazón no se paga.—Su voz resonó dentro de mí como el preludio de un triste, añadió el paisano, con la voz cada vez mas conmovida, y yo canto al compás de ese preludio—yo no tengo nada en el mundo, señora, mas que una madre vieja y enferma, pero se me hace que desde hoy tengo algo mas que mi madre—me lo dice el corazón.

Y al hablar así la palabra de Cuello era tierna y melodiosa—su corazón ávido de amores, habia absorbido la belleza suprema de aquella señora, pero comprendia que de ella lo separaba un abismo insalvable, y se conformaba á su suerte con esa grandeza de alma que le era característica.

Si aquella mujer hubiera sido su igual, Cuello la hubiera montado á las ancas de su parejero, porque comprendia que no era indiferente á la impresion que él sentia—pero habia algo que el paisano no comprendia y que le hacia guardar un extraño respeto, helando en sus labios las palabras de amor que su corazón ardiente le inspiraban.

Aquella hermosa señora estaba conmovida tanto como Cuello. Evitaba mirar á la cara del paisano, como si temiese el contacto de su mirada, cuyos rayos ~~se~~ ^{sentía} sentia sobre sí, con una impresion inexplicable.

Cuello contempló largo rato á aquella mujer que le habia dominado por completo, sonrió amargamente, descubrió la cabeza, y como si arrancara violentamente su espíritu de aquella contemplacion para él encantadora, dijo:

—Me voy, señora, yo no tengo mas fuerza para estar aquí, me voy cantando al compás del preludio de sus ojos; ya nadie ha de volver á incomodarlas, y de todos modos, tarde ó temprano tendré que irme de esta casa bendita.

Su pié describia el primer paso en direccion á su caballo, cuando fué detenido nuevamente por la manga del saco.

Cuello quedó helado al ver á la señora que le alargaba un anillo, esta vez mirándolo fijamente en los ojos.

Cuello, entonces, bajó los suyos con una timidez infantil. Hay situaciones que imponen al espíritu mas varonil, y nada impresionan

á un corazón jóven, como la mirada y la palabra de la mujer á quien se ama verdaderamente.

—Tome usted esa sortija, dijo aquella mujer con una voz dulcísima. Nada vale en sí, pero se la doy á usted como un recuerdo de su proceder noble y honrado; mi casa nunca estará cerrada para usted.

Cuello recibió aquella sortija, sin mirar otra cosa que el semblante de quien se la daba, y pálido y tembloroso, dijo:

—Gracias, señora; esta sortija será la prenda que yo mas estime. Ahora, y antes de irme, quisiera saber su nombre para recordarlo en mis soledades, en medio de mis momentos amargos. Yo creo que recordándolo he de consolarme de cualquier dolor del alma, de cualquier pena del corazón.

La señora vaciló un momento; retiró la suya de sobre la mirada de Cuello, y dijo levemente:

—Enriqueta Ibañez; la mujer que usted ha salvado es Enriqueta Ibañez, que promete á usted no olvidará nunca esta noche.

—Enriqueta, dijo Cuello, llevando la mano á la frente y despues al corazón, como si quisiera grabar allí ese nombre,—nunca lo olvidaré, señora, dijo, y tomó la rienda del parejero.

Y caminando seguido del caballo, se dirigió al zaguan dando vuelta la cabeza de cuando en cuando, para mirar á Enriqueta que quedaba allí con la vista fija en el suelo y los brazos caidos á lo largo del cuerpo.

Una vez en la calle, Cuello montó á caballo pausadamente, irguió la cabeza sobre el pecho y «con Enriqueta metida en el corazón» se puso á caminar lentamente á la completa voluntad de su caballo.

El inteligente animal que sintió abandonada la brida, tomó con ese paso largo y acentuado del caballo parejero, el camino de la quinta de Montoro, á donde llegó cuando los primeros rayos de la mañana empezaban á disipar las tinieblas de la noche.

Cuello entró á su escondite y cuando el pico blanco detuvo su marcha al lado del tordillo, recién salió de su éxtasis amoroso, echó pié á tierra y desensilló.

Cuello tendió su montura, que es la cama de nuestro paisano y de nuestro mal tratado soldado de caballería, pero estuvo largas horas *bordeando* sobre el recado sin poder conciliar el sueño.

El recuerdo de Enriqueta estaba fijo en su pensamiento que lo acariciaba de una manera íntima, y aquel anillo que llevaba al dedo, le hacia el efecto de un aro de fuego. El sueño huía, pues, por completo de sus párpados.

Por fin la fatiga lo fué venciendo poco á poco, el recuerdo de aquella hermosa mujer lo fué arrullando suavemente, hasta que la fatiga del cuerpo venció al espíritu y quedó profundamente dormido.

SICUEN LAS AVENTURAS

Serian las cuatro de la tarde cuando Juan Cuello abrió los ojos para volver á pensar en aquella hermosa mujer que tan de pronto y á pesar de todos sus esfuerzos, se habia así apoderado de su espíritu, sin dejar en él cabida á otro género de recuerdos, borrando de su corazón la imagen de Margarita y hasta el recuerdo de su buena y anciana madre que estaria tal vez llena de ansiedad pensando que á aquellas horas estaria bien lejos de la ciudad.

Cuello permaneció mas de una hora aún dejándose mecer por el halago de aquel tierno recuerdo y contemplando hasta el mas minucioso detalle de aquel anillo, que no hubiera cambiado ni por su propio indulto.

Por fin la materia habló tambien con su voz imperiosa y exigente: hacia veinte y cuatro horas que no tomaba alimento y su estómago reclamó para sí un poco de atencion.

Cuello estiró todos sus músculos perezosamente, dió todavia un par de bordejeadas sobre su recado convertido en cama y se levantó por fin dispuesto á atender las necesidades de su cuerpo asendereado.

La quinta de Lafuente, como siempre, fué «el pavo de la boda»—la despensa donde Cuello debia llenar todas sus necesidades—el fantasma la *viuda* volvió á aparecer en la quinta de Montoro, poniendo á contribucion la familia Lafuente.

Cuello esperó á que cayera la noche, y cuando las sombras envolvieron todo salió de su escondite, saltó la pared de los fondos de la quinta de Lafuente y se puso á acechar atentamente la cocina.

Era la hora de la comida que en aquellos tiempos se llamaba cena, y los sirvientes entraban y salian á la cocina cargados de platos limpios ó sucios y de fuentes llenas ó á medio vaciar.

Juan Cuello estuvo por largo tiempo contemplando todos estos movimientos y viendo llegar el momento en que concluida la comida de la familia empezaba la de la gente de servicio, sin quitar los ojos de un pavo á medio consumir, de cuyos muslos intactos la cocinera cortaba de cuando en cuando un buen pedazo que devoraba con verdadera fruision, por lo que se conocia era aficionadísima á aquel plato.

Si la buena cocinera que estaba defraudando con aquellos bocados la propiedad de las demas sirvientas, hubiera visto la cara traviesa

de Cuello al contemplar su maniobra, hubiera echado á correr como si la siguiera el diablo.

Pero la buena parda no se sospechaba de la presencia de semejante espia y trataba de aprovechar velozmente los momentos en que la demas gente de servicio iba al comedor dejándola dueña absoluta de la cocina.

Por fin, los viajes de los sirvientes fueron mas rápidos, apareció una pequeña pardita con una bandeja de pan, y aquella buena gente se sentó al rededor de la mesa presidida por la parda cocinera de cucharon enarbolado.

El reparto de la sopa se hizo en el mayor orden y general alegria: los sirvientes hacian la critica y comentarios de lo que se habia hablado en la mesa, empuñando cada uno su cuchara mas ó menos alegremente.

Los mas listos se habian echado al colete un par de cucharadas de sopa, cuando la cocinera dió un grito descomunal y todos volvieron el semblante tratando de inquirir la causa de aquel grito de soprano agudo en noche de beneficio.

En el patio, como á seis varas de la puerta, habia un bulto blanco, cuyas proporciones aumentaba el espanto de aquella buena gente, que hacia señas con brazos larguissimos y descarnados.

—Dios me asista! dijo una criadita—la Virgen me ampare! añadió otra—Jesucristo me ampare gritó un negro geton, y todos enfilaron camino del comedor dando voces destempladas é invocando á todos los santos.

Cuello soltó una ruidosa carcajada, se despojó de su traje de fantasma y entró á la cocina donde hizo una abundante provision de víveres, sin dejar, por supuesto, un átomo de comida en fuentes y cacerolas.

Cargado con tan magnifico botin, cuya pieza mas culminante era aquel famoso pavo que *encharcaba* la cocinera, Cuello no se tomó el trabajo de volver á saltar la pared, saliendo por la misma puerta de calle, con gran espanto de toda la familia á quien la gente de servicio habia puesto en alarma, contando como se les habia aparecido en la cocina aquella fantasma á quien calculaban unas veinte varas de alto, por lo menos.

Inútil es decir, que los sirvientes preferian quedarse sin comer á volver á la cocina, comunicando á sus patrones, la cocinera y el negro geton, que al otro dia dejaban la casa, pues no querian cuentas con personas del otro mundo.

Mientras en la quinta estaban entregados al

mas temeroso espanto y trataban de mandar pedir auxilio á D. Daniel Gowland, que todavía vive por aquellas inmediaciones, Juan Cuello estaba en su escondite de gran banquete.

Habia traído comida, el pavo que habia en la cocina y una botella de vino *raspada* sin duda por el negro geton, de la mesa, y se entregaba por completo al placer de saborear una comida tan buena y tan barata.

Cuando hubo comido á su entera satisfaccion, se echó al colete la mitad del contenido de la botella, dió en seguida al tordillo el pan que le habia sobrado, ensillándolo en seguida pues á él le tocaba el servicio aquella noche.

Cuello salió alegremente de su escondite, sin duda por aquello de «barriga llena corazón contento» y tomó la calle de la Federación: queria pasar por casa de Enriqueta, antes de dirigirse por los lados de la Recoleta, donde pensaba dar esa noche una buena recorrida.

Serian las doce de la noche, hora en que solo se veia por las calles una que otra patrulla de serenos ó una que otra mazorcada que venia de hacer ó iba á hacer una atrocidad.

Juan Cuello tomó pausadamente la calle de la Federación, en direccion al Este, llevando armado en la diestra su tremendo trabuco, por lo que pudiera *tronar*, pues no era extraño le pusieran alguna emboscada.

Cuando el jóven llegó á casa de Enriqueta Ibañez, donde la noche anterior habia dado aquel chasco á la mazorca, aquella estaba completamente cerrada.—Estaria cerrada por lo avanzado de la hora, ó la familia habria abandonado la casa para huir de otra exena como la de la noche anterior?

Esta fué la duda que asaltó á Cuello, quien detuvo la marcha de su caballo y se puso á contemplar la casa como si por algun detalle fuera á descubrir la verdad.

En una de las rejas de la primer ventana habia un pequeño bultito negro que intrigó al paisano, quien, para ver lo que era aquel bultito, subió con el caballo á la vereda y lo tomó cautelosamente. Aquel bultito era un ramo de violetas.

¿Qué significaba aquel ramo abandonado intencionalmente en la vereda? ¿Era una cita de amor, era una carta misteriosa, era una respuesta á una demanda de amor ó era una correspondencia habitual?

¿Quién habia colocado allí aquel misterioso y delicado ramo de violetas? Era alguna de las otras niñas que vivian en la casa ó era aquella señora, la hermosa Enriqueta, de quien habia quedado enamorado Cuello?

Esta série de preguntas que se hizo Cuello sin atinar con una respuesta que explicara el misterio, produjeron en el jóven un efecto

de todos los diablos. Sintió celos, y junto con los celos un vehemente deseo de vengarse.

¿Pero de quién se iba á vengar? ¿por qué razon iba á vengarse? Aquellas flores podian haber sido dirigidas á él mismo por mano de Enriqueta, y este pensamiento llenaba de placer su espiritu, tan fácil de impresionarse.

Pero por mas que este último pensamiento lo halagara, por mas que hubiera creído ver amor en la actitud y palabras de Enriqueta, Cuello volvía á caer á sus celos, porque le parecia imposible que aquella mujer distinguida bajara su atención hasta fijarla en un paisano humilde, cuya cabeza habia sido puesta á precio, y que estaba pregonado como desertor, como ladrón y como asesino.

Cuello se decidió á averiguar la verdad de la cosa, aunque para ello tuviera que entrar de dia á la ciudad, provocando un encuentro serio con gentes de la Policía, ó la ambicion del primero que lo quisiera entregar.

Guardó pues el ramo en el tirador, se puso el trabuco á la cintura y se dirigió á la pulpería de la esquina donde habia sentido voces al pasar, y cuya puerta golpeó con el cabo del rebenque.

No habia caballo alguno en la puerta, lo que indicaba que la Policía estaba ausente de allí, y Cuello podia entrar con confianza, aunque aquel inconveniente le hubiera importado muy poco para hacer lo que allí lo habia llevado:

Cuando Cuello llamó de aquella manera imperativa, se sintió en el interior ese movimiento especial de muebles y pisadas, como de quien se prepara á una visita de la temida autoridad policial.

—¿Quién llama? preguntó la voz del pulpero, que por el golpe imperativo habia creído fuese gente de *copete*, y Cuello sintió las pisadas del pulpero que se dirigia perezosamente á la puerta, en ademan de franquear la entrada.

—Juan Cuello—contestó lacónicamente el paisano.

—Dios me asista—dijo el pulpero con el mas marcado espanto—yo no abro porque me comprometo, amigo mio, y usted sabe que con la autoridad no se juega.

—Ni conmigo tampoco, añadió el paisano—por eso prevengo á usted que si no me abre pronto, hago volar de un trabucazo la puerta y lo que está atrás—y se sintió en seguida el ruido seco de los muelles del trabuco al ser montado.

—Aguarde amigo, por Dios, concluyó el pulpero, conociendo que Juan Cuello, si él era efectivamente el que llamaba, haria todo lo que acababa de decir y mucho mas que no habia dicho.

Tres ó cuatro segundos mas tarde, la puerta de la esquina se abria precipitadamente, pre-

sentándose á los enojados ojos de Cuélllo, el rostro escarlata del pulpero, que denunciaba un borrachon consumado.

—Adelante amigo, dijo con un aire sumiso, pero por Dios, que no lo vaya á ver alguna patrulla, porque tenemos penas severísimas si lo admitimos—nos van á cerrar la casa.

—Yo no vengo á entrar, repuso Cuélllo, sin hacer caso de las geremiadas del pulpero—yo solo quiero saber si las señoras que viven allí se han mudado—é indicó con el cabo del rebenque la casa de Ibañez.

—No se han mudado, no señor, contestó el pulpero—además, todo el día ha habido allí gente del señor comandante Cuitiño que esperaban á usted, porque unos decían que estaba adentro y otros que no tardaría en llegar.

—Pues aquí me tienen para lo que gusten mandar, replicó Cuélllo socarronamente, desmontando el trabuco y guardándolo en la cintura—ahora ya sé lo que quería saber, concluyó volviendo la brida al tordillo, con que á volar que hay chinchés, porque lo que no sirve estorba, y tomó al tranquito la dirección de aquella casa donde estaba la mujer que creía haber amado mas en esta vida.

Lo de siempre—la última parece que se quiere mas.

El pulpero cerró la puerta á cal y canto dándose por feliz de que aquel peligroso marchante *rumbiase* para otro lado, pues además del peligro que él ofrecía, se comprometía seriamente con la santa federacion.

Mientras el pulpero comentaba con sus parroquianos la audacia de Cuélllo, que venía por allí apesar de lo que hizo la noche anterior, el jóven se detuvo nuevamente delante de las ventanas de Enriqueta.

Allí permaneció largo rato en contemplacion, y sabe Dios hasta cuando hubiera quedado allí, si no lo hubiera sacado de ella el ruido de varios caballos, que acusaba la presencia de una patrulla de serenos ó de la mazorca.

Cuélllo se corrió hasta la esquina de la pulperia donde estuvo momentos antes, y allí se emboscó para ver que rumbo tomaba la partida, y que gente era, simples mazorqueros, serenos ó policia.

La partida compuesta de seis hombres y un oficial se detuvo un momento delante de la casa de Enriqueta, donde hizo algunos comentarios, sin duda referentes á la cuxena que allí habia tenido lugar la noche antes, con gran perjuicio de la mazorca.

Cuélllo se emboscó mas al centro de la cuadra, sacó su trabuco que montó, y esperó á que llegara la partida y cuando esta apareció llenando la boca-calle, hizo fuego sobre el grupo.

Uno de ellos, el oficial cayó al suelo, muerto tal vez, pues no hizo el menor movimiento.

La partida, completamente desmoralizada por aquella descarga que no pudo apreciar de donde habia partido, huyó en todas direcciones.

Uno de los soldados, mas dominado por el espanto que los demás, tomó la calle donde aun permanecía Cuélllo contemplando el efecto de su trabucazo.

Al ver aquel soldado que disparaba tan dominado por el espanto que no lo veía, Cuélllo sacó rápidamente las boleadoras y cuando el ginete fué á pasar por su lado, le dió un bolazo en la cabeza que lo dejó desmayado sobre el caballo que echó á disparar, volteándolo á pocas varas de distancia.

Cuélllo soltó una carcajada que era la manera como remataba cada una de estas aventuras, y guió su caballo en direccion al Norte—iba á dar una recorrida por los barrios de la Recoleta.

Así llegó hasta inmediaciones de la calle de Juncal que era entónces una serie de huecos y quintas donde un edificio era una cosa rarísima, pues eran barrios poco poblados y temidos por la soledad que en ellos reinaba, aun de día.

En aquellas inmediaciones, Cuélllo encontró á un caballero que marchaba precipitadamente: solo una necesidad urgente podia hacerle cruzar aquellos barrios y á aquellas horas en que solo la mazorca andaba por las calles.

Cuélllo se acercó á aquel caballero, y le cerró el paso, preguntándole á donde iba y si su marcha precipitada era á causa de algun peligro que lo amenazará, ó gente asesina que lo persiguiera.

—Ni lo uno ni lo otro amigo, replicó don Juan Señorans, que él era, y que nos cuenta esta aventura—Soy Juan Señorans que vivo en una de estas quintas y que vengo á mi casa de retirada.

—Todavía queda lejos su casa, dijo el peisano y es muy peligroso andar por aquí, por los muchos bandidos que van y vienen á Palermo—yo lo voy á acompañar y usted no tendrá nada que temer porque yo soy Juan Cuélllo.

—No hay necesidad, repuso el señor Señorans, estoy habituado á hacer esta cruzada y además ando bien armado—no se incomode amigo que solo voy completamente seguro.

—Pues mas seguro irá acompañado por Juan Cuélllo, concluyó el jóven, y no hay que decirme que no, ni gastar cumplimientos, porque yo tengo un verdadero gusto en acompañar á usted, que no es un mazorquero ni un rosino.

Fué inútil negarse por mas tiempo—Señorans tenia á Cuélllo por un bandido, como todos los habitantes de Buenos Aires, por la cantidad de iniquidades que se le fraguaban—pero tambien confiaba en las armas que llevaba.

Así empezaron á caminar, uno al lado del otro, observando Señorans el menor movimiento de su acompañante, y Cuello completamente ageno á que pudiera inspirar la menor desconfianza, y con su habitual tranquilidad.

Ambos conversaban de las iniquidades que cometia la mazorca, contando Cuello que hacia tres ó cuatro noches que andaba esclusivamente dedicado á perseguir á la gente de Cuitiño, buscando el desquite de lo que le habian hecho.

Así llegaron hasta la quinta de Señorans, donde este se detuvo á invitar á entrar al paisano.

—Ni pensarlo, dijo este—no quiero perder noche porque pronto me voy *pajuera*, y antes de irme quiero hacer unas cuantas de las mias.

Y se despidió de Señorans, satisfecho de haber prestado un servicio á un hombre que, yendo solo, podia realmente haber sido victima de una acechanza cobarde. Cuello volvió riendas en direccion al centro.

Al pasar por la pulperia de D. Cosme, vió Cuello que habia reunion algo numerosa, y detuvo su caballo á la puerta para observar quienes estaban adentro.

Era gente del pueblo que andaba de trueno, y soldados de Palermo que iban de paso.

Cuello se *apió*, y sin soltar el maneador del tordillo, entró á la pulperia dando á la puerta un sonoro «buenas noches les dé Dios, señores», que hizo que todos dieran vuelta la cara para mirarlo.

—Juan Cuello! dijo uno de los soldados que lo conocia desde el tiempo que el paisano estuvo en Palermo—de aunde sale amigazo, que en el campamento se corria que usted estaba muerto y hasta *agus mau?* ¡Ah hombre lindo! si en verlo tengo mas gusto que si me pagaran la copa una semana!—y aquel soldado se vino sobre Cuello con los brazos abiertos, y el semblante avivado por el placer que realmente sentia en volver á ver á Cuello.

Era aquel un insigne borrachon, pero buen muchacho, á quien conocian en el cuartel por *Vincha blanca*, nombre que aún dan en los campamentos á los frascos de ginebra, por el plomo que tienen en el *gollete*.

—Vincha blanca, hijito, contestó Juan Cuello devolviendo al soldado su expresivo saludo—parece que Dios me quiere dejar para semilla, pues todavia ando dando trabajo—ya lo vé.

—Me alegro como si fuera yo mismo, contestó *Vincha blanca*, porque hay hombres que no deben morir en la perra vida—pero entre y tome la copa amigo que á eso habia sin duda venido aqui y yo se lo he estorbado.

—Efectivamente, dijo Cuello, quiero hacer una *gárgara* porque la noche está fresca y sabe Dios hasta que hora tendré que andar en

la calle—quiero además llevar un medio frasco á los tientos.

Cuello era conocido de todos, personalmente ó de mentas, así es que aquella *asamblea* de bebedores y gente desalmada, lo recibió como se dice, en las palmas de la mano, *brindándole* cada cual el vaso que tenia delante.

Cracias, amigos, dijo Cuello, que yo no he venido á privar á nadie de lo suyo. A ver pulpero, agregó, dirigiéndose á este, que no las tenia todas consigo, con la entrada de tal marchante—Echenos un par de copas.

—Dos vasos grandes, añadió *Vincha blanca*, donde quepan por lo menos tres frasqueras. Y sus ojos se iluminaron ante la perspectiva de trago tan descomunal y tan de su agrado.

Vincha blanca era un borracho clásico, al extremo que, cuando se sentia llamar, marchaba con gran rapidez, convencido de que era realmente frasco de bebida y que lo llamaban para destaparlo y convidarlo con su contenido.

Se apoleró, pues, de dos grandes vasos de á media azumbre, que les sirvió el pulpero, y chocando el suyo con el de Cuello, se lo echó al colete da un solo trago, quedando por espacio de un minuto con la boca pegada al vaso vacio.

Una carcajada unánime acojió aquella manera brutal de beber ginebra. *Vincha blanca*, sin hacer caso de las bromas, se limpió la boca con el revés de la mano, que lamió en seguida para no perder ni un átomo de ginebra.

—Siempre conserva el mismo buche, amigo, dijo Cuello á *Vincha blanca*, Dios se lo conserve muchos años, para pesadilla de los pulperos y rabia de los que lo conviden con la copa.

—Que quiere amigo, replicó *Vincha Blanca*, yo sé que soy para la copa pior que mula para *laque*, pero no me es posible quitarme esa costumbre—y eso que una vez que estuve preso un mes me lo pasé sin probar la bebida.

Largo rato pasaron así, comentando las frases curiosas de *Vincha Blanca*, hasta que Cuello dijo que se le hacia tarde y que tocaba retirada, porque en el resto de la noche tenia todavia mucho que hacer.

Cuello salió entre los saludos mas cordiales de aquella especial concurrencia y entre las bendiciones del pulpero que tenia por momentos la llegada de una partida que tratara á su pulperia como á la de la gringa *Mariquita*.

Juan Cuello montó sobre el tordillo que palmeó alegremente *Vincha Blanca*, felicitándolo por conservar todavia aquella prenda impagable y tomó tranquilamente el camino de la ciudad.

Aquel vaso de ginebra habia hecho renacer sus dudas y sus celos sobre aquel ramo de

violetas, y Cuello resolvió aunque le costase dar una batalla, averiguar aquel misterio, así que abrieran la puerta de la casa de Ibañez.

Entregado á estos pensamientos, puso el tor-dillo al paso mas lento que le fué posible y tomó la direccion de lo de Ibañez, calculando llegar allí por la mañana para encontrar la puerta abierta.

Cuello dió un largo rodeo, de modo que cuando llegó á aquella casa, estaba el sol bastante alto y la casa abierta, delante de cuya puerta una mulatilla barria la vereda.

Cuello se acercó á la mulatilla que barria la vereda, preguntándole si la señora Enri-queta se habia levantado ya.

La chiquilina suspendió el barrido contes-tándole que ya se habia levantado la señora pero que no recibia á esa hora.

—Anda y decle que está Juan Cuello, insis-tió el paisano, que á mí me recibirá.

Sin duda la mulatilla habia oido á sus pa-trones hablar de Juan Cuello en términos favorables, porque sonrió cariñosamente al paisano y entró á la casa.

Pocos momentos despues Cuello era introdu-cido á la casa y conducido á presencia de la hermosa Enriqueta que lo recibió dando mues-tras de la mas íntima alegría y preguntándole: —¿En qué puedo servirlo, amigo mio?

Al estar en presencia de aquella mujer, Cuello se sintió dominado por completo y no se atrevió á esponer sus dudas: habia olvidado completamente sus celos y estaba allí turbado, ante la mujer amada sin saber que decir para salir del paso.

—Qué quiere usted amigo mio? volvió á pre-guntar aquella mujer sonriéndose cariñosamente al ver la turbacion de Cuello, que sin saber que decir daba vuelta al sombrero entre sus manos.

Cuello levantó la vista del sombrero y la fijó en aquel bello semblante con tan marcada timidez que hizo sonreír de nuevo á Enriqueta que veia satisfecha que su rostro hermoso convertia en un niño á un hombre como Juan Cuell o.

Este se fué rehaciendo poco á poco empezó á pensar en la mejor manera de salir de aque-lla situacion embarazosa, diciendo por fin:

—He venido á incomodarla tan temprano, señora, porque me voy hoy á la campaña y no queria hacerlo sin despedirme de usted y ofre-cerme por si algo necesitaba de mí, porque tendria el mayor gusto en que usted me ocu-para.

Una espresion de inmensa tristeza, cubrió el semblante de aquella mujer hermosa—sentia por Cuello una profunda simpatia, un naci-ente cariño enjendrado por el agradecimiento, y sentia el viaje del paisano sin poderse ella mis-ma explicar la causa.

—Y es por mucho tiempo el viaje? preguntó con marcado interés.

—Me voy por complacer á mi viejita, á mi madre, replicó Cuello, que tiene miedo me ma-ten aquí.

—Tiene razon la señora, repuso Enriqueta, porque con las cosas que usted ha hecho, será muy perseguido, y no se puede andar así lu-chando contra la Policia y la mazorca—sin em-bargo, lo siento.

—Yo soy capaz de luchar contra el diablo, dijo Cuello con infinita soberbia, y si no fuera por mi madre no me moveria de aquí: sin em-bargo, añadió fijando su vista en Enriqueta, si usted lo quiere yo no me moveré de aquí.

—No, Cuello, contestó Enriqueta, váyase usted porque antes de todo está su buena madre y su propia vida que corre peligro, si algo puedo influir en su ánimo, le pido que se va-ya y no demore por mi su viage un solo minuto.

—Antes de irme, dijo Cuello mirando á En-riqueta fijamente, como si quisiera sorprender su pensamiento—antes de irme, quiero devol-ver á usted este ramo que saqué anoche de la ventana y que he creído le pudiera interesar.

Enriqueta tomó alegremente el ramo, y dan-do un beso entre sus flores, dijo á Cuello.

Gracias, amigo mio, este ramo significa para mí que mi padre está completamente á salvo—era la señal convenida.

Enriqueta no vio o aparentó no ver la vio-lenta agitacion que dominaba á Cuello al en-tregarle el ramo, como hizo apariencia de no notar la inmensa alegría que esperimentó el paisano al escuchar su sencilla explicacion.

—Ahora, dijo Cuello, si que me voy y me voy contento—bien dicen: que hablando se entiende la gente—con que Dios la ayude mi señora y me permita volverla á ver en tiempos menos apretados.

Enriqueta se puso encendida—habia com-prendido todo el pensamiento de Cuello y se admiraba de la manera delicada con que el paisano le habia hecho comprender los celos que le habian inspirado aquel ramo de viole-tas.

Si esta mujer amaba realmente á Cuello, supo sobreponerse á su amor de una manera heróica, comprendiendo que aquel hombre era para ella un imposible y no queriendo alentar el amor de que estaba poseido el jóven pai-sano.

Cuello comprendia, por su parte, que era una verdadera locura pensar en los amores de aquella mujer que nunca podria pertenecerle por la desigualdad de condiciones y de posi-cion—Yo soy el desertor asesino Juan Cuello, pensaba entre sí, á quien fusilarán el dia que me lleguen á echar el guante encima y esa mujer nunca podria partir conmigo esa ver-güenza—Y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Bueno, mi señora, yo me voy esta tarde, probablemente hasta el Azul—puede que algun dia nos volvamos á ver y entonces ser otra cosa—perdone si la he incomodado tan de madrugada y hasta la vista, si nos volvemos á ver.

Enriqueta no pudo dominar su emoci6n, y al tender su mano á Cuello, murmuró palabras que este no pudo entender, mientras dos lágrimas corrían por su semblante.

Cuello oprimió la mano que se le tendía, y como si necesitara hacer un esfuerzo supremo para arrancarse de allí, saltó al patio y se dirigió rápidamente hácia su caballo, sobre el que montó, miró al zaguan y vió á Enriqueta que lo despedía con el semblante anegado en lágrimas y agitando sus manos, y cerró las espuelas al turdillo, que partió como una saeta en direcci6n á la quinta de Montoro.

Si Cuello no habia pensado hasta entonces irse del pueblo, ahora iba completamente decidido á ponerse en viaje así que descansara y no volver nunca á la ciudad, donde su espíritu no le pertenecía mas.

Llegó á su escondite de la quinta de Montoro, desencilló y se tendió sobre el apero: estaba rendido, la noche anterior habia sido ruda, y necesitaba descansar para emprender su larga jornada.

Maldiciendo de su suerte que lo alejaba de la ciudad separándolo de aquella muger hermosa. Cuello permaneció largo tiempo pensando en la bella Enriqueta y haciendo proyectos para el porvenir, si Dios protegía las armas de Urquiza, hasta que vencido por el sueño y la fatiga se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó eran mas de las ocho de la noche, hora en que debia empezar los preparativos de la marcha.

Cuello sentía profundamente abandonar aquel sitio que le recordaba todas sus peripecias mas famosas y las mas atrevidas aventuras por las cuales habia tenido que pasar guarecido en aquel escondite que tan temible se habia hecho para los que le perseguían, cuya entrada no se habian nunca atrevido á franquear, por temor de que el paisano los abrasara desde adentro con un trabucazo.

Cuello ensilló el pico blanco por lo que pudiera tronar, y sin apretarle la cincha se fué á dar el último golpe en la quinta de Lafuente, que bien pronto se vería libre de sus escursiones en busca de víveres.

La gente de servicio estaba de gran reunion y tomada de mate en la cocina, cuando se presentó en la puerta Cuello, dando las buenas noches de la manera mas cortés y suave que le fué posible.

—El fantasma! gritó el negro de la geta de riñ6n,—la viuda! Dios nos ampare! agregó la parda cocinera y todos ganaron bajo el fogon

y bajo la mesa, como si hubieran visto allí al mismo Lucifer en traje de condenado.

—Yo no soy ningun fantasma, ni ánima del otro mundo, les dijo el paisano, riendo alegremente del efecto que habia causado su aparicion—yo soy Juan Cuello que vengo á despedirme y hacer mi última provista.

Aunque el nombre de Juan Cuello era tan temido como el de la misma mazorca por las iniquidades que se habian hecho correr, y los crímenes que se le atribuían, no era tan temido para aquella buena gente como el de la viuda, ó cualquier otro ser fantástico, así es que el pánico de aquella gente sencilla se calmó por completo, al saber que el ser que tenían delante no era ningun habitante del infierno, sino Juan Cuello, persona «de carne y hueso», como cualquier habitante de *esta vida*.

Los sirvientes empezaron á salir poco á poco de debajo del fogon, y una de las sirvientas, bastante buena moza, segun mentas, suponiendo que Cuello iria á robarla y no pareciéndole mala la aventura, se le puso por delante y le preguntó en que podían servirlo.

—Estaba seguro que se les pasaría el jabon en cuanto supieran que era yo y no el fantasma: por lo pronto, buena moza, añadió alegremente, se me ofrece un mate cebado por usted.

En un periquete, la criadita á quien no habia tomado de nuevo una caricia que en la barba le hizo al travieso paisano, cebó un mate y lo ofreció al paisano, con grandes iras del negro que tenia sobre ella sus pretensiones.

Cuello tomó el mate sonriendo al ver la ira que se pintaba en el semblante del negro, á qui en dijo con una travesura estudiantil:

—Parece por el *refusilo* de tus ojos, *catínga*, que no te gusta que esta moza me dé mate.

El negro miró el trabuco que prendía del tirador de Cuello, paseó la vista por la apostura varonil y arrogante del paisano, y guardó silencio, dando vuelta la cara con un temido ademán de disgusto que no escapó á Cuello.

—Desarrugá la trompa, hermano *catínga*, añadió, que donde yo estoy no me gusta ver hocicos largos ni cara de pocos amigos—no hay por que alarmarse además, porque yo á la madrugada me aprieto las de *buitar* para otro pago.

—Y á dónde diablo se va usted que mas valga? preguntó la criadita, que ya miraba á Juan como cosa propia—desde que usted no es ánima en pena, puede quedarse no mas que aquí no estorba usted nada ni hay para qué.

Fué tal el gesto de disgusto y el *refusil* de los ojos del negro al oír hablar así á la criadita, que todos los que estaban en la co-

cina soltaron una ruidosa carcajada que concluyó de hacer perder los estribos al negro.

—Como no seas mas decente, Pancha, se lo cuento á la señora para que te ajuste un poco los tornillos y te enseñe á no ser loca—de cuando aquí se mete usted á ofrecer la casa y á decir otras pavadas de ese tamaño?

—Si te habrás figurado negro trompudo que yo soy cosa tuya, dijo Panchita completamente sulfurada—es lo único que me faltaba que este trompudo se viniera á limpiar conmigo la geta.

La cosa llevaba mal camino, amenazando concluir á trapazos—así lo comprendió Cuello y trató de poner paz, diciendo que él no queria ser causa de ningun disgusto y que allí solo habia ido á despedirse y á prevenirles que con él se iba la viuda y todos los fantasmas, porque aquellas tales ánimas en pena que las tenian en tan gran cerote, eran el mismo que se disfrazaba para dar golpe en las provisiones de la quinta.

—Miren que diablo de hombre! exclamó la parda cocinera terciando en la conversacion—pues lindos son los sustos que nos ha hecho pasar y las velas que he prendido para descanso de las benditas ánimas, y crea uno en aparecidos!

La conversacion tomó entonces el carácter de la mas acentuada chacota con gran refocilamiento de Panchita—y sabe Dios á donde hubiera terminado si no hubiera sido la voz de la señora que sonó llamando á Panchita.

—Al avio, dijo Cuello mientras esta abandonaba la cocina haciendo mil muecas de despecho—dénme ahora un poco de yerba y azúcar para el camino, porque yo me voy y los

dejo tranquilos, sin que tengan ya de que asustarse.

El negro, que estaba deseoso de que Cuello se mandara mudar antes que volviera Pancha, se apresuró á vaciar en dos maletitas que llevaba Cuello toda la yerba y azúcar que habia en la cocina, y ofreciéndole traer mas de adentro.

—Qué apurado estás, catanga, dijo Cuello adivinándole el pensamiento—pero me voy pronto, no tengas miedo, que no quiero dejar aquí una mala memoria—con que tan amigos como antes que yo ya me voy, y tendió su mano al moreno.

Aquella gente se despidió de Cuello como si toda la vida lo hubieran conocido, le desearon mil felicidades, acompañándolo hasta la pared del fondo que el paisano saltó con una destreza de acrobata.

En seguida se fué á su escondite donde pasó la noche arreglando todas sus pilchas y cueros, y al venir el dia saltó sobre el pico blanco y abandonó su cerco de moras junto con el tordillo, que «se seguia» con el pico blanco, como viejos compañeros.

Antes de abandonar aquellos lugares, Cuello los estuvo mirando largo rato, á la escasa claridad del alba, como quien siente separarse de un viejo amigo á quien no va tal vez á volver á ver;—un momento despues se sacó el sombrero saludando el cerco de moras como quien saluda á un hijo ó á un hermano, y castigó su caballo.

Poco despues Cuello galopaba en direccion á las Lomas de Zamora, y tomaba el camino carretero con ánimo de llegar á la noche á Chascomús.

LA VIDA ERRANTE

Cuello galopaba á la ventura—su anhelo era alejarse de la ciudad, pues temia que le faltara la resolución y el ánimo para renunciar á volver á ver á la hermosa Enriqueta, que llenaba por completo su espíritu y su imaginacion.

—Yo la he de ver, yo la he de volver á ver decia, porque afuera no he de ser tan perseguido y puede que perdiéndome algun tiempo se lleguen á olvidar de mi y me dejen vivir tranquilo sin tener que andar peleando por mi cabeza.

A la bulla de cien mil pesos, seguia pensando, habrá muchos codiciosos capaces de venderme cincuenta veces, pero allí en el Azul nadie me conoce, y tal vez ni sepan que esta

cabeza piojosa vale tanta plata como se ofrece.

Y Cuello apuraba la marcha del pico blanco, al extremo que á las once de la mañana habia hecho una jornada de doce leguas y media, dos y media legua por hora en cinco horas que galopaba.

Cuando Cuello calculó que habia hecho la mitad del camino, se dirigió á una de tantas pulperias, á cambiar de caballo y á tomar un poco de agua con caña, pues empezaba á sentir una sed de todos los diablos.

Pobre Cuello! ausentándose de la ciudad creia conjurar todos los peligros que le amenazaban, y no sabia que en la campaña la lucha iba á ser mas agitada y difícil, por la

falta de guaridas donde poder reposar como en su cerco de moras.

Sus últimas aventuras tenían escandalizada toda la ciudad, y don Juan Moreno, temiendo que las tropelías y burlas á la autoridad que hacia Cuello le fueran á costar la cabeza, habia puesto en juego todos sus elementos para apresar al gaucho insolente, cuya audacia se hacia ya verdaderamente intolérable—era necesario reducirlo á prision, ó matarlo pronto, pues la cólera del tirano podia estallar el momento menos pensado.

Don Juan Moreno supo que Cuello habia salido de su escondite, con caballo de tiro, en direccion al Sud, por lo que parecia indudable que abandonaba el campo de sus proezas, para emprenderla con las autoridades de campaña.

Inmediatamente don Juan Moreno mandó chasques á todos los jueces de paz de campaña, remitiéndoles la filiacion de Cuello y comunicándoles de órden del supremo gobierno, que se hacia reo del mas punible delito, el que no pusiese toda su voluntad y decision para aprehender á Juan Cuello, previniéndoles al mismo tiempo que podian hacer saber á los respectivos vecindarios que el que lo entregara vivo ó muerto, recibiria cien mil pesos de premio.

El célebre y temido oficial Boado, mandando una partida de soldados elejidos y montados en los mejores caballos que se hallaron, habia marchado tambien tras del rastro de Cuello, ansioso de vengar aquel desgraciado bolazo que lo puso fuera de combate en San José de Flores, haciéndole perder la mitad de la fama que habia adquirido á costa de tantas privaciones y tantas fatigas en la persecucion y aprehension de malhechores, campañas en que siempre obtuvo un resultado feliz.

Estos enemigos, unidos á la codicia que los cian mil pesos iba á despertar en los alcaldes y los que no lo eran, iban á ser los enemigos con que tendria que luchar Cuello, que iban á hacer todo lo que estuviera al alcance de su mano para tomarlo.

Juan Cuello descansó un largo rato de la siesta en la pulperia, donde pasó su recado al tordillo llevando de tiro al pico blanco y siguió su camino hasta Chascomús.

A las once de la noche llegaba Cuello á aquel pueblo, donde solo pensaba permanecer aquella noche, pues á la mañana siguiente queria seguir viaje hasta Dolores, para estar en el Azul lo mas pronto posible, pues era allí donde mas seguro se creia.

Cuello pasó la noche á campo, pastoreando sus caballos que necesitaban un buen descanso, pues la jornada hasta allí habia sido fuerte y todavia le faltaba el *rabo por desollar*, es de-

cir, tres ó cuatro jornadas duras, si las hacia sin contratiempo.

Estando Cuello pastoreando sus parejeros, pasó por delante de él, á todo escape, un individuo de gorra de manga en que en Cuello, con esa perspicacia del paisano, adivinó al momento ser un chasque de Buenos Aires.

—A qué infierno vendrá aquí este maldito? pensó Cuello. Andarán persiguiendo á algun desgraciado que se ha refugiado aquí? Pobre diablo! continuó pensando. Si supiera donde está iria á prevenirle que se mandara mudar á otra parte.

De repente Cuello se dió un gran golpe en la frente y prorumpió en una maldicion formidable. Acababa de comprender que el perseguido era él, y que aquel chasque iba á prevenir sin duda que trataran de prenderlo.

—Imbécil! exclamó dando con el pié en el suelo—y pensar en que yo podia haberlo cazado como una perdiz y apretarle el gañote para que no hablara lo que no debe—pero ya el chasque se habia perdido de vista y era inútil toda tentativa para alcanzarlo.

Cuello ensilló el pico blanco, que era su caballo favorito en los trances de peligro, y levantó campamento hácia Dolores, esta vez dispuesto á dejar frito de un trabucazo al primer individuo que encontrara, con olor á chasque ó á gente de justicia.

Toda la noche marchó á trote y galope, haciendo altitos de cuando en cuando para conservar en buen estado sus caballos, que eran los que le habian de sacar airoso de cualquier trance apurado.

Al amanecer del dia siguiente, Cuello pasaba el Salado y se detenia en la orilla opuesta, para tomar un descanso que harlo necesitaba, y dar un poco de verdeo á sus caballos, que habian pasado la noche á boca que *querès*.

Despues de echar un sueño de un par de horas, bajo de un corpulento ombú, Cuello montó sobre el tordillo y se dirijió á la pulperia mas inmediata, con ánimo de pedir un poco de carne para hacer un churrasco, pues estaba pasado de hambre.

En la pulperia habia una cantidad de paisanos que habian pasado allí la noche unos y habian caido á la madrugada otros á tomar el criollo vasito de ginebra, desayuno del paisano.

Conocida es la proverbial hospitalidad de nuestro gaucho, y mucho mas entonces, que las costumbres estaban menos corrompidas y el paisano era verdaderamente hermano del paisano forastero que llegaba pidiendo hospitalidad.

En el acto Cuello tuvo la carne que habia pedido y la generosa oferta de todos aquellos paisanos que le ofrecian cuanto en la pulperia habia, con esa solicitud cariñosa del gau-

cho portafío, que es el mas rumbo de todos.

Cuello aceptó con sencillez algunas cosas y se retiró de la pulperia á hacer un churrasco, despues de haber agradecido intimamente los obsequios que habia recibido y le seguian haciendo, pero tuvo que volver á instancias de aquellos buenos criollos.

Allí supo la novedad del dia—es decir que la noche anterior habia pasado un chasque para Dolores, llevando la noticia de que allí estaba Cuello por cuya cabeza se daban cien mil pesos y á quien debian reducir á prision.

—Lástima no hallarlo al paso! dijo Cuello—cien mil pesos no vienen mal en ningun tirador y no faltarán quien aproveche la oferta y entregue á ese criollo que tanto barullo ha andado metiendo en la ciudad.

—Ni en broma lo diga, amigo, contestó uno de los paisanos, ese es un hombre de valor que dicen es el único que le ha metido miedo al patron—Dios lo salve como hasta el presente.

El resto de los paisanos apoyaron este deseo manifestando tales simpatias por Cuello, que este pudo descansar en que ninguno de aquellos hombres seria capaz de cometer la accion cobarde de delatarlo.

—Qué bien montado vá aparcerero—dijo otro de los paisanos—no me parece que lo han de alcanzar si lo persiguen—ó acaso viene usted tambien de chasque para seguir á Cuello y se hace el zorro muerto.

—Yo dijo el jóven mirando fijamente á los paisanos, no quiero tener ni olor á gente de policia—yo soy Juan Cuello amigos, cuya cabeza vale tanto como un rodeo de mi flor—lo que hay es, añadió dando á su mirada una expresion sombría y amenazadora—lo que hay es que estoy dispuesto á defenderla á toda costa y mas que gauchó ha de ser el que logre llevarla á Palermo.

Al principio los paisanos creyeron que aquello era solo una compadrada del jóven, pero ante su trabuco y el pico blanco, que eran prendas de *montes*, se disiparon todas sus dudas, convenciéndose de que realmente aquel era Juan Cuello.

El jóven fué objeto de las mas cordiales y cariñosas felicitaciones y ofertas de todo género—la mayor parte de sus hazañas eran allí conocidas y habian despertado la admiracion del paisanaje.

Con la atencion mas profunda aquellos hombres, oyeron de boca del mismo Cuello la narracion de su vida, comentando cada exena y aplaudiendo, sobre todo aquellas tiradas en que el jóven cortaba las riendas á los caballos de la mazorca.

Cuello fué obsequiado á cuerpo de rey—se carnearon dos capones de lo mejor y se bebió por alto hasta mas de la cuatro de la tarde; hora en que Cuello declaró que iba á hacer sus

preparativos para ponerse en viaje á la caida de la arde, para llegar á Dolores de noche y presentarse al juez de paz para darle una muestra de la clase de hombre cuya prision se le recomendaba, como cosa muy fácil de llevar á cabo sin peligro.

Muchos de los paisanos quisieron presenciar aquella nueva travesura y se ofrecieron á acompañar á Cuello hasta Dolores—les parecia imposible que tanta audacia y valor fueran verdaderos.

A la caida de la tarde Cuello montó en su famoso tordillo á quien dió un par de riendas para lucirlo, y acompañado de cinco de aquellos paisanos tomó el camino de Dolores al galope largo para no llegar muy tarde.

El viaje fué muy entretenido, pues Cuello seguia narrando aventuras cada vez mas curiosas, como la célebre Salamanca que sorprendió en la esquina de las ánimas y su *tirada* á aquellos dos oficiales que dejó á pié.

A las once y media de la noche, Cuello y los cinco paisanos entraban á la ciudad de Dolores y tomaban la direccion de la plaza principal, donde estaba situado el juzgado de Paz que iba á poner en alboroto.

El vecindario estaba entregado al reposo y solo se sentia alguna que otra jarana en las pulperias de las orillas, porque las otras estaban cerradas, segun orden de aquellos tiempos, para evitar las reuniones de ébrios.

Cuello se dirigió al juzgado de paz, á cuya puerta estaba un miliciano de gorra de manga que no estrañó ver á aquel paisano con caballo de tiro, pues los chasques que venian así de la ciudad eran muy frecuentes.

Los paisanos que acompañaban á Cuello se quedaron á unos diez pasos á retaguardia, desde donde, sin comprometerse ni tomar parte en la jarana, podian ver lo que hiciera aquel criollazo.

—Avisé al juez de paz, dijo Cuello al miliciano, despues de darle las buenas noches con toda cortesía, avise que está un chasque de la ciudad que le trae órdenes importantes, referentes al desertor asesino Juan Cuello, que há venido á este pago.

—El señor juez ya se ha ido á su casa, respondió el policia, porque ya ha llegado otro chasque avisando lo mismo. Si usted quiere ir hasta su casa, allí podrá hablar con él porque todavia no se habrá acostado.

El milico dió á Cuello las señas de la casa del juez, que quedaba cuadra y media de la plaza, y allí se dirigió el audaz gauchó seguido siempre por los paisanos que empezaban á comprender aquel soberbio carácter.

Cuello golpeó la puerta del Juez con tal estruendo, que algunos vecinos, creyendo suociedera algo grave abrieron sus puertas y sa-

lieron á la vereda á indagar que significaban aquellos desaforados golpes.

Como no le hubieran abierto tan pronto como deseaba, Cuello repitió los golpes con mas fuerza y con gran redoble de cabo de rebenque, y sabe Dios cuando hubiera cesado en sus repiques, si no se sintiera una voz rabiosa que decia:

—Quién canejo llama á la puerta á estas horas, como si fuera gobierno? aguarde si quiere y si no revienta con toda su alma—y la puerta se abrió dando paso á un viejo con traje de soldado de partida.

—Avisé usted pronto al Juez de Paz que aquí está un chasque que viene matando caballos desde la ciudad, con órdenes verbales para él—pronto, amigo, que la cosa no es para andar perdiendo tiempo en explicaciones.

Alarmado el viejo con las palabras de Cuello, se metió adentro con la velocidad del rayo, é impuso al Juez de Paz de lo que sucedia, exajerando todo lo que Cuello le dijera, de modo que el Juez de Paz se vistió en un periquete y vino á la puerta.

Era este un hombre algo vejancon de fisonomía bondadosa y aspecto campechano—tenia la presencia de un estanciero rico, y á pesar de su exterior bondadoso, segun se decia, aquel hombre era de los mas bravos y *amargos*.

—Usted viene de chasque de Buenos Aires? preguntó apenas vió á Cuello—bájese y entre con eso me comunica lo que trae.

Los paisanos escuchaban atentamente, aunque á respetuosa distancia.

—No puedo apearme, ñor, respondió Cuello con marcada sorna, porque tengo que regresar sobre el auto—lo que tengo que decirle es esto, agregó, y lo mismo se dice de á caballo que de á pié—¿no le parece, ñor?

El juez de paz miró con alguna irritacion al paisano y repuso:—pues vaya usted diciendo y acabe de una vez, que ya podia estar despachado y haberse vuelto.

—Pues es el caso, dijo entónces el astuto gaucho, que Juan Cuello está en Dolores, como se lo habia dicho el otro chasque que ha venido adelante y como yo lo conozco, don Juan Moreno me ha mandado que lo siga y diga á usted de su parte que es preciso que lo tome muerto ó vivo, y que muerto ó vivo lo remita á Buenos Aires bajo segura custodia y una barra de grillos bien pesada para que no se escape.

—Diga usted á don Juan Moreno repuso el juez de paz, que si Cuello está en Dolores no le van á valer todas sus máculas y que lo remitiré como lo pide, despues de haberle cortado las orejas por asesino y salvaje unitario.

—El caso es, añadió sonriendo el paisano, que Cuello está ahora mismo tomando bebida en una pulperia de las orillas, y que es bueno

aprovechar la ocasion—yo me comprometo á llevarlo á usted donde está y hacérselo conocer, pero es preciso que me *ligue* algo de los cien mil pesos que ofrecen por su cabeza.

Aquella noticia hizo recuperar al juez de paz todo su buen humor.

—Concedido! concedido! gritó alborozado—espérese usted un momento que voy á concluirme de vestir y á tomar alguna gente conmigo; ya verá usted como ato yo á ese mándria que tanta bulla ha metido en el pueblo, sin que hayan sido capaz de tomarlo tantos como lo han perseguido.

Y el juez de paz se metió adentro de la casa saltando de alegría y llamando á gritos á un tal Perico y á un tal Pancho, que sin duda debian ser soldados que dormian allí y con los que se iba á hacer acompañar.

Cuello entre tanto revisó sus armas con toda prolijidad, tanteó el nudo de las boleadoras á ver si andaba corriente, y acercándose á los otros paisanos que no comprendian donde iria á parar aquello, les dijo:

—Ahora van ustedes á ver la cosa mas divertida de este mundo y como un hombre de entrañas puede burlarse de un juez de paz por mas corajudo que sea y por grande que sea la partida que lo siga.

Un momen o despues salia de la casa el viejo juez de paz, armado de sable y pistolas, detrás del cual marchaban dos soldados y el viejo que abrió la puerta, con los caballos que debian montar para emprender tan famosa campaña.

—Deje, pues, el de tiro amigo, dijo el juez á Cuello, aludiendo al tordillo, porque puede servirle de estorbo; á la vuelta puede llevarlo de aquí con la noticia de que Cuello queda en el cepo y sin orejas.

—Es inútil, contestó el paisano mirando picarescamente porque me sigue y no me dá ningun trabajo—la gente la vá á sacar del juzgado ó la tiene aquí? preguntó mirando á los tres soldados que estaban ya á caballo.

—Y qué mas gente que esta? preguntó con soberbia el viejo juez de paz—ó quiere usted que para prender á un mal gaucho lleve yo toda la partida?—no señor, y en marcha, concluyó, aquí llevo gente para aprehender á veinte Cuellos, y la llevo porque no se diga que soy orgulloso, porque para eso me basto yo solo—ya verá canejo quien es el juez de paz de Dolores cuando se trata de prender á un bandido.

—Mire señor que aquel hombre es *mas amargo que la yel* y está acostumbrado á pelear á las partidas de la mazorca y de los serenos, sin que hayan podido nunca hacerle nada—lleve siquiera cinco soldados mas.

—No llevo ni un alfiler mas, respondió el juez de paz—ya verá usted como lo ato yo mismo con mi faja y lo traigo á palos hasta el juz-

gado—y quién es aquella gente? preguntó al ver á los paisanos que formaban un grupo.

—Mirones, no mas señor, replicó uno de ellos sacándose el sombrero con todo respeto—mirones que hemos venido á la bulla para curiosear un poco y acompañarlo á usted si habia algun peligro.

—Ya he dicho que no necesito mas que los que llevo, repuso el juez de paz—pueden venir á verme no mas, y vamos en marcha que ya es muy tarde y el bandido se puede ir de la pulperia donde usted lo dejó cuando vino.

—No crea señor, dijo Cuello—aque! hombre es peor que una esponja para la bebida y no será extraño que ya esté muy tomado—pero lleve mas gente señor, mire que yo conozco al hombre y se lo que le digo—esa gente es poca.

—Me parece que usted tiene miedo, dijo el juez mirando fijamente á Cuello—pero, viendo que el rostro de este estaba sereno, se limitó á agregar: ya le he dicho que yo solo me basto y vd. lo vá á ver dentro de poco.

Todos se pusieron entonces en marcha: á la cabeza iba Cuello con el Juez de Paz—detrás de ellos caminaban los tres milicianos que parecian gente brava, y detrás de todos caminaban los cinco paisanos, asombrados de la audacia de aquel gaucha tan jóven y simpático y ávidos de saber que era lo que se proponia con aquella sarta de mentiras que habia hecho tragar á aquel buen viejo.

Cuando llegaron á la plaza y fueron á pasar por delante del Juzgado, Cuello detuvo la marcha de su caballo, y encarándose con el Juez le dijo de una manera decisiva y resuelta:

—Le he dicho á usted que lleve mas jente, porque le aseguro que conozco bien á Juan Cuello, y con todo eso no tiene para empezar—si usted no lleva mas gente, puede que le pese y entonces no me eche á mi la culpa de lo que suceda.

—Ya he dicho á usted, concluyó el juez de paz, con una demarcada soberbia, y le repito por última vez, que para ese mocoso yo me basto y que llevo gente como para aprehender á veinte Cuellos, y no me vuelva usted á incomodar.

—Pues mi señor juez de paz, dijo Cuello, soltando una larga risotada, se quedará usted con las ganas, porque usted es muy zozno para aprehender á Cuello que soy yo—yo soy Juan Cuello, hijos de una gran flauta.

Y antes que el juez de paz tuviera tiempo de oír las últimas palabras de Cuello, este levantó su rebenque que tenia agarrado por la lonja y dió con el cabo tal golpe en la cabeza del desventurado juez, que lo hizo caer aturdido.

Inmediatamente sacó de la cintura sus terribles boleadoras, y se fué sobre los tres solda-

dos que no se daban cuenta de lo que sucedia, porque Cuello habia obrado con una lijereza vertijinosa.

El combate fué muy corto pero sério—los soldados echaron mano á sus sables, aunque tarde; Cuello habia tenido tiempo de *muchacalles el coco* á bolazos antes que hubieran podido ofenderlo de manera alguna.

El milico que estaba de centinela á la puerta del Juzgado, y que vió lo que sucedia, empezó á dar grandes voces en demanda de socorro, para que acudieran los que estaban dentro, pero Cuello lo dejó frito de un bolazo.

Al rumor de la lucha y los gritos que fueron consiguiendo de ambas partes, se abrió una ventana de la vereda del Juzgado, y una voz alterada por el mas descomunal espanto preguntó que era lo que sucedia.

—Sucede, contestó el travieso jóven, que Juan Cuello ha desmayado de un rebencazo al Juez de Paz del partido y está dando una malimba de azotes á los soldados que han venido en su proteccion.

Y aquella voz escuchada por los demás curiosos que iban saliendo á las puertas, se estendió en un momento por todo el pueblo, con las exageraciones del caso, pues no faltó quien asegurara que Juan Cuello habia degollado al juez de paz y habia muerto á toda la partida con que este salió á prenderlo, por una órden de Rosas que habia recibido esa misma tarde por el chasque que llegó de la ciudad.

Los cinco paisanos que habian venido siguiendo á Cuello, no volvian en sí del asombro que les causara aquella verdadera hombrada. Miraban atónitos á Cuello y les parecia increíble que aquel jóven tan delgado y de fisonomía tan simpática, fuera capaz de haber hecho aquella hazaña, para la que se necesitaba un valor á toda prueba y una verdadera astucia de zorro, por la manera con que habia sido llevada á cabo.

—Ustedes son testigos de que yo le dije que aquella gente era muy poca para ir á armar camorra á Cuello, dijo el paisano aproximándose á los asombrados gauchos, pero él no ha querido creerme y lo ha pagado caro.

—La pucha con el hombre! dijo uno de los paisanos—yo he visto en mi vida cosas mas negras que un cuervo, pero esta me ha dejado frito—la pucha, repitió entusiasmado jure que si esto me lo hubieran contado hubiera dicho que se querian reir de mí y hacerme pagar el piso ahora si creo, amigo, todas las mentas que se cuentan de usted—tiene usted mas entrañas que un toro alsau.

Cuello sonrió satisfecho de la admiracion que á aquellos paisanos habia causado su hazaña, y golpeando el hombro de uno de ellos, les dijo:

—Ahora, ustedes que son del pago, es pre-

ciso que me lleven á donde mojar la garganta, aunque sea con una copa, porque la tengo mas seca que un cardal en tiempo de verano.

—Ni aunque sea con una tinaja, amigo, que mucho mas se merece usted, replicó uno de aquellos hombres, y todos seis tomaron el camino de la pulperia del cojo Casimiro, que estaba á la entrada del pueblo.

En la pulperia de Casimiro, que era un cojo federal de tomo y lomo, se conocia ya la averia que Cuello habia hecho en el pueblo, pues aquella noticia habia circulado por todo él como hemos dicho—corregida y horriblemente aumentada.

—Pucha, digo que habia tenido entrañas! vociferó uno de los paisanos—si cuando yo vi que usted se marchó y arremetió con el juez, creí que aquello era la fin del mundo—pobres milicos ellos que iban á cosa hecha—que chasco!

—Eso no es nada, dijo Cuello, porque no he tenido que hacer uso de esta herramienta; es un ternero que cuando grita hay que echarse de barriga para que él no lo ponga de paletas en el suelo—y palmeé la culata de su enorme trabuco.

—Pues si esto no es nada, dijo el primer paisano, como será cuando sea cosa—francamente no quisiera ser de los de la partida ese dia—que vista y que coraje amigo, añadió cada vez mas entusiasmado—usted no debia llamarse Juan Cuello sinó Juan Recoleta—si usted es para el trabuco como para las bolas, puede andar tranquilo que no ha de haber quien lo prenda, aunque ofrezcan un millon por su cabeza—esto es un hombre, canejó!

Así llegaron á la pulperia del cojo Casimiro, donde tenian gran banca los flamantes amigos de Cuello: ataron los caballos en una especie de palenque que habia á la puerta, festejando con grandes risas la manera con que Cuello dejó su famoso pico blanco—manchado con el pañuelo y entraron á la pulperia haciendo un estrépito verdaderamente infernal, que puso en alarma á Casimiro que era mas desconfiado que un judío.

—Un refresco de caña con limonada para todos, que yo pago, dijo el primer paisano, que por su tirador se conocia era hombre de lujo—una copa para todos, y una limeta bien llena para el amigo Juan Cuello, aquí presente.

El cojo Casimiro como dos ó tres paisanos que estaban en la pulperia, quedaron petrificados de asombro al saber que tenian por delante nada menos que al tremendo Juan Cuello.

—Te hemos pedido una copa de caña con limonada para todos y una limeta llena de ginebra para el amigo Juan Cuello, cojo de los diablos! repitió el paisano del lujoso chiripá—

andá pronto si no querés que te despabilen—concluyó dando un golpe.

Casimiro se dió maña ante semejante amenaza, para no verla cumplida, y sin darse cuenta de lo que hacia, se puso á despachar con presteza lo que le habian pedido; sin dejar de mirar á Cuello con unos ojos como patacones.

Cuando las copas, que eran vasos de media azumbre estuvieron servidas, los paisanos echaron un trago que los dejaron *tecleando*: Cuello se pegó á su tocayo el de la limeta, y estuvo un minuto mirando un salchichon que estaba colgado del techo.

Cuello chasqueó la lengua contra el paladar de una manera sonora y dejó la limeta sobre el mostrador—entonces empezó la conversacion y los comentarios con mil exageraciones que agregaban los paisanos al referirse al hecho.

El cojo Casimiro repuesto de su sorpresa y asombro, reclamó que se le contaran todos los detalles del hecho y el paisano del tirador lujoso, que era el mas charlatan, contó la cosa desde su encuentro con Juan Cuello y los demás paisanos, hasta el momento en que habian entrado á la pulperia á mojar el gañote. La pucha con el bagual, dijo al concluir la relacion—para domar á este es preciso ser mas que ginete—no creo que haya nadie capaz de ponerle no digo freno—bocado.

En seguida se armó la conversacion de una manera desafortada—Cuello empezó á contar un rosario de aventuras á cual mas curiosa y las copas volvieron á llenarse y aquello se volvió una completa jarana de las mas alegres.

El cojo Casimiro trajo una guitarra para ver si Cuello era tan famoso guitarrero como decia—y tras de una payada, un malambo, tras de esta una milonga y en ancas de la milonga un triunfo, pasó la noche y empezó á amanecer.

—Me voy, dijo Cuello apenas vió la luz del dia—quiero llegar al Azul lo mas temprano que me sea posible y he perdido de descansar una noche—con qué compañeros ya es tiempo que nos separemos, porque lo que no sirve estorba.

En vano fueron los ruegos que le hicieron los paisanos, en vano se ofrecieron á acompañarlo al dia siguiente, Cuello no quiso ceder un ápice—salió á la puerta quitó el pañuelo de las manos del pico blanco, y se dispuso á montar.

—Quédese amigo un dia mas, decia el gaucho del vistoso chiripá, quédese y mañana á la tarde seguirá viaje con la fresca, de todos modos aquí no hay quien lo persiga y de aqui que vaya parte y venga refuerzo, hay tiempo de todo.

—No es por eso amigo, repuso Cuello saltando a caballo, es que me he propuesto estar mañana en el Azul y tengo que llegar de poca fuerza, aunque todas las partidas me salgan al camino.

Los paisanos se despidieron entonces de Cuello, puesto que no habia mas remedio, ofreciéndoseles todos, para lo que quisiera mandado por aquel pago, y este picó espuelas á su flete, prometiéndoles una visita cuando pegara la vuelta.

Largo rato estuvieron los paisanos á la puerta de la pulperia, viendo alejarse á aquel hombre extraordinario, seguido del hermoso tordillo; recién cuando su silueta se hubo perdido en el horizonte, entraron de nuevo al despacho.

—En mi perra vida he visto un hombre que valga mas, añadió aquel gaucho para quien tan simpático habia sido Cuello. Vamos á tomar la última copa á su salud, porque bien lo merece ese mozo, que canejó!

Y la última vuelta fué servida y bebida á la salud de Juan Cuello que sin apresurar la marcha del parejero seguia viaje para el Azul, donde se permitia reposar al abrigo de toda persecucion federal.

A eso de las nueve, Cuello hizo alto cerca de una laguna para reposar un corto rato y echar un sueño del que hartó necesitaba, porque la noche anterior la habia pasado de claro en claro y habia bebido con algun exeso.

Poco despues dormia como dicen que duermen los bienaventurados, que deben dormir como cualquier persona que tiene sueño, con el pico blanco atado á la muñeca por lo que pudiera suceder.

El pico blanco era tan centinela como un perro: relinchaba y se encabritaba al ver llegar gente extraña y Cuello contaba con esto para despertarse; por eso habia tenido la precaucion de atar á su muñeca el maneador del parejero.

UN DESQUITE FATAL

Tres ó cuatro horas despues de haber salido del pueblo de Dolores Juan Cuello, llegaba el célebre capitán Boado mandando una partida de seis hombres elegidos y perfectamente montados, pues se les habia dado los mejores caballos que fué posible conseguir.

Se sabia que Cuello andaba solo porque su famosa gavilla, completamente deshecha y privada de sus gefes, se habia desparramado en distintos rumbos y que irian cayendo poco á poco en poder de la justicia.

Boado que era un oficial temerario habituado á luchar con los mas célebres forajidos y reducirlos á prision, creyó que andando solo Cuello, la cosa no era tan difícil como antes, y ocho hombres por consiguiente era mas de lo necesario.

Su amor propio estaba empeñado doblemente en la prision de Cuello—primero por conservar su nombre del mejor oficial de Policia, segundo por vengar aquel bolazo que le habia arrebatado la mitad de su reputacion.

Así es que habia marchado dia y noche siguiendo el rumbo que le indicaban llevaba Cuello y apurando la marcha todo lo que le era posible para darle alcance antes que pudiera ganar la pampa y toda captura fuese imposible.

Cuando Boado llegó á Dolores y supo lo que Cuello habia hecho allí, no dudó que todavia permaneciera en el pueblo, porque conocia su

audacia y su valor imponderables, pero por mas que indagó nadie supo decirle donde se hallaba el paisano.

Entonces Boado seguido de su gente, se puso á recorrer el pueblito haciendo personalmente la pesquisa é indagando de pulperia en pulperia donde podia hallarse aquel hombre á quien parecia protegía el diablo.

Todos habian visto á Cuello la noche anterior, todos conocian el atentado que el paisano habia cometido contra la autoridad de aquel pueblo, pero ninguno sabia donde pudiera haberse alojado, ni siquiera si habia salido del pueblo.

Desesperanzado de darle caza aquel dia, aunque seguro de que Cuello vendria á meterse en la boca del lobo, Boado llegó á las últimas pulperias de los arrabales, y entró precipitadamente á aquella en que habian estado los paisanos y Cuello.

Todos ocultaron que Cuello hubiera pasado allí la mayor parte de la noche y se guardaron muy bien de decir que allí habia estado de jarana y chupa, pero el pulpero dijo que de allí habia salido con direccion al Azul.

Boado se informó bien de la manera que iba Cuello—supo que llevaba caballo de tiro, que iba completamente solo y que se dirijia al Azul, que era el punto de su destino, pues allí se pensaba establecer por mucho tiempo.

—Otra cosa he dispuesto yo, contestó el altanero Boado, saliendo de la pulperia, y prometo que no han de pasar dos días sin que lo traiga aquí atravesado en mi propio caballo despues de haberle sacudido hasta el polvo de las canillas.

—Se me hace que á este hombre le va á ir mal, dijo uno de los paisanos que habian acompañado á Cuello y que aun permanecia en la pulperia—si ese hombre pelea como un che, el *felpeau* va á ser este mozo, de puro confiau.

—Y eso, añadió otro, que anoche no hizo uso de ese ternero que lleva, que cuando estornuda mata á veinte!—Lo que es yo voy á seguirlo á ver si lo alcanzan, y como dicen que les van—Ya se mi hace que los veo.

—Yo tambien, replicó otro, y todos montaron á caballo siguiendo el rumbo de Boado y su partida, que se dirigió á casa del Juez de Paz, sin duda á comunicarle que habia dado con la pista y que muy pronto estaria de vuelta.

—Puede llevar algunos hombres de la partida, dijo el Juez de Paz á Boado—ese hombre es terrible, y me parece que solo con seis hombres y sin armas de fuego va á sucederle á usted una desgracia.

—Usted no sabe quien es el capitán Boado, dijo este con toda la soberbia de su orgullo, yo solo soy capaz de prender á ese guacho, en cuanto le eche la vista encima—lo que hay es que don Juan Moreno me exijió que debia traer conmigo alguna gente.

—Pues amigo, que Dios le ayude, concluyó el juez de paz—yo nunca le he tenido miedo á nadie y estoy acostumbrado á pelear con hombres *fl r de quipos*—pero para prender á ese yo llevaria toda mi gente, y mas si tuviera.

Boado sonrió como si los recelos de aquel hombre le inspiraran compasion, y se despidió de él prometiendo lo mismo que habia prometido en la pulperia, que dentro de dos ó tres dias lo traeria atravesado sobre su propio caballo.

Los cinco paisanos salieron detrás de Boado, aunque á respetable distancia, ávidos de saber lo que iba á pasar, y sobre todo de ver como peleaba Juan Cuello, si era alcanzado, lo que creian muy difícil, por la ventaja que les llevaba.

La partida marchaba al galope largo, animada siempre por la palabra de Boado, que les aseguraba seria aquella su última correria en persecucion de aquel salteador, que hasta entonces habia tenido la menta de no ser preso ni muerto.

A Cuello entretanto lo habia agarrado el sueño de una manera poderosa hasta las cuatro de la tarde, en que despertó y empezó á mudar caballo para ponerse en camino cuanto antes.

Hacia mas de hora y media que Boado habia marchado en su persecucion y no debia tardar mucho en alcanzarlo.

Cuello suponía que alguna fuerza habia de venir en su seguimiento, así es que al mismo tiempo que apretaba la cincha al tordillo, divisaba el campo en todas direcciones, con esa mirada de águila que caracteriza al paisano y que en Cuello era proverbial, pero en ninguna direccion apercibia los polvos que en el campo delatan al ginete.

Cuello miraba de cuando en cuando el anillo que le, diera la hermosa Enriqueta y todos los recuerdos de Buenos Aires se agolpaban á su imaginacion, haciéndole sentir vehementes deseos de regresar, pero recordaba su propósito, pensaba que volver á la ciudad seria condenarse á una vida desesperada, sin poder hacer suya á la mujer que amaba, y volvía á apretar la sobresincha secándose una lágrima con el hilo del cojinillo.

—Yo me quedaré en el Azul, pensaba mientras daba la última vuelta á la sobresincha, yo me quedaré aunque sea un año, pero algun día he de pegar la vuelta y entonces puede ser que la suerte se canse de aporrearne tan fiero y me vaya mejor.

Ya se disponia Cuello á montar á caballo para seguir viaje, cuando divisó unos polvos que venian del lado de Dolores, polvos que acusaban á su ojo esperto é infalible en estas cosas, una media docena de ginetes.

Cuello saltó á caballo despues de revisar prolijamente sus armas, y empezó á observar aquellos polvos con extrema atencion, como si quisiera preguntarles quien los levantaba.

No fué pequeña su sorpresa al divisar poco despues, detrás de los primeros, otros polvos, que no eran otros que los de los paisanos que venian detrás de Boado y su gente, que por supuesto, habian ya visto aquel ginete con caballo de tiro, y se dirigieron hácia él castigando los caballos.

—La pucha! pensó Cuello—aquí vienen dos partidas si me habrán echado por detrás todas las partidas de la campaña, y se aproximó mas á la orilla de la laguna, precaucion que tomaba para que no pudieran rodearlo.

Cuello tenia siempre la ventaja de sus caballos que conservaba frescos, mientras los de la gente que venia por buenos que fueran, debian estar ya muy fatigados de las jornadas hechas, que habian sido muy serias.

Por fin Boado se puso al habla de Cuello, á quien conoció desde media legua de distancia, por el pelo de los caballos, que era seña mortal, pues se sabia positivamente que Juan Cuello jamás montaba ni tenia otros animales.

Los seis soldados se aproximaron á su capitán para estar listos á la primera orden, mientras los paisanos que venian de mirones hacian

alto á respetable distancia, y un poco á la derecha de la gente de Boado.

Cuello habia sacado su trabuco, que listo para hacer fuego, se veia en su mano derecha amenazando vomitar por su ancha boca los dos puñados de recortados con que solia cargarlos en trances apurados como el presente.

—Pié á tierra y rendite al capitan Boado, dijo este deteniéndose á dos varas de Juan Cuello, sabie en mano. Rendite maula y te prometo que no haré mas que darte una buena paliza.

—Yo no sé rendirme á nadie, replicó Cuello, y mucho menos á un hombre que lleva mi marca. Cuello habia conocido á Boado, y al oirlo nombrarse, recordó el famoso bolazo de la *pelea grande* en que hizo de las suyas.

Al oir esta respuesta, toda la sangre afluyó al semblante de Boado, y el recuerdo de aquella noche fatal vino á su pensamiento, pareciéndole que aún sentia sobre su cabeza aquel bolazo que Cuello llamaba su marca.

—Rendite, cobarde, gritó con la voz temblorosa por el coraje, ahora estás solo é imposible de sorprenderme, rendite y menos palabras, porque al fin te llegó tu dia y las vas á pagar todas juntas.

Cuello miró á aquel hombre con un desden supremo, sonrió con una amargura infinita y contestó haciendo retroceder su caballo hasta el borde de la laguna:

—Si usted ha venido á pelear, pelearemos hasta concluir—Yo no me sé rendir á nadie, y menos á quien ya he marcado, agregó, con una espresion que no dejaba duda acerca de sus palabras—conque á hablar menos usted y vamos principiando el malambo á ver quien cepilla mejor.

Cuello se habia sacado ya las boleadoras de la cintura, cuya vista renovó el coraje de Boado, y con esta arma tremenda en una mano y el trabuco en la otra, amenazaba á Boado y su partida, ya dispuestos á lanzarse sobre él.

—No te quejes entónces de lo que te sueda, replicó Boado, y dirijiéndose á su gente agregó: ahora á apretar duro porque al que me dé vuelta lo parto de un sablazo, y cayó sobre Cuello al mismo tiempo que su gente.

El caballo pico blanco, como el tordillo eran caballos pampas, educados como educan los indios—Estos animales como todos los amaestrados así, obedecen á las diversas inclinaciones del cuerpo, de manera que en el momento del combate el indio abandona la brida y gobierna al caballo con el cuerpo, y deja sus dos manos espeditas para el manejo de su larga lanza.

Cuello usaba esta táctica que lo dejaba apto para manejar el trabuco y las bolas.

Esquivando en lo posible el encontrarse con Boado, Cuello apuntó á los soldados que

cargaban en grupo, é hizo fuego—Aquel disparo formidable, dando en el centro del grupo volteó dos hombres, cuyos caballos dispararon.

Un grito de asombro salió del grupo de paisanos que contemplaban aquella lucha desigual—mientras Cuello cerraba las espuelas á su tordillo y ganaba el centro de la laguna para volver á cargar su trabuco y hacer un nuevo estrago.

Cuello llevaba sobre la gente que lo perseguia, la enorme ventaja del caballo, que le permitia ponerse fuera del alcance para cargar sus armas ó tomar algun descanso ó sacar el cuerpo á sus adversarios.

Cuando los cuatro soldados que quedaban entraban sable en mano á la laguna, Cuello, como si solo se tratara de un simple juguete, dada la alegria de su semblante, habia ya cargado el trabuco y se preparaba á hacer un nuevo disparo.

Ya caian sobre él los soldados, cuando tendió el brazo y una nueva detonacion del trabuco puso fuera de combate otro soldado, cortando el ímpetu á los demás que parecian ya medio acobardados.

Boado castigaba su caballo que se habia encabritado en el agua, tratando de llegar hasta Cuello que reia alegremente al ver la desesperacion del oficial y el terror que empezaba á invadir á los soldados que quedaban, vacilantes entre socorrer al compañero que habia caido al agua, ó atender á aquel hombre que los mataba, riendo de una manera tan diabólica.

Cuello entre tanto, que no estaba habituado á perder un segundo de tregua que le diera el enemigo, aprovechó aquella corta vacilacion para cargar nuevamente su trabuco, de manera que, cuando incitados por la voz de Boado, aquellos tres hombres resolvieron abandonar al caido para agredir de nuevo á Cuello, se encontraron con el trabuco de este, cuya ancha boca les media el pecho, amenazando enviarles la muerte á la menor presion del dedo sobre el gatillo.

—Pa los pavos! gritó uno de los soldados, dando vuelta el caballo y echando á disparar completamente acobardado—Esta es la fin del mundo, agregó, mientras se le dormia á azotes al mancarron, perdiéndose bien pronto de vista.

Los otros dos soldados que vieron al oficial con el caballo empacado y que su compañero les abandonaba, se miraron á la cara, y como si aquella mirada respondiera á un plan anterior, dieron vuelta bridas y siguieron la misma direccion de su compañero, dejando así á Boado á la completa merced de Cuello.

Este soltó una nueva carcajada y cruzó la pierna derecha sobre la cabezada del aporo, y

quedó mirando á Boado que estaba dado á los diablos.

—Yo no me llamo madruga, amigo, aunque me levanto temprano, le dije despues de contemplarlo largo rato—cuando se desocupe me avisa, que para darle un susto siempre ha de haber tiempo.

Y acomodándose sobre el recado salió de la laguna al tranquito, desmontó á la orilla y se sentó en el suelo como á descansar de la fatiga, mientras al caballo de Boado no habia medio de sacarlo de la empacadura.

Cuello empezó á dirigirle todo género de pullas y compadradas y ofreciéndole su ayuda para salir del pantano, mientras aquel en el colmo de la desesperacion, maldecia del cielo y de la tierra con todo género de reniegos y juramentos.

—La pucha! le gritaba Cuello socarronamente—parece *re-cion* por el modo de renegar—no parece cristiano—no se afija que yo lo he de esperar aunque sea hasta la noche y no lo he de dejar ir sin que aproveche el viaje que ha hecho.

Los paisanos miraban todo esto y no cubian en si de asombro—en la vida habian visto un valor tan sereno, unido á una travesura tan jovial—Juan Cuello se habia convertido para ellos en una especie de ser fantástico.

Desesperado con las burlas sangrientas de Cuello y convencido de la imposibilidad de hacer avanzar al caballo un solo paso, Boado se tiró á la laguna abandonando al diabólico animal, y con el agua á la rodilla avanzó pensámente, pero sombrío y amenazador hacia la orilla donde estaba Cuello, que al verlo llegar se levantó diciendo—No se caliente hermano, que la calentura es la perdicion de los hombres y la cosa no vale la pena—ya tendrá tiempo de calentarse mas tarde.

Boado sacó el sable y cargó sobre Cuello con un empuje violentísimo, y sin que la ira que lo dominaba le permitiera pronunciar una sola palabra—Cuello se guareció detras de su caballo mientras sacaba el cuchillo y se echaba al brazo el poncho.

Una vez que estuvo en esta actitud de combate, subió por el lado del anca, barajando el primer hachazo con que lo recibió Boado.

El combate se trabó en seguida cuerpo á cuerpo, de una manera violenta y rápida—Boado, dominado por la ira, trataba de herir á Cuello de una manera decisiva que terminara pronto aquel combate.

Boado tiraba golpes de muerte, juraba y maldecia llenando de improperios á Cuello, que evitaba los golpes, sereno, sonriente y sin devolver ninguno de ellos, como si solo se tratara de una simple vistecada.

Aquella lucha representaba para Boado el prestigio de su crédito que caeria rápidamente

si era vencido, por eso es que la tenaz resistencia de Cuello lo enardecia hasta el punto de cometer, dominado por la ira, todo género de disparates.

Para Cuello aquella lucha era una simple chacota—habia tomado el pulso á su adversario y no habia encontrado la competencia que esperaba, estaba plenamente seguro del éxito y solo queria entretenerse un rato.

Por otra parte aquel grupo de paisanos que contemplaban la lucha, seducia su espíritu travieso, haciéndolo hacer mil cuerpeadas graciosísimas, y decir cada compadrada que provocaba un coro de carcajadas.

Todas estas cosas alteraban cada vez mas al enojadísimo Boado, hasta el punto de tener Cuello que retirar el cuchillo dos veces para que no se ensartara el pecho.

Y las risotadas de los paisanos continuaban con creciente insolencia y Cuello seguia sacando el cuerpo á los hachazos, que barajaba en el poncho con graciosa maestria, cuando el golpe era inevitable aún sacando el cuerpo.

Boado se fué postrando poco á poco, la lucha era larga y el sable muy pesado—hacia mas de diez minutos que se batia con un enemigo que no estaba quieto un segundo y ya su brazo se negaba á asotener el arma.

Cuello se conservaba mas fresco, habia saltado mucho, se habia movido de un lado para otro, pero estaba habituado á esta clase de ejercicio, que hacia con toda tranquilidad, pues rara vez se enojaba durante el combate.

Cuando vió que su adversario estaba abrumado por el cansancio, Cuello dió un prodigioso salto atrás, guardó el cuchillo y gritó á Boado—puede descansar amigo, que yo no he de aprovechar ninguna ventaja que me dé la suerte.

En vez de aplacarse con esta salida galante y caballeresca, Boado concluyó de exasperarse y avanzó sobre Cuello con los ojos dilatados por el furor que sentia y la boca entreabierta por la gran fatiga que lo postraba.

—Yo te voy á dar descanso, asesino, replicó jadeante y con la voz entrecortada por la respiracion fatigosa—yo te he de dar descanso, agregó y avanzó sobre el paisano completamente decidido á seguir la lucha.

Cuello siguió retrocediendo á saltos, mientras sacaba de la cintura sus boleadoras, á cuya vista Boado hizo un esfuerzo supremo queriendo llegar al paisano, con su sable enarbolado y el rostro descompuesto por la desesperacion.

Juan Cuello siempre riendo y siempre travieso, retrocedió una gran distancia, en tres ó cuatro brinco, revoleando las boleadoras—Boado quiso correr hasta él, pero tarde—demasiado tarde.

Cuello habia lanzado sus bolas con la fuerza hercúlea que le era característica, y le habia

ligado los brazos al cuerpo, privándolo así de todo movimiento de acción, y dejándolo entregado á su completa voluntad.

Con una celeridad asombrosa, Cuello saltó sobre su adversario, á quien derribó al suelo despues de una lucha momentánea, y despues de desarmarlo le ató con su faja las piernas y las muñecas, y recien entónces le desligó las boleadoras.

Un inmenso clamoreo de vivas y palabras completamente criollas se levantó del sitio donde estaban los gauchos curiosos, que avanzaron á gran galope viendo la lucha termina da para ver el final de aquella victoria.

El paisano aceptó las mil felicitaciones y palabras de asombro que le dedicaron los gauchos, como si lo que habia hecho fuese lo mas natural del mundo, pues estaba habituado á hacer mayores averias.

—La pucha, decia el mas asombrado de todos, mirando el trabuco, y como habia relinchau el potrillo, si es peor que un aguacero de puñaladas, porque mata de á dos á un tiempo, y se alejó á revisar los dos cadáveres que quedaban en tierra.

Uno de ellos tenia cinco heridas de recortados sobre el pecho—el otro tenia un recortado sobre el corazon, y un ojo completamente vaciado por otro de estos proyectiles que eran cada uno, la cuarta parte de una bala de onza.

El paisano volvió haciéndose cruces hasta donde estaba Cuello, y empezó á mirar de nuevo con el mas acentuado asombro, la boca de aquella arma con la que, con un solo disparo se podian hacer tantas heridas y tanto estrago.

—Con razon no hay quien pueda con usted. dijo despues de largo rato de curioso, si á cada relincho del potrillo cae una yunta de patrios! Yo no lo hubiera creido aunque me lo hubiera dicho el escribano.

Boado estaba estendido sobre el verde, ligado tan maestramente, que no habia podido hacer el menor movimiento.

Convencido de que no tenia escape, se resignó á su suerte y cerró los ojos, esperando lo degollaran de un momento á otro.

—Estos despena muertos, dijo Cuello, adivinando lo que pasaba por el espíritu de Boado, acostumbrados á cortar el gañote á todo el que cae en sus uñas, creen que todos son lo mismo, y cuando son vencidos estiran el cogote como corderos

No se acobarde, su bosta de mula (perdonen la expresion típica que aplican los paisanos á todo lo que absolutamente no sirve para nada) agregó dirijiéndose á Boado, no se amilane tan fiero que aunque á mi me conocen por el asesino Juan Cuello, todavia no le muerto ningun vencido y mucho menos cuando los he visto pelear lindo hasta el último. Yo

lo he atado, agregó, solo para que me oiga lo que tengo que decirle.

Yo nunca lo he ofendido á usted ni le hecho mal en mi vida, á no ser el bolazo que le *fujé* peleando—sin embargo, usted me persigue de puro vicio y por echárselas de bueno con el Gobernador y el Gefe de Policía que no sirven ni para pueho.

—Yo te persigo y te he de perseguir, respondió Boado abriendo los ojos, porque me lo manda quien puede—mátame ahora que me tienes seguro, porque yo tarde ó temprano te he de prender y llevar á Buenos Aires.

—No lo ha de querer mi Dios, contestó Juan Cuello melancólicamente, que me ha sacado bien de todos los peligros, en cuanto que yo lo mata á usted, no hay que pensarlo, y ahora menos que nunca, porque tengo hambre de ver cómo me prende.

Con la mas profunda admiracion de los gauchos, Cuello recojió todas las armas de Boado trajo el caballo que habia salido de la laguna y andaba comiendo á poca distancia y puso las armas de Boado sobre la montura.

En seguida mudó caballo, pasando su montura del tordillo al pico blanco, y una vez concluida toda la operacion, Cuello saltó sobre su hermoso parejero, diciendo á uno de los gauchos que miraban atónitos todo aquel manejo.

—Háganme el favor, amigos, pueden desatar á ese hombre que queda libre de seguir su camino á donde quiera, que yo no he nacido para vengarme de quien no me ha hecho mal por su cuenta.

Aquellos hombres, silenciosos y dominados completamente por la grandeza de alma que revelaba aquel hombre con aquella acción, se acercaron á Boado en quien la admiracion mas profunda reemplazó á la ira que sintiera poco antes, y le sacaron las ligaduras que le aprisionaban de piés y manos, pasando á Cuello la faja.

Boado no acudió á su caballo y á sus armas como lo presumia Cuello y los gauchos. Completamente absorto se puso á contemplar á aquel hombre que habia tenido hasta entónces como un bandido vulgar y feroz.

Cuello sonreia, temiendo por momentos el estallido de la cólera de aquel hombre, pero esta vez se engañó completamente en todos sus cálculos y conjeturas.

Boado miró algunos momentos á Juan Cuello, encontrándolo hermoso por primera vez—en seguida se aproximó lentamente hasta el paisano y tendiéndole una mano con ademán amistoso le dijo:

—Juan Cuello desde hoy tiene en mi un amigo á carta cabal, puede ir á donde guste, en la seguridad de que el capitán Boado no volverá nunca á perseguirlo, y lo que le digo ahora se lo hubiera dicho antes, si antes lo hubiera conocido.

—Gracias amigo, respondió estrechando cordialmente la mano que le habia tendido Boado —lo único que le pido es que cuando vea á don Juan Moreno, le diga que Juan Cuello no es un bandido ni un asesino y que si ha hecho lo que hizo, fué porque lo buscaron.

—Se lo diré en cuanto llegue á Buenos Aires, respondió Boado, contándole lo que me ha sucedido hoy, y declarándole que para perseguir á usted busque á otro hombre, porque yo no persigo á mis amigos y Juan Cuello es mi amigo desde hoy.

Todos aquellos hombres permanecieron juntos mas de una hora todavia, Cuello y Boado prodigándose toda clase de elogios y los paisanos escuchando estasiados aquellos dos hombres que un momento antes habian luchado tan encarnizadamente.

Cuando ya la noche se habia echado encima, se separaron dándose un apretón de manos, tomando Cuello el camino del Azul y Boado y los cinco gauchos el de Dolores, á donde regresaron al amanecer, siguiendo Boado para Buenos Aires.

EL REFUGIO DEL GAUCHO

Tres dias despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, Juan Cuello entraba al pueblo del Azul, donde era totalmente desconocido, despues de haberse echado al colete un par de copas de caña en la primera pulperia del pueblo.

Eran solo las ocho de la mañana y la gente de aquella poblacion, fronteriza entonces y compuesta solo de unos cuantos ranchos, andaba en la calle entregada á sus faenas diarias unos, y paseando los mas.

La poblacion del Azul era una poblacion completamente tranquila, cuyo bien estar se interrumpia cada tanto tiempo por un malon de indios que entraba al partido arreando cuanto vaca y caballo encontraba al paso.

En estos dias todo el mundo montaba á caballo, para ir unos á traer sus tropillas á la poblacion, y salir otros en compañía del juez de paz, á hacer un amago ó batidita á los malones que generalmente regresaban á sus toldos con abundantes vacas, pues la gente de que disponia la autoridad del lugar era poca, pesimamente armada y acobardada por las frecuentes lanceadas de que habia sido victima queriendo rescatar sus haciendas que llevaban los indios.

Los indios amigos, que eran bastantes, salian á sus tradicionales boleadas, de donde volvian cargados de plumas y cueros que vendian en el Azul por una miseria, ó cambiaban por frascos de ginebra, yerba y azúcar.

En el arroyo de Nievas donde últimamente estuvo acampado el cacique Catriel con su tribu, estaba establecida la tolderia del prestigioso cacique Mariano Moican, terrible lanza cuya fama heredó Calfucurá, á quien se plegó su tribu.

Mariano Moican y su tribu, eran los bomberos de los malones con quienes partian el botin, como sucede actualmente con la mayor

parte de nuestras tribus amigas que están vecinas á los campamentos militares.

De modo que las vacas del Azul estaban á merced de los malones que conocian los rodeos y su situacion, gracias á los bomberos de Mariano Moican, que les daban aviso de la menor cosa que sucedia en aquel rico partido.

Este Mariano Moican tenia en sus toldos una hermana suya, llamada Manuela Diaz, cuya rara hermosura tenia alborotados á todos los habitantes del Azul, que le hacian la corte de mil maneras seductoras.

Conociendo la proverbial avaricia de los indios, Manuela Diaz era obsequiada con hermosas prendas de las que mas gustan á las indias, pero todos ellos habian obtenido en cambio el salvaje desprecio de la hermosa hermana de Moican.

Esta india no tenia en su fisionomia ningun punto de contacto con la feisima raza de nuestra pampa, cuyas facciones aplastadas le dan una expresion completamente animal.

Era una india araucana como Moican, de nariz aguileña, boca delgada y pequeña, tez cobriza mate, todo ello formando contradiccion con un cabello color oro, que envidiaria la mas coqueta inglesa.

La raza araucana es una de las mas hermosas del desierto—sus hombres son atléticos, de fisionomia angulosa y de mirada abierta é inteligentisima—Sus mujeres son todas por el estilo de Manuela Diaz.

Poseen facciones finas y elegantemente modeladas y son rubias en su mayor parte, de un rubio claro y brillante, aunque todas ellas tienen la tez morena y los ojos grandes y negros como un terciopelo de ese color.

Hemos visto en la frontera muchas de estas indias mezcladas á tribus de pampas ú otras razas y todas eran hermosas, habiendo encon-

trado muchas de ellas de cuerpo verdaderamente escultural.

Cuando el coronel Lagos tomó prisionera la tribu de Catriel, venia entre sus diversas mujeres una india araucana que apenas tendria diez y seis años, y que era un modelo clásico de aquella hermosa raza.

Era tal la hermosura de esta india, apesar de tener la fisonomia descompuesta por e. terror y las lágrimas, que el coronel Lagos nos llamó para que la viéramos, y la comparáramos á la mujer mas bella que hubiésemos visto.

Sofia, que así se llamaba, no sufría paralelo alguno—era mucho mas linda que la misma Maria Elia cuando era jóven, que es la fisonomia mas pura que hemos visto jamás.

Quién sabe que rumbo correria la pobre y hermosísima Sofia cuando entregamos la tribu prisionera para seguir con el coronel Lagos y su espléndido regimiento 2 de caballeria, aquella penosa campaña.

Pero volvamos á nuestra historia que, sin quererlo, hemos olvidado momentáneamente, para dar una lijera idea de lo que es la india araucana, á los que solo conocen el desagradable y casi siempre repugnante rostro del indio pampa, que es aquí el mas conocido.

Manuela Diaz era tan avara como hermosa, —estaba habituada á que la regalaran con profusion, y estaba tan engreida, que recibia los valiosos regalos como quien dispensa un favor inapreciable.

Era el cebo que tenia Mariano Moican para sacar á los estancieros vecinos los caballos mas lindos y no la permitia por su parte hablar una sola palabra que no fuera en su presencia y por medio de lenguaraz.

Estaba convencido de la proverbial avaricia de su hermana que no se cansaria de pedir antes que dar ella cosa alguna, pero era tan famosa mina, que temia perderla de un momento á otro.

Hasta el dia en que hizo Cuello su entrada al Azul, nadie pudo jactarse de haber recibido el mas mínimo favor de aquel ser avaro y salvaje.

Véamos como trabó conocimiento con ella nuestro célebre Juan Cuello.

Sabido es que todo gaucho alzado busca su alivio en los toldos de los indios amigos ó enemigos—Hasta allí no llega la saña de la justicia de Paz ni las injustas persecuciones de la autoridad, que convierten al gaucho en un pária.

En los toldos el gaucho recupera su completa libertad y todos los derechos que Dios ha concedido al hombre, derechos que el gaucho vé desconocidos por el primer alcalde que le toma ojeriza, ó por el Juez de Paz á quien no quiso regalar un caballo.

Allí la vida es un poco mas apretada, y mas

llena de privaciones — pero qué diablo! allí tambien un hombre es libre y dueño de su voluntad—y sobre todo, allí no llega el poder brutal y absoluto del odiado Juez de Paz.

El gaucho sabe todo esto, sabe que él tiene derechos desconocidos en su pago, donde la justicia es para él siempre un garrote levantado sobre su cabeza, y cuando se vé mal, gana los toldos como quien gana al cielo—*libre de polvo y paja*.

Juan Cuello conocia todo esto y sabia que á inmoderaciones del Azul habia tolderias amigas y gran facilidad para guarecerse entre los malos en caso de apuro, así es que apenas estuvo algunas horas en el pueblo del Azul, donde llamó la atencion del paisanaje por su soberbia apostura y la magnificencia de los dos caballos que llevaba, y rumbió á los toldos de Mariano Moican, situados, como hemos dicho á oril as del arroyo de Nievas.

La entrada de Cuello en los toldos fué por demás curiosa, pues el gaucho llamaba verdaderamente la atencion por su hermoso semblante y sobre todo por aquellos dos caballos soberanos, que montaba tan *lindamente*.

Los indios salian á la puerta de los toldos á mirar los dos fletes, y las indias salian fuera de ellos á mirar aquel gaucho cuyo aspecto era diverso al de los demás paisanos con quienes hasta entonces habian tratado.

Cuello, haciéndose el que ignoraba por completo la curiosidad que habia despertado, preguntó por el toldo del cacique Moican, á donde lo condujo un indio viejo mas feo que un susto en dia sábado.

Cuando Juan Cuello echó pié á tierra á la puerta del toldo de Mariano, salia este acompañando á su hermana Manuela, cuya belleza asombrosa dejó á Juan Cuello sin saber que decir—completamente deslumbrado.

Habituados al efecto que en todos producía la belleza de la india, ni esta ni su hermano se sorprendieron del asombro de Juan Cuello, por el contrario lo consideraron como la cosa mas natural de este mundo.

Ambos pensaron que aquel simpático gaucho que venia en tan soberbios animales, seria el portador de algun regalo de un nuevo estanciero que se hubiera prendado de la bel eza de aquella mujer tan bruta'mente interesada.

Viendo que Cuello no volvia de su éxtasis de contemplacion y que el tiempo pasaba sin que dijera á que habia venido, Mariano se le aproximó cautelosamente y dándole dos golpecitos en el hombro, lo sacó de su arrobamiento diciéndole:

—Qué tal hermano—*Comlacai*—á qué viniendo á toldo mio?

—Tengo mucho que hablar contigo, repuso Cuello sin dejar de mirar á Manuela, entremos á tu toldo hermano, para hablar mejor.

Juan Cuello maneo el pico blanco con su pañuelo de seda, como tenia costumbre y entró al toldo siguiendo á Mariano Moican y á Manuela cuya belleza lo habia deslumbrado hasta el punto de soltar un par de ternos.

La india, por su parte, habia sentido cierta satisfaccion al conocer que su belleza habia deslumbrado al hermoso gaucho, fijándose en él como nunca lo habia hecho en ninguno de sus demás enamorados.

El toldo de Moican era una escepcion de estas raras y salvages viviendas. Allí habia sillas, cosa asombrosa, una consolita con forro de seda y una cama de bronce cuyas ropas eran blanquísimas y de primera calidad.

Todos aquellos muebles desconocidos entre los indios, eran regulos que diversos enamorados habian hecho á Manuela, sin obtener en cambio, mas que los desdenes mas salvages y el marcado desprecio con que la india los aceptaba.

Cuello, á invitacion del cacique Moican, se sentó en una de aquellas sillas, mientras Manuela se sentaba en el sofacito, al lado de su hermano, que parecia un gobierno concediendo audiencia.

Moican hizo venir á su lenguaraz por medio de un indio que pasó por el toldo: sabia hablar el español tan bien como cualquier otro, pero los indios para ganar tiempo y reflexionar bien las respuestas, nunca entablan conversacion con un extranjero, sinó por medio de aquel intérprete originalísimo que llaman lenguaraz y que casi siempre es una especie de Bismarck salvaje, es decir, un político hábil y sutiísimo.

Cuello no cesaba de mirar á Manuela—devoraba su belleza con asombrados ojos, prometiéndose en sus adentros la conquista de aquella preciosa salvaje, aunque tuviera que dar una batalla campal con la tribu.

Por fin, á instancias de Mariano que no estaba muy conforme con aquella contemplacion, tuvo que dejar de mirar á Manuela para responder á las preguntas que se le hicieron, de quien era y á que iba á sus toldos.

—Yo soy un cristiano huido, dijo entonces Cuello, que vengo á formar parte de esta tribu, porque los cristianos son gente mala y no se puede vivir entre ellos y pido al valiente Moican me admita entre los suyos.

Despues de transmitir esta respuesta, el lenguaraz se puso á examinar á Cuello, mientras el cacique rumiaba su respuesta, que fué la siguiente:

—Dice cacique que él admitiendo en su tribu como lanza y que comprometiendo vos á tomar parte en invasiones contra cristianos y dice que vos quedando igual á otros indios, y dice que regalos trayéndole vos y dice que si

vos quedando ha de ser toda la vida, matando si vos queriendo irte de toldos.

—En todo estoy conforme, repuso Cuello, yo me quedo para siempre, porque no quiero volver mas á tierra de cristianos pues todos ellos son mis enemigos mortales—Yo he peleado mucho contra ellos y les he muerto mucha gente.

—En cuanto á regalos, continuó, no traigo ninguno, porque yo soy muy pobre—no tengo mas fortuna que la que traigo encima, que es bien aperreada, y los dos caballos que están en la puerta—pero estos dos caballos son los mejores que hay en el mundo—corren como el viento y obedecen al cuerpo como si fueran adivinos—el tordillo es el mejor de los dos, y yo lo regalaré al gran cacique Moican, porque él no tiene un caballo que valga tanto.

Moican habia ya apreciado con una sola mirada, todo el mérito de aquellos dos animales, así es que aceptó contentísimo el regalo, prévia prevencion de que los dos habian de correr con el mejor de sus caballos, y que Cuello le daria el que quisiera el cacique á su eleccion.

Cuello aceptó en el acto el convenio—poco le importaba regalar el tordillo, porque cuando él se fuera de los toldos, el tordillo se vendria detrás del pico blanco.

Manuela Diaz, que no habia perdido de vista un momento á Cuello, midiéndolo de arriba abajo, vió el espléndido anillo que este llevaba al dedo, y con profunda codicia dijo: regalando anillo cristiano, regalando anillo.

Cuello estimaba aquel anillo porque era un regalo de la mujer que mas habia impresionado su corazon y le dolia desprenderse de él, pero era tan bella aquella india quien bien valia la pena de dárselo.

Sin embargo, Cuello comprendió que aquella india era terriblemente avara y que de aquella sortija podia sacar un buen partido—así es que dió vuelta la brillante piedra al lado de adentro, y dijo á Manuela con infinita gracia:

—Ahora no, hermana—no puedo porque es un recuerdo de mi madre á quien no voy á volver á ver mas en mi vida—Pero no importa, cuando seamos mas amigos, yo te lo regalaré.

Era la primera vez de su vida que la india escuchaba una negativa de un hombre que parecia enamorado de ella—así es que miró á Cuello sorprendida, estirando la mano hácia el anillo y renovando el pedido.

—Ahora no hermana, insistió Cuello, sonriendo bondadosamente—mas tarde cuando seamos amigos, y te regalaré hasta el corazon, si lo quieres para algo.

Apesar de su estrañeza, Manuela sonrió al escuchar á Cuello—su acento suave y cariñoso habia sonado en su oido como una melodia, á la que no estaba habituada—sonrió, decimos, y se sintió conforme.

Los cuatro salieron del toldo á disponer lo que fuera necesario para la gran carrera que iba á tener lugar. La pinta del tordillo habia llenado el ojo del indio Moican, pero tenia fé en su famoso pangaré que él reputaba inganable.

Mientras Mariano fué á buscar su caballo, sonriendo como quien dice: «no sabes con quien te has metido» el lenguarú se fué á los otros toldos á referir la conferencia que habia tenido lugar entre el cacique y el gaucho, y la carrera que iban á correr con el pangaré.

Cuello y Manuela quedaron solos, el primero poniendo al tordillo en condiciones de poder correr, la segunda mirando con suma curiosidad á aquel hombre extraño en quien, á pesar de ser un simple gaucho, encontraba en él cierta simpática magestad que no habia notado en los demas hombres que la habian enamorado y por los que solo habia sentido marcada antipatía tolerándoles sus pretensiones, solamente por sacarles caballos, vacas y toda clase de regalos que le enviaban con profusion.

El astuto paisano, mientras arreglaba la montura del tordillo, miraba de cuando en cuando á Manuela, sonriendo picarescamente—y esta, en vez de quedar impasible como siempre, sonreia tambien sin poder explicarse la causa.

—Yo habia pensado quedarme en los toldos para siempre, hermana, le dijo Cuello; pero aunque no lo hubiera pensado así, desde que te he visto se me hace que ahora ni á lazo me sacan de aquí—qué mujer linda, caramba!

Manuela sonrió al oír á Cuello, mostrando la doble fila de sus blanquísimos dientes: habia comprendido todo el significado de aquel requiebro criollo y en vez de enojarse le recibia con una sonrisa de inequívoca satisfaccion.

—Vos siendo gaucho muy pícaro, le respondió golpeando con su mano diminuta el hombro de Juan Cuello—que no oyendo Mariano porque lanceando cristiano—y se puso á examinar el tirador del paisano con infantil curiosidad.

La belleza de aquella india producía sobre Cuello un efecto endiablado, y á la presión de aquella mano sobre su hombro, habia sentido deseos de responder con un abrazo, pero á la noticia de la carrera que iba á tener lugar habian empezado á llegar muchos indios, y Cuello se contuvo á la mitad del ademán, diciendo á la india—luego conversaremos, hermana, ahora hay muchas moscas y no se puede destapar la miel, porque se amontonan peor que las desgracias en un pobre.

En esto apareció Mariano Moican, montado sobre un caballo pangaré, de aspecto algo sotreta, como la generalidad de los caballos pampas, parecia un animal sin brios, algo flaco

pero largo y alto de cruz, condiciones de pingo ligero.

Los caballos de los indios no valen una pitada de mal cigarro, juzgados por el aspecto—generalmente son flacos á causa de la mala alimentación, pero son caballos *guapos* y de grandes condiciones para la vida errante del indio.

El caballo de un indio no tiene los brios ni el lustre en la piel de los caballos cuidados á pesebre, al contrario, tienen todos aspecto de mancarrón, pero cuando un cacique presenta su caballo de carrera, se puede jurar apesar de su aspecto asendereado que es un caballo de primer orden, con estas dos condiciones indispensables á un caballo de cacique: incansable en la carrera y dócil como un niño á la mas lijera inclinación del cuerpo, que en la pelea, es la rienda del indio.

Así se comprende que este guerrero especial pueda atender en la pelea al manco de su largísima lanza, que tanto estrago á solido causar en nuestra tropa, sin necesidad de riendas para gobernar el caballo que es su salvación.

Cuando Cuello vió al pangaré, su ojo práctico y seguro advinó un caballo *de mi flor*, pero estaba convencido de que al tordillo no lo ganaba sino el pico blanco y este no tenia para él rival ni en velocidad ni en resistencia.

Los indios, por su parte, tenían ciega fé en el pangaré de Mariano, pues no solo era el mejor caballo de la tribu, sino que *tierra adentro* el pangaré de Moican tenia fama de ser el mejor caballo que existiera—no habia habido quien le *matara el punto*.

Así los indios que concurrieron á la carrera iban dispuestos á jugar en ella todas sus prendas, hasta la lanza, con la convicción profunda de que aquella carrera la tenían en el buche, de donde no salía ni con vomitivo.

Todos empezaron á querer apostar algo, quien un rebenque, quien un par de estribos de plata quien una espuela y quien hasta un gorro con franja de oro, que es una prenda que no suelta un indio estando vivo, aunque lo muelan á garrotazos.

—Yo no tengo que jugar, decia Cuello, no tengo que jugar y además no quiero robarles la plata—esta carrera es tan mia que no me la sacan del cuerpo ni con palabra de casamiento, aunque mi tordillo no es un caballo sino un parejero muy robador.

—Yo jugando tu sortija por el pangaré, cristiano, dijo Manuela, tratando de encontrar con su ávida mirada la piedra del anillo que Cuello escondió al principio de la entrevista—si yo perdiendo, te doy este otro, y mostró uno de esos sortijines de plata hecho á martillo groseramente y que sin embargo son el sumum del lujo en los toldos, prendas que

confecciona el indio *platero*, personaje de alta significacion á quien se mira en las toldorias como un artista irreprochable.

—Está bueno, apuesto con vos, hermosa, para que no se diga que tengo miedo y porque así tendré una prenda que ha sido de la reina de estos toldos—lo que es al tordillo garanto que no lo van á ver ni aunque corran con caballo de tiro.

Hecha la apuesta, Moican sonrió seguro del triunfo—puso apenas dos jerguitas sobre el pangaré para que anduviese mas liviano y preguntó á Cuello si estaba listo, á lo que este respondió: cuando guste, avise no mas.

Acto continuo se midieron las distancias, se colocaron en sus puestos á moda de jueces algunos capitanejos, y Cuello y Moican, cada uno sobre su caballo, se colocaron en el punto de partida—iban á correr noventa cuabras, medidas á ojo de indio.

Antes de *largar*, hicieron tres ó cuatro partidas, en las que Cuello trató de ocultar la velocidad de su caballo, dejando salir un poco adelante al pangaré, tratando de sacarle algun cotejo de puro vicio, pues en ella no iba ganando nada.

El pangaré era un magnífico animal—apenas se sintió al lado de otro caballo, estiró su largo cuello, y tomó cierta esbeltez en sus movimientos—parecia conocer que le iban á disputar su fama y se preparaba á vender, segun su costumbre.

A las cuatro partidas, Moican hizo la invitacion de orden en estos casos. Cuello respondió un seco «vamos», y ambos caballos partieron como dos flechas disparadas por el mismo arco—la *rompida* no podia haber sido mas pareja.

Por espacio de diez cuabras mas ó menos, el pangaré acompañó al tordillo sin que ninguno de los dos sacara la menor ventaja, pero des pues de esta distancia el tordillo empezó á adelantar, leve, pero visiblemente—la carrera estaba por él.

Moican inclinó todo el cuerpo hácia adelante y empezó á castigar al pangaré por el lado de montar—Cuello sonrió é inclinó tambien el cuerpo sobre la cruz del tordillo: para él la carrera no tenia *ni que ver*, era completamente suya.

Estirándose todo lo que pudo, mas por la desesperacion de no poder salir adelante que obedeciendo al rebenque, el pangaré acompañó al tordillo unas cinco cuabras mas, pero de allí adelante el tordillo empezó á adelantar tanto, que á las veinte y cinco cuabras habia sacado de ventaja como dos cuerpos de caballo y se cortaba solo hasta la raya, á donde llegó con diez cuabras de ventaja: el famoso pangaré habia sido completamente vencido y de una manera veronzosa.

Un alarido de profunda admiracion lanzó la indiada, que no creia que el pangaré hubiera perdido, pensando que si el tordillo ganó aquellos dos ó tres cuerpos de caballo, seria porque Moican habia contenido algo al pangaré para lucirse.

Cuello echó pié á tierra y se puso á pasear su caballo de la rienda—todos los capitanejos lo rodearon inmediatamente pidiéndole unos el caballo como regalo, y ofreciéndole otros darle en cambio un apero ú otra simpleza por el estilo.

—No hay que pensar en eso, les respondió Cuello, pues ya he regalado el caballo á Mariano y no se lo puedo quitar;—pero uno de estos dias he de ir á mi pago para traer al padre del tordillo, que es mejor, y que regalaré á un capitanejo, para recuerdo.

El astuto Cuello sabia que con esta promesa se captaba la amistad de los capitanejos, por interés del caballo; y como al fin y al cabo con ofrecer no perdía nada, ofreció caballos á destajo, asegurando que los otros eran mejores que el tordillo que acababa de correr.

Moican llegó á donde estaba Cuello y estiró una mano encima hácia la brida del tordillo: —dudaba que fuese verdad que se le hacia aquel regalo y temia que despues del éxito obtenido, el paisano se fuera á arrepentir y echarse atrás.

Cuello le entregó sobre tablas el tordillo, con la prevencion de que las riendas y el apero no formaban parte del regalo, porque no tenia otras;—y Moican, ébrio de felicidad, regresó á su toldo seguido de Cuello y los capitanejos, que miraban con envidia el regalo que habian hecho al afortunado Moican.

Cuando llegaron al toldo, Manuela, sin que se la cobrara, entregó á Cuello la sortija que habia perdido, sin que al hacerlo se notara en su semblante el menor pesar;—por el contrario, parecia que entregaba el objeto perdido con cierto placer que no pasó desapercibido para los capitanejos que tenian sus pretensiones sobre la hermana del cacique,—no por su belleza, sinó por las prendas que constituian su riqueza.

El indio es una especie de animal irracional en sus amores;—no es celoso, no conoce esta pasion que tiene su origen en la misma intensidad del amor, porque el matrimonio es todo para ellos menos un acto de cariño.

El indio se casa para reproducirse y, sobre todo, para tener una criada que cuide de sus animales y se encargue de armar y desarmar el toldo cuando mudan campo por mejorar de pasto ó huir de la asechanza de los cristianos.

No distingue la belleza de la fealdad, hasta el punto de serle completamente lo mismo una mujer verdaderamente preciosa como Manuela,

que una india de facciones aplastadas y lomas como las que se ven en nuestra calles.

Por eso es que el placer con que Manuela entregó á Cuello su sortija, no despertó la menor idea de celos entre aquellos capitanejos soberbios y salvajes que habian proyectado con ella matrimonio—solo sintieron el anillo en sí.

El indio y, sobre todo el pampa, es el tipo clásico de la suprema haraganeria;—vive echado de barriga sin incomodarse ni aun para comer: cada quince dias ó un mes salen á bolear animales y solo se mueve del toldo para dar malon.

Por eso necesitan mujeres para que les den de comer, les cuiden el grande ó el pequeño rodeo y les tejan las mantas y demás pilchas del aposito, pues, sinó, andarían en pelo y vestirían el modesto traje de Adán antes del pecado.

Así se vé que en los toldos nunca tiene lugar un disgusto por amor, ni una seducción, ni una pelea ó simple *loncotco* que son sendos tirones de mechas, por cuestion de amores ó de preferencia de tal ó cual mujer.

Para el indio, ya lo hemos dicho, lo mismo es la mujer mas hermosa que una de esas indias de pelo indefinido y de fealdad monstruosa, cuyo sexo no es posible conocer á dos tirones. Una mujer es cuestion de un par de estribos, de dos ó mas mantas ó de tantos caballos y tantas vacas, que es lo que entre ellos consagra el matrimonio, y como es natural, la mas apotecada es aquella cuyo precio está mas al alcance de la mano del que se casa.

Cuello recibió de manos de Manuela aquel anillo que, dada la sonrisa espresiva con que fué entregado, importaba para el paisano el primer paso dado en el corazon ó por lo menos en el consentimiento de la india codiciada.

Cuello quedó admitido así en los toldos con el beneplácito del temido Mariano Moican y de Manuela Diaz, que le ofreció voluntariamente un par de cueros de potro para que improvisara un toldo cerca del de Moican.

El paisano se alejó con sus dos cueros á levantar su toldo, en cuya construccion le ayudaron varios capitanejos de los que aspiraban á poseer el padre del famoso tordillo, cuya oferta reiteró con mil ponderaciones sobre el animal.

Una vez en su toldo y solo, Cuello se puso á tazar el nuevo plan de conducta que debia seguir:—no poseyendo nada, tenia que proporcionárselo todo, para lo cual haria sus entradas en el Azul, donde daría algunos golpes buenos.

Se habia deshecho de sus tordillo porque tenia la seguridad de rescatarlo así que fuera necesario, por la facilidad que tenia, por seguirse con el pico blanco, cuyas prendas era necesario ocultar para no despertar la codicia de los indios.

Entre tanto, con aquel regalo régio se habia

captado la voluntad del cacique que era lo principal, y su buena estrella lo habia hecho *ganar bien* en sus proyectos de amor sobre aquella india preciosisima, cuya adquisicion no lo preocupó mucho.

Sabia que esto no era cuestion mas que de algunas prendas y caballos, y esto era lo de menos en el género de vida que habia adoptado; pues contaba explotar toda la riqueza de su imaginacion traviesa y emprendedora.

Tal vez tendria que deshacerse de aquel anillo que representaba su recuerdo mas querido; pero, qué diablos! poseyendo á Manuela volvía á poseer el anillo, así es que no valia la pena de andarlo mezquando mucho tiempo.

Sumido en estas reflexiones, Cuello pasó el resto de aquella noche, sin pegar los ojos un momento, observando el toldo de Moican y las costumbres de aquellos prójimos, entre los que iba á vivir sabe Dios cuanto tiempo y con qué inconvenientes.

La noche pasó tranquila;—los indios durmieron á pierna suelta, confiados en los bomberos que duermen á cierta distancia de las tolderías, uno á cada direccion, para avisar la menor novedad que se llegue á sentir.

Al otro dia muy de madrugada salieron de su toldo en direccion al de Cuello, Mariano y Manuela;—venian á saber como habia pasado la noche el huésped y á invitarlo á churrasquear un costillar de potro fiambre, manjar esquisito.

Cuello salió á la puerta del toldo á recibir cordialmente á los hermanos, prodigándoles mil zalamerias de aquellas que nuestros paisanos tienen siempre en su conversacion, y aceptó agradecidísimo la invitacion que se le hacia.

—Yo soy muy pobre, hermano, decia Cuello á medida que caminaban, no tengo nada y necesito salir á campear para ver si boleó algo para cambiarlo en el pueblo por provisiones, porque no tengo ni que comer—despues, cuando me haga mas de la casa y hagamos alguna entrada, ya será otra cosa y entónces podré hacerles algunos buenos regalos, y tener tambien en algun rodeito para casarme en los toldos, porque lo que es yo no vuelvo mas á tierra de cristianos.

Cuando se sentaron á la puerta del toldo, y se le hubieron afirmado al costillar, la conversacion se hizo mas animada y franca, prometiendo Cuello hacer algo muy pronto para que vieran que él era hombre bueno para el trabajo (robo).

Manuela, mientras Cuello hablaba y comia, no separaba un momento la vista del rico anillo que brillaba al lado de la tosca y ancha sortija de plata que le dió ella el dia anterior:—aquella sortija la tenia mareada.

Cuello no perdía un momento de vista la

espresion de codicia que se pintaba en el rostro de la india, al ver las luces de la piedra que él hacia intencionalmente brillar mas, moviendo la mano continuamente.

Manuela no pudo aguantar por mas tiempo su deseo de tener aquella piedra, y tomando á Cuello cariñosamente del brazo, lo atrajo á sí diciéndole:

—Regalando sortija hermano;—á mí gustando mucho tenerla para mí.

—Ahora no, hermana, respondió Cuello, dando á su voz todo el timbre melódico que le fué posible;—yo te la daré cuando pueda hacer otro regalo á Mariano, porque yo quiero casarme pronto, en cuanto tenga prendas.

Lanzada la bomba, Cuello esperó sus resultados;—pero su revelacion no causó la menor extrañeza, siendo acogida con esa eterna indiferencia que muestra el indio para todo aquello que no sea un regalo que recibiera.

—No importa, replicó Manuela;—despues regalando á cacique Moican;—ahora dando sortija, no siendo miserable.

—Y si yo me quiero casar contigo? preguntó Cuello, con la voz temblorosa por la ansiedad.

—Si, teniendo prendas casando, contestó Mariano con la mayor conformidad;—Manuela validando como cincuenta yeguas y estribos de plata de tu recado, casando no mas cuando regalando eso.

—Todo eso yo te regalaré, contestó Cuello ébrio de alegría, y te regalaré muchas otras prendas lindas que te han de gustar mucho, hermano, y partiremos la mitad de todo lo que yo pueda traer en los malones que hagamos.

Los ojos de Moican brillaron de codicia, figurándose que ya Cuello lo colmaba de regalos; y como si con esa accion cerrara el trato, se levantó y le dió un abrazo tan fuerte que hubiera deshecho á otro hombre menos fuerte que Cuello.

—Bueno, regalando el anillo, insistió Manuela, ya queriendo apoderarse de la prenda, y Cuello, que no descaba otra cosa, se la sacó del dedo y adornó con ella la hermosísima mano de la india.

El placer que esta experimentó es imposible de pintarlo;—bailó, se rió y salió del toldo dando mil alaridos; volvió á entrar y mirándose siempre el anillo, llenó de caricias á Juan Cuello, que creia estar en la misma gloria.

UNOS AMORES CAROS

Tres ó cuatro dias despues de estar Juan Cuello en los toldos, hicieron grandes carreras en festejo de un acontecimiento que siempre es recibido con gran júbilo en toda tolderia—se trataba de hacer una invasion al 25 de Mayo.

Los indios, astutos por demás, no robaban en el partido del Azul, mas que aquellos animales que necesitaban consumir inmediatamente, y que por lo mismo no podian dejar rastro alguno por el que se les pudiera hacer el menor cargo.

En cambio Mariano Moican hacia sus entradas á los partidos del 25 de Mayo y 9 de Julio, en combinacion con los indios malones, con quienes estaba siempre al habla, por medio de comisiones que iban y venian ocultamente.

De esta manera traian á los toldos bastante cantidad de vacas y yeguas, cuyas marcas desfiguraban hábilmente, seguros de que, de aquellos partidos no se habian de sospechar que las haciendas robadas estuvieran allí.

Moican habia dispuesto una invasion de doscientas lanzas, que irian con un capitanejo de prestigio, teniendo buen cuidado de mostrarse en el Azul el dia que esta tuviera lugar, para desvanecer cualquier sospecha que contra él se tuviera.

Cuello debia formar parte de aquella invasion, para mostrar lo que era capaz de hacer y por necesidad de traer con qué vivir, y por esto se celebraban aquellas carreras en los toldos, donde el potrillo se daba un corte loco.

Juan Cuello tomó parte en aquellas carreras, corriendo él mismo con su pico blanco, una vez contra el pangaré y otra vez contra otro caballo de un capitanejo, pero las perdió las dos para que nadie le codiciara el caballo.

Al otro dia antes de aclarar, cien hombres entre lanzas y medias lanzas salieron á incorporarse á los indios del malon, que los esperaban dos leguas mas adentro, tomando el rumbo del 25 de Mayo, se detuvieron, cuatro leguas antes de llegar, á esperar la caida de la noche, unos cien hombres, mientras los otros cien seguian camino al 9 de Julio y Bragado, donde debian pegar el golpe tal vez sin riesgo, pues al saber que habia invasion en el 25, aquella Guardia Nacional era probable se corriera á prestar auxilio.

Entre los cien hombres que quedaron en el 25 de Mayo, quedó Juan Cuello, completamente solo, es decir, aislado de todos los demás indios que desconfiaban de aquel cristiano, de quien temian alguna delacion.

Cuello no queria mezclarse al resto de los

indios, porque queria hacer un botin abundante con que poder obsequiar en regla al avaro Moican y casarse con la hermosisima Manuela, que era toda su ambicion por aquel momento, y todo su anhelo.

La noche no podia ser mas espléndida ni mas adecuada para un malon en regla—á las nueve la luna estaba en todo su esplendor, iluminando aquella campaña, poblada por millares de animales vacunos.

Los indios empezaron á marchar con cautela hácia el pueblito, arreando todo el ganado que encontraban al paso, operacion de que se encargaban esclusivamente las medias lanzas, llevadas con aquel objeto, para facilitar la maniobra.

Cuello marchaba al costado de aquella curiosa columna, sin hablar una palabra con alguno de ellos y divisoando el campo en todas direcciones, como si buscara alguna cosa que esperara hallar de un momento á otro.

Por fin llegaron á las orillas del pueblo, sin que hubieran sido sentidos, tendieron una larga ala de batalla y se lanzaron por todas partes á toda la carrera de los caballos y soltando aquellos alaridos salvages y penetrantes que tanta impresion hacen en aquellos que por primera vez combaten con indios.

La alarma cundió como un golpe eléctrico por todo el pueblo y mientras los soldados milicianos iban á reunirse al Juzgado de Paz, los habitantes cerraban sus puertas con gran estruendo y temor.

Los indios se habian desparramado por todo el pueblo, buscando las casas de negocio donde podian proveerse de aquellos artículos que constituyen su principal codicia, como ser bebidas espirituosas, pan y conservas de todas clases.

El pueblo era una confusion horrible—por todas partes se oia el llanto de las mujeres y los niños, los hombres se apresuraban á ganar sus casas y cerrar las puertas—y toda esta confusion espantosa era dominada por el salvaje alarido de los indios.

El que no haya visto un pueblo entregado al saqueo de los indios, no puede tener idea de lo que es este acto brutal del bandalaje pampa—No hay ruego que pueda mover á compasion al indio entregado al saqueo y á la destruccion.

Roba y bebe sin saciarse jamás, y cuando está ébrio, incendia por el placer de destruir y por no dejar nada que aprovechar de la casa incendiada—y todo concluye en un vértigo de sangre y en un monton de cadáveres, sobre los que viene á cebarse cada indio, metiendo su lanza á cada momento, hasta que se cansan de esa operacion monstruosa.

Las mujeres y los niños están libres de la

matanza, pues son los únicos cautivos que el indio lleva.

Mientras los indios estaban entregados al robo, al incendio y á la matanza de cuanto infeliz se encontraba por la calle, Cuello se habia *cortado solo*, á hacer su provision, modesta relativamente á los salvages, para quienes todo era poco.

Su propósito era simplemente sacar una partida de ganado para Moican y una cantidad de chucherias de mujer, con que contentar á Manuela, para casarse con ella á su regreso, si era posible.

Su primera operacion fué apoderarse de dos caballos que estaban á la puerta de una pulperia, á los que bajó el apero que para nada necesitaba y se llevó por el cabestro, destinándolos desde ya para cargueros de su botin.

Acto continuo se dirigió á una pulperia y casa de negocio, cuya luz vió de lejos y á donde llegó en momentos que los dueños y los dependientes se apuraban á cerrar las puertas, salvándose de este modo del saqueo general.

Cuello empujó violentamente una puerta que trataba de cerrar un dependiente; tirando á este de espaldas, y entró de una manera arrogante, dominando á todos los presentes con una mirada llena de soberbia y fiera.

—Aquí no se trata de matar, ni hacer mal á nadie, dijo dirigiéndose á los que estaban dentro de la tienda, que se creyeron muertos—yo no soy indio y no hay que tenerme miedo, que canjeo—solo quiero que me den algunas prendas.

—Todo lo que usted guste, señor, replicó temblando un viejito que debia ser el dueño del establecimiento—todo lo que usted guste señor repitió, pero no nos mate porque nosotros no hacemos mal á nadie, pida, señor, pida lo que guste.

—Estén tranquilos que yo no vengo á matar ni consentiré que nadie les toque un pelo de la ropa—Yo soy Juan Cuello, y á pesar de todo lo que se dice, donde está Juan Cuello no se comete ningun crimen, porque él no lo permite.

Felizmente para aquellos pobres diablos, no conocian á Cuello, y decimos felizmente, porque eran tales los horrores que de Cuello se contaban, que su nombre, lejos de tranquilizarlos, hubiera aumentado su terror.

Cuello empezó, pues, á elegir con toda cachaza aquellas prendas de mujer que mejor y mas lujosas le parecieron, las que acomodaba cuidadosamente sobre los caballos que habia llevado con aquel objeto y que dejara atados á su parejero.

Quando calculó que tenia bastante, se despidió del viejo agradeciéndole su fineza y aseguándole que algun dia vendria á pagarle todas aquellas chucherias.

Bueno amigo, concluyó preparándose á salir—cierre la puerta y buenas noches.

Apenas salía Cuello de la casa de negocio y se disponía á montar á caballo, cuando vió á un indio que venia medio borracho, atraído sin duda por la luz que salía de adentro—aquel indio no era de la tribu de Moican, por cuya razon no conoció á Cuello, á quien solo habia visto esa mañana un momento, y que volvía á ver á la claridad de la luna y de los litros de aguardiente que se habia echado entre pecho y espalda, en una pulperia que dejaban entregada al incendio.

El indio, pues, desconoció á Cuello, y tomándolo por algun habitante del pueblo que huía con sus haberes, se le vino encima, enristrando la lanza y estirando hácia los caballos una mano temblorosa por la emocion.

—Despacito hermano, que yo soy el gaucho de los toldos de Moican, y no es cuento que nos robemos uno al otro—á dar golpe por otro lado y pocas chanzas, concluyó, apoderándose de la brida del pico blanco, que habia ya agarrado el indio.

Este no entendió al principio lo que Cuello le decia, ya por torpeza natural, ya por estar ébrio, así es que se dejó caer del caballo dispuesto á disputar á Cuello aquellas prendas y caballos que consideraba ya cosa suya sin apelacion.

Cuello que conocia demasiado la ambicion de los indios y lo difícil que es hacerles entender la razon cuando se trata de soltar una presa, sacó su trabuco y sin decir una palabra mas se lo puso sobre el pecho é hizo fuego.

El indio soltó inmediatamente la rienda del pico blanco y cayó al suelo sin pronunciar una sola palabra—la carga íntegra del trabuco le habia destrozado el pecho, produciéndole una muerte instantánea.

Cuello lo apartó con el pié, saltó sobre el pico blanco, y tomó el camino del centro que conduce á la plaza, con toda la velocidad que le permitian los dos caballos que llevaba de tiro, que no eran muy buenos que digamos.

Los indios se habian hartado de saqueo y permanecian en las pulperias concluyendo con los últimos frascos de ginebra, y quedando tendidos en el suelo, completamente borrachos, que es para muchos de ellos el fin fatal de estos malones.

Cuello trataba de salir al campo para ver si hallaba alguna buena punta de caballos que arrear, pues su mision en el pueblo habia terminado—ya llevaba con exeso lo que necesitaba para Manuela y alguno que otro frasco de ginebra y arrobos de yerba y azúcar que los de la pulperia, con temeroso comedimiento se habian permitido acomodarle entre los

paquetes de ropa y géneros que el gaucho habia pedido—Cuello salió del pueblo y se puso á recorrer la campaña.

Algunos indios se habian incorporado al inmenso rodeo que cuidaban las medias lanzas, pues el dia empezaba á despuntar y temian pudiese venir algun piquete de milicianos protegidos por guardia nacional de otros partidos.

Al aclarar, la invasion se puso en marcha conduciendo el enorme arreo vacuno y caballar—todos iban cargados de abundante botín y conduciendo caballos que llevaban sobre el lomo grandes atados de todo género de artículos.

El malon habia sido en regla, como que no habian sido sentidos, y la poblacion del 25 de Mayo, muy pequeña entonces, no habia tratado de defenderse como se hace hoy, en que raro es el habitante de la campaña que no posea un arma de fuego.

El malon se puso pues en camino, entre la algazara y alegria de aquellos salvajes que iban completamente borrachos—Cuello se plegó al grueso de la indiada, metió sus caballos entre el arreo para andar mas cómodo, despues de acollararlos señalándolos con su pañuelo, y tomó puesto á un flanco de la indiada, divisoando el campo, como queriendo encontrar á todo trance una punta de animales con qué poder contentar á Moican.

Apenas habrian andado dos leguas, cuando Cuello diviso un poco á la derecha, un polvo que acusaba por lo menos una tropilla de treinta caballos.

Cuello apretó las piernas al pico blanco, y partió como una centella en direccion al polvo, con gran asombro de los indios, que no se sospechaban la lijereza asombrosa de aquel caballo, que casi todos ellos habian visto correr con tanta desventaja en los toldos, el dia antes de la salida.

Cuello detuvo la carrera del parejero unas veinte varas antes de llegar á los ginetes, que eran dos paisanos que arreaban dos tropillas, una de overos azulejos, compuesta de unos treinta animales, y otra como de veinte overos sains.

Cuello detuvo la marcha de su caballo, decimos, y cargó su trabuco, gritando á los paisanos que se detuviesen, que no les iba á hacer nada mas que quitarles los caballos.

Del grupo de indios se habian desprendido mas de la mitad, que galopaban para llegar hasta donde estaba el paisano, á presenciar lo que iba á hacer, y ver si participaban de los animales que él solo no podria quitar.

Los que arreaban las tropillas, viéndose perseguidos por un hombre solo y que no era indio, dieron vuelta cara, y cuchillo en mano pretendieron defender su propiedad—Por mas bravos que fueran tenian al frente á Juan

Cuello, que era pájaro muy difícil de pelar.

El paisano soltó las bridas del caballo, sacó el cuchillo y las boleadoras, arremotiéndolo á los gauchos con tal brio, que dos minutos después el uno caía con el cráneo hendido de un bolazo y el otro huía abandonando las tropillas.

Sin perder un segundo, Cuello partió con toda la rapidez de que era susceptible su parejero y dió vuelta las tropillas que habían seguido disparando, de modo que cuando llegaron allí los primeros indios, estas eran su propiedad absoluta.

Al ver la belleza de los animales, los indios experimentaron un sentimiento de profunda envidia. Uno de los capitanejos de los malones, indio bravío y de prestigio, se acercó Cuello y le pidió para sí una de aquellas tropillas.

—No doy ni un solo animal de estos, dijo Cuello: yo los he tomado solo sin ayuda de nadie y me pertenecen completamente—el que quiera celeste que le cueste, concluyó y pretendió seguir viaje arreando sus dos tropillas de overos y azulejos.

Aunque la pelea que había dado por resultado la adquisicion de las tropillas había hecho crecer enormemente á Cuello ante la consideracion de los indios, el capitanejo se dejó dominar por la ira, é intimó á Cuello la entrega de una tropilla bajo pena de ser lanceado.

—Ni uno solo de estos caballos, repitió Cuello mirando sombríamente al capitanejo—yo soy de la gente del cacique Moican y solo á él debo obediencia—con que á volar que hay chinchas, que tenemos que hacer una jornada larga.

El capitanejo no estaba dispuesto á desistir de su pretension, aunque se encontraba censurado por los capitanejos de Moican allí presentes—picó su caballo y se paró delante de Cuello, cerrándole el paso de una manera amenazadora.

Cuello al ver la actitud agresiva del indio, sacó su trabuco y lo armó—el indio enconado á la vista del arma, se afirmó mas en su empeño, lejos de acobardarse y enristrando su lanza á dos manos, cargó sobre Cuello, á gran galope.

Juan Cuello saltó rápidamente al lado derecho, y cuando el indio cruzó sin encontrar obstáculo, voló el trabuco y disparó sobre la cabeza del indio, reduciéndola á una masa informe.

Los indios quedaron aterrados ante la accion del gaucho que cargaba el trabuco apresuradamente para contener con un nuevo disparo la agresion que le traeria la gente del capitanejo muerto, pero ninguno se movió de allí.

El trabucazo los había reducido á la mas completa inaccion.—Los indios son así, cobardes

ante un rasgo de valor superior, con el que es fácil dominarlos, y en prueba de ello, he aqui un hecho histórico desconocido de ustedes:

Cuando el coronel Hilario Lagos era jefe de la Frontera Oeste de Buenos Aires, tenía á su cuidado varias tribus de indios reducidos, entre las que se contaban la tribu de Manuel Grande y Tripailaff, acampadas al lado del Fuerte General Paz, residencia de Lagos y su regimiento, y la tribu del cacique Coliqueo, situada en la Tapera de Diaz, diez leguas del fuerte, y que nuestros lectores conocen por haber seguido allí las aventuras de Moreira.

Un dia, uno de los capitanejos de Coliqueo había cometido el delito de herir alevosamente á un soldado, por cuya razon el coronel Lagos mandó su ayudante en busca del referido capitanejo para castigarlo con prision.

Los indios amigos son muy subordinados al jefe de la frontera donde campan, cuyas órdenes acatan con humildad, pues saben que es para ellos la autoridad suprema—pero esta vez no sucedió así.

El capitanejo no solamente no obedeció la orden del Coronel Lagos, sino que le envió á decir por medio del ayudante que no queria ir y que desobedecia aquella orden, porque estaba sublevado y dispuesto á pelear.

La tribu de Coliqueo tenía entónces unos cuatrocientos individuos entre chusma, lanzas y medias lanzas, á la que se consideraba mucho por ser una tribu muy valiente y leal al gobierno de la nacion.

El Coronel Lagos, al oír la respuesta que le daba su ayudante, supuso que, como solia suceder, aquel capitanejo estuviera dominado por el alcohol, así es que mandó ordenar á Coliqueo lo remitiera preso al campamento.

El ayudante regresó como la vez primera, sin el capitanejo y con una noticia estraña, pues dijo que el capitanejo se resistia á venir y que los demás capitanejos de la tribu declaraban que no lo dejarían llevar.

El Coronel Lagos no pudo permanecer impasible á semejante rebelion y la amenaza que le mandaban hacer aquellos estimables capitanejos—si dejaba impune aquel hecho quedaba por tierra su autoridad de jefe superior, y los indios, creyendo que se les tenía miedo, sabe Dios á los exesos que se entregarían, siendo muy capaces de venir á agredirlo en su propio campamento.

Con esa serenidad de espíritu que tanto distingue á este jefe en los momentos de peligro, mandó ensillar á una mitad de su regimiento, compuesta de veinte y cinco soldados, y tomó al tranquito el camino de la Tapera de Diaz.

Los soldados marchaban alegremente, porque iban á desentumir un poco las articulaciones y porque yendo con el coronel Lagos, tenían esperanza de dar á los indios un gol-

pe serio y traérselos de las orejas al campamento.

Cuando Lagos llegó á la tolderia con aquella brillante mitad de compañía, los toldos estaban en el mayor desorden—los indios corrían en todas direcciones tomando caballos, mientras los capitanejos rodeaban á Coliqueo.

Aquella tribu se preparaba al combate, no habia que dudar, se adivinaba en la actitud de los capitanejos, en el apuro de tomar caballos de tiro y en la manera agresiva con que blandían sus chuzas.

Lagos hizo hacer alto á su pequeña tropa, con orden de no moverse de allí hasta su regreso, y avanzó completamente solo, y con aspecto tranquilo hasta donde estaba Coliqueo rodeado de todos sus capitanejos y lanzas.

—Aquí vengo, dijo Lagos á Coliqueo á ver como es que ustedes están sublevados, y cuales el capitanejo que se ha negado á obedecer mis órdenes, mandándome una misiva insolente.

—Siendo yo, repuso uno de aquellos indios de mirada altiva y de espresion feroz—que estaba bastante ébrio—siendo yo que hirió soldado y que no queriendo ir campamento porque yo sublevado con mi gente y otros capitanejos.

—Está bien, dijo Lagos sonriendo ante semejante declaracion y dirijiéndose siempre á Coliqueo—ahora mismo me va usted á entregar á todos los capitanejos rebeldes para llevarlos al campamento y tenerlos quince dias presos, sinó me verá en la necesidad de tomar á ustedes como enemigos y llevármelos por la fuerza incluso al cacique.

Coliqueo miró á Lagos de una manera agresiva—despues de consultar con una mirada á los capitanejos, repuso:

—Ellos no queriendo ir y yo no pudiendo obligar—yo tratando convencer y si ellos quieren, mañana llevando yo á tu campamento—ahora gente está enojada y teniendo mucha gana pelear.

—Bueno, concluyó Lagos, yo me voy hasta donde están mis soldados y si dentro de cinco minutos no se han entregado todos los capitanejos, los cargo y despues de una sableada en regla, me los llevo á todos, no ya por quince dias sino por un mes.

Y picó su caballo malon hasta donde habia dejado su tropa que, al ver la actitud de los indios estaba, como se dice, saliéndose de la vaina de puras ganas de entrar en pelea, maldiciendo de la paciencia del coronel.

Lagos formó su tropa, de manera que si los indios cargaban no pudieran hacerle mal—habia hecho desmontar doce soldados al lado de cada uno de los cuales, quedaba un soldado de caballería, con el sable desenvainado.

De esta manera, si los indios cargaban, los

soldados de á pié podían hacer un vivo fuego hasta hacerlos dar vuelta: entónces los soldados á caballo podrían cargarlos por la espalda y termnar á sable la jornada.

Los indios entretanto se reunían á gran prisa, blandiendo las chuzas y lanzando alaridos salvajes, unidos á sus insultos favoritos de cristiano cobarde—lanceando por detrás, ladron cobarde y otros por el estilo.

El coronel Lagos empezó á perder poco á poco la paciencia, y convencido de que aquello no podia terminar de una manera pacífica, ordenó al oficial que mandaba la mitad que no se moviera de su sitio hasta que él no hiciera un disparo de revólver—y con esta arma en la mano, avanzó hasta donde estaba Coliqueo rodeado del grueso de la indiada.

—Lanceen, canallas, les dijo, atropellando con el caballo á Coliqueo y al capitanejo causante de aquel maremagnum—lanceen si se atreven á desobedecer á su gefe.

Mientras los capitanejos quedaban sorprendidos por este rasgo de valor, algunos indios remolinaron sus caballos y se vinieron lanza en ristre por la espalda del coronel.

Este que no les perdía un solo movimiento, hizo dar una rápida media vuelta á su caballo y presentándose á los indios por el frente les gritó—en el pecho canallas, no por la espalda, y montó su revólver.

El oficial que habia quedado con los soldados hacia esfuerzos sobrehumanos por contener á estos que querían ir en auxilio de su gefe, apesar de haber oido la orden que este dió terminantemente al avanzar.

Lagos, entre tanto, despues de contener con su actitud y su revólver á aquellos salvajes, arremetió hasta donde estaba el capitanejo causa de todo aquello, lo desmontó del cogote, haciendo gala de una fuerza de primer orden y le quitó la lanza.

No hubo necesidad de ninguna otra medida—los indios quedaron tan dominados con aquel acto de valor audaz, que Coliqueo se acercó al coronel diciéndole en aire de profunda súplica.

—No matando hermano, no matando—yo llevando ahora todos presos á tu campamento.

Lagos aprovechó, como hombre práctico la cobardia del momento, é hizo desarmar á los capitanejos antes que reaccionaran.

Cinco minutos despues, estos y Coliqueo con ellos, marchaban sin armas entre los veinte y cinco soldados hasta el campamento, donde estuvieron presos diez dias, para quitarles sus deseos bélicos.

Así el trabucazo de Cuello que dejó *pito* al ambicioso capitanejo, produjo entre los indios un saludable efecto de paz ninguno de ellos se atrevió á ambicionar aquellas tropillas, y Cuello guardó en su cintura el trabuco, con-

vencido de que ya no tendría mas necesidad de él.—los indios estaban amedrentados por los efectos destructores de aquella arma que veían por primera vez, pudiendo apreciar su fuerza descomunal.

—Si alguno de ustedes tiene interés en las tropillas ó en alguna de las cosas que yo llevo conmigo, puede ir hablando, dijo Cuello á los indios, para mandarlo á conversar con ese ladrón haragan que está ahí tendido durmiendo la siesta.

Algunos indios rieron ante la chuscada del gaucho—estaban borrachos y por consiguiente dispuestos á todo lo risueño—pero los mas guardaron silencio, mirando consecutivamente la cabeza destrozada del capitanejo y el trabuco de Cuello.

—Entónces en marcha, concluyó este, que hay que regresar antes que se nos vengan encima los cristianos—allí daré yo cuenta á Moican de lo que ha sucedido—y todos los indios se plegaron sumisos al grueso del arreo siguiendo en seguida la marcha para el Azul.

Cuello andaba de una en otra parte del rodeo, á todo lo que daba su parejero: que los indios sabían lo que corría y no había por qué ocultarlo—la cosa no ofrecía tampoco peligro alguno, pues los indios, si le codiciaban el caballo, á buen seguro que no habían de intentar robarlo ó pretender se lo regalara. Ya habían visto como respondía Juan Cuello á ese género de pedidos.

No por ir asustados y borrachísimos dejaron los indios de echar p.e á tierra y desnudar al capitanejo de todas sus prendas, dejando al cadáver en un estado de completa y repugnante desnudez, repartiéndose las prendas y ropa.

Durante la marcha Cuello solo se preocupó de sus dos caballos cargados y de sus tropillas, sin dirigir para nada la palabra á los indios, que iban comentando el valor de Cuello y sobre todo, la vertiginosa lijereza de aquel caballo que tenían por un *sobretiro*.

Así llegaron á los toldos de Moican, donde apenas se avistaron, salieron á recibirlos este, su hermana Manuela y la demás chusma que había quedado en la tolderia llena de esperanza en el botín que traería la invasión.

Grande fué el júbilo de los salvajes al ver que el resultado del malon había superado toda esperanza—las mujeres se entregaban á las mayores manifestaciones de alegría, mientras los indios bailaban y hacían todo género de muecas y contorsiones, al contemplar los cargueros de bebida, que les dejaba entrever una semana de orgía y de beberaje, hasta quedar postrados por la borrachera, segun es sagrada práctica en estos casos.

Cuello se encaminó á su toldo, siempre arriando sus tropillas y sus dos cargueros, á donde lo siguieron Moican y Manuela, ávidos de

saber la parte que el paisano les reservaba de aquel magnífico botín, donde venían los mas hermosos caballos.

Juan Cuello entregó á Moican la tropilla de azulejos que era la mas espléndida de las dos, contándole que para salvarla había tenido que matar á un capitanejo que se la quiso quitar, á pesar de saber que era destinada á Moican.

Moican, ébrio de codicia, con los ojos dilatados horriblemente y la boca entreabierta, aplaudió la conducta de Cuello y se dedicó á contar y recontar la espléndida tropilla—tocó su turno á la bellísima Manuela, cuyas facciones devoraba Cuello con una expresión de codicia mas salvaje aun que la que animara el rostro del cacique Moican, al recibir y contar sus azulejos.

Cuello empezó á descargar los caballos y á exhibir las prendas que había traído.

Aquello era para Manuela una especie de sueño de las mil y una noches—Nunca había ideado tal cantidad de hermosos géneros, aros, prendedores, y en general, toda clase de prendas de mujer.

Soltaba un vestido para agarrar un pañuelo, que abandonaba pronto para examinar un par de pendientes, una caja de sortijas falsas pero de enormes y brillantes piedras, ó algun espejo ú otra cualquier chuchería.

—Y todo para mí, todo? preguntaba mirando estasiada á Juan Cuello.

—Todo y mucho mas que te traeré despues, decía Cuello, porque yo me voy á casar con vos, y por hacerte el gusto lo voy á dejar pulperia á salvo.

—Bueno, hermano, casando los dos, respondía Manuela y seguía examinando todos aquellos artículos, á medida que Cuello los iba bajando del caballo y exhibiéndolos á sus miradas llenas de ansiedad y codicia.

Moican entretanto, examinaba la otra tropilla que Cuello había reservado para sí—ya se sabe que un indio, habiendo qué dar, no se cansa nunca de pedir, siendo mayor los pedidos á medida que mas se le dá, así es que cuando oyó que Cuello queria casarse con Manuela, echó remordimiento á un lado y dijo á Cuello como la cosa mas natural del mundo:

—Bueno, pero regalando esta otra tropilla que es muy linda.

—Concedido hermano, te la regalo, replicó Cuello, que lo que deseaba era poseer á la india aunque hubiese quedado sin espuelas.

—Y esos caballos tambien, añadió Mariano, animado por la generosidad de Cuello, y señalando los que había llevado de cargueros, y que eran dos mancarozos de campo.

—Tambien, replicó Cuello, te regalo todo lo que tengo, todo, menos mi caballo, porque no puedo andar á pié.

Así entre aquel cuñado originalísimo y aquella novia con que Cuello jamás soñó, este repartió cuanto había traído, quedándose tan pobre y despilchado, como antes de salir al malon.

Pero aunque le había costado caro, él se quedaba con el mejor botín que podía haber deseado, se casaba con aquella mujer divina, cuya boda se fijó para el día siguiente, para hacer la fiesta que en iguales casos celebra toda la tribu.

Habían traído bebida en abundancia, y gran provision de comestibles de todo género, yerba y azúcar, así es que la fiesta de la boda de la hermana del cacique no podía celebrarse en mejor momento y magnífica oportunidad.

Hecho el reparto de todos los robos que habían traído, con una integridad completamente india, la tribu se dedicó á los preparativos de la fiesta, empezando por vaciar a gunas botellas de aguardiente, que la puso en punto.

A las ocho de la noche, mas ó menos, los indios dormían la mona y la fatiga del malon, como unos bien-aventurados puesto que como tales dice la iglesia que reposan los que duermen profundamente y de una manera tranquila.

Solo quedaban de pié Mariano y Manuela, que estaban descansados y Juan Cuello que era de hierro para la fatiga—Este narraba á los indios, todas las peripecias del malon, que concluían con la muerte del capitanejo.

En seguida se pusieron á conversar del casamiento que tendría lugar al día siguiente y la gran fiesta que con este motivo celebrarian, fiesta que debía ser espléndida, pues tomaba á la tribu con abundantes provisiones.

Mariano se retiró por fin á su toldo, y Manuela quedó allí con Juan Cuello, mostrando cierto placer en escuchar la palabra dulce y cariñosa del paisano, que le decía amores—¿Se había enamorado de Cuello?

Las indias como los indios no se enamoran—esta es una pasión completamente desconocida para ellos, cuyos oídos no han escuchado jamás la palabra de amor ni la expresión del cariño puro y desinteresado.

La india se habitúa á un hombre, como se habitúa á un caballo ó á un perro—es la frecuencia de verlo, que le hará echar de menos su presencia, cuando la muerte se lo arrebatara—pero dos días después pensará mas en el caballo que monta ó en el costillar de potro que ha de comer, que en el marido muerto cuando menos lo esperaba.

Así Cuello se había enamorado de una piedra, de un ser destituido de todo sentimiento de cariño.

El amor que él había soñado en las hermosas facciones de la india, el amor íntimo que él necesitaba para aplacar la sed de su espíritu, para olvidar sus desventuras, no lo iba á hallar en el corazón de Manuela—El tiempo se iba á encargar de demostrárselo de una manera tremenda, haciéndolo víctima de la mas ruin y cobarde de todas las ingratitudes, como premio al amor mas abnegado que jamás sintió por una mujer corazón alguno.

Se retiró por fin Manuela, dejando á Cuello entregado á sus pensamientos y á la formación de los mas brillantes castillos que puedan formarse en el aire—Al otro día, pensaba, se casaría y sería completamente feliz.

A eso de las once de la noche. Cuello tambien se entregó á un reposo que harto necesitaba. Se acostó en el suelo sobre su recado y se ató á la muñeca al pico blanco—desconfiaba que los indios intentarían darle golpe después de haber conocido las pérdidas fabulosas de aquel caballo único en su increíble lijereza.

Los toldos quedaron entregados á un silencio que solo era interrumpido de cuando en cuando por los ladridos de los perros que como una segunda tribu viven en los toldos.

UN CASAMIENTO PAMPA

Al día siguiente, muy de madrugada, se notaba en los todos un movimiento especial que anuncia al que ha vivido entre los indios, que alguna gran fiesta vá á celebrarse, simpática á toda la tribu, por la fisonomía de todos los indios.

En todos los toldos se ven pequeños fogares y yeguas que han carneado ó están carncando.—Los indios preparan las plumas de diversos colores que han teñido con yerbas especiales, y con las que han de adornar su cintura y cabeza.

La novia estaba colocada en un toldo especial donde debía permanecer todo el día sin tomar otro alimento que tres bocados de asado y tres tragos de agua—Martirio que sufre durante tres días, sin ver á ninguna persona.

Este toldo está rodeado por las mujeres de la tribu que dejan oír en coro un murmullo salvaje y monótono que no se puede saber si es llanto, canto ó una simple plegaria que elevan á su Dios todo poderoso.

En los toldos de Tripailaff, en la frontera Oeste, presenciámos el año 75 una de estas

fiestas, que ofrece un espectáculo curioso y entretenidísimo para el que se encuentra en ella por primera vez y no tiene idea de las costumbres pampas.

El novio está al raso á distancia de unas veinte varas del toldo de la novia; allí está el cacique rodeado de los indios mas importantes colocado en una especie de estrado formado de cueros, alrededor del cual debe tener lugar el baile.

Los indios están completamente desnudos, con la cintura cubierta por una cantidad de plumas de avestruz teñidas de vivísimos colores, plumas que á manera de penacho se ven tambien sujetas al rededor de la cabeza, por una vincha.

Estos indios están divididos en grupos de doce ó quince, con un capitanejo á la cabeza, que son los grupos que deben bailar durante los tres dias, sin interrupcion alguna, un baile fantástico y original.

Unos cueros de liebre admirablemente curtidos y estirados sobre cuatro palos, son los instrumentos que han de tocar la música á cuyo compás han de bailar, por su turno, los diversos grupos de indios.

Los mirones, que son los indios estraños á la tribu, ó los cristianos amigos de la toldería donde tiene lugar la fiesta, se colocan en círculo al rededor de los bailarines—la única mision de estos es aplaudir de una manera desaforada.

Los aplausos son alaridos descomunales y sendos palmoteos, á cuya algazara crece la animacion del baile—Si los mirones no aplauden es porque el baile no gusta: entónces se retira el grupo que baila y es reemplazado por otro.

A las doce del primer dia principia el baile del primer grupo, precedido por el murmullo de las mujeres de los capitanejos, que se han colocado detrás del estrado donde está el cacique; los tambores de piel de liebre empiezan entónces á sonar.

Los bailarines salen uno detrás de otro hasta formar una rueda completa al rededor del cacique.

Este baile es una especie de can-can francés, pero mas desenfrenado y frenético todavia que aquel alegre y especial baile.

Cada indio toma por modelo un animal diferente, que imita al compás de los tambores, hasta en su detalle mas insignificante.

El de adelante, por ejemplo, es un toro que vá tirando cornadas y haciendo todo género de horribles contorsiones.

A este toro sigue un potro que va bellaqueando, tirando coces y relinchando de una manera desesperada, que á su vez es seguido por un avestruz, un zorro, un leon ó una gama.

Mientras mas perfecta es la imitacion de

todos estos animales, los mirones prurumpen en alaridos que nada tienen de humanos, los bailarines se entusiasman y se produce el vértigo del baile semejante á los picados por la tarántula, que es de donde ha tomado su origen ese baile pintoresco y vertiginoso que se llama la tarantela napolitana, que ha servido á Gottschalk de modelo para su mas magnífica pieza de música.

Al cuarto de hora de este movimiento, los indios quedan materialmente postrados, por los salientes pómulos corre el sudor á chorros, los ojos se les saltan de las órbitas, y el pelo, ó mejor dicho la *crin*, empapada de sudor, les azota la frente.

Entónces este grupo se retira haciendo siempre contorsiones de todo género, y entra el segundo á reemplazarlo, que repite exactamente lo que ha hecho el primero, mientras este vá á beber aguardiente para *refrescarse*.

El baile se interrumpe á la caída de la noche para seguir al otro dia, mas frenético, mas ardiente, porque los indios están entónces escitados por la gran cantidad de alcohol que bebieran el dia anterior.

Esta fiesta dura tres dias con sus noches, al fin de las cuales, los indios son masas inertes, cuerpos que parecen muertos, tendidos en el suelo á fuerza de tanto beber y de tanto agitarse.

El indio bebe como come, como galopa, como lancea, hasta caer inerte, sin fuerzas y sin alientos para llevar la botella á los lábios. Entónces cae en un sueño profundo del que solo vuelve para caer de nuevo, pues bebe mientras dura el aguardiente.

Al cuarto dia, de madrugada, recien sale la novia de su toldo amarillenta y vacilante por la inmensa languidez del estómago. En tres dias solo ha comido nueve bocados de churrasco de potro y bebido nueve tragos de agua.

Entónces el marido, que ya es tal, sino está tan borracho como el resto de la tribu, la puede llevar á su toldo donde puede comer hasta saciar el hambre y beber hasta aplacar la sed—~~agua sola pues las mujeres no toman alcohol.~~

Así se casó Juan Cuello con la princesa india, con la que vivió por espacio de un mes sin moverse del toldo mas que para llenar las mas apremiantes necesidades de la vida, que son allí hacer un churrasco.

Al mes de esta vida que solo era alterada por las visitas de Moican y de un viejo capitanejo cuya dentadura añejísima no le permitia alimentarse mas que de potrillos muy tiernos, que habia cobrado á Cuello mucha amistad, Cuello empezó á salir á las boleadas de donde volvía cargado de plumas, y cueros de diversos animales que llevaba él mismo á vender ó cambiar por víveres en el pueblo del Azul.

Manuela Díaz solía acompañar á Cuello hasta el Azul, donde permanecían dos ó tres días alojados en una pulpería, con gran despecho é iras de los antiguos cortejantes de la india que no habían podido interesarla.

En la vida de los toldos, Cuello había tomado gran parte de los defectos de los indios—se había hecho un borrachon de primera fuerza y un insigne peleador que rara era la semana que pasaba sin tener una de á pié.

Ya había herido en los toldos á un indio, por disputas tenidas en una boleada, y había muerto á otro indio que le quiso arrebatar de la puerta del toldo su parejero pico blanco, que era el único bien de fortuna que poseía.

Estos dos sucesos hubieran dado lugar á sérias represalias, pero el trabuco que Cuello llevaba eternamente á la cintura, infundía tanto respeto, que los indios no se atrevían así no más á desafiar la cólera del paisano.

Cuello asistía siempre acompañado de Manuela, á las carreras que con frecuencia tenían lugar en el pueblo del Azul, en las que siempre ganaba, pues ya se sabe que el pico blanco no tenía rival en materia de carreras.

El dinero que ganaba en estas fiestas y jugadas de taba, Cuello lo empleaba siempre en todo género de prendas para Manuela, á quien quería con locura, salvo una pequeña parte que gastaba en aguardiente y ricios.

En el Azul se había recibido la famosa circular de Moreno, adjuntando la filiación del desertor asesino Juan Cuello, la autoridad sabía perfectamente donde estaba, pues lo conocía, pero no se atrevía á prenderlo.

Había entónces en el Azul un alcalde muy charlatan, que tenía una gran fama de hombre guapo, sin que se conociera de él el menor hecho de armas en que siquiera hubiera dado muerte á uno ó mas mosquitos ó simples y honestos tábanos.

Este alcalde que andaba siempre con una fisonomía arreglada á ferocidad ó á ferocidad, como dice Bibolini, hablando de las cometas por Calfucurá, cada vez que se hablaba de Juan Cuello, solía decir con voz de trueno:

—Hijo de porra!—la primera vez que yo llegue á saber donde anda Juan Cuello, no por el interés de los cien mil pesos, sino por puro gusto, voy y lo prendo yo solo y sin armas, porque estoy convencido de que ha de ser una maula inservible.

Tanto se repitió su amenaza, y tanto pidió que le avisaran cuando Cuello viniera al Azul, que no faltó quien repitiera al paisano punto por punto todas sus baladronadas y amenazas de muerte.

Cuello que no había perdido la travesura de su génio, resolvió hacer al alcalde una mala jugada, en la seguridad de que aquel hombre

nunca lo había visto y que por lo tanto no lo conocería.

Una tarde Cuello salió de los toldos en su parejero y se vino derecho al cuartel segundo, á que pertenecía el referido alcalde. Era el mes de Noviembre y los paisanos salían á la tarde á tomar el fresco bajo el alero del rancho.

Cuello echó pié á tierra delante la casa del alcalde, que encontró en la puerta y á quien sin conocerlo preguntó si podía hablar dos palabras con el alcalde, pues tenía que darle una noticia muy importante.

Este, sin saber de lo que se trataba hizo entrar á Cuello, invitándolo á tomar asiento, invitación que rehusó el paisano, dando por pretesto que tenía tanto que hacer que no podía perder allí ni un solo minuto.

—Me han dicho, agregó, que usted tiene mucho interés en prender á Juan Cuello, para espantar de aquí esa mala mosca que ha venido á hacer daño—si usted quiere, yo puedo indicarle á donde está.

—Ya lo creo que lo he dicho, contestó el inocente alcalde; en cuanto yo sepa donde está ese pobrete que anda asustando á las mujeres, voy solo mi alma y lo traigo al juzgado de las orejas, para que no se meta á zonzos.

—Pero amigo, concluyó el gaucho sonriendo con esa travesura que le era peculiar al dar fin y remate á una nueva travesura, usted no tiene que incomodarse pues aquí mismo tiene usted á Juan Cuello en carne y hueso.

—Dios lo guarde amigo, siempre guapo y buen mozo, contestó el alcalde sin turbarse, pero poniéndose densamente pálido—todo eso lo decía yo porque tenía hambre de conocer á una persona de tantas mentas—y tomando á Cuello de lamano, lo obligó á entrar, y lo obsequió con todo lo que tenía en su casa, poniéndose á su entera disposición.

Cuello no quiso aceptar absolutamente nada mas que las escusas del alcalde, alejándose de allí muerto de risa al ver el cambio prodigioso que se había operado en los deseos del señor alcalde, desde que lo oyó pronunciar su nombre.

Cuentan que cuando Cuello se hubo alejado un par de cuadras, el alcalde se puso á dar grandes voces llamando á su mujer.

—Pancha! Pancha! gritaba desesperadamente, alcázame ligero un chiripá y un par de calzoncillos, ligero, Pancha!

—Pero hombre, contestó Pancha, acudiendo al llamado de su marido, ¿no tienes puestos chiripá y calzoncillos?

—Sí, replicó el pobrete del alcalde, pero es que me acaba de suceder una desgracia y necesito mudarme las prendas que te he pedido.

Pancha trajo el chiripá y los calzoncillos so-

licitados y el alcalde pudo librarse á gran prisa de los efectos endiablados que le habia causado la broma de Cuello, broma que esa misma noche era conocida en todo el pueblito.

Este fué el primer *debut* de Cuello con la autoridad del Azul, á la que mas tarde debia causar sendos dolores de cabeza y malos ratos haciéndola quedar mal con la policia de Buenos Aires, y sobre todo con el supremo señor Gobernador de la Provincia.

El Juez de Paz del Azul mandó aviso al Gefe de Policia de Buenos Aires, previniéndole que Cuello estaba allí cometiendo todo género de iniquidades, y confesando ingenuamente que no tenia bastante fuerza para prenderlo.

D. Juan Moreno mandó un oficial con seiscientos, para que espieran á Cuello, y en combinacion con el Juez de Paz, lo prendieran así que lo pudieran tomar descuidado, pues dejándolo pelear la cosa no seria fácil.

El oficial llegó al Azul, se puso en contacto con el Juez de Paz y disfrazado de paisano se puso á seguir la pista á Cuello, llegando hasta ir á los toldos, bajo el pretexto de ser un acopiador de cueros de gama y pluma de avestruz.

Cuello olió al momento al hombre de justicia y le contestó que el cuero que queria acopiar era el suyo, para ganarse los cien mil, pero, concluyó, mi cuero no se ha hecho para negocio de nadie y no hay que andarle haciendo el amor.

El oficial, convencido de que á Cuello solo se le podia prender con maña y con paciencia, volvió al Azul dispuesto á poner en juego todos los recursos de su astucia, única manera de poder llegar á los tobillos de Cuello con una barra de grillos.

Cuello seguia entregado á la vida de parranda y de beberage—se habia juntado con un indio loco, á quien habia hecho hombre *deaveria*, y juntos venian al pueblo, juntos caian á las carreras y juntos se mamaban.

Cuando Cuello venia al Azul á correr alguna carrera de interés, rara vez dejaba en los toldos á Manuela, la traia consigo al pueblo y se alojaban juntos en alguna pulperia, donde pasaban ocho ó diez dias, que eran para Cuello otros tantos dias de borrachera y pelea, de lo que generalmente resultaba alguna muerte.

Fué, pues, en la india hermosa que el oficial de Policia puso los ojos, resolviendo por este medio obtener la prision de Cuello, sin trabajo alguno.

Con gran maña y valiéndose del indio loco con quien se juntaba Cuello, el oficial de Policia logró hablar con Manuela, tentando su codicia con una larga explicacion de lo que eran cien mil pesos, sin descubrir su plan.

En dos ó tres veces mas que el astuto polizonte

habló con la india, y cuando la encontró dispuesta á vender por cien mil pesos al mismo Moican y su tribu entera—recien entonces reveló á Manuela su horrible plan.

La india no se mostró absolutamente sorprendida ante aquella revelacion que hubiera indignado á cualquier otra muger—solo se concretó á hacer una objeccion, que demostraba la tranquilidad de espíritu con que habia recibido la proposicion.

—Si, dijo, pero Cuello me va á degollar—dejando muchos dias para preparar todo y yo avisando cuando pudiendo dar golpe.

--Bueno, terminó el oficial, tratando de dar una leccion á la india—es preciso esperar á que Cuello se emborrache bien, y cuando esté dormido le escondes las armas y me avisas—todo lo demás correrá por mi cuenta.

—Y la plata? preguntó la india, cuándo entregando la plata?

—La plata, contestó el oficial, te la entregaré en cuanto tu me avices que Cuello está dormido y desarmado—antes no te la doy porque to la puede quitar si te la pilla.

Entre tanto el indio que les habia servido de intermediario, habia estado escuchando por las hendidias del toldo toda la conversacion, de modo que cuando el oficial se retiró de allí, aquel quedaba perfectamente impuesto de todo.

Al principio pensó revelar al hermano Cuello la jugada que contra él se tramaba, pero la codicia habló mas alto que la amistad, y el pampa se echó unas famosas cuentas del modo siguiente:

—Si yo aviso á Cuello de lo que se trata, este tal vez degüelle al oficial y á Manuela, y en tal caso yo no me echo nada al bolsillo—si por el contrario yo me callo la boca y sin decir nada me pongo en observacion, una vez que se lleven á Cuello y hayan entregado la plata á Manuela, yo me manejaré de manera de casarme con ella ó apoderarme de la plata de cualquier otra manera—y optó por esta última estratagemá.

Cuello, ageno á lo que contra él tramaban la justicia y su mujer, estaba en la pulperia de D. Cosme, arreglando una carrera por quinientos pesos, que se debia correr el 24 de aquel mes, que era el de Diciembre.

Concluidas y convenidas todas las condiciones, Cuello depositó en manos del pulpero, como se acostumbra, la mitad del importe de la carrera que perderia el que faltara, y se volvió á su toldo.

Era el 18 de Diciembre, hacia un calor de tres mil diablos y en la campaña se dormian unas siestas de doce á cuatro de la tarde, pues á aquella hora el sol pica de una manera que es imposible andar en el campo.

Cuello comunicó á Manuela la carrera que

acaba de depositar, asegurándole que aquel era dinero en el tirador, pues garantía que en el mundo entero no había un solo caballo capaz de acompañar dos cuadras al pico blanco.

El 23 de madrugada debía salir de los toldos con Manuela, para alojarse aquella noche en lo de don Cosme y estar dispuesto al día siguiente con su caballo perfectamente fresco y apto para correr todo el día.

El 20 Cuello dió un par de variadas al pico blanco para alivianarlo un poco—tenía interés en ganar aquella carrera, pues ya quería volver á Buenos Aires y era tiempo de empezar á juntar un poco de dinero.

Urquiza se había levantado contra Rosas, había organizado un ejército numeroso, y el loco traidor, salvaje y unitario era la pesadilla de la santa federación, que había empezado á hacer sus aprontes para la batalla.

Todo en Buenos Aires era un verdadero maremagnum—se movilizaba toda la campaña y los contingentes llovían de todas partes á Palermo, cuartel general de las tropas del invicto Juan Manuel.

—Dios quiera que triunfe Urquiza, pensaba Cuello—si tal sucede, me voy á dar un paseo por Buenos Aires, veo á mi vieja y me vuelvo á llevar á Manuela para hacer sombra en el pueblo con su belleza de mi flor y truco.

Pobre Cuellol!—cuán lejos estaba de pensar que la mujer á quien tanto amaba y sobre quien tantos proyectos hacía, era la que en aquellos mismos momentos pensaba la manera mejor de venderlo á sus enemigos.

Manuela y el oficial se vieron ese mismo día y arreglaron que si Cuello se embriagaba el 24 como en las demás carreras y días de jarana, esta le sacaría las armas y avisaría al oficial que estaría en la misma pulpería.

El 23 á medio día, Cuello y Manuela tomaban el camino del Azul, á donde llegaron con el fresco de la tarde, alojándose en la pulpería de don Cosme, depositario de la parada y donde la carrera se debía efectuar.

Una carrera por quinientos pesos no era entonces cosa de todos los días—la vida era sumamente barata y con aquella suma, se podía hacer mucho mas de lo que hoy se hace con un billete de cinco mil pesos.

La pulpería de don Cosme estaba ya llena de paisanos, que habían ido cayendo desde por la mañana, atraídos por el interés de la carrera y por jugar algunos pasos á favor del pico blanco, cuya fama era conocida.

El oficial tuvo buen cuidado de disfrazar un par de soldados que había llevado á quienes había encargado invitaran á Cuello á cada momento, haciéndole beber lo mas posible, sin que pudiera maliciar la cosa.

Cuello con la jarana y las diversas apreciaciones que se hacían de la carrera, bebió

toda la noche y la mañana siguiente—no estaba ébrio porque tenía la cabeza bastante fuerte, pero por esto mismo si la bebida llegaba á vencerlo lo iba á dejar completamente postrado y á la merced de sus enemigos que seguían cada uno de sus tragos de ginebra, hasta el estómago, diremos exageradamente, con una mirada ansiosa y sombría.

Las 12 del día 24 llegaron por fin y los corredores subieron en los caballos hasta el paraje donde habían de correr la carrera lleno ya de curiosos é interesados.

Pocas partidas hicieron los corredores—se invitaron con la palabra y el ademán y partieron como dos exhalaciones—el otro caballo era superiorazo—había ganado en todas partes donde corriera, pero al pico blanco solo pudo acompañarlo una sola cuadra—á la segunda había aventajado mas de un cuerpo de caballo y á la tercera el pico blanco se cortaba solo hasta la raya—no había quien le disputara el terreno.

Un inmenso clamoreo saludó aquel triunfo, llegando los paisanos que mas habían ganado, hasta *apiarse* de sus caballos é ir á palmear al pico blanco que Cuello traía de la brida; dejando ver en su fisonomía todo el placer que experimentaba.

Mientras los paisanos armaban otras carreras de menos interés, Cuello regresó á la pulpería, donde se puso á beber por alto en festejo de su triunfo, las innumerables copas con que le obsequiaban los soldados disfrazados.

La ginebra por una parte, las emociones del día por otro y el cansancio de la noche anterior que había pasado en tranca desafortada, empezaron á entrecerrar sus ojos y á aflojar sus piernas, de un modo notable.

La embriaguez y el sueño se apoderaron por fin de aquel hombre de acero, que llamó á Manuela tartamudeando, y se fué á un cuartucho donde se tendió en un catre sin siquiera desnudarse.

Dos minutos despues, Cuello dormía con ese sueño pesado y profundo en que no es perceptible ningun ruido exterior, aunque este sea causado por una descarga de fusilería.

Manuela entonces sacó de la cintura de Cuello, con gran delicadeza el trabuco, el puñal y las boleadoras, aquellas tremendas boleadoras que habían sido en sus manos una arma tan terrible.

Cuello pues quedaba á la merced de un niño, —dormido, sin armas y borracho.

La puerta de aquel cuartucho se entreabrió de pronto y el oficial paseó por la pieza una mirada ansiosa y escudriñadora—no tanto, sin embargo, pues no vió que debajo del catre en que dormía Cuello, estaba el indio que lo hizo hablar con Manuela.

—Ya está hecho eso? preguntó con voz imperceptible.

—Ya, contestó la india, enseñando las armas de Cuello—y la plata?

—Aquí está, replicó aquel cobarde enseñando un rollo de billetes de banco.

Y mientras recibia las armas de manos de la india, que temblaba de emocion y de avaricia, los cuatro soldados que lo habian seguido, amarraban al catre al infeliz Juan Cuello, cuyo despertar debia ser desesperante.

La india tomó el dinero y entregó las ar-

Martin y ya no habrá quien te salve—de esta vez yo me pongo las de bailar.

Cuello no se movió ni dió la menor señal de vida—estaba en aquel estado de embriaguez en que el alcohol obra sobre el organismo por completo, quitándole toda accion, toda manifestacion de vida—parecia un cadáver.

La india dió vuelta como idiotizada y contempló aquel hombre que tanto la amaba y á quien acababa de vender por un miserable puñado de billetes de banco—pero su fisonomia no sufrió la menor alteracion.



mas—estaba pálida y temblorosa—tenia el dinero en la mano y ni siquiera se atrevia á guardarlo—no sabia verdaderamente lo que le pasaba.

El oficial se acercó al catre donde estaba Cuello amarrado con un lazo trenzado, tan fuertemente, que aún siendo el mismo Sanson hubiera podido romper aquellas ligaduras bárbaras con que le arrancaban la libertad.

El oficial golpeó con la palma de la mano la cabeza del gaucho prisionero, diciéndole:—al fin caiste, bandido—al fin te llegó tu San-

Estaba conmovida, sí, pero aquella conmocion no tenia nada que ver con Cuello, á quien habia vendido como si hubiese sido un quillango ó algun caballo de estimacion—era la conmocion de la avaricia satisfecha, de la posesion de aquella cantidad de que no tenia idea, lo que la tenia allí pálida y azorada en presencia de su obra, de su obra miserable, que no tenia disculpa posible.

El indio, entretanto, contemplaba aquella exena de debajo del catre, sin perder de vista la mano donde Manuela conservaba el dinero—

parocia que se la quisiese arrancar con la mirada y apoderarse de ella.

Una vez asegurado Cuello, el oficial y los soldados salieron de la pieza á hacer los preparativos de la marcha á Buenos Aires, ébrios de gozo por la entrada que harían, llevando prisionero nada menos que á Juan Cuello.

Manuela quedó allí, mirando á su dinero y á Cuello que continuaba inmóvil ageno á lo que pasaba á su alrededor.

De pronto el indio salió de debajo del catre, como un tigre que espía la presa, se enderezó cautelosamente y saltó sobre Manuela que quedó helada de espanto, sin poderse explicar si tenía por delante á Juan Cuello ó alguna aparición del otro mundo.—El indio la contemplaba sonriendo con esa risa mitad de idiota mitad de alegría, que baña la fisonomía del indio cuando contempla algo que le gusta y cuya adquisición no cree muy difícil—llevó su enorme mano hácia la de Manuela y dijo de una manera decisiva:

—Entregando plata, hermana, y mañana casando con vos—entregando plata antes que venga gente y vámonos taldos.

La india miró espantada á aquel hombre y llevó el dinero á guarecerlo en el seno.

La fisonomía del indio tomó un aspecto feroz, al pensar que se le pudiera escapar la presa—agarró á Manuela por un brazo que sacudió con violencia y le intimó por última vez la entrega del dinero.

Manuela cruzó los dos brazos sobre el pecho para proteger los billetes que ocultaba en el seno y se hizo un orillo—Una lucha brutal y repugnante se trabó entonces entre aquellos dos seres dominados por la misma pasión de la avaricia.

Ninguno de ellos dejaba oír la menor palabra—solo se sentía el rumor de los dos cuerpos que se debatían con igual desesperación, y una especie de estertor que les hacía lanzar la fatiga de la lucha vigorosa.

Manuela era fuerte y musculosa—su aparente morbidez ocultaba una fuerza peculiar á su raza y el indio empezaba ya á desesperar apoderarse del dinero—hizo un esfuerzo su-

premo, pero inútil—Manuela defendía bien su plata.

Y Cuello estaba allí amarrado y privado de toda acción, mientras los salvajes se disputaban de una manera tan encarnizada el premio de su cabeza, vendida por el ser que más amaba!

La lucha tenía que terminar de una manera fatal para Manuela—el indio era un Hércules y por fuerte que ella fuese tenía que sucumbir—su resistencia solo importaba exasperar á aquel atlético salvaje.

Por fin Manuela abrió los brazos, lanzó un grito sordo y cayó pesadamente al suelo—El indio había comprendido que si la lucha duraba mucho podía venir alguien y resolvió terminarla con la vida de Manuela.

Había, pues, sacado un ancho cuchillo que llevaba al cinto, y sin que Manuela pudiera notar, se lo había enterrado hasta el mango, por la espalda, sobre el pulmón derecho—La india se estremeció poderosamente por dos veces, y cayó muerta.

El indio entonces le sacó el dinero que contempló con una avidéz indescriptible, arrancó de la espalda de Manuela su cuchillo y se preparó á marchar. Había concluido allí su misión.

Antes de salir, aquel hombre contempló á Cuello, sintió sin duda alguna pena al verlo en aquel estado y acercándose al catre, cortó rápidamente el lazo con que Cuello estaba atado, le puso el cuchillo al lado, y se alejó rápidamente, después de haberle dado un gran puñetazo para que despertara.

Pero Juan Cuello no se movió—su estado de embriaguez era de aquellos que solo ceden á veinte y cuatro horas de buen sueño.

En la pieza solo quedó el cadáver de la hermosa Manuela, y Cuello, que de todo tenía aspecto menos de un ser vivo—parecía tan cadáver como Manuela.

Una vez fuera, el indio saltó sobre el pico blanco que estaba donde lo dejara Cuello, y se alejó rápidamente lanzando á la puerta de la pulpería su grito de guerra.

LA MUERTE DE UN VALIENTE

El oficial y los soldados regresaron precipitadamente á la pieza donde habían dejado á Cuello—habían sentido al llegar á la pulpería el alarido del indio, á quien vieron alejarse á media rienda, temiendo fuera Cuello.

Al ver á este desatado, con un puñal al alcance de su mano y el cuerpo de la india

tendido sobre un charco de sangre, sospecharon que Cuello se había desatado, había asesinado á Manuela y se había suicidado en seguida.

Mientras unos se acercaban á levantar el cadáver de Manuela, el oficial se aproximó al catre y pudo ver con inmenso júbilo que Cue-

llo aunque desatado y con una arma al alcance de la mano, seguía dominado por la embriaguez.

Llamó á sus soldados y mandó que ataran nuevamente al gaucho, lo que se hizo con gran precipitacion, sin que este diera otra señal de vida que su respiracion pesada y difícil.

En cuanto estuvo bien amarrado, se procedió á colocar en sus piés dos barras de grillos que se habian llevado al efecto y ligarle las manos con un par de pesadas esposas. Juan Cuello, como se vé, no tenia escape.

Concluida esta operacion, todos se dedicaron á registrar á Manuela, tratando de indagar cual podria ser la causa de haber encontrado á Cuello desatado y á la hermosa india estendida sobre un charco de sangre.

Indudablemente el robo habia sido el aliciente de aquel asesinato, puesto que sobre el cadáver de Manuela no se halló uno solo de los billetes que poco antes le entregara el oficial—Pero, quién habia sido aquel asesino misterioso?

Uno de los dependientes de la pulperia, dijo que poco antes de volver los soldados, habia visto pasar un indio por el patio, que habia saltado sobre el parejero de Cuello y se habia alejado lanzando un grito de guerra á la puerta de la pulperia.

Entónces el oficial recordó al indio que le habia servido de mediador en aquella infame negociacion y se esplicó recien entónces como las ligaduras de Cuello estaban cortadas y como aquel cuchillo se hallaba sobre el catre.

En el acto se envió á buscar al Juez de Paz para que hiciera la indagacion de aquel hecho y se encargara de hacer enterrar á la india—mientras el oficial y los soldados hacian sus preparativos de marcha.

La poblacion del Azul estaba verdaderamente alborotada con la prision de Cuello—unos condenaban los medios burlándose del oficial, otros encontraban que Cuello no era tan bandido como se decia, y todos le compadecian.

Los paisanos acudian de todas partes á mirar al prisionero, sin poder ocultar la impresion profunda de pena que en aquellos sencillos corazones producía la vista de aquel hombre dormido, cargado de fierros.

Conociendo los detalles de la manera con que Cuello fué preso, no hubo uno solo de aquellos hombres que no se alegrara profundamente de la muerte de Manuela—muchos de estos apartaron con el pié el cadáver para llegar á Cuello.

Recien á la madrugada Cuello hizo un movimiento para darse vuelta cambiando de posicion, y el dolor de sus músculos oprimidos por las ligaduras lo hizo despertar.

Es imposible describir la expresion de asombro y espanto que se pintó en la cara de Cuello al verse tan fuertemente ligado y á la completa merced de sus enemigos—sus ojos se dilataron en la órbita, su boca se estremeció, pero la palabra se heló en sus labios—reunió todas sus fuerzas pretendiendo romper sus ligaduras, pero todo fué inútil y esto sirvió para convencerlo de su impotencia y que su dia fatal habia llegado.

Cuello volvió á dejar caer la cabeza sobre la almohada, y con una resignacion que mostraba la fortaleza de su espíritu, preguntó por Manuela, pidiendo como un servicio que le dejaran hablar con ella un momento.

—Manuela ha muerto, dijo uno de los soldados, queriendo desesperar á Cuello, por ese vano placer que tienen algunos hombres de gozarse en las agenas desgracias—á Manuela la han asesinado para robarle los cien mil pesos que le habian dado.

—Qué, Manuela me ha vendido acaso? preguntó Cuello incorporándose penosamente sobre el catre—esos cien mil pesos son quizá los que habian ofrecido por mi cabeza?—mentis canalla, agregó, ustedes quieren desesperarme.

—Y que te figuras tonto—dijeron á Cuello—Manuela, como es natural ha preferido la mosca, porque al fin y al cabo la plata valia mas que vos—mirá la prueba, concluyó el soldado mostrando á Cuello el cadáver de la india.

Cuello miró aquel cadáver con una expresion de infinito dolor—paseó en seguida la vista por todos los semblantes que le rodeaban, y sin pronunciar una palabra, volvió á dejar caer la cabeza sobre el catre, cerrando los ojos.

Por su semblante lívido se vieron entónces correr silenciosas lágrimas que fueron á perderse entre su barba;—en seguida quedó como si continuara dormido.

A eso de las ocho de la mañana trajeron á la pulperia los caballos en que debian hacer el viaje de regreso, y cuatro soldados levantaron á Cuello del catre para sacarlo afuera y amarrarlo en el caballo que le habian destinado.

Quando Juan Cuello sintió que lo levantaban en peso, abrió los ojos, y no pudiendo hacer otra cosa, escupió al semblante de uno de los soldados, diciéndole—aquí tienes la paga con que yo premio tu coraje.

Esta accion valió á Cuello que lo dejaran caer al suelo y le golpearan de una manera brutal, amenazándolo con repetir la tunda si volvía á insolentarse con ellos de aquella mane.a.

—A perro flaco todas son pulgas—dijo Cuello mientras recibia los golpes—aprovechen bien la robada, que tal vez Dios me ayude mañana

y pueda todavía tomar un desquite como la gente—no la llevo perdida porque de menos nos hizo Dios.

Los soldados descargaron su saña contra Cuello á puñetazos y patadas, arrastrándolo hasta el caballo, donde lo amarraron con dos manceadores, para que no cayera, pues con los grillos no podía sostenerse sobre el caballo.

A las diez de la mañana, Cuello, poderosamente escoltado y como si algo pudiera en su defensa tomó mal de su gusto el camino de la ciudad, á donde ya se habia despachado un chasque llevando la noticia de su prision.

Muchos paisanos acompañaron tristemente aquella fúnebre comitiva, regresando mas tarde á las pulperias, donde comentaron todo aquel día la desgracia de aquel mozo tan donoso y tan gauchito.

El oficial marchaba entretanto á la cabeza de su pequeña tropa, como un general victorioso, comunicando en todas las pulperias del tránsito que era él quien habia prendido y llevaba á Buenos Aires al famoso Juan Cuello.

Este entretanto marchaba sin pronunciar una palabra, con la vista fija en la cabezada del recado, donde de cuando en cuando dejaba caer una lágrima, arrancada por el recuerdo de su anciana madre.

Cuello pensaba que la noticia de su prision, y de su muerte que era inevitable, concluirían con la delicada vida de aquella anciana, y esto lo conmovia profundamente, amargando los últimos instantes de su vida.

El oficial estaba apurado por llegar á Buenos Aires, para recibir las felicitaciones de que seria objeto por su importante captura, y apuraba la marcha todo lo que le era posible, mudando caballos en todos las postas, y sin dejar de galopar durante la noche.

Cuello contemplaba el apuro del oficial, comprendiendo su objeto, y sonreía tristemente sin decir una sola palabra, ni aún para pedir agua.

Como á la mitad del día siguiente, el oficial invitó á Cuello á tomar algo, pero este solo aceptó un jarro de agua para calmar la sed que le devoraba—El sol era inaguantable y la sed insufrible.

Después de una marcha rápida y penosísima, la comitiva entró á Buenos Aires, tomando el camino de la Policía—era el 26 de Diciembre, á la una de la tarde, del año 1851.

La gente se aglomeraba en todas las veredas para ver pasar á Cuello, que levantó la cabeza y dominó todo pesar haciendo un gran esfuerzo de voluntad, para que no se fuera á creer que la prision habia quebrado su valor.

Don Juan Moreno recibió al preso, colmando de felicitaciones al oficial que lo traía, y envió inmediatamente un chasque á Palermo, con el parte detallado de la prision de Juan Cuello.

Rosas contestó con el mismo chasque que se remitiera á Cuello á Santos Lugares, donde el día anterior se habian fusilado siete salvajes, y donde al otro día temprano seria fusilado Cuello por la tropa que allí habia.

Cuando Cuitiño supo que Cuello estaba en la Policía, vino en el acto y lo llenó de improperios, pretendiendo que Moreno se lo entregara para degollarlo, porque en aquel bandido no se debian gastar cuatro balas.

—De esta vez no se hacen el gusto, replicó Cuello con entereza, al oír la pretension de Cuitiño, mi tocayo, añadió aludiendo á su cogote, no se ha hecho para que ustedes lo corten y se han de *lamber* de pura gana.

Cuitiño levantó el rebenque para castigar aquella respuesta que calificó de insolencia, pero don Juan Moreno se interpuso, librando á Cuello de aquella nueva infamia, mientras decia á Cuitiño:

—Piense comandante que es un condenado á muerte y es preciso tener alguna compasion por los que ya no pueden ofendernos—y llevándose á Cuitiño al despacho, mandó que llevaran á Cuello á Santos Lugares como lo habia dispuesto el Exmo. señor Gobernador, para que fuera fusilado al otro día bien de madrugada.

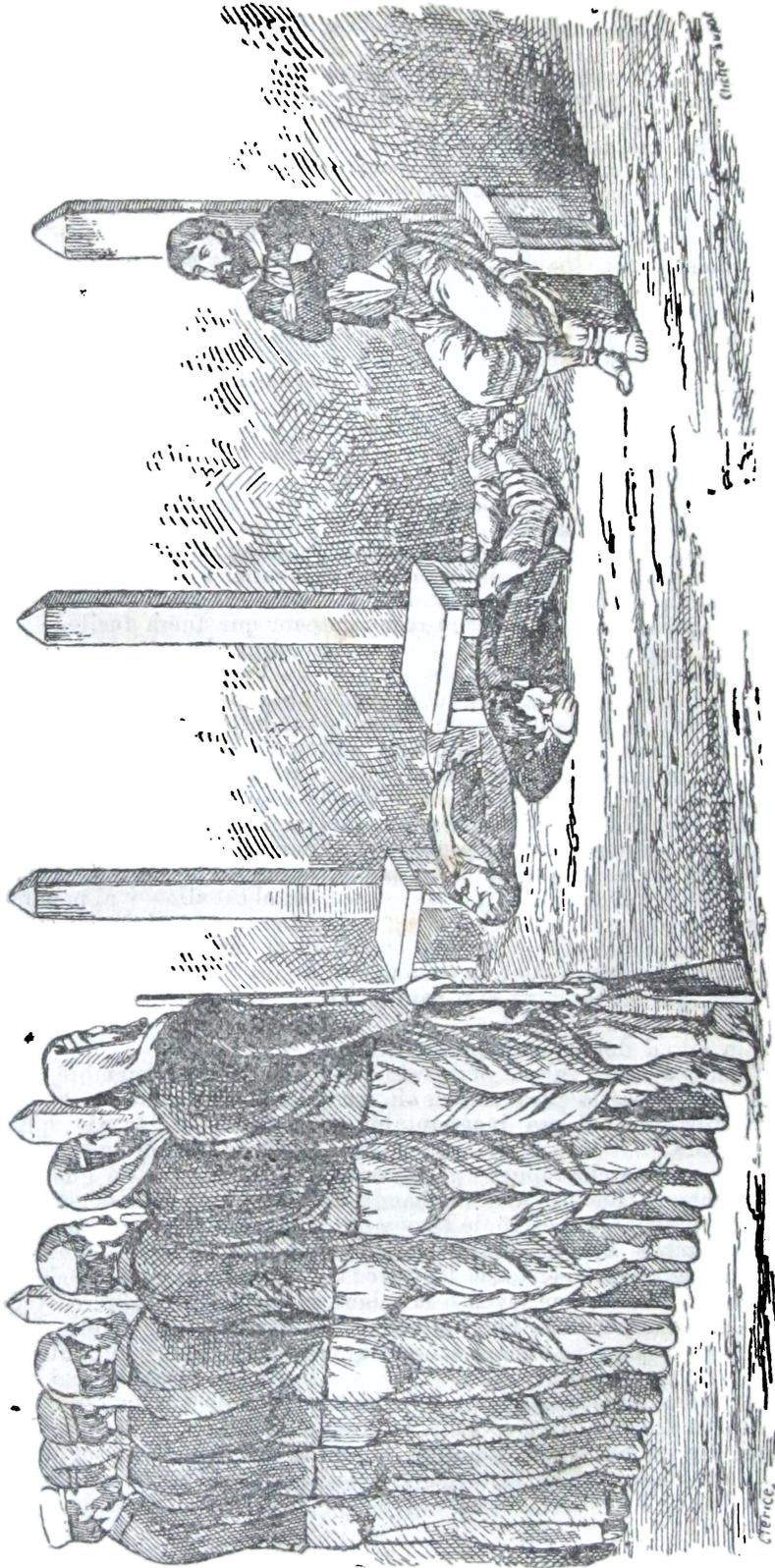
—Es una lástima, dijo el feroz Cuitiño mirando al paisano mientras se alejaba: confieso que hubiera dado cualquier cosa por llevarme este pillo al cuartel para hacerle arreglar todas sus cuentas.

Cuello marchó esa misma tarde á Santos Lugares, indiferente—no parecia que fuera un hombre á quien á penas quedarian unas doce horas de vida—jovial y sereno, se dejó atar sobre el caballo—y al ponerse en marcha soltó su potente voz, dejando oír las mejores décimas de su repertorio—«El que canta su mal espanta» dijo, y yo ya no me callo hasta que me hagan tronar el coco ó el tragadero.

El 27 de Diciembre de aquel año, amanecieron formando un estenso cuadro en Santos Lugares, las tropas que allí estaban acuarteladas, á las órdenes de Antonino Reyes.

A la noticia de que iban á fusilar á Juan Cuello, una gran concurrencia se habia dirigido á Santos Lugares, á ver como moria aquel hombre de tan asombroso valor.

Sucedía lo que sucede en todos los espectáculos de este género—todos tenian mas ó menos cariño por Cuello, porque aquel solo habia hecho daño á las gentes de Rosas, y sin embargo se agrupaban al rededor del banquillo, ávidos de ver la espresion de su semblante al recibir la muerte y las palabras que salieran de sus labios al ser sentado en el banquillo fatal que le brindaban como fin de sus días.



No pretenderíamos abogar por la supresion de la pena de muerte en un pais donde no existiesen los medios de garantir á la sociedad contra tentativas ó crímenes futuros por la completa seguridad de los reos, pero una vez que tenemos Penitenciaria, la pena de muerte es una monstruosidad.

Si algo demuestra que esa abolicion, teniendo por base esa garantia, es el ideal á que deben aspirar las sociedades civilizadas, es sin duda el *espectáculo* de las ejecuciones.

Y este último calificativo nos lleva naturalmente á la cuestion práctica.

Si la pena de muerte no puede ser actualmente suprimida, ¿por qué, al menos, no se suprimen sus *espectáculos*, desde que ninguna de las impresiones que produce concurre al objeto que la justicia parece buscar en su ostentacion?

El cuadro del patíbulo, que nos muestra una de las fases mas repugnantes de la humanidad, es evitado por las organizaciones generosas y rectas.

Para muchos de los que lo afrontan, solo producen un sentimiento de horror frio, estéril y sin enseñanza.

Para algunos debemos decirlo, llega á tener el incomprendible y bárbaro atractivo de las exenas de sangre.

El criminal ha desaparecido en el banquillo en el orden de las impresiones humanas.

El delincuente ha sido por un instante olvidado. La situacion absorbe en el cuadro presente no puede ir mas allá de sus horizontes visibles y el proceso y sus causas han sido olvidadas para contemplar solo el solemne y último episodio del hombre en lucha con la muerte.

Las fibras no responden entonces sinó á los resortes que van á ponerse en juego.

Si la prostracion, el abatimiento y la cobardia acaban de degradar al protagonista de aquel tremendo drama, el desprecio cae sobre él, como la pida de su tumba.

Si por el contrario, el valor indomable se muestra asombrando la imaginacion de los espectadores, un sentimiento de compasion y tal vez de admiracion se produce por los reos y el espectáculo de las ejecuciones viene á dar así un resultado contrario en su momento mas solemne y decisivo.

Hé ahí la moral que debemos sacar del hecho cuya narracion terminamos.

En aquel mismo paraje donde se alzaba el banquillo de Cuello, se veian algunos otros banquillos ocupados por cuerpos humanos á quienes se habia cortado la cabeza por orden superior para remitirlas á Palermo.

Allí estaba todavia la bolsa que las contenia, esperando solo la caeaza de Juan Cuello para ser cerrada y remitida á su destino.

Aquellos cuerpos como aquellas cabezas, pertenecian á cinco desgraciados que se habian fusilado el dia anterior, por creerlos partidarios del loco, traidor, salvaje y unitario Urquiza.—Eran las últimas víctimas del feroz tirano.

A las cinco de la mañana apareció Cuello, seguido de una compañía á las órdenes del capitán Castillo, y entre dos sacerdotes que lo asistian, que eran el padre Camargo y fray Fernando, sargento en la division de Palermo, donde desempeñaba los oficios de capellan.

Cuello venia cargado por dos soldados, pues no se le habian quitado los grillos.

Cuello aparecia completamente tranquilo y dueño de sí—miraba sonriente á la multitud, como diciéndole: «ahora verán ustedes como sabe morir Juan Cuello—no se han de ir descontentos de aquí.»

Cuello fué sentado en el banquillo, pero al ir á vendarle los ojos, dijo que aquel aparato no era necesario, puesto que él no temia á la muerte, que era su vieja conocida y muy su amiga.

Entonces el trompa de la division de Palermo, Manuel Talaveran, vivo aun, tocó atencion y *bando*, y en los cuatro costados del cuadro se leyó el siguiente:

«Por Dios, por la Patria y por la Confederacion argentina, se impone pena de la vida al que pida por el reo—¡viva la Confederacion Argentina—mueran los salvajes unitarios!»

Concluido el famoso bando, las tropas tomaron sus puestos [segun se habia ya dispuesto, y diez y seis tiradores mandados por el capitán Castillo, ocuparon el frente de Cuello—un silencio de muerte se produjo en seguida,

Cuello entonces levantó una mano como pidiendo atencion á la muchedumbre, y dejó oír su voz sonora y tranquila, para despedirse de todos los que habian sido sus amigos pidiéndoles consolaran á su buena madre.

Los sacerdotes trataron de calmarlo, encaminando su espíritu á la última jornada, pero Cuello los interrumpió, diciendo que todavia tenia que conversar algo con el público que lo habia ido á ver.

En seguida se puso á blasfemar de la mazorca y á dirigir tales injurias al tirano Rosas, que el jefe del cuadro mandó ponerle una mordaza para que no siguiera en sus improperios.

Una vez amordazado, Cuello quedó tranquilo, mirando al oficial y soldados que tenia al frente, con una mirada donde estaba pintado todo su desprecio y todo su odio—Los sacerdotes empezaron á orar, y el silencio imponente de la multitud, fué turbado solo por el ruido que al montarse hicieron los gatillos.

A este ruido siguió una descarga, y se vió á Cuello estremecerse poderosamente y caer del banquillo—estaba muerto.

Los sacerdotes se retiraron, los tiradores hi-

cieron flanco derecho y desfilaron delante del cadáver, y la concurrencia empezó á retirarse, muda y sombría—la muerte de aquel hombre habia conmovido á todos.

Entónces los que tenían aquella bolsa fatal se acercaron al cadáver de Cuello, y con la indiferencia brutal que dá la práctica del crimen, le cortaron la cabeza y la arrojaron á la bolsa.

Los deseos del tirano estaban cumplidos—El desertor asesino Juan de la Cruz Cuello habia sido fusilado y degollado, y su cabeza destinada á ser clavada en los cercos del cuartel

de Palermo, para escarmiento de aquellos que pretendieran *alzar el poncho* y camppear por su libertad contra aquella tiranía tan fecunda en crímenes y monstruosidades de todo género.

Así murió este hombre extraordinario, que en las calles de Buenos Aires tuvo el coraje de rebelarse contra el poder de Rosas, burlando la mas temible policía que haya existido en Buenos Aires.

Un mes despues del fusilamiento de Cuello tenia lugar la batalla de Caseros, en que Rosas salvó el pellejo á *uñas de buen rocín*.

